

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES
ESCUELA DE POSGRADO**

DOCTORADO EN HUMANIDADES Y ARTES. MENCIÓN LITERATURA

TESIS

Título: "Literatura y límite en la obra de Néstor Perlongher"

**DOCTORANDO: MG. JAVIER GASPARRI
DIRECTOR: DR. ALBERTO GIORDANO**

Marzo 2019

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
PRIMERA PARTE: Los límites de la patria	
CAPÍTULO 1: Un sitio para la polémica intelectual.....	39
1. Malvinas en <i>Sítio</i> : traición, ironía, ilusión	
2. Cartografías intelectuales y militantes: entre la nación y la patria	
CAPÍTULO 2: <i>Austria-Hungría</i> : una violencia sexopolítica.....	126
CAPÍTULO 3: Néstor Perlongher en <i>El Porteño</i> . De Evita a la CHA.....	156
1. Si Evita viviera...	
2. “Todas teñidas del mismo tono zanahoria”	
SEGUNDA PARTE: Los límites de la sexualidad	
CAPÍTULO 4: Sexualidad y saber: Búsqueda ensayística y emergencia intelectual	183
1. “La voluntad de saber” según Perlongher	
2. Postales del aburrimiento: Perlongher, intelectual	
2.1. Postales intelectuales	
2.2. Proyecciones intelectuales	
3. Perlongher en la trinchera: sexualidad y saber	
4. “ <i>Gender trouble</i> ” según Perlongher	
CAPÍTULO 5: Del FLH al VIH/Sida: un tiempo de política sexual.....	232
1. Por una política sexual	
2. “Un dolor de abandono”. El relato del sida en las cartas a Sara Torres	
2.1. La carta como presencia: afirmación afectiva y ansiedad demandante	
2.2. El registro clínico-químico: un relato posible	
2.3. <i>Solo</i> ante la muerte: la vida sensible	
CAPÍTULO 6: Un pensamiento literario de la sexualidad.....	252
CONCLUSIONES: Ante el límite.....	281
BIBLIOGRAFÍA.....	306
ANEXO: Documentos Archivo Néstor Perlongher (CEDAE-UNICAMP).....	351

*A mis amigas,
“y toda esa mitología de las tías”*

“Ésa es la aventura de la crítica, ¿no?, como ir cazando un pez que se escapa.”

Néstor Perlongher

[Reportaje (reproducido en Perlongher 2004: 381)]

AGRADECIMIENTOS

A Alberto Giordano, que dirigió esta tesis. Y también gracias y reverencias a: Ana Laura Prado, Analía Gerbaudo, Atilio Rubino, Beto Canseco, Carolina Rolle, Cristian Molina, Daniel Link, Eduardo Mattio, Emma Song, Ezequiel Lozano, Facundo Saxe, Francisco Lemus, Gabby De Cicco, Germán Prósperi, Gustavo Pecoraro, Horacio Sívori, Irina Garbatzky, Judith Podlubne, Julia Musitano, Julieta Yelin, Laura Arnés, Lucía Romanini, Luciana Martinez, Marcela Zanin, Marcos Diez, María Eugenia Martí, María Fernanda Allé, Mariana Catalin, Mariela Herrero, Marta, Martín de Mauro, Martín Prieto, Matías Philipp, Mónica Bernabé, Natalia Biancotto, Noe Gall, Osvaldo Baigorria, Sandra Contreras, Sara Iriarte, Sarita Torres, Sergio Peralta, Violeta Jardón.

Y a las instituciones: CONICET, Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (UNR-CONICET), Centro de Estudios en Literatura Argentina (UNR), Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (UNR), Facultad de Humanidades y Artes (UNR), Programa Universitario de Diversidad Sexual (UNR), Centro de Documentación Cultural “Alexandre Eulalio” (IEL, UNICAMP).

A todxs y cada unx, por las razones que correspondan, muchas gracias.

INTRODUCCIÓN

1.

“Lo primero que se ve son cuerpos”, escribe Perlongher al comienzo de uno de sus ensayos más conocidos.¹ Lo que afirma allí, y la tensión hacia la que su escritura se adentra tocando (haciendo sentir) los bordes exteriores de esos cuerpos (incluso sus esfínteres, sus mucosidades, su escatología), impregnan la corporalidad de este ensayo, pero también se encuentran di-seminados en el flujo de su escritura (el *corpus* de su obra) como la aspiración de lo que puede escritura-cuerpo, cuerpo-escritura: la escritura del cuerpo, el cuerpo de la escritura. “Relación” (sexual)² que antes que en-sí-misma ocurre en el *entre*: suspensión del adentro/afuera cuya materialidad más inmediata es el movimiento de poner y sacar: sentir el sentido. Pero esto sólo ocurre en el borde de los cuerpos (lo único que “hay”: es) y en la escritura como borde: o sea, en y como sus propios límites. Tal vez allí se localice su saber o su ética (o ambas). El ensayo continúa:

...cuerpos charolados por el revoleo de una mirada que los unta; cuerpos como películas de tul donde se inscribe la corrida temblorosa de un guiño; la hiedra viboresca de cuerpos enredados (drapeado en erección) al poste de una esquina; cuerpos fijos los unos, en su dureza marmoleante

¹ Se trata de “Matan a una marica”, de 1988 (Perlongher 1997: 35-40). Pero además, la frase también la usa en las primeras páginas de *La prostitución masculina*, primera versión argentina de su tesis sobre los *michês* paulistas (Perlongher 1993).

² Señala Jean-Luc Nancy: “...la relación sexual vale asimismo como indicio, o como paradigma, o como conexión de la relación en general. Es decir, o bien –como poco- que toda relación depende de la heterogeneidad y de la heteronomía de los inconmensurables, o bien –como mucho- que toda relación es sexuada si no propiamente sexual” (Nancy 2003c: 10).

donde se tensa, preámbulo de jaba, jadeo en jade, la cuerda certera de una flecha; cuerpos erráticos los otros, festoneando el charol aceitoso con rieles en almíbar caricias arañescas que se yerguen al borde de la vereda pisoteada. (Perlongher 1997: 35)

Pero cabría preguntarse: ¿qué ocurre cuando a un(os) cuerpo(s) se lo(s) ve? Podríamos trazar una respuesta posible a partir del despojo de los cuerpos significantes: ya no un cuerpo a ser interpretado o descifrado, sino un cuerpo que es: esos cuerpos están ahí –como los ve Perlongher.³ Sin embargo, seguimos: ¿cómo pueden escribirse esos cuerpos sin significarlos ni reducirlos a una transparente referencialidad fenoménica? En este *sentido*, es posible indagar en distintas zonas de los escritos de Perlongher, pero sin adherir de una manera rigurosa a una lógica genérica ('los' poemas, 'los' ensayos, etc.) ni tampoco a una eminentemente textualista ('este' texto), ni, en general, a una tendencia al 'ejemplo' como si de constatar ideas aplicadas o casos se tratara; antes bien, cualquiera de estas alternativas se presentan ciertamente reactivas o resistentes para que ocurra el encuentro con esos bordes de la escritura que tocan su propio cuerpo pero también el de los otros, y por supuesto el límite del sentido del cuerpo lector. De allí

³ Nuevamente, es Jean-Luc Nancy quien ensaya una respuesta que nos arroja una pista interpelante: "Ver un cuerpo no es precisamente captarlo en una visión: la vista misma ahí se relaja, ahí se espacia, no abarca la totalidad de aspectos. El 'aspecto' mismo es un fragmento del trazado areal, la vista es fragmentaria, fractal, con eclipses. Por lo demás, es un cuerpo el que ve un cuerpo... (...) Ver los cuerpos no es develar un misterio, es ver lo que se ofrece a la vista, la imagen, la multitud de imágenes que es el cuerpo, la imagen desnuda, que deja al desnudo la arealidad. Esta imagen es extraña a todo imaginario, a toda apariencia –y también a toda interpretación, a todo desciframiento. De un cuerpo no hay nada que descifrar –salvo esto, que la cifra de un cuerpo es ese mismo cuerpo, no cifrado, extenso. La visión de los cuerpos no penetra en nada invisible: es cómplice de lo visible, de la ostensión y de la extensión que lo visible es. Complicidad, consentimiento: el que ve comparece con lo que ve" (Nancy 2003b: 35-36).

que, casi al azar, sea posible deambular por zonas escriturarias pero sustrayéndonos de cualquier aspiración “lógica” (o demasiado calculada) que caería presa de la escisión *res cogitans / res extensa* que la propuesta de Jean Luc Nancy nos invita a suspender. A propósito, entonces, de ese *cómo* señala Nancy:

Escribir: tocar el extremo. ¿Cómo entonces tocar el cuerpo, en lugar de significarlo o de hacerlo significar? (...) Escribir no es significar. Se ha preguntado: ¿cómo tocar el cuerpo? Puede que no sea posible responder a este “cómo”, como si de una pregunta técnica se tratara. Pero lo que hay que decir es que eso –tocar el cuerpo, tocarlo, tocar en fin- ocurre todo el tiempo en la escritura.

Puede que no ocurra exactamente en la escritura, si ésta tiene un “dentro”. Pero a orillas, al límite, en la punta, en el extremo de escritura, no ocurre sino eso. Ahora bien, la escritura tiene su lugar sobre el límite. No le ocurre, pues, otra cosa a la escritura, si algo le ocurre, que tocar. Más precisamente: tocar el cuerpo (o más bien, tal o cual cuerpo singular) con lo incorporal del “sentido”. Y, en consecuencia, hacer que lo incorporal conmueva tocando de cerca, o hacer del sentido un toque. (Nancy 2003b: 13 – 14)

La escritura de Perlongher avanza, así, en ese *toque*: podría decirse, un *toqueteo* que no puede ocurrir sino en el límite. Pero en este sentido, límite debe entenderse como una *puesta al límite* de la escritura: escribir *el* límite, *en* el límite y, de ese modo, tocar: la escritura misma rozando, gesticulando, interrogada y dejada sobre sí, queriendo ser ella misma lo único que hay: extensión, cuerpo. Y haciendo así, de lo “incorporal” del sentido, un toque. En el poema “Látex”, de *Hule*, Perlongher trabaja con esa zona, ese borde, en la que el cuerpo se tensa por salir

y se toca a sí mismo al tiempo que toca un límite material, esto es, un cuerpo “intruso” –para decirlo con otro término de Nancy- que constituye un límite de la carne que la está rozando pero que no por eso (por ser “intruso”) deja de ser parte (o “arealidad”) momentánea del cuerpo (propio). (Momentánea: incluso en el gemido de esa “sal-pica-dura” como el “entre” de una relación entre cuerpos, venida de sí, pero para ponerse fuera de sí y sólo ocurrir, justamente, en ese *entre*.)

En el brillante látex envainada
la turgencia plegando espejos riza
los vellos que descuellan
para no derramar el ronroneo
de la sal-pica-dura

Sal pica dura!

Porque rasgando el aflojado limo
ásperas púrpura iluminas, ciegas
emanaciones sulfurosas azu-
lan el banlon calloso de la interioridad,
si al trueque de los flujos
irriga, viento de hades, el sinuoso
pachuli de embestida cenagosa, mucílagos
toman la sordidez de los murciélagos, índigas
supuraciones corren el foco de la foto,
tijereteando la película
con la canilla del descarnado,
el chorro de ceniza rancia, raso
sobre la losa, rosa pálido.

(Perlongher 2003: 141)

En este *sentido*, también sería conveniente precisar que “cuerpo”, “toque” o “sentido” no funcionarían como prescripciones figurativas: por ejemplo, allí “hay” (se representa) un cuerpo. Antes bien, ocurren incluso (y acaso con más potencia aún) en los silencios, o en las omisiones, o en las zonas ininteligibles, porque, como indica Nancy, “no hay escritura que no toque”. Lo que interesa, en todo caso, es señalar el modo singular en el que ocurre ese toque del sentido en Perlongher. Pero, nuevamente, “no como si de una pregunta técnica se tratara”, sino como una interrogación acerca de lo que esa escritura (los trazos de esa poética, de ese estilo) sabe acerca de sí misma, pero también acerca de lo que la literatura *puede*. De la escritura a la literatura, tocar los bordes, sentir: la obra de Néstor Perlongher parece saber (y poder) que ella misma debe escribir *desde y en* el límite, colocándose en *el límite de sí misma*, casi al borde de su propia disolución: ella misma aspirando a ser un cuerpo, pero abandonándose justo ahí donde no puede más; paradoja del adentro / afuera: *excripción*⁴.

La preocupación o inquietud de Perlongher, en esa dirección, es de lo más notable incluso en sus declaraciones en entrevistas, a partir de la exposición acerca de “la producción de lo sensual en la escritura”. Se trata de una aspiración que le viene claramente de su adscripción a la estética barroca (aunque tampoco se

⁴ “La excripción de nuestro cuerpo, he ahí por donde primeramente hay que pasar. Su inscripción-afuera, su puesta fuera de texto como el movimiento más propio de su texto: el texto mismo abandonado, dejado sobre su límite. No es una ‘caída’, eso ya no tiene ni alto ni bajo, el cuerpo no está caído, sino completamente al límite, en el borde externo, extremo y sin que nada haga de cierre” (Nancy 2003b:14).

reduzca a ella) al mismo tiempo que lo enfrenta opositivamente a todo un movimiento de la poesía argentina de las décadas de 1970 y 1980 (básicamente, una idea de poesía social vinculada a la política desde estéticas realistas y entendida desde valores como la “comunicacionalidad”). Perlongher, entonces, entenderá que desde el “delirio poético” la poesía también dice “lo que está pasando en algún nivel” (Perlongher 2004: 295). Desde este lugar, que también es reactivo al del emergente movimiento de los “objetivistas”, Perlongher diseñará un *corpus* latinoamericano de escrituras barrocas (Lezama Lima, Sarduy, Osvaldo Lamborghini, Arturo Carrera) que se interrogan por los efectos inmediatos y directos de sí mismas, sustrayéndose de este modo a las morales poéticas de la escritura como ‘medio para’. Esto es: la escritura como cuerpo⁵ que se regodea en su propio poder de afección, o dicho en los términos de Nancy, el toque de lo incorporal del sentido que ocurre en los límites (del cuerpo). Así, interrogado sobre el modo de ligar el cuerpo a la escritura, Perlongher observa:

El problema es cómo producir lo sensual en la escritura. Hay que ver de qué modo ciertas acumulaciones de erres, de eles, producen, en sí mismas, el “drapeado de las gasas y de las telas”. Eso tiene que ver con otro elemento que está presente en mis poemas: la conexión de lo más bajo con lo más alto. Además, cuando se recurre a la sordidez, a un

⁵ Nicolás Rosa, un temprano crítico de la poesía de Perlongher, ya lo escribía de este modo: “El texto respira, late, palpita, se yergue en lo esdrújulo del significante: opácanos, férulas, ríspido, clítoris, árbitro, lúgubre, mítico, búlgaros, húngaros, plúmbeos, pecíolo, ebúrneo, ánade, mámparas, gárgolas, primulas, arábigas, gárrulas, cerúleo, se detiene erecto, imperativo, estremecido y percutante (léase en voz alta *lobos* y se degustará –no hay otra palabra- la vibratibilidad del texto trascendido en vibrantes laterales anilladas alrededor del cero anular de la o: agujero primordial, anal-lectas: Oh confusión de las lenguas!), en lo agudo, la agudeza apical del lamé, chupa, y agoniza en la pequeña muerte almohadillada donde belfo, blande y Flandes anticipa glande” (Rosa 1987: 234 y 235).

cuerpo mostrado más allá de su desnudez, del lado de adentro de su intensidad –como si fuese una caverna tallada en piel-, cuando no es suficiente hablar de que dos cuerpos se juntan, sino de qué está pasando, qué energía los está recorriendo, a ese flujo de fuerzas no basta con relatarlo. No alcanza para hacer pasar eso, esa fuerza, esa intensidad; retomo la relación entre el plano de los cuerpos y el plano de la expresión, como diría Deleuze. (...)

[Entrevistador]: En esas “planicies”, el encuentro se produciría en un choque, o, mejor dicho, el choque produciría una falla geológica...

[N.P.]: En esa falla, en ese orden de la escritura, hay que ver que el orden que nos sofoca y que nos engancha es un orden de sílabas. La escritura es un discurso que lo que consigue es suturar, disimular esa falla. Entonces, nunca pasa la electricidad de los cuerpos a la lengua. Esa electricidad tendría que hacer palpar, destrenzar la lengua, pero parece que eso fuese insoportable y hay que decir, con más facilidad, “una lengua toca otra lengua”. (Perlongher 2004: 316–317)

Más allá de la cercanía con las ideas deleuzianas y deleuze-guattarianas con las que Perlongher piensa su escritura y su trabajo (en este caso, el poético, pero también el académico⁶), lo importante o productivo aquí no sería tanto ‘constatar’ esa cercanía y por lo tanto las distancias (o bien los puntos de encuentro y desencuentro) con el modo de entender el cuerpo por parte de Jean-Luc Nancy que venimos siguiendo. (Llegando, incluso, a cotejar o determinar comparativamente sendas nociones sobre “corpus”.) Tal vez la dirección crítica más conveniente sea

⁶ Su trabajo como antropólogo social, más precisamente su investigación sobre la prostitución masculina en San Pablo, es una clara muestra del modo en que intentó articular las ideas de Deleuze y Guattari al saber social. Véase Perlongher 1987a, 1993, 1999.

cierta sustracción respecto de las ideas deleuzianas; no para perder de vista el horizonte sobre el que está pensando Perlongher (o desacreditarlo como 'influencia'), sino para despojarse de una tendencia a la 'explicación' o 'interpretación' –sin duda excesiva- basada en la traducción cultural de teorías (y del mismo modo que ocurre con su adscripción a la estética barroca y con su vínculo al movimiento neobarroco). Y de este modo, aspirar a una circulación del *sentido* en esa escritura puesta (y escrita) en el límite. Dicho de otro modo: recorrer Perlongher más allá del barroco y más allá de Deleuze. Esto es, indagar, señalar, apuntar la escritura de Perlongher en tanto Perlongher: el sentido de sus toques, y los toques de su sentido.

Es posible, entonces, que la escritura de Perlongher se pre-ocupe por la mostración de la *piel*, por su *exposición*⁷: una piel localizada en “la textura” del propio poema pero también esas pieles que están allí, en esa escritura que “se dirige (a nosotros se dirige) de ahí hacia allá lejos en el aquí mismo” (Nancy 2003b: 18). Nuevamente, se abre el espacio para que *advenga el contacto extraño*:

⁷ “*Expuesto*, por tanto: pero no es la puesta ante la vista de lo que primero estuvo oculto, encerrado. Aquí, la exposición es el ser mismo (léase: el existir). O todavía mejor: si el ser, en cuanto sujeto, tiene por esencia la autoposición, aquí la autoposición es ella misma, en tanto que tal, por esencia y por estructura, la exposición. *Auto = ex = cuerpo*. El cuerpo es el ser-expuesto del ser” (Nancy 2003b: 28). Y en relación con “la verdad de la piel”, observa Nancy en sus “indicios sobre el cuerpo”: “El cuerpo, la piel: todo el resto es literatura anatómica, fisiológica y médica. Músculos, tendones, nervios y huesos, humores, glándulas y órganos son ficciones cognitivas. Son formalismos funcionalistas. Mas la verdad, es la piel. Está en la piel, hace piel: auténtica extensión expuesta, completamente orientada al afuera al mismo tiempo que envoltorio del adentro, del saco lleno de borborismos y de olor a humedad. La piel toca y se hace tocar. La piel acaricia y halaga, se lastima, se despelleja, se rasca. Es irritable y excitable. Toma el sol, el frío y el calor, el viento, la lluvia, inscribe marcas del adentro –arrugas, granos, verrugas, excoriaciones- y marcas del afuera, a veces las mismas o aun grietas, cicatrices, quemaduras, cortes” (Nancy 2011: 32).

lo que en esa goteja raspadura
de barba humedecida el azulejo, o azul-
ejo de barba amanecida, lo
rocíado de esa puntillez, el punto de
 esa toca, en el rocío
de esa puntilla que se raspa, o gota
que lamina: porque la mano que ávida raspa, como una barba, el ojo
 azul de esas axilas, o esos muslos - se divisan los muslos en
 la bruma
de humo, en el vapor de esa
corrida: toca rozada, rosa
el lamé, el "por un quítame de allá esas pajas", o manotazo
 de mojado, papas
de loma en la fundidad, o el resbalón
de esas acaloradas mangas, como fleca
 de sudo: o esa transpiración de la que toca, tocada, ese tocado
ese tocado de manuelitas y ese jabón de las vencidas, sofocadas esa
 respiración entrecortada, como de ninfas
venéreas, en el lago de un cuadro, cuadriculan; cuadran, culan
en el kuleo de ese periplo: porque en esas salas, acalambradas
 de lagartos que azules ejos ciñen, o arrastran, babeándose
por los corredores de cortina, atrapalhada como una toalla que se
 desliza, o se deja caer, en los tablones,
de madera, mad, que toca, madra, toca lo madrastral de ese tocado,
 casi gris; pero que en su puntilla, a-
caso deja ver algo? se trasluce esa herida de manteca que el gollo,
 o ese fólgo, fuellante, en una oreja que no se ve
o no se sabe de qué cara es, en ese surco
 que no se ve, esa arruga
 de la transpiración: azoteas de lama,

donde el deseo en, suave irrisión, se hace salpicadura...

(“Vapores”, en Perlongher 2003: 93-94)

Podríamos *sentir*, allí, que lo que hay no es la escritura de pedazos de cuerpos: podemos tocarlos, recorrerlos en su “arealidad” (Nancy 2003b: 33), porque no están en el *aquí-mismo* del *allí* para ser leídos sino, precisamente, para ser tocados: “Lo que, de una escritura y propiamente de ella, no es para leer, ahí está lo que es un cuerpo” (Nancy 2003b: 61).

2.

Si insistimos en la *relación* con el cuerpo (sentido, es decir, tocado) no es, como quedó dicho, por un mero fetiche figurativo -aún con toda la potencia que la figuración corporal manifiesta en la obra de Perlongher- ni tampoco por constituir el eje exclusivo o excluyente que recorreremos en estas páginas. Antes bien, funciona como *incipit* o apertura para situar su límite y precisar cómo ese límite se experimenta literariamente.

En efecto, nuestro tema es el *límite* en la obra de Néstor Perlongher. A partir de aquí, es posible definir dicha obra como una experiencia-(de-los)-límite(s): una *literatura al límite*. De sí misma, en su/s relación/es, en los territorios que constituye o disputa y en sus movimientos (desplazamientos, devenires, mutaciones, etc.). Como señala Jorge Panesi, “algo quiere Perlongher que permanezca *irreductible*:

lo extremo de ese deseo, el *límite extremo*, garantía de su poder combativo” (2000: 309).

Hablar de límite, en esta dirección, supone activar una tradición teórica de amplio alcance. Se habrá advertido el lugar fundamental que posee la filosofía de Jean-Luc Nancy en ella. Añadiremos a la misma el modo en que Maurice Blanchot (1996) postula la irreductible e imprescindible articulación entre límite y experiencia, en su íntima singularidad. Pero si estos autores resultarán nuestros faros en la elaboración de una perspectiva, no pueden desconocerse otras aproximaciones, incluyendo -sobre todo- aquellas con las que se discute. En este sentido, la literatura al límite, tal como la experimenta y la pone fuera de sí Perlongher, entendemos que no se reduce a las más estereotipadas nociones de transgresión que refuerzan el lugar común de un binarismo (este lado o el otro)⁸ antes que intensificar la fuerza de lo extremo en la corrosión de los límites, que sólo podrán ser empujados, corridos, desplazados, en sus distintas puestas a prueba, pero tras los cuales no

⁸ En esta confrontación con la noción de transgresión, no estamos pensando en la teoría de Georges Bataille, diseminada en buena parte de su obra (2009), ni tampoco en la lectura que de ella hace Michel Foucault en su “Prefacio a la transgresión” [1963] (1996), quienes por el contrario se acercan notablemente a la noción de límite que manejamos. En esta dirección, también puede consultarse provechosamente Didier Eribon (2004a, 2004b), sobre todo en sus abordajes de Jean Genet, y el modo en que lo retoma Daniel Link (2005), quienes ciertamente tampoco disuelven la noción en el sentido al que nos oponemos. En efecto, el mismo Perlongher trabaja sobre la línea batailleana en torno a la transgresión como modo de lo extremo, tal como puede apreciarse en el mencionado ensayo “Matan a una marica”, por ejemplo, o en el manuscrito de su Tesis de Maestría en Antropología Social (1997 y 1986: 207). Por su parte, Philippe Sollers en *La escritura y la experiencia de los límites* [1968] (1978), podría decirse que se sitúa -valga la redundancia paradójica- en el límite: si bien se halla en la estela de Blanchot y Bataille, de todas maneras lo hace con un gesto que licúa la transgresión en el tópico constatativo de los textos rechazados por la cultura, y acaso anticipa el lugar común vanguardista del sentido lavado de transgresión. Finalmente, para otro tratamiento en torno al límite, no necesariamente vinculado a la transgresión, y un tanto distante de esta tradición teórica, véase el desarrollo que realizan Deleuze y Guattari en *El Antiedipo* (2009a).

hay nada, pues no hay afuera -del mismo modo que bajo los cuales no hay nada, pues no hay profundidad. Ni afuera, entonces, ni profundidad: solo pliegues de la superficie. Sin embargo, que esos límites puedan ser tocados mediante múltiples gestos experimentales, y así corroídos-corrídos, significa que un espacio de apertura puede agenciarse e/o inventarse, dado que al desplazarse aquello que (de)limitaban ya dejó de ser lo que era y pasó a ser otra cosa: un sitio (un mundo) desconocido. Esto, de lo cual se pueden conjeturar de inmediato efectos literarios, conceptuales y políticos, es lo que sabe la obra de Perlongher y allí radica su ética.

Así entendida, entonces, la relación entre límite y literatura, como puesta en con-tacto, y articulada con la noción de experiencia, cabe destacar que no se trata solamente de “los límites de la literatura”⁹; hablar de la literatura (puesta al) límite en la obra de Perlongher incluye, contiene, aquel problema, pero no se ciñe completamente a él sino que supone una cuestión de más amplio alcance. En este sentido, nos interrogamos por las diferentes funciones (o inflexiones posicionales, en términos enunciativos y figurativos) entre el escritor, el intelectual, el militante, el profesor, el antropólogo. Y, de la escritura a la literatura, por el límite en el que aquellas son ejercidas, y las diferencias o distinciones a las que nos conducen, en sus vueltas al límite, los registros formales heterogéneos en los que se materializan: poesía, ensayo, relato, crónica, epístola. En este punto, vale destacar la insistencia

⁹ En esta dirección, resultan inspiradores los abordajes de Alberto Giordano (2008, 2010, 2011) y de Mónica Bernabé, quien se pregunta: “Y si ya no hay futuro en el horizonte ¿qué podrá la literatura sino extender sus fronteras y hacerse de un espacio para experimentar con lo indecible?” (2017: 142). También puede consultarse Kozak (2006).

con la que abordaremos, a lo largo de varios capítulos, el ejercicio intelectual de Perlongher, esto es, la apuesta -contra una larga tradición crítica que lo lee en una actitud anti-intelectualista- por pensarlo ejerciendo esa función, aunque no identificándolo con su figura sino, antes bien, casi al contrario: exhibiendo el modo en que experimentó esa función al (y en los) límite(s) y que precisamente por eso no puede reconocerse en su figura.¹⁰

Es preciso, llegados a este núcleo, introducir explícitamente la recuperación de dos nociones categoriales a las que el desarrollo nos lleva (acaso insustituibles, y últimamente tan caídas en desgracia en medio de las apologías posmodernas): ellas son *autor* y *obra* (tan “clásicas” y modernas), en la medida en que nos dirigen a una relación que está en el centro de nuestros intereses (y de hecho es tan cara a los debates actuales): literatura y vida (variación transfigurada de aquella que aparece nítida en Perlongher: deseo y escritura).

Obra tomada en el sentido blanchotiano (1992a) y que, entendida en su complejidad, remite a esa búsqueda sólo determinada por su indeterminación (y a

¹⁰ Esta clara intención que hay en la tesis de pensarlo a Perlongher en una función intelectual ocurrió, como todo, con una interrogación en torno al tema. Esto supone un problema que asume el trabajo, debido a la extensa consideración ‘anti-intelectualista’ que rodea la crítica sobre Perlongher, incluso más que sus reticencias al respecto. Pero intuíamos que allí había una especie de valoración apresurada que además le hacía el juego y era funcional al discurso intelectual al que se pretendía oponer. Por eso nos arriesgamos con el tema, tomándolo como un desafío. Básicamente el núcleo de discusiones en los que Perlongher participaba, sumado a su perfil militante, nos llevaban en esta dirección; y no para ‘condecorarlo’ sino casi que todo lo contrario: para poder exhibir el modo en que transfigura y tuerce el ejercicio intelectual. En el desarrollo, el tema aparece de manera decisiva y extensa en la primera parte. Sus resoluciones, de resultar persuasivas, evaluarán el riesgo tomado, en la medida en que va a contrapelo de la autofiguración del propio Perlongher (he aquí una desobediencia a su autor-idad) y también de una larga tradición crítica. En fin, este es uno de los puntos que hacen al deseo de una lectura diferente de Perlongher.

esa búsqueda la podemos llamar literaria, sino directamente literatura), antes que a la acepción tradicional convencionalizada que remite a la monumentalidad y lo orgánico. (Dice María Moreno: “publico la saliva porque no habrá obra” (2002: 7); pues bien, esa saliva *ya es obra*.) Un *obrar*, así, que puede entenderse como potencia de hacer y actuar. Y asimismo, entonces, la interrogación en torno a esa vida, incluso si se solapa (o no) con el simple derrotero biográfico y supone (tal vez necesariamente) una veta testimonial (con la ilusión referencial que nos promete o seduce). De la vida en el lenguaje, podría decirse (o de la subjetividad en el lenguaje, sería otro posible guiño con resonancias), y entonces esto nos hace fluir nuevamente a la noción de experiencia que, desaparecida en la mediación lingüística, apenas podemos conjeturar mediante sus restos ambiguos, esto es, lo que de la experiencia se puede conjeturar articulado en el lenguaje, en la escritura. Y en Perlongher resulta fundamental para pensar y entender su experiencia-límite, en y de los límites, a los cuales arruina. Otra vez, esto es decisivo en el eje que organiza esta tesis, pues está en el corazón de sus hipótesis.

Por su parte, quisiéramos proponer y pensar al autor en una relación amorosa, como esa voz que nos enamora, nos afecta y nos resulta irresistible y, por lo tanto, no puede sino recibir un tratamiento amoroso. En este sentido, me gusta pensar también en un *elogio de la tesis de autor*¹¹. Por supuesto, como en toda

¹¹ Y pareciera haber una tradición de la crítica rosarina en trabajos de autor: Alberto Giordano sobre Manuel Puig, Adriana Astutti sobre Osvaldo Lamborghini, Sandra Contreras sobre César Aira, Analía Capdevila sobre Roberto Arlt, entre otros. Y dentro de la nueva generación de jóvenes investigadorxs, Julia Musitano sobre Fernando Vallejo, Natalia Biancotto sobre Silvina Ocampo, María Fernanda Allé sobre Raúl González Tuñón. En todo caso, la interrogación que se abre es qué ocurre cuando a los críticos se nos identifica con un autor.

relación amorosa habrá conflictos, y entonces lo interesante pasará en gran medida por el riesgo, esto es, no entender al autor como simple autor-idad sino estar atento a la desobediencia, a la lectura a contrapelo: ahí está la gracia, allí acontece la lectura. Del mismo modo que habrá que cuidarse de la idealización, de no resultar concesivo, sino casi que todo lo contrario: poder señalar las tensiones, las ambivalencias, las paradojas. O bien, tampoco se trata del mero personalismo (del sujeto real que escribe) aunque, como ya comentamos antes, en general suele coincidir, y en gran medida esa subjetividad escrita, sus “gestos”, sea lo que nos seduce. Por estas razones, además, podríamos alejarnos un poco de entender al autor como firma, como figura (pero no sus (auto)figuraciones), como función, aunque no puedan desconocerse los efectos de todas estas cuestiones articuladas, así como los debates teóricos que suscitan (Cfr. Topuzian 2014). Está claro, por lo demás, que el autor murió pero rápidamente ya revivió o incluso sobrevivió. Por eso, como acto de amor la relación se define en la tensión entre distancia crítica y *mimar* (en el doble sentido de ‘hacerle mimos’ y mimetizarse), y en la que en última instancia lo que aparece es la invención de su Imagen a partir del deseo (crítico). Si además la obra des-autoriza al autor, la potencia residirá en la multiplicidad de su lectura: aquello en lo que, impersonal, ya no podrá re-conocerse.¹²

¹² Desde ya, el sendero teórico (más allá de las distancias parciales con cada uno en algunos aspectos) es bien conocido en los *autores* que lo han trazado: desde la clásica e inicial intervención de Barthes con “la muerte del autor” a su propio reingreso en *Sade, Fourier, Loyola* y, para el enfoque que nos interesa, no son menores los aportes de *Fragmentos de un discurso amoroso* (2009b: 75 ss., 1997, 2006, respectivamente). El ensayo de Giorgio Agamben “El autor como gesto” (2013: 81 ss.) es fundamental y, tratándose de un autor-antropólogo como Perlongher, no puede dejar de considerarse el trabajo de Clifford Geertz *El antropólogo como autor* (2010). Por su parte, es decisiva la intervención de Foucault en *¿Qué es un autor?* [1969] (2010d), y en este punto cabría comentar que dicho autor (teniendo en cuenta además el señalado ensayo “Prefacio a la transgresión”)

En otro nivel, esta tesis cuenta, entre sus propósitos, el deseo de interrogar acerca del modo y las razones que hacen que Perlongher viva, hoy. Para eso se sitúa crítica y polémicamente contra algunos tópicos muy instalados. Además de lo ya señalado en torno al modo de entender convencionalmente la transgresión en su relación con el límite, y además también de la discusión con la lectura ‘anti-intelectualista’ con la que se caracteriza a Perlongher, se encuentran algunas otras cuestiones. Uno de los tópicos contra los que vamos es el pretendido cliché de la mezcla y/o la hibridez para hablar de la literatura de Perlongher, que homologa, confunde y homogeneiza, es decir, trivializa y aplanada, aquello que, sin tratarse de una diferenciación escindida (el otro polo de la misma lógica, en su variación taxonómica), sin embargo se presenta en sus tensiones y problematizando, de una manera tan sutil como compleja, sus puntos de pasaje (que los hay, pero indeterminadamente, es decir sin tratarse meramente de una ‘mezcla’ indistinta o indistinguible): la poesía en el ensayo, la etnografía en el poema, etc. Otro *contra* se sitúa en los rótulos con los que se identifica (nada menos) a Perlongher; la lista es bien extensa: el subversivo, el transgresor, el maldito, el excéntrico, el irreverente, el rebelde, el provocador, el escandaloso, el subversivo, el desobediente, el marginal, el insumiso, el que incomoda, etc. En este aspecto, es

funciona en este momento como una suerte de faro en su etapa entre filosofía, lenguaje y literatura, no casualmente cercana a Bataille y a Blanchot, que además de los dos textos mencionados, incluye también “El pensamiento del afuera” [1966], *El orden del discurso* [1970] y “El lenguaje al infinito” [1963] (en 1986, 2012a y 1996, respectivamente). Asimismo, a lo largo del desarrollo podrán apreciarse algunas consideraciones suyas en torno al intelectual y, fundamentalmente, la comparativa con Perlongher a propósito de la *Historia de la sexualidad*, esto es, el llamado ‘último Foucault’.

preciso aclarar que aunque no dejemos de apelar a ellos en ciertos momentos, lo que se confronta es su ligereza, o su estatuto definitorio, en lugar de un uso estratégico y situado en relación precisa con ciertas acciones, coyunturas, prácticas, etc. Asimismo, esto parece ser solidario con cierta 'romantización de los márgenes' y el marginal como figura que emerge transparente con su fuerza disruptiva. De esta manera, frente a todos los tópicos instalados en y por la máquina cultural (de signo más o menos progresista), responden las páginas que siguen para merodear la potencia de su radicalidad en su extrañamiento y rareza.

Mención aparte merecen dos *contras* parciales cuya legitimidad como lecturas críticas de Perlongher se sigue sosteniendo en un amplio alcance y, en gran medida, diseñan su interpretación. Nos referimos a la lectura canónica en torno al (neo)barroco y al abordaje queer. En el caso de la primera, no se trata de impugnar simplemente su pertinencia (por cierto, insistiremos notablemente en el tema) sino de desplazar sus efectos obturantes (que incluso dominó buena parte de los primeros tiempos críticos en torno a Perlongher), esto es, considerar su obra solo en ese marco de lectura y vincularla exclusivamente con ese eje, lo cual además lleva a indagar solo en su zona poética, o a lo sumo sus ensayos sobre literatura, desconociendo el flujo del resto de su obra, especialmente la vinculada a cuestiones sexogenéricas. En cuanto a lo queer, el punto de confrontación se sitúa en las aproximaciones apresuradas a las que conduce (en gran medida, causa y consecuencia de las valoraciones expuestas más arriba); de ninguna manera, no obstante, se trata de una impugnación categorial ni política, sino exactamente al revés: precisamente porque nuestra intervención se sitúa en su perspectiva, se

inserta en sus búsquedas, compartiendo su lengua conceptual y su pulsión política, es que el objetivo se orienta a intensificar su fuerza, discutiendo entonces con sus usos más banalizantes y despotenciados.

Por lo expuesto, entonces, quisiera subrayar el modo en que nos interesó tomar cierta distancia, en la lectura que realiza la tesis, respecto de los tópicos críticos más o menos tradicionales que se han construido en torno a la obra de Néstor Perlongher -aunque obviamente, no dejemos de atender a ese desarrollo crítico, instalando el diálogo con él, ya sea para retomar o ya sea para discutir algunos de sus puntos elaborados. Fundamentalmente, como quedó dicho, se trata de lecturas en clave neobarroca, pero también en la estela de Deleuze, esto es, la distancia conveniente para no enfatizar abordajes deleuzianos que serían como obvios, más allá de lo que la misma obra de Perlongher impone para poder ceñirla. Y por último, la atención puesta a la propia perspectiva de nuestra investigación (por lo menos una de las más definitoria), la queer, en la medida en que actualmente puede observarse (como apuntamos antes) una construcción bastante paralizante y gastada en torno a Perlongher. A otro nivel, tratamos de no perder de vista (pero también reafirmando la distancia crítica) las reapropiaciones de la obra y la figura de Perlongher que, a causa de sus múltiples facetas, han ocurrido en áreas que exceden la crítica literaria, entre ellas la antropología y el activismo LGTBI, tanto en Argentina como en Brasil.

En esta dirección confrontativa, para exponerlo con más detalle, la recepción neobarroca, con sus polémicas incluidas, que supuso básicamente su lectura poética en los años '80, fue fundamental, pero precisamente por haber sido

fundamental, obturó en gran medida las lecturas posteriores. Entendido entonces como una operación, como un dispositivo de posicionamiento en el campo poético-literario ligeramente institucionalizado (a lo cual el propio Perlongher contribuyó a movilizar, cristalizar, promover -piénsese, además de todo lo conocido, en las antologías que él prepara y luego continúa Roberto Echavarren), desde el comienzo nos interesó desmontar la cuestión neobarroca. No para impugnarla (no se trata de un criterio de valor simple) sino para mostrarla, justamente, como operación institucional. Por esto, encarar hoy las recepciones y polémicas neobarrocas, incluyendo ciertos ensayos de carácter fundacional, puede suponer un abordaje en el cual más que bibliografía ya funcionan también como fuentes.

Del mismo modo, actualmente es preciso encontrarse muy atentxs a la crítica queer en torno a Perlongher. Atentxs quiere decir 'en guardia', en un sentido de exigencia, evitando el 'relajamiento', situándonos incluso en una perspectiva queer pero discutiendo algunas apropiaciones que se realizan de Perlongher pretendidamente queer, en la medida en que puede observarse una creciente producción crítica (no sólo desde la literatura) que construye lo que llamamos una "doxa Perlongher" que instala clichés, a veces casi banales, lo aborda con idealizaciones, en fin, produce sentido común que lo achata, lo normaliza respecto de lo que puede continuar insistiendo como intratable y de ese modo lo despotencia; lo vuelve objeto cultural que cumple una función específica en la propia lógica de la cultura que lo devora. Es aquí sobre todo donde adquieren más sentido etiquetas como las enumeradas más arriba. Por cierto, como también ya señalamos, varias de esas palabras no resultan *per se* triviales, casi todo lo contrario, pero también a

ellas mismas se las licúa en sus usos tan ligeros. Muchas de las apropiaciones y lecturas queer que van por este lado, además suelen efectuar respecto de la teoría -como correlación inevitable- un sencillo 'aplicacionismo'.

Desde el comienzo, es decir desde la investigación en la que se sostiene, este trabajo siempre se decidió a tomar el horizonte de toda la producción de Perlongher, esto es, la obra en su conjunto (en este caso entendida como disposición material). Por eso, si bien nos detendremos, obviamente, en su poesía, y prestaremos particular atención al modo en que, institucionalmente hablando, su producción (y fama) como poeta le valió un fuerte reconocimiento, sobre todo en vida (entre sus contemporáneos), de todas maneras, y en la medida en que también partimos de su reconocimiento como antropólogo y militante sexual, nos interesa poder vislumbrar los pases entre sus diferentes escrituras (sus ensayos, su trabajo antropológico, sus relatos, sus textos militantes). Y además, es posible interrogarse por sus recepciones críticas en distintos momentos, y fundamentalmente, su distinta recepción en Argentina y en Brasil. En este punto, quisiéramos poder formular (sueño crítico) una lectura renovada mediante el abordaje o *tratamiento* integral de su obra. Por lo tanto, el objeto que esta tesis construye es el 'objeto'-Perlongher, que se solapa con su propia obra reunida en conjunto, y ésta, a su vez, constituye su *corpus* (mas nunca su cadáver).

De este modo, además de lo que la tesis propone en su recorrido, cuyo trayecto describiremos más abajo, importa destacar la inserción de la que parte y las proyecciones que suscita. Hay una insistencia en el modo en que la obra de Perlongher participa de ciertas tradiciones (literarias, políticas, culturales, teóricas),

formulándose en y desde ellas, y plantéandose -podría decirse- como nudo articulador: pues Perlongher trabaja con la suma de saberes actuales de sus años y condensa legados, pero también contiene en potencia lo que vendrá. Hay algo de Perlongher que puede entenderse como visionario, aunque no sólo como militante sexual, sino también en un sentido político fuerte, en su discurso anti-identitario, así como en lo que delatan las proyecciones y reapropiaciones de su trabajo como etnógrafo, y sobre todo en la influencia de lo que hace a su literatura: una estética de la superficie, una poética corporal-sensorial como experimentación y afección, una lengua literaria sexopolítica que polemiza con el canon heteronormativo y que formula una política del lenguaje, la cual emerge de su experimentación literaria.

En esta dirección, resulta importante lo que la obra de Perlongher *abre*, y en múltiples derivas. Situándola entonces como nudo, a partir de las conexiones y puentes que es posible trazar con otrxs autorxs, otras obras, otras literaturas, de lo que se trata es del diseño de distintas cartografías (literarias, culturales, intelectuales, teóricas, militantes) que van señalando algunos *pasajes*. Por ejemplo, las referencias a otros autores (como Puig, Lamborghini, Copi, Fogwill, entre otros) aparecen a medida que la literatura misma de Perlongher los convoca (alguna zona focalizada a propósito de cierta cuestión puntual, alguna comparación trazada a partir de un punto preciso), formulando así series muy específicas, o incluso microscópicas (moleculares, diría Perlongher), y entonces ya no cristalizan bajo el régimen o la noción de una “tradición”, ya no se piensa en una cuestión ‘macro’, sino que se sigue una pista. En este punto, además de “tradición”, nos desmarcamos de nociones como “influencia” o “legado”, aunque a su vez estos

términos sí pueden darse en otro sentido, para pensar otros autores (como Pedro Lemebel o Roberto Echavarren). Hay además comparativas concretas, como es el caso de Michel Foucault y Guy Hocquenghem, a partir del pensamiento sexual. Y además algunas menciones puntuales pero también en la medida en que la obra de Perlongher las imanta como eco, bajo relaciones intertextuales bastante explícitas o a propósito de operaciones poéticas concretas y particulares o simplemente por la productividad comparativa (aquí podrían citarse, por ejemplo, ciertos autores brasileños como Glauco Mattoso, Wilson Bueno o Haroldo de Campos). Como sea que se materialice la figura o tropos de la relación (influencia, pista, serie, comparación, etc.), y más acá de la lógica diferencial que sostiene a cada una, lo que importa entonces es observar cómo la obra (la literatura) de Perlongher se expande y se derrama en otras obras y otrxs autorxs, cómo irradia y contagia otras literaturas, cómo continúa en otros textos. En la medida en que estalla en una multiplicidad de series y habilita numerosas comparativas, se puede apreciar, además, cómo una “tesis de autor” (cuyos detractores acusan de obsoleta por ‘cerrada’) puede salir de su convencionalismo y mostrar su potencia, no haciendo otra cosa que *abrir* líneas de lectura crítica. Esto además tiene consecuencias directas en la valoración de la figura de Perlongher: es que el afán por transitar su obra (es decir, su vida y su pensamiento) no lleva a una celebración individual, ni mucho menos genial ni heroica (precisamente nuestro abordaje se propone desmontar todo eso), sino a destacar su singularidad pero derramándolo permanentemente en su relación abierta: con los otros, con alguna forma de comunidad.

Aparece así la apuesta por un *relato crítico* en torno a Néstor Perlongher¹³. Este relato encuentra en lo ensayístico de este trabajo, a lo largo de las páginas que vendrán a continuación, la forma que organiza y estructura la exposición, que orquesta su cadencia. Se trata de dos partes con tres capítulos cada una, y diversos apartados en su interior, que procuran ofrecer un ritmo y un devenir, acorde con el horizonte de las hipótesis, cuya productividad conceptual (además de una apuesta de escritura) acompañe la disposición tópica por el recorrido de Perlongher, sobre todo en la transversalidad del corpus y en el solapamiento de temporalidades diferentes. En este sentido, la *dispositio* no sigue, desde ya, un hilo lineal, mucho menos cronológico, aunque por momentos se sirva de algo que se le parece o que se encuentra en su proximidad lógica. Y esto, además, explica las diversas extensiones que toman los capítulos, en función de lo que cada uno impone, así como distintas digresiones y recursividades que también se entendieron como necesarias, en función del desarrollo.

Dicho desarrollo, por su parte, se mueve superponiendo diversos planos (biográfico, temporal, literario, cultural, intelectual, político, militante, lingüístico, disciplinar, etc.) y opera a partir de dos propuestas, que en líneas generales se

¹³ La fórmula, y cierto modo de ejercerla, viene lógicamente de Nicolás Rosa (2006b). Pero también podría pensarse, por ejemplo, en el trabajo que realiza David Viñas sobre Lucio V. Mansilla: si (la vida de) Lucio V. Mansilla es el “novelón” del siglo XIX (pero sin retórica realista sino en el fragmento como forma -de intervención (crítica)), Perlongher es el novelón del tiempo de una política sexual: de fines de los ‘60 a comienzos de los ‘90, esto es, del liberacionismo y la revolución (sexual) al estallido de la pandemia del vih/sida y la emergencia de lo queer como “acontecimiento” (en el sentido de Badiou (2007)). Al mismo tiempo, tampoco podríamos resistirnos o renunciar a la ambición de la voluptuosidad ensayística de Ezequiel Martínez Estrada, especialmente sobre *Martín Fierro*, en tanto clave y cifra interpretativa. Por último, cabría pensar en el *Sobre Sánchez* de Osvaldo Baigorria, que a través de la vida de Néstor Sánchez habla más del propio Baigorria y de su tiempo compartido (contemporáneo) (2012).

corresponden con las dos partes, y aparecen adquiriendo definiciones disímiles cada una (más tentativas, más focalizadas, más transitorias, más estratégicas, más expandidas, más funcionales, en fin, según la ocasión que exija la argumentación), y recién se sintetizan en sus proyecciones en las Conclusiones: nos referimos a la *imaginación territorial* de Perlongher y a su *pensamiento literario de la sexualidad*. No son, por tanto, conceptualizaciones cerradas (al menos en el marco de esta tesis) sino fórmulas usadas estratégicamente, incluso de manera tácita. Acaso la segunda, que titula el último capítulo, pueda encontrar un mayor desarrollo, pero a su vez la primera muestra unas proyecciones más precisas en las Conclusiones. Por lo demás, si un hilo rojo (por momentos invisible, por momentos explícito) se tiende en la conjugación del recorrido, ese hilo es la pregunta por cómo hacerse escritor, esto es, la entrada a (y en) la literatura de Perlongher, sus comienzos literarios, en tanto militante que devino escritor y en tanto antropólogo que escribe literatura (o literariamente): esto es lo que permite entender, de nuevo, la extensión de su obra como literaria. Y se encuentra *en todas partes*: “Bajo las matas / En los pajonales / Sobre los puentes / En los canales”. Allí está no solo la exigencia poética sino sobre todo el *cuento* del (que hace al) relato crítico.

En suma, y antes de pasar al resumen descriptivo de sus partes y capítulos, esta tesis trabaja sobre el horizonte de la noción de límite, como una experiencia de lo extremo, y también como aquello que separa respecto de otra cosa, de modo que, aún pese a las abstenciones respecto de ciertos modos de entender los límites que hemos precisado, se trata de un sentido múltiple de límite/s. Lo hará siguiendo y abordando diferentes formas heterogéneas que se corporalizan en la obra

(fundamentalmente escrita) de Perlongher, a las cuales llamaremos literatura. Y entre otras cosas, esos límites también delimitan tiempos, por caso los de una investigación, específicamente la que está en la base de estos resultados¹⁴. Por lo demás, la perspectiva de estudio asumida funciona en sintonía con sus propósitos, esto es, el enfoque transdisciplinario elaborado para su sostenimiento, que en rigor ya está dado por la amalgama que lo informa: los usos críticos de la teoría literaria, los estudios sexogenéricos (en especial la vertiente de la perspectiva queer), las líneas filosóficas de orientación posestructuralista (entre ellas el trabajo con la biopolítica), los diversos modos de historia cultural, política e intelectual.

3.

Como quedó dicho, esta tesis se centra en la obra de Néstor Perlongher, y se organiza sobre la noción de límite, en varios sentidos, y, aunque toma la obra en su conjunto como horizonte, recorre, desde ya, algunos momentos o zonas

¹⁴ En este sentido, merece una mención específica la publicación de la *Correspondencia* de Perlongher, en un volumen compilado por Cecilia Palmeiro. Sin duda, dicho volumen hubiese arrojado algunas pistas preciosas para incluir en este trabajo. Pero para el momento de su salida, la investigación y la conformación de las fuentes de esta tesis ya estaba materialmente cerrada, razón por la cual en el abordaje que realizamos de las cartas de Perlongher en uno de los capítulos trabajamos con las disponibles en ese momento. Lo mismo vale en términos bibliográficos con algunos materiales teóricos y críticos recientes que ya no pudieron ser considerados. Por lo demás, los tiempos de una investigación también son políticamente coyunturales: al comienzo de la misma, esta tesis intentó pronunciarse mediante el pensamiento anarcolibertario de Perlongher contra ciertos usos estatales de las nociones de Patria y Nación (aunque, honestidad intelectual mediante, es preciso reconocer que esa investigación fue financiada durante cinco años por ese Estado que confrontaba), así como también intentaba responder a ciertos lineamientos de las políticas sexogenéricas dentro del activismo feminista y LGTB. Sin embargo, hoy, lo que aparece es una radicalización de sus postulados: aquellas discusiones parecen recordarse como *casí* ociosas, o al menos extrañamente lejanas, y la perspectiva asumida parece adquirir ahora, en la actual coyuntura, su fuerza más cabal. La crítica no puede ejercerse sino en (y desde) algún modo o plano del presente, real o imaginario.

puntuales, cual 'episodios' focalizados, pero además en algunos tramos se proyecta o expande a un mapeo o derrotero que se propone recorrer específicamente ciertas zonas de intervención o discusiones de orden teórico como puntos de inflexión.

“Los homosexuales no tenemos patria”, decía hacia 1975 el Frente de Liberación Homosexual argentino (FLH). La expresión, claramente una profanación de la conocida frase marxista (“los obreros no tienen patria”), hace posible varias lecturas y preguntas que se irán desplegando en la primera parte: “Los límites de la Patria”. Para comenzar, tal vez la interrogación más inmediata, a propósito de Néstor Perlongher, uno de los miembros más sobresalientes del FLH, sea de qué modo nos permite abordar la relación entre unas nociones heterogéneas, pero naturalizadas mediante operaciones políticas, sociales y culturales que las articularon como si fuesen necesarias o inevitables, incluso lineales y transparentes, y fundamentalmente aquí situadas en una serie de acontecimientos históricos cuyas coyunturas, a su vez, las ponen en discusión en distintas direcciones. Nos referimos, entonces, además de “patria”, a nociones como “nación”, “Estado”, “territorio”, “identidad”. El arco cronológico que abarca estas cuestiones va desde comienzos de la década de 1970, con el surgimiento del FLH en el contexto de las vanguardias políticas del momento y sus tensiones con la izquierda y el peronismo, pasa por los años de dictadura cívico-militar, y llega hasta la década de 1980, con las discusiones que ya comienzan a tener lugar sobre el fin de la dictadura, la guerra de Malvinas, y finalmente la transición democrática. Obviamente, la temporalidad que se organice en torno a este arco no será prolija respecto de su sucederse, ni mucho menos del tiempo calendario, aunque lo seguirá bastante de cerca. Fundamentalmente,

porque estas coyunturas irán puntuando una serie de acontecimientos en Perlongher, anudando vida y obra, que dan lugar a las focalizaciones que nos interesa recorrer. En efecto, durante estos años los tránsitos de Perlongher incluyen la militancia, la entrada a la literatura, el exilio brasileño y la intervención escandalosa en ciertos temas caros a la discusión “nacional”. Y al mismo tiempo, una escritura ya pretendidamente literaria que se inmiscuye en el pasado argentino y, a su modo, lo actualiza.

Así, el Capítulo 1 se detiene, en primer lugar, en la polémica desatada entre Perlongher y los integrantes de la revista *Sitio* a partir de la guerra de Malvinas. La intervención de Perlongher se centra en la enérgica disidencia con la guerra, movilizadora -en rigor- por su impugnación a un reclamo territorial en nombre de la identidad nacional, y en el marco, además, de la dictadura cívico-militar argentina. Se puede observar, así, cómo Perlongher configura un pensamiento disidente con cualquier forma identitaria (es decir, no sólo sexual -la más evidente en su obra- sino también nacional, y más aún, cómo ambas se correlacionan en muchos puntos). Por su parte, quienes integraban *Sitio* asumieron un posicionamiento de defensa nacional, en nombre de la soberanía antiimperialista, que fue bastante común a gran parte de la izquierda argentina ante esa coyuntura. Asimismo, el análisis de la polémica en *Sitio* funciona como entrada para la extensa exploración que tiene lugar en la segunda parte del capítulo. Allí se efectúa el tratamiento más amplio de la cuestión intelectual en Perlongher en el campo cultural argentino (en el que se conjugan o solapan lo político y lo literario) durante los años 80 con eventuales retornos a su experiencia militante en los años 70 (esto es, el arco

histórico que va del FLH a la cristalización de su conocido pensamiento no identitario durante los 80, pasando por su exilio brasileño en el que desarrolló la mayor parte de su obra literaria, antropológica y ensayística). De allí se desprenden los ecos que resonarán al respecto a lo largo de todo el trabajo.

El Capítulo 2, por su parte, se detiene en las operaciones poéticas del primer poemario de Perlongher, *Austria-Hungría*, a través de lo que llamamos una violencia sexopolítica. En este sentido, es para relevar el modo en que se puede leer allí la inserción de Perlongher en una larga tradición literaria argentina así como en las estrategias culturales de las sexualidades disidentes.

Finalmente, el Capítulo 3, nos sitúa en las intervenciones de Perlongher en la revista *El porteño*, a partir de dos episodios puntuales: la publicación de su relato “Evita vive” y una ‘mini-polémica’ con la Comunidad Homosexual Argentina (CHA). En ambos casos, además de poder observar otro ángulo del mapa cultural argentino de la década de 1980, lo que se puede observar es el trabajo de Perlongher con la profanación de una figura nacional sagrada como Eva Perón y, al mismo tiempo, el terreno en el que se dirimen disputas del activismo sexual como territorios o como imagen territorial (“las islas”, dirá Perlongher), en correlación con las mismas disputas que se definen como nacionales (o que definen lo Nacional).

Tal como nos proponemos exponer en este trabajo, la obra de Néstor Perlongher nos sigue interrogando tres décadas después acerca de los límites entre literatura, filosofía y ciencias sociales como posibilidad de encuentro con un saber sobre la “sexualidad” que en su coyuntura supone un desafío disidente a la heteronormatividad y a cualquier modo de identidad (no sólo sexo-genérica, sino

también lingüística o nacional). Sus planteos, que además de disciplinares son vivenciales y políticos, es decir situados, se hallan en los límites entre dos temporalidades: por eso, podemos decir que Perlongher es nuestro “contemporáneo”. Nos centraremos entonces, en la segunda parte, “Los límites de la sexualidad”, en el modo en que Perlongher va trazando ciertos límites desconocidos (que suponen un corrimiento de los límites dados) acerca de las ideas minoritarias sobre “sexo” tanto en su producción ensayística como poética y testimonial. Así, Perlongher pondrá en escena una “experiencia-límite”, que es esencialmente escrituraria e interpela el poder de la literatura, pero asentada, también, en sus propias vivencias personales: de este modo, lo que también se pone en juego es la posibilidad de una redefinición de los vínculos homoafectivos, sobre todo a partir de la emergencia del vih/sida. Sea bajo la figura bélica de la “trinchera” (que permite una lectura precisa de su formulación como “un barroco de trinchera”), sea insistiendo con sus figuraciones intelectuales, sea a través del modo en que se inflexiona “una política sexual”, en todos los casos en esta segunda parte puede observarse nuevamente que lo que la tesis postula se sostiene en el eje del que parte (la cuestión del/los límite/s, en tanto entrada conceptual), el cual, en rigor, se expresa y se realiza en el recorrido que trazan y proyectan los distintos planos superpuestos: temporal, biográfico, intelectual, literario, político, teórico.

De este modo, el Capítulo 4 desempeña un rol no sólo afirmativo sino además articulador, en términos conceptuales, dentro de todo el trayecto, pues en gran medida recupera varias de las cuestiones tratadas en la primera parte y necesarias para la integración posterior (o que cobran un sentido más solvente en su juntura).

Entonces, cual bucle, la recursividad de este capítulo no impide avanzar sino al contrario: se detiene así en conjeturas en torno al pensamiento de Perlongher, y -a través de sus diferentes apartados- lo sitúa a partir de la conjugación entre su entrada a la literatura, su acción militante e intelectual y su apropiación y postulación de nociones vinculadas a la sexualidad.

El Capítulo 5, a su vez, tiene dos partes bien marcadas y se propone mostrar un arco preciso: el tiempo de una política sexual. Lo hace, en su carácter disímil o heterodoxo, exhibiendo las dos puntas de ese arco o parábola. En primer lugar, el tratamiento de un texto militante de Perlongher, que se titula elocuentemente “Por una política sexual”. Se enuncia, así, una intervención que -aunque redactada a comienzos de los '80- encuentra en el FLH su horizonte de emergencia. En tanto fórmula, tomará diferentes puntos de inflexión dentro de la obra del propio Perlongher, e incluso podrá constituir un arco recurrente y distintas series, pero siempre su punto de cancelación parece darse con la expansión pandémica del vih/sida, esto es, el acontecimiento que pone fin al sueño liberacionista que pergeñó esa política. De allí que la segunda parte del capítulo se ocupe del impacto del vih/sida en Perlongher, sus vivencias como seropositivo, registradas en las cartas dirigidas a su amiga Sarita Torres, las cuales dan un cierre posible a la vida y la obra de Perlongher. Por lo demás, hablar de una política sexual en Perlongher, a través de los desplazamientos que él mismo impone en su vida y su obra, supondrá entonces dar cuenta, en su relato crítico, de cómo la política deviene sexual y cómo la sexualidad se politiza, o bien cómo la sexualidad deviene política, y cómo la

política se sexualiza, lo cual es como decir que no sólo todo sexo es político sino también que toda política es sexual.

Finalmente, el Capítulo 6 se detiene y explora el modo en que el ensayo y la poesía en Perlongher pueden tomar sus puntos de pasaje, considerando aquí el rol clave del barroco en términos afirmativos (y ya no opositivos), y a partir de aquí las comparativas que, por la vía del ensayo, puede provocar su obra, fundamentalmente en relación con el pensamiento de la sexualidad. *Del ensayo errante*, podríamos decir, y en relación con él las conjeturas trazadas en sus proximidades y distancias con cierta zona de las obras de Michel Foucault y Guy Hocquenghem. En esta dirección, y como efecto de la articulación del recorrido, se procura destacar lo que de literario (¿o libertario?) tiene el pensamiento de la sexualidad en y de Perlongher como su marca (tajo/tatuaje, diría él) singular.

Por último, las Conclusiones que se trazan al final, en lugar de sintetizar el desarrollo, funcionan, en rigor, como un Epílogo de todo aquello que el recorrido de la tesis puede proyectar.

4.

Para cerrar, cabe comentar que la investigación de posgrado en la que se origina esta tesis (como asimismo la de Maestría que defendimos hace algunos años) nos ha llevado a concretar una estadía en el CEDAE (Centro de Documentación Cultural “Alexandre Eulalio”) de la Universidade Estadual de Campinas. En esta institución se halla alojado el Archivo de Néstor Perlongher, compuesto por sus manuscritos, papeles personales y una gran cantidad de

borradores y textos inéditos. Aún con toda la precaución que exige dar a conocer material que no fue publicado en vida del autor, como así también considerando las reglamentaciones institucionales que establece el Archivo para su preservación, iremos convocando algunos documentos a lo largo de este trabajo, en la medida en que sean funcionales o efectúen aportes interesantes o pertinentes al desarrollo, y complementando el corpus que se encuentra editado en publicaciones. Por obvias razones de acceso los citaremos, sino completos, por lo menos *in extenso*. Y, de todas maneras, incluiremos reproducciones fotográficas como “Anexo”.

Respecto del uso de la noción de archivo, además, es preciso aclarar que simplemente la emplearemos en su sentido fáctico, como fondo documental del que dispone o que organiza un repositorio, esto es, en un sentido no complejo que, por el momento, se abstiene de las conceptualizaciones vigentes más atinadas y agudas en torno a la cuestión. Si bien no desconocemos el problema conceptual y metodológico (e incluso moral) que, como pregunta abierta, ofrece el archivo (¿hasta dónde llega la obra? ¿qué hacer con esos ‘papeles’, qué uso darle?), de todas maneras nuestros objetivos modestos para con sus documentos, dentro de los límites de esta tesis, nos orientaron a esta decisión discrecional, y nada impide su reconsideración a futuro. Para dar un ejemplo casi al azar entre muchos: si, por ejemplo, puede trazarse un reordenamiento del flujo de la producción poética de Perlongher, puede considerarse que su libro *Parque Lezama* ya estaba concluido mientras publicaba otros dos, y su salida fue posterior aunque ya estuviera escrito; esto Perlongher ya lo menciona en alguna entrevista, pero solventando sus declaraciones es la observación del archivo lo que lo exhibe. Se ven así los efectos

de *hacer archivo* cuyas consecuencias críticas podrían ser, por ejemplo, el reexamen de su recepción neobarroca.

Por lo demás, como sabemos, la Universidad de Campinas fue importantísima para Perlongher ya que se trató del centro académico en el que desarrolló el grueso de su labor como antropólogo social. Y allí, además de encontrarse alojado su Archivo, fue donada su biblioteca personal (repartida entre las bibliotecas del Instituto de Estudios del Lenguaje y el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas). De Campinas trajimos muchos tesoros que le dieron a esta investigación sobre Perlongher un giro fundamental y decisivo, por el aporte de una cantidad de material desconocido que permite efectuar conjeturas críticas muy interesantes sobre su obra. Los hallazgos allí, en efecto, tuvieron mucho que ver con la elaboración de esta tesis, en lo que quiere proponer y sostener, y alentaron y condujeron la investigación hacia decisiones imprevistas que finalmente fueron medulares y, a la vez, se articulaban (y complementaban) muy bien con una serie de inquietudes en las que ya veníamos pensando. Entre los tesoros hallados, un día revisando la amplia biblioteca de sexualidades y género alojada en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas, encontré el ejemplar de *La voluntad de saber*, perteneciente a Perlongher, que se menciona en uno de los capítulos y es usado como señuelo. Fue un momento, podría decirse, epifánico.

PRIMERA PARTE

Los límites de la patria

CAPÍTULO 1

Un sitio para la polémica intelectual

1. Malvinas en *Sitio*: traición, ironía, ilusión

Una polémica intervención de Néstor Perlongher en la revista *Sitio* nos lleva a tomarla como *locus* de partida. Publicada en Buenos Aires entre 1981 y 1987, dicha revista alcanzó un total de seis números en cinco volúmenes (ya que los números 4/5 aparecieron en un solo volumen). Entre sus miembros más destacados se encuentran Ramón Alcalde, Jorge Jinkis, Luis Gusmán, Eduardo Grüner. Sin embargo, la revista se resiste –no sin paradojas- a ser tratada como proyecto colectivo o grupal. Es fundamental, en este sentido, que la revista decida no incluir una “editorial”, a la que entiende como la “declaración de principios” que tiene el “hábito de decir lo que se quiere decir antes de decirlo”, y opte, en su lugar, por proponer una sección llamada “Entredichos”, en la cual puede “hacer conocer lo que una editorial habría tachado o acallado”; de este modo, las notas publicadas en esa sección “llevan firmas para no sugerir un autor colectivo”. No obstante, lo paradójico de tal intención se encuentra, en primer lugar, en estas declaraciones en sí mismas, publicadas en el número 1 como copete sin firma de la sección en cuestión, que terminan afirmando eso de lo que quieren escapar: la declaración de principios de

una editorial mediante la voz anónima y, por defecto, colectiva (una suerte de “farfuleo” barthesiano –anulación por adición- es la trampa que el lenguaje le tiende a *Sitio* (Barthes 2009b: 115)). Y en segundo lugar, en el número 2, los “Entredichos” son firmados grupalmente, a raíz de la guerra de Malvinas. Con todo, señalar estas paradojas tampoco desmiente categóricamente las inflexiones singulares de cada uno de los miembros, en cada uno de sus ensayos. Si resulta importante apuntarlo es porque la discusión en torno a un posible “nosotros” se va a jugar en varias direcciones en los “Entredichos” del segundo número (y no como un simple detalle); porque, en la polémica, Perlongher lo va a subrayar con especial énfasis; y porque, en definitiva, se juegan en estas paradojas las tensiones de un proyecto literario-intelectual, que hacen emerger una interrogación: ¿de pronto un “nosotros” se vuelve posible?, ¿para afirmar qué? En el caso del tercer número, los “Entredichos” (definidos acá como “el modo en que nuestra ‘editorial’ se expone en una polémica”) fueron “empujados” de las primeras páginas al centro de la revista, en el Suplemento o Anexo “Del exilio”. Precisamente, entonces, aquí nos detendremos de manera especial en sus tres primeros números (1981, 1982 y 1983) porque es en ellos donde se encuentran los ejes de la polémica con Perlongher y sus resonancias¹⁵.

¹⁵ Quisiéramos aclarar el criterio de citación de los textos de *Sitio*: por el modo pormenorizado en el que los iremos convocando, y para evitar cierta ripiosidad de referencias -tratándose de textos bastante breves-, indicamos aquí que citaremos los siguientes: “Entredichos” de *Sitio* 1 (que incluye los ensayos sin títulos individuales de Jorge Jinkis, Eduardo Grüner y Luis Gusmán), “Entredichos” de *Sitio* 2, que lleva por título “Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!”, y de *Sitio* 3 “A la tibia musa, de un vate desencantado”, de Jorge Jinkis, e “Ilusiones de isleño”, de Ramón Alcalde; el texto de Perlongher (“La ilusión de unas islas”), también publicado en ese número, se encuentra recopilado además en *Prosa Plebeya* (Perlongher 1997: 181 – 183). En el cuerpo del desarrollo, siempre se inferirá sin riesgo de confusión el texto al que nos estemos refiriendo. Y lógicamente, en la bibliografía final se encuentran desagregados explícitamente.

Quizás convenga precisar los tópicos que aparecen en los “Entredichos” de ese primer número para dimensionar sus términos, ya que retomaremos algunos de ellos en el análisis. Ante todo, *Sitio* se afirma contra la tradición humanista, y también contra el realismo (como causa -Jinkis-, como inocencia del lenguaje -Grüner-, como límite discursivo sobre la realidad -Gusmán-): en estas confrontaciones, recuerda claramente a *Literal*. En un plano más individual, la intervención de Jinkis se articula en torno a la traición (de la literatura, del intelectual) como acto irreductible que se tensiona con los usos y sentidos determinados por la cultura. Afirma, además, que “enunciar una política literaria” es “la función más siniestra del intelectual”, y al mismo tiempo efectúa un elogio del rodeo y de la “escritura entre líneas” como la forma conveniente para la discusión, puntualmente sobre la censura (remitiendo, de paso, al texto de Leo Strauss, “Escribir entre líneas, un arte olvidado”, en torno a ese modo de escritura como técnica contra la persecución, publicado en la revista a continuación de estos “Entredichos”). Por su parte, del ensayo de Eduardo Grüner quisiéramos focalizar su modo de entender la escritura como imposible de “ser inocente” y, por ende, “tampoco el que escribe se hace *ilusiones*” (cursiva mía): más bien, desconfía en la palabra. La escritura, así, resulta “la posibilidad y la voluntad de una *traición* al destino de la lengua” y un escritor es “un *traidor*”, “un criminal de la lengua”. Por eso, además, ante el “asedio de la razón de Estado”, la literatura se afirma como “la negación de toda utilidad”. Finalmente, el texto de Gusmán también señala la irreductibilidad de la literatura, la cual “no tiene por qué ponerse de acuerdo con ningún medio *sociocultural*”, como “el mensaje utópico [que] sacrifica la escritura en función de la doctrina” o como “*ilusión*

que sólo puede evocarse bajo la forma de la nostalgia” (cursiva mía); así, afirma una vez más su inutilidad, su resistencia a la ejemplaridad, puesto que “su existencia es su imposibilidad misma”: “palabra *muda*” que “llega a veces por donde menos se la espera”.

De este modo, podría decirse que una obvia ironía recupera los avatares inaugurales de la revista *Sitio*. Un título que quiere, de entrada, darse -y exhibir- un *locus* enunciativo para formular una ética literaria, y para esto pondrá en juego, desde los “Entredichos” de ese primer número, un despliegue de variaciones en torno a las figuraciones locativas que ese nombre soporta y habilita. Se quieren pensar -o, lo que tal vez sea lo mismo, imaginar- lugares (aún con la forma de “no-lugares”¹⁶): de la literatura sobre todo, pero también de la cultura, de la política y del ejercicio intelectual. La obvia ironía que mencionamos (obvia por evidente, por estar “sujeta a un sistema completo de destinación” al modo barthesiano (2009a: 58)) se completa cuando consideramos la irrupción de una circunstancia política ‘exterior’ que tiene como objeto de conflicto un *locus*, un ‘sitio’ territorial, que marcará un tajo en la historia argentina: nos referimos, claro está, a la guerra de Malvinas. La revista decide hacerse cargo de este acontecimiento, dedicándole los “Entredichos” del segundo número; número cuya salida, de hecho, se retrasa (comentan que se comenzaba a componer tipográficamente justo el 2 de abril) y que además es modificado (precisamente con el agregado de los “Entredichos” escritos a partir de

¹⁶ Como allí afirma Jinkis, “pues la literatura vive de esa imposibilidad de responder a las demandas sociales y del disentimiento con el bien supremo de la moral de turno. ¿Cómo hacer lugar para este no-lugar de lo injustificado?”.

la guerra). Este episodio, si bien puede leerse como un derrape moral¹⁷, fundamentalmente marcará una herida en la revista, cuya cicatriz tal vez nunca podrá borrar del todo en –y por- su corta, aunque intensa, duración.

En efecto, una ironía complementaria a la anterior también podría trazarse entre la declaración de principios enunciada (a su pesar) en el primer número y el desajuste (o la *dislocación*) a la que el conflicto bélico malvinense arrastra a la revista, que, ciertamente, *se deja* arrastrar. En este contexto, la intervención polémica de Néstor Perlongher en el número 3 (mediante una carta-ensayo que cuestiona los “Entredichos” del número anterior) es decisiva por los efectos que tiene en dicho número, en el cual los miembros de la revista, si bien *deciden* publicar el texto de Perlongher (ya que podrían haberlo ignorado) y, además, responderle (o sea, *deciden* exponerlo y *exponerse*), no es menos cierto que, al encontrarse en situación de respuesta, se ven obligados a tener que ‘justificar’ sus propias acciones discursivas, en gran medida ratificando sus perspectivas morales. Esto es lo que ocurre, concretamente, en las respuestas de Jinkis y Alcalde, directamente dirigidas a Perlongher, pero también podría pensarse que el resto de los textos que contienen los “Entredichos”, dedicados -como “Suplemento”- al tema del exilio, es igualmente

¹⁷ Aunque el término “derrape” me pertenece, sigo en este sentido (el desplazamiento de una perspectiva ética a una perspectiva moral) el indispensable ensayo de Alberto Giordano (1999: 89 – 104) sobre *Sitio*; señala Giordano “lo difícil que resulta, aún para los espíritus más lúcidos, sostener en determinadas coyunturas el valor de lo irreductible, permanecer indiferente a las presiones de la Moral” (102). Cabe destacar que Giordano se refiere no sólo al episodio de Malvinas sino también al otro episodio (que aquí nos excede) en el que *Sitio* efectúa un desplazamiento semejante: la Ley de Obediencia Debida, en *Sitio* 6 (1987). Sobre *Sitio*, también pueden consultarse los trabajos de Roxana Patiño (1997 y 2006), interesantes porque abordan a *Sitio* en el marco de las revistas culturales e intelectuales de la transición democrática, y el artículo de Maximiliano Crespi (2010).

motivado por la ‘actitud-Perlongher’, esto es, la guerra por la legitimidad discursiva entre locales y exiliados, o mejor, la guerra por la legitimidad ante el discurso del exilio, al que consideran un “estado de opinión” (dicho sea de paso, tema éste, el de la legitimidad en un campo, por los valores que pone en juego, moral si los hay). Por supuesto, vale aclarar y anticipar que el tópico del exilio, en este momento, no es privativo de *Sitio* sino que articula un extenso debate entre ‘los que se fueron y los que se quedaron’; en todo caso, lo singular de *Sitio* es el modo en que intenta situarse (sobre todo en el suplemento dedicado al tema en este número 3) en un lugar sustraído del binomio dicotómico (y no por la mera ‘superación conciliadora’ sino por la intensificación de sus tensiones) aunque, paradójicamente, en el debate con Perlongher termine situando a éste en el lugar del exiliado, como veremos más adelante.¹⁸

Sorprende, por cierto, lo excesivo o desmesurado de las respuestas a Perlongher. Si se lee en detalle la declaración colectiva que suponen los

¹⁸ En relación específica con Malvinas, resulta interesante tener en cuenta el enfrentamiento entre León Rozitchner y el Grupo de Discusión Socialista puesto que resuenan argumentos y términos semejantes a la polémica entre Perlongher y *Sitio*. Como se sabe, el Grupo... (conformado en México por exiliados argentinos, y entre cuyas firmas se destacan las de José Aricó, Emilio de Ipola, Néstor García Canclini, Juan Carlos Portantiero) elaboró un documento, en plena guerra (mayo de 1982), en el que apoya la recuperación de las Islas como justo interés popular y como modo de detener la agresión de los intereses imperialistas. Rozitchner, desde su exilio en Caracas, responde con virulencia al documento, también al calor de los acontecimientos, en un texto, ya canónico, que será publicado como libro en 1985: *Las Malvinas: de la guerra “sucía” a la guerra “limpia”*. Ya desde el título, resuena el modo en que Rozitchner entiende la guerra: como *prolongación*, por eso no se trata –sostiene– de desear el triunfo inglés sino de desear “la derrota de nuestro enemigo principal: la Junta Militar” (12). El desplazamiento, entonces, de una “guerra sucia” a una “guerra limpia” también resonará en los argumentos de Perlongher; del mismo modo, los términos “ilusión” y “traición”, que desempeñan un rol articulador en la pormenorizada crítica de Rozitchner, aparecen como poderosas figuras en la polémica entre Perlongher y *Sitio*. Véase: Rozitchner (2005), edición en la que además se incluye un apéndice con el texto referido del Grupo de Discusión Socialista.

“Entredichos” de la disputa (y a Perlongher el detalle de la firma grupal no se le escapará), se puede advertir un movimiento bastante preciso. En principio, efectivamente se acopla a ciertas *ilusiones* –inaugurando así el tópico central de la discusión- tras la cual sobreviene la decepción (“lo que tenemos es muy distinto de lo que se prometía durante la fraternidad de la guerra y con lo que acaso se logró ilusionarnos”). El grupo-*Sitio*, entonces, se pliega a las ilusiones desatadas por la guerra. Ahora bien, ¿de qué tenor son esas ilusiones? ¿Acaso nacionales? En este sentido cobra relevancia el “nosotros” que enuncia: en principio remite al plural firmante, pero también cabría la sospecha acerca de a quiénes más quiere incluir ese nosotros, por lo menos en algunas de sus apariciones: “en guerra fuimos”, escriben, y el sujeto-agente tácito de esa frase parece reponerse, figuradamente, con un “los argentinos”, ya que no en el campo de guerra propiamente, pero sí poniendo el cuerpo en el aquí del *locus* territorial delimitado por su Estado: se trata de “un *pueblo* en guerra”. La guerra, por eso, es “La Nuestra” (“mayusculizando una Ironía”, les dirá Perlongher)¹⁹. Más aún, ese “nosotros” se vuelve, en el texto mismo, objeto de discusión: analizando el poema “Juan López y John Ward”, de Borges, los firmantes se detienen en su “operación del ‘nosotros’ generalizador” y concluyen que “a un ‘nosotros’ así, no aceptamos que el poeta nos lleve”. La disputa por el “nosotros”, entonces, se halla abierta. “La guerra –imaginábamos- forzosamente nos dejaría en *relaciones sociales nuevas*”, escriben también en plural, y es

¹⁹ En un límite poco claro entre la ironía y la identificación, también leemos en el texto de *Sitio* una definición de la guerra como “la primavera sudamericanista, anticolonialista, unión nacional, [que] huyó al primer soplo del cierzo de la derrota”.

interesante constatarlo además en el título mismo del texto (“Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!”), en el cual esa suerte de ‘llamado’ a los argentinos, aún con lo irónico que pueda *sonar*, no deja de prestarse a una lectura equívoca²⁰.

Sin embargo, estos destellos difícilmente puedan solapar, por más intensos y significativos que resulten, el movimiento más amplio que los engloba, de modo que sería casi imposible pensar –por lo menos en ese texto- en un giro nacionalista, o en el peor de los casos, ‘patriotero’, por parte de *Sitio* (que es lo que parece leer Perlongher, y en el marco de la dictadura, se presenta escandaloso el deslizamiento de una acusación semejante). Queda claro, por lo demás, que el discurso y el pensamiento de quienes hacían *Sitio* era lo suficientemente sofisticado como para que no pueda tener lugar tan ruidosa caída. Así, aunque el desplazamiento no deje de ser evidente, la revista continúa, a su modo (o como puede), la búsqueda de un *sitio literario*. En otras palabras, lo que con más fuerza se deja leer en estos “Entredichos” es la de un grupo de escritores-intelectuales paralizados por el acontecimiento de la guerra (“la *impotencia* en que nos debatimos”), que se han quedado mudos, como la literatura misma (“la literatura quedaba aplazada”), y que al cabo de esa irrupción entienden como necesarias u obligadas una serie de

²⁰ Es para destacar el modo en que en los “Entredichos” malvinenses, pese a ciertos momentos solemnes, que podrían identificarse como más ‘serios’, también lo irónico se halla presente, como si se encabalgaran entre ambos tonos. Alcalde mismo lo confirma, en su respuesta a Perlongher, cuando advierte la “palmaria ineficacia [del texto], puesto que un lector como Perlongher pudo leerlo al revés”: “Es verdad que lo hace [al planteo] por la vía preferencial de la lítote, el sarcasmo, la oblicuidad. Pero también por la *aserción* directa”, señala Alcalde. En la medida en que se trata de una cuestión sobresaliente y articuladora en la polémica, volveremos más de una vez al recurso de la ironía.

preguntas que no pueden desconocer lo que acababa de ocurrir (“negarnos a olvidar”), y más aún, que *deben* dar cuenta de ello (“ciertamente, un nuevo deber ser”) mediante redefiniciones: “qué lugar le tocaba –o tenía que hacerse- una revista literaria en el seno de un pueblo en guerra”, “qué función nos tocaría cumplir”, “¿qué cambio de sentido le cabría a la literatura (...)?”, “ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta”.

En efecto, la mayor parte del texto está dedicada a pensar la literatura: o bien para impugnar las “infraliteraturas de guerra” (“canallescás”), o bien para efectuar un minucioso análisis de dos poemas, “Cambalache”, de Osvaldo Rossler, y el mencionado “Juan López y John Ward”, de Borges, ambos en torno a la guerra, y que mostrarían que “la literatura está otra vez sola con su silencio. Puede comenzar a hablar”; sobre éstos, hacen una curiosa aclaración: “Nos identificamos con la seriedad ética (...) Con el contenido político implícito en ambos, tenemos esenciales desacuerdos”. Así, la parálisis o ‘mudez’ a causa de la guerra se presenta como fatalidad inevitable, como exigencia o imperativo (“forzosamente”) del que no se pueden sustraer o como hecho externo –coyuntural- que los determina, que los llama, y del que no se pueden eludir. Por eso, ante la ética que afirmaba la irreductibilidad o inutilidad de la literatura frente a las demandas de la cultura, ahora ella “se demora todavía, replegada sobre sí misma, tentada de acogerse a la amnesia, rumiando sus propias culpas y las de todos los demás”. Entonces: los argumentos, efectivamente, se formulan desde una perspectiva moral, en la medida en que la literatura operó en función de las presiones culturales de una coyuntura, pero lo que me interesa relevar es que, pese a ese desplazamiento de perspectiva,

la revista no deja de preguntarse por el lugar de la literatura, y no cae tan escandalosamente en un arrebató político como se desprende de la ridiculización caricaturesca que se lee en el texto de Perlongher. Además, esto ocurre en el espacio de los “Entredichos”, pero no es un detalle que en el resto de la revista *continúe* la literatura, sostenida en su inutilidad. Asimismo, es posible vislumbrar continuidades respecto de sus preocupaciones iniciales, o dicho al revés, la ruptura no es tan drástica como parece reclamarles Perlongher (y de hecho, este también será un tópicó de las respuestas). De manera que, en principio, no se trataría de una simple abjuración, contradicción o falta, porque tal vez la postura inicial ya lo contempla como posibilidad: como señalaba Jinkis, se trata de no hacer “de sitio un sitio único” (“la discusión aquí abierta se puede prolongar en cualquier parte y puede retornar a la revista desde cualquier parte”); y Grüner, por su parte, que invitaba a “renunciar a ‘salir’ de la contradicción, *instalarse en ella* como quien se sienta a meditar en una cuerda floja”. En consecuencia, quisiera pensar -antes que en giros o desplazamientos rotundos- en matices que den cuenta de las tensiones de un número a otro, de una postura a otra, de una política literaria a una literatura necesaria o forzosamente politizada.

Me he demorado en este texto de *Sitio* porque me interesa dejar realizado un despliegue un tanto detallado del mismo para poder examinar, de la manera más minuciosa posible, las diversas operaciones que efectúa Perlongher en su intervención, informada por su propia moral: sus distorsiones, malentendidos, impugnaciones y ‘reclamos’; en fin, todas las discontinuidades que se plantean de un texto a otro, y en las cuales radica, precisamente, su interés. Por cierto, la lectura

sesgada, caprichosa o tergiversada de Perlongher (y es para llegar a esos calificativos que es necesario reponer con precisión el texto de *Sitio* al que se refiere) obliga a una nueva reafirmación moral por parte de algunos miembros de la revista, teniendo que aclarar tonos y desambiguar palabras: así, ante la lectura entre líneas o el elogio del rodeo del primer número, ahora se encuentran en la declaración explícita, a la cual en gran medida se habían arrojado por móvil propio en los “Entredichos” malvinenses de la disputa. Resulta, entonces, de lo más interesante la intervención de Perlongher, porque, aunque sea de un modo tal vez injusto, los pone en falta, y abre así el espacio para un cuestionamiento de los desplazamientos de *Sitio* y de sus perspectivas morales, en la medida en que deja presos a sus integrantes de sus propias palabras y valores. A la vez que, por supuesto, habla mucho del propio Perlongher ante la cuestión de Malvinas, que en definitiva es lo que nos interesa aquí. Por otra parte, es preciso insistir –debido a los efectos que tendrá– en lo relevante de este tercer número en el que se publican el texto de Perlongher y las respuestas de Jinkis y Alcalde, ya que se expande, en el mismo “Suplemento”, sobre la discusión intelectual en torno al exilio.

Fechado en enero de 1983, el texto de Perlongher, “La ilusión de unas islas” (en el que la “ilusión” será decisiva en la polémica, así como las “islas” fundamentales en la imaginación territorial de Perlongher), hace de la ironía su retórica. Postula una suerte de infantilismo en relación con el pronunciamiento de *Sitio*, que se sostiene en las ‘ilusiones’, y procede a su escolarismo: cita del himno sarmientino mediante (“La niñez tu ilusión y tu contento”), es una inspectora de primaria kitsch (“arrebujada en sus tapados de piel de nutria, o foca”) quien

alecciona a los educandos sobre “el mapa de un patriotismo infanto-juvenil, acneico”. Un patriotismo escolar, entonces, de cuyo infantilismo iluso Perlongher acaso se burla y ridiculiza, pero que no se reduce simplemente a una insolencia sostenida en una lectura tendenciosa: por caso, un estereotipo argentino como la inspectora de escuela (sin dudas, una Maestra Normal Nacional) o como una “china” de tradición rural²¹ resultan el puntapié que posibilitan los desplazamientos hacia lo que Perlongher quiere discutir (puesto que, más allá de lo risueño que tengan en tanto *boutade*, configuran una simbología imaginaria en torno a la ‘nacionalidad’). Se trata, puntualmente, de una guerra librada por un Estado en nombre de un territorio: he aquí la exasperación de Perlongher. No hay, para él, razón alguna desde la cual ese acontecimiento pudiera generar algún tipo de “ilusión” (“anarquismo estetizante” llamará Ramón Alcalde, en su respuesta, a “su ideología política”). En la medida en que se rebela ante la ecuación Estado-territorio, y que identifica, además, esa asociación con el patriotismo escolar, de entrada Perlongher parece impugnar, sabiamente, cualquier arrebató o ademán que tome por objeto lo

²¹ En este sentido, escribe que la derrota “tal vez nos ha salvado del dudoso oficio de, vestidas de chinas, y trenzadas, pagar en los vivaques”. O sea que, de paso, los amariconas. Alcalde reparará en su molestia en este punto: “Perlongher ha sido duro con nosotros. Explota sin compasión todos los rigores que su código le permite. Nos viste de chinas vivaqueras y nos envía en chalupas estultíferas tras nuestros hombres que bogan al combate”. Tampoco pierde Perlongher oportunidad para sugerir una idea que evidentemente lo fascina, ya que, Freud mediante, la repite en otros varios ensayos: la libidinosidad intermasculina de los vínculos militares. Aquí tiene ocasión de introducirla ya que *Sitio* se había referido, en el texto malvinense, a la “conjugación” de López y Ward cuando analizaba el poema de Borges. Y de esto, también lo corrigen: “En cuanto a la freudiana mosca -responde Jinkis-, hay que recordar que Freud se negó a hacer una condena global de la guerra, en plena guerra, diciendo que no eran todas equivalentes”; por su parte, Alcalde lo pone en falta profesoral: “Gracias por la rememoración de *Psicología de las masas*. Se lee en Introducción a la Psicología, en primero de la facultad. Habla, sí, de la ‘libidinosidad de los vínculos militares’, pero entre los miembros del mismo ejército, no entre enemigos. Si el poema analizado *conyuga*, es en el nivel de la metáfora, lo cual es mucho más terrible. Relea bien”.

nacional, dado que –recursivamente- se alinea con los otros términos. Pero, en tanto tiende a poner esos términos juntos, lejos de confirmar o ratificar una línea de continuidad ‘natural’ e interdependiente entre ellos, o en el peor de los casos, su sinonimia, Perlongher exhibe con su superposición la artificiosidad del *continuum*, su heterogeneidad, porque la focalización que realiza del Estado parece mostrar cuál es su verdadera preocupación²², resultando quienes lo sostienen, mediante el patriotismo escolar, sus patéticos efectos *identitarios*: “resumiremos nuestra impresión así: O.K., boy, siempre hubo guerras, pero no siempre (he) estado”, escribe Perlongher, con un evidente juego de palabras. Y continúa luego: “Ya que el recurso a la guerra (...) no oculta la torpeza de las territorialidades que, para desatarlas, se invocan (...) Soberano (de nuevo), el Estado zanja en la lámina de hule el linde de unos fiordos fantasmales”, para terminar ironizando (vuelta escolar) sobre “las marcaciones de una Geografía colorinche (...) de una Geopolítica enseñante”.

En esta dirección, cabría señalar que si bien Perlongher, mediante su pensamiento a todas luces anarcolibertario, nos puede seguir inspirando, en nuestra actualidad, argumentos críticos contra las diversas formas de dogmatismo estatal e identidad nacional, es preciso salvar la inconmensurable distancia y dimensionar la coyuntura específica en la que está arremetiendo contra estos términos: el Estado

²² Por cierto, el texto grupal de *Sitio* plantea en un momento que el país fue “espectador neutral” en todas las guerras del siglo. Y Perlongher luego asocia esa expresión con el “Estado Argentino”. Por supuesto, Alcalde no deja pasar esa alteración, y ratifica que, con “espectador neutral”, se referían al país, a la Argentina, no al Estado, “como intenta hacernos decir”. Lo que quiero subrayar con ese desplazamiento de Perlongher de “país” a “Estado” es el modo en que claramente quiere enfatizar la identificación entre esos términos, precisamente para señalar al Estado como problema último.

es el Estado represivo y genocida de la dictadura cívico-militar, y el patriotismo nacionalista es, por ende, el que promueve y exalta su discurso fascista. De allí lo complicado de ciertas acusaciones que desliza contra los miembros de *Sitio*, al querer ponerlos en falta por lo que entiende como adhesión a la guerra y, en consecuencia, la complicidad con el régimen militar: termina dando una imagen de *Sitio* como si el grupo fuese de derecha, y de hecho no se priva al final del texto de un provocador juego de palabras: “la Musa acaba Coja en un glaciar. No hay que afligirse: para enderezarse, guarda el consuelo de unos ‘derechos’”.

Asimismo, efectúa dos movimientos no menos inquietantes. Uno de ellos, la distinción entre guerras “limpias” (caso Malvinas, librada “entre Estados Soberanos”) y *otras* guerras (“no hay por qué suponer –en honor al localismo- que el fango de las trincheras de Ganso Verde ensucie, o manche, más, que el barro de las zanjas de Victoria, o el Tigre”): *Sitio*, insinúa Perlongher, se desgarró por una guerra y no se preocupó ni habló de otra (“lo que velaba, empero, la retórica es –y, peor, era- ya manifiesto”). Y por cierto, sobre este punto, la respuesta de Alcalde no logra ser tan contundente como en otros aspectos, aunque se muestre molesto por la comparación entre “guerras y guerras”. El otro movimiento es cuando cita la expresión de *Sitio* en torno a la “democracia moderna, fuerte, eficiente y ordenada a breve plazo, que fue la que todos nos propusimos en 1976”: Perlongher la toma literalmente, y por supuesto se escandaliza (“Así nos va”), y Alcalde se ve en la necesidad de aclararla (“¿Me va a decir que la alusión (...) puede entenderse de otra manera que como sarcasmo?”), no sin reprocharle la mala fe (“¡Perlongher! ¡Perlongher! ¿Por qué un golpe tan bajo, de *savate*, *di furca*, *de capoeira*?”). En

síntesis, la feroz arremetida de Perlongher se efectúa, puntualmente, contra la ya conocida adhesión a la guerra por parte de varios sectores de la izquierda, al entenderla como un gesto antiimperialista, y sin ver el modo en que seguían legitimando el régimen dictatorial, lo cual desarrolla con mayor detalle en “Todo el poder a Lady Di”, otro de sus ensayos sobre Malvinas (Perlongher 1997: 177 – 179). En todo caso, el problema aquí es que pareciera que se equivocó en el blanco, ya que en el texto de la disputa las alusiones al imperialismo aparecen de un modo muy vago y brumoso, o decididamente irónico (“el rollito Antiimperialismo”), o a lo sumo se podría deducir de manera incierta; sin embargo, Perlongher parece leerlo en las “relaciones sociales nuevas” en las que –imaginaba *Sitio*- los dejaría la guerra. Es preciso señalar que, en cambio, sí se referirá Alcalde en su respuesta a la cuestión del imperialismo, en principio para –otra vez- aclarar el malentendido (“Todo el ‘Entredicho’ (...) plantea exactamente lo contrario” [respecto de la supuesta adhesión antiimperialista]), y finalmente para mostrar su perspectiva del asunto²³.

Hay otra cuestión en el texto de Perlongher, movilizado en principio como un motivo más para cuestionar los “Entredichos” malvinenses de los miembros de *Sitio*, pero que puede seguirse con cierta autonomía si se quiere poner el acento en las figuraciones (y contrafiguraciones) intelectuales y sus lugares de enunciación. Por cierto, Perlongher sólo utiliza el término “intelectual” al final de su texto, y a través

²³ En relación con la cuestión antiimperialista en el texto de *Sitio*, recordemos la definición de la guerra como “primavera sudamericanista, anticolonialista”. Respecto de la misma cuestión en la respuesta de Alcalde, será señalada más adelante.

de una cita de Jinkis de los “Entredichos” del primer número (“El intelectual que se ha arrancado de su origen, que lo ha ‘traicionado’, tampoco pertenece a ninguna otra parte”), cuya función es hacer lugar a su famoso cuestionamiento (“La desalada guerra, ¿nos ha cambiado el Sitio de lugar?”). Pero por lo demás, Perlongher introduce un término, “vate”, para designar a los miembros de *Sitio* (éstos se llaman a sí mismos, sobre todo en los “Entredichos” de la disputa, “letrados”), y en ambos casos lo que se habilita es un anacronismo irónico, pero lo que parece añadir el término de Perlongher estaría bien cerca de una parodia en torno a la tradición del poeta en tensión intelectual, o ejerciendo esa función dislocadamente (“Se discute, se va a las manos, por la posesión de unos desiertos (de los que al parecer no puede desertarse). Se despierta, en el desierto, el vate: legañoso, ilusiónase”; “¡Habíamos Sido Engañados! Los vates –que nos preguntábamos qué función ‘nos tocaría cumplir’ en esas ‘nuevas relaciones’- nos reencontrábamos con ‘el cierzo de la derrota’ –la ‘soledad esencial’ del barranco”; “Así partían los vates, en una chalupa, a la deriva (‘adamados caballeros’, diría Quiroga)”) ²⁴. Y cuando menciona la figura del letrado, Perlongher no puede menos que recuperarla, bufonescamente, de la tradición argentina decimonónica: “‘La culpa no la tiene el Comandante, sino la Reina de Inglaterra’, diría el letrado payador al gaucho alzado –y estaqueado”. Con lo cual parece darle una respuesta anticipada a la respuesta de Alcalde

²⁴ Tanto Alcalde como Jinkis le desarticulan la ironía sarcástica al apropiarse del término. Alcalde, al preguntarse hacia dónde viró, se responde que “hacia asumirme mejor como *vate*, antiironizando a Perlongher. La palabra me parece hermosa. Y reaparece, ella misma o bajo algún visaje sinonímico, cada vez que la literatura no duda de sí misma”. Y Jinkis lo recupera en el título de su respuesta, tal vez con mayor mordacidad: “A la tibia musa, de un vate desencantado”.

(“Perlongher ni siquiera toma en cuenta que, para que haya guerra, tiene que haber dos bandos, que cualquiera fuera el desatino del gobierno argentino al invadir las islas, el gobierno inglés pudo haberse *abstenido* de la guerra y el estadounidense pudo no haberlo ayudado”). Y finalmente, de quién es el problema: “(...) la ilusión – accidental- de un suelo (...) ¿Es ése un problema de los juristas, de los poetas, de los soldados, de los amantes, de los accidentados?”.

Las respuestas de Jorge Jinkis y Ramón Alcalde (“A la tibia musa, de un vate desencantado” e “Ilusiones de isleño”, respectivamente) se hacen eco de las ironías de Perlongher, y las retoman, pero en muy pocos momentos para devolverle otra contra-ironía, sino más bien para discutir las aclarándolas, corrigiéndolas o impugnándolas desdeñosamente: el gesto de Jinkis se muestra más cínico, mientras que el de Alcalde más escandalizado, aunque el primero no se prive de la corrección profesoral por momentos, ni el segundo del sarcasmo. Luego de valorarle a Perlongher el arrojo de abrir la polémica y enviarla a la misma revista (“ese ‘nos’ nos gusta. ¿Nos será posible un sitio para hablar?” (Jinkis); “[*Sitio*] le agradece que se haya jugado (...); que lo haya hecho de frente y por escrito; que lo que escribió lo haya enviado para que lo publicáramos” (Alcalde)), ambos contrincantes se detienen en la amonestación recibida por el “cambio”, y aquí, mientras que Jinkis trata de justificar el desplazamiento mediante razones que ya se encontrarían en los principios de la revista, con lo cual se podría conjeturar que, en definitiva, no ha habido cambio, o que el cambio ya estaba contemplado como posibilidad (“Hablar es siempre cambiar de lugar, aunque esto no vuelve equivalentes a todos los lugares (...)) Si la revista ha ‘cambiado’ de lugar, esto solo significa que ha hablado...

allí donde esperabas su silencio. Pero *no* ‘se ha dado vuelta’, Perlongher, aunque haya que darla vuelta para leer”), las palabras de Alcalde, por su parte, aunque ironizando la queja de Perlongher, se muestran más dramáticas en su asección, en el sentido de una suerte de drama moral determinado por una coyuntura: “*¡Cómo, muchachos? ¿No habíamos quedado en que...? ¿Cómo han cambiado desde que me fui!* Es verdad. *Cambiamos*. En parte, nos cambiaron; pero, mucho más, quisimos cambiar o dejarnos cambiar”. Se percibe, así, el tono enojado e incluso de una amonestación severa y violenta, desdeñosa. También, correctiva. Estas amonestaciones hacia Perlongher, su tono, como así también las ‘aclaraciones’ que los miembros de *Sitio* se creen en la exigencia de hacer, podrían ilustrarse con una gran cantidad de fragmentos (que en el caso de Jinkis, sobre todo, podrían hacer las delicias de un arte de injuriar)²⁵. Se disputa lo “enseñante” (que nos remite de lleno a la función profesoral del intelectual que alecciona ejerciendo su poder/saber)²⁶. Lo cual arrastra a estos integrantes de *Sitio* a la explicitación, a la

²⁵ Por ejemplo, dice Jinkis: “Hasta aquí, lo que el discurso de Perlongher dice. Sólo que Perlongher agrega lo que cree comprender. Y en esto, Perlongher es ilimitado. Así que abrevio: *no entendiste ni jota, Perlongher*, de Jinkis, ni del ‘nosotros’” (cursiva mía). Y Alcalde, por su parte, luego de reconocer que “Perlongher ha sido duro con nosotros”, y de señalar que “tampoco fue honestísimo”, aclara y se queja: “nos asigna *intenciones* que sabe no podemos tener”, “nos *subvalora* como arrastrados”, “nos cita (...) de un modo tan descuidado (o mañoso)”. Y luego, “para rebatirnos, Perlongher recurre a una elección estilística difícil de caracterizar”, entre la que se cuenta “una *libre asociación ficta*”, “cuya *función es disociar y/o encubrir* las relaciones lógicas”, “organizada sobre el modo del *delirio*” y “*meliorativamente ideologizado*”. Alcalde se propone, entonces, un texto de respuesta que le dificulte “tirar la piedra y esconder la mano o puentear el audífono” y señala que “no es por caridad. Perlongher no la necesita ni la merece, sino porque cuestiono su *código político, ético y estético*, que es quien le recomienda o prescribe la *forma* que eligió (...) lo de Malvinas sigue siendo para mí algo demasiado patético para resbalarme hacia lo que (...) no puedo sentir sino como frivolidad”; pocos renglones más adelante también reniega de “las *enmoralizaciones* a las que sesgadamente nos somete”.

²⁶ Las disputas en este sentido se cruzan. Perlongher lo exhibe al buscar ‘aleccionar’ a *Sitio*, y hasta podría pensarse que, paradójicamente, el paroxismo figurativo es su bufonada en torno a la inspectora de escuela. Jinkis se lo subraya explícitamente (“*también él* –no sé si quiere o no enseñar-

aclaración (*lo que quisimos decir no fue lo que vos entendiste sino...*), que rebasa o desborda los límites de la discusión, esto es, lo que la polémica demandaba en sus términos. Y esto resulta de lo más paradójico para quienes habían manifestado una escritura del rodeo o una lectura entrelíneas: podría decirse, un elogio de la ambigüedad que escapa a las determinaciones de sentido, y por supuesto a sus 'intenciones'. *Sitio*, entonces, 'auto-traicionándose', y esto sería una paradoja más sólo si ellos mismos no hubiesen hecho de la traición un principio literario e intelectual. En este sentido sí son consecuentes. Pero por eso mismo, lo que sí resulta paradójico en torno a la traición es el lugar en el que *sitúan* a Perlongher, cuya intervención puede leerse, desde la perspectiva de *Sitio*, como una suerte de "traición" a lo que la revista quiso expresar: ¿pero no es, pues, "el intelectual que traiciona su origen" aquel que "ya no pertenece a ninguna otra parte" –como bien les recuerda Perlongher citando a Jinkis? Sin embargo, estas afirmaciones del primer número parecen quedar en suspenso, entonces, al advertir la mencionada desmesura en la virulencia de las respuestas, el modo violento –por lo despectivo– en el que lo impugnan (Jinkis) o las correcciones morales en las que incurre Alcalde, quien no sólo ratifica, así, el desplazamiento de *Sitio* en el número anterior a propósito de la guerra, sino que lo expande mediante aclaraciones o reafirmaciones. Si el acontecimiento de Malvinas supuso para *Sitio* un derrape moral, la intervención

tiene un discurso enseñante"), sin advertir que él está yendo en la misma dirección de lo que critica ("Homologar (...) 'el fango de Ganso Verde' con 'el barro de Victoria', es aplastar lo mismo contra lo mismo desconociendo todas las diferencias").

de Perlongher, cual *traidor*, lo acentuará al verse obligados a (o en la exigencia de) dar explicaciones, especificar sentidos o realizar su propia exégesis.

Como ya se fue anticipando, la ironía fue un recurso decisivo en la polémica. Que haya aparecido en los “Entredichos” malvinenses tal vez permita leer la intervención de Perlongher (ella misma, desbordante de ironía sarcástica) no como un simple malentendido o una incorrecta interpretación sino como aquello que se hallaba entre los riesgos del estilo que la revista afirmaba y habilitaba –descontando el modo caprichoso con que Perlongher explota la operación. Luego, en las respuestas, la ironía funcionará como un tópico que es preciso desandar o desactivar: “Al no leer la ironía, me identificás a un enunciado, imaginás lo que pienso y te mostrás en desacuerdo (...) Cuando se le confía el argumento a la ironía, se extiende esa confianza a la lectura (...) [y] es esperable que el lector *lea* la ironía. Dos veces Perlongher la ha dejado pasar inadvertida. (...) La primera explica –presumo- su simpatía por el Entredicho 1, la segunda, su crítica del Entredicho 2”, escribe Jinkis, no sin dejar de aclarar que “el Entredicho del 2 fue escrito contra una modalidad del izquierdismo ideológico”. Por otro lado, Alcalde responde que le “parece imperdonable que se nos presente como si en algún momento hubiéramos creído que la intención de la Junta fue llevar hasta sus últimas consecuencias el *enfrentamiento contra el imperialismo*. (...) Todo el ‘Entredicho’ (aunque con palmaria ineficacia, puesto que un lector como Perlongher pudo leerlo al revés) plantea exactamente lo contrario. Es verdad que lo hace por la vía preferencial de la lítote, el sarcasmo, la oblicuidad. Pero también por la *aserción* directa”.

Además de los puntos en común en las respuestas, considerándolas por separado, en el caso de Jinkis aparece señalado lo geográfico como “problema” que “también puede tener *sentido*”, para desarticular la “torpeza de unos lazos que nos atan a un suelo ilusorio” y la “obsesión del espacio [que sufriríamos, según Perlongher]”. Y Jinkis es, también, categórico con el “gesto” de Perlongher, que evalúa –sin dejar de apelar a una derivación conceptual metonímica que bien podría ser del propio Perlongher- como pose afectada (“invocar los tiempos anteriores a la creación del Estado moderno, tiene la función actual de hacer pasar un gesto moral por estética, elevar una estética del gesto amoral a moral, para terminar en la vieja moral del gesto estético. De tantas morisquetas, la cara se llena de tics”). Así, el desdén por el artificio de una supuesta pose deviene también en una valoración negativa de lo imaginario y el sitio de la lectura, un tanto solemnizado en el lamento, termina por enrarecerse: “Su imaginación lo ausenta de esa figura que llamamos ‘lector’: lamentable, pues *lectura* es el nombre de ese sitio que haría posible hablar entre nosotros”, escribe Jinkis pensando en Perlongher. Y el final, al proponerse cuestionar “dónde” se encuentra Perlongher (visto que él estaría “más allá” de “las fronteras de un patriotismo ilusorio”), localizándolo entonces en su “pasión brasilera”, no vacila en la abjuración de todo *rodeo*: “Vayamos al grano: la brasilera pasión es una pasión no menos argentina, argentinísima”.

El texto de Alcalde, por su parte, además de confrontar a Perlongher en los aspectos y el modo ya señalados, hace eje en una revisión de sus “personales ilusiones sobre la guerra” (revisión que, como venimos insistiendo, tiende a confirmar, justificar y expandir lo sostenido en el polémico “Entredicho” grupal) y

también es el que más insiste en entender las afirmaciones de Perlongher como “una modalidad del discurso del exilio”. Aunque no se pueda desprender de visiones correctivas²⁷, las razones de Alcalde resultan muy interesantes en la medida en que permiten vislumbrar con precisión aspectos que no podían pasarse por alto, como el de la soberanía nacional, y dan la señal acerca de la discontinuidad con Perlongher (auténtico diálogo de sordos²⁸), en tanto las críticas de cada uno estaban haciendo eje en cuestiones diferentes: mientras que para el pensamiento de Alcalde la cuestión revela su actualidad política considerando el problema de la soberanía, y abriría una discusión en torno a la gobernabilidad²⁹, Perlongher, en cambio, *ingobernable*, no puede dejar de pensar la cuestión Malvinas en el marco de un mito

²⁷ Obsérvese, por ejemplo, el modo en que Alcalde sentencia que en “la literatura en la Argentina (...) tenemos que aprender o *reaprender*, a ser *trágicos*, si no queremos terminar en bufonescos”: así, la “recuperación de lo trágico, sin cuya presencia no conozco literatura nacional que haya ascendido al interés y la perduración universales” se presenta para “los escritores argentinos de 1976-1983” como “la tragicidad transubjetiva de una historia que parece cerrada como destino de deshumanización”. Y curiosamente, entre las “muchas acepciones y modalidades” de “tragedia”, menciona “la del ‘Daisy’ de Néstor Perlongher, en este mismo número de SITIO”.

²⁸ En un sentido más extremo, podría decirse que, más que un diálogo de sordos, se trata incluso de dos idiomas diferentes (y no sólo este aspecto con Alcalde sino la polémica en general). Leída en el marco de la revista y de su estilo enunciativo, la intervención de Perlongher *desentona* radicalmente. Y de allí que una lectura de las respuestas de los miembros de *Sitio* podría postular que se exasperan ante ese otro idioma, ante esa desconcertante rareza, cuyo extrañamiento reconducen por las vías que señalamos. En cualquier caso, lo que se juega siempre es la posibilidad de leer, cual teoría de la lectura, a la que nos referiremos enseguida. Al mismo tiempo, una cuestión complementaria (que no escapó a las respuestas de *Sitio*, pero que es preciso subrayar) es el gesto de Perlongher de enviar su ensayo a la propia revista para que *el sitio de la lectura tenga lugar*. Más acá de las operaciones que realiza (y de lo que postulan sus enunciados), resulta interesante lo gratuito del arrojito en tanto ausencia de cálculo que desconoce los efectos posibles y, por eso mismo, a la vez sabe los riesgos que está corriendo. Y por su parte, también en gran medida lo interesante de la revista es su lectura en tanto la acción de responder en sí misma -antes que lo que las respuestas expresan.

²⁹ Aunque el término resulte anacrónico para postular la dirección que toma el planteo de Alcalde, hoy podríamos considerar que es tal vez uno de los más precisos, en su poder analítico, sobre todo teniendo en cuenta la amplia expansión conceptual foucaultiana; en este caso, en el sentido puntual que toma en su curso *Seguridad, territorio, población* (Foucault 2006a).

histórico que invoca “la torpeza de las territorialidades”. Lo curioso es cómo Alcalde mismo también se aparta de ese “mito” como razón: de allí el diálogo de sordos.

Afirma Alcalde:

Esa causa nacional, en principio, *pudo articularse legítimamente* en torno de las Islas, mal que le pese a Borges y a Perlongher. Siempre, claro está, que no se la hiciera girar en torno de un mito histórico, que no se la redujera a la recuperación de un territorio más que marginal, aunque geopolíticamente clave, sino que se la incluyera en el *rescate pleno y conquista* de la soberanía política y económica.³⁰

Y la otra razón decisiva en Alcalde, menos por sus efectos que por su insistencia, es la de su “ilusión de relaciones sociales nuevas” a partir de la postguerra: la clave de que de lo que se trata es de repensar, rehacer, renovar, el deseo comunitario. Ahí sí parece situarse con precisión la interrogación. Y esto, más allá de arrebatos apasionados (“el lujo del pacifismo humanista, abstracto, me lo podré permitir cuando *mi país se haya liberado*, lo hayamos liberado”), propuestas inquietantes (expropiarle la estancia a la Reina en Santa Cruz) y sumisiones de la literatura a una causa casi pietista empujada por el devastamiento (“cuerpos supervivientes como el de Daniel son los que me interesan para lectores. Ilusionadamente, siento

³⁰ Se termina de ver aquí el modo en que Alcalde entiende la posición antiimperialista: aunque disienta con el discurso de izquierda que lo sostiene (coincidiendo hasta aquí con Perlongher), al mismo tiempo se acerca –desplazadamente– al considerarlo desde la perspectiva colonialista: “en el siglo XX *colonialismo* significa *imperialismo*; (...) el imperialismo inglés y estadounidense, sobre todo, es nuestro *enemigo estructural* y permanente”. De allí que, entonces, su apuesta sea por el problema de la soberanía: “Soberanos, nos tienta”, se burlará Perlongher por anticipado.

que para ellos hay que escribir”), entre otros matices que podrían desprenderse de los complejos pliegues del texto.

Llegamos así al tópico nodal del exilio. Alcalde, que define el discurso de Perlongher como “*una modalidad del discurso del exilio*”, considera que “a mi [su] entender ha quedado [obsoleto] *todo discurso de exilio* que no se haga cargo de la *novedad* introducida por Malvinas”. Es por eso que no puede “evitar algunas categorías políticas, como *nación* y *patria*, que han servido tanto para un barrido como para un fregado, pero que me parecen insustituibles”. El descargo de Alcalde sobre este punto no tiene desperdicios:

(...) sé que dejando *territorio* argentino no lo he de encontrar [al pulso para escribir], o por lo menos que el abandonarlo no me lo garantiza ni me lo facilita. A otros probablemente sí. (...)

Y comprendo que a Perlongher, que optó por lo contrario, le resultemos patéticos los de SITIO, con nuestras ilusiones tan gélidas, tan desérticas, con nuestros guardapolvos blancos cantando “Salviargentina” en Puerto Riberino o tomados de la mano con nuestras noviecitas en Puerto Lezica, cambiando Nerudas por Alfonsinas. Perlongher, retrotraído a *un Estado en el que no está* (...) No necesitará correr como nosotros, iluso, tras *imposibles* ilusiones de “relaciones sociales nuevas”. Fuera de *su* Estado (el de su pertenencia originaria), escribe *como si* viviera fuera de *todo* Estado. (...) No vivió nuestras ilusiones. Tampoco el odio, la humillación, el dolor reales, que vivimos los de SITIO. Manténgase en su ínsula, Perlongher con su ilusión extraterritorial, pero acepte, aunque más no sea como hipótesis, que podamos haber cambiado, y no por mala fe.

Puede observarse, así, la disputa por lo 'iluso' como antivalor: se juega el adentro-afuera y la legitimidad (vivencial, y por lo tanto, discursiva) en torno a la pertenencia o determinación, tomando como eje al territorio que es propiedad del Estado argentino. En este sentido, lo más interesante es el modo en que el exilio funciona como 'solución' para impugnarlo a Perlongher y *situarlo* de algún modo³¹. Y esto, recordando su derrotero biográfico, resulta poco menos que una exageración: Perlongher se instaló definitivamente en San Pablo hacia fines de 1981, de modo que al momento de este intercambio (promediando 1983) hacía escaso año y medio que era un 'exiliado' y, lo que es más importante, al momento de la guerra, apenas contaba con pocos meses fuera de Argentina. Se advierte, así, lo desajustado de la atribución, puesto que difícilmente Perlongher podría haber articulado alguna "modalidad del discurso del exilio", como por ejemplo la pudieron haber tenido exiliados de más larga data, o en su defecto en el sentido y en los términos en que *Sitio* postulaba ese discurso para poder confrontarlo. Conviene recordar, en este punto, la inflexión particular que Perlongher le atribuía a su exilio, ya que se autoproclamaba un "exiliado sexual"³². Y podría señalarse a propósito

³¹ Escribirá Perlongher en "Cadáveres": "Decir 'en' no es una maravilla? / Una pretensión de centramiento?" (2003: 128). A propósito, además, es interesante relevar cuando Alcalde comenta que "Perlongher no estaba en Austria-Hungría, sino a dos horas de avión o 48 de ómnibus de Buenos Aires (...) si era tanto su desacuerdo, pudo regresar para tratar de *impedir* la guerra. No necesariamente quemándose como bonzo. Hubiera bastado un poema". Entre el material de su Archivo, se encuentra una versión del poema "Acreditando en Tancredo" que contiene, en el margen, una curiosa dedicatoria manuscrita por parte de Perlongher: "Para Ramón Alcalde, que me criticó por no haber escrito un poema sobre las Malvinas" (Documento CEDAE 06/088).

³² Aparentemente, el término lo utiliza por primera vez en una entrevista telefónica que le realizaron para la publicación estadounidense *Miami Herald*: "la entrevista es de la primera semana de octubre 1983, posiblemente el día 3 o 10", le especifica Perlongher en una carta a Osvaldo Baigorria, inédita, fechada en San Pablo el 9.11.83 (Cortesía de Baigorria). Esta entrevista, lamentablemente no localizada, volverá a ser comentada por Perlongher en otra carta a Baigorria: "Como verás a partir

que, de manera curiosa (y sumamente paradójica), si hemos de leer a Perlongher bajo el lente de *Sitio*, tal vez sería interesante hacerlo no tanto con estos ensayos que le dedican explícitamente como respuesta polémica, sino en relación con lo tratado y postulado en otros dos ensayos aparecidos en ese mismo número de las respuestas, y en ese mismo Suplemento “Del exilio”, para observar allí cuán cerca están –más de lo que la polémica les permite reconocer a ambas partes: en contraposición a *cierto* “discurso del exilio” y a propósito de ciertos ejes en torno a la extraterritorialidad que desarman o cuestionan el reduccionismo “adentro/afuera”³³.

Con lo recorrido hasta aquí, puede conjeturarse que, en un nivel, esta polémica entre Perlongher y los miembros de la revista *Sitio* funciona como una auténtica teoría de la lectura. Sus términos categoriales son traición, ironía e ilusión. De este modo, se organiza en torno a la posibilidad de una traición inminente, porque nunca termina de pronunciarse, se la *rodea*, y al mismo tiempo, ya ocurrió: para *Sitio*, Perlongher habría traicionado, mediante tergiversaciones, lo que la revista ‘quiso decir’, debido a su “código ético, político y estético que fue el que le

de lo de Miami ya soy una loca pública (o semipública, porque ese diario sólo lo leen en el espacio)” (Perlongher 2006: 68). El tema del exilio sexual también será explicado por Perlongher en una entrevista de 1985 que le realiza el propio Baigorria (publicada originalmente en *Cerdos & Peces*): “Mirá, mucha gente se fue durante la época de la dictadura, porque era insoportable ser gay en la Argentina. Era cosa de salir a la calle y que te llevaran (...) Yo en realidad me fui en el '81, o sea que me banqué los peores años. Y realmente fue un exilio, pero a la manera de esos exilios microscópicos, moleculares: la gente se va solita, o en pequeños grupos, sin asumir su condición de exiliados” (Perlongher 2004: 273-274).

³³ Me refiero a “La Argentina, tango-canción”, de Jorge Jinkis (1983b), y a “La Argentina como pentimento”, de Eduardo Grüner (ensayo también recogido en su volumen *Un género culpable* (Grüner 2013)).

prescribió la forma adoptada” (Alcalde) y a su “imaginación” que lo ausenta de la “lectura” (la que a Jinkis le interesa); para Perlongher, por su parte, se desprende que *Sitio* se habría traicionado a sí mismo en relación con la ética afirmada en el primer número, entre cuyos principios se incluía al intelectual y a la literatura como potenciales traidores. Las ironías cruzadas dan la forma al acento, necesariamente impostado para sostener la ridiculización o para amonestar con virulencia: Perlongher, que (hace como que) no lee las ironías del polémico texto de *Sitio* y por eso habilita las suyas propias, haciendo de ellas un estilo en su texto; sus contrincantes, que aclaran y desambiguan las dichas anteriormente (el tono y la dirección es correctiva (“Relea bien” –Alcalde-) o desdeñosa (“No entendiste ni jota, Perlongher” -Jinkis-)), pero vuelven a cargar las tintas del sarcasmo para impugnar las de Perlongher (la revista no se ha dado vuelta “aunque haya que darla vuelta para leer”). Las “ilusiones”, finalmente, tropo de la polémica, lo que se pone en *entredicho*, es ciertamente el antivalor que se disputa para asignarle al otro: los “ilusionados vates” de *Sitio* -según Perlongher- y la “ilusión extraterritorial” de Perlongher -según *Sitio*- (por lo demás, que por ejemplo Alcalde se identifique con la ilusión es un nuevo pliegue de la ironía): pareciera, entonces, que quien menos iluso sea podrá *leer* el acontecimiento. Esta teoría de la lectura, claro está, sólo puede ocurrir en el *entre* de la polémica. Está, sin embargo, en gran medida informada por la que *Sitio* mismo afirma en su primer número, pero no es simétrico lo que cada uno aporta para que ocurra: Perlongher, menos programático, pone a funcionar –*desbocado*- la suya propia, mientras que el grupo de la revista desea dejarla situada al comienzo, aunque sea mediante su elogio del rodeo y el

entrelineado (incluso para traicionarse), y luego es decididamente explícita a propósito, justamente, de la intervención de Perlongher.

En otro nivel, lo que se juega son los sitios de enunciación cuando los intersecta la inquietud por la legitimidad y también cuando un grupo de “letrados” es tomado por la polémica intelectual. En el primer aspecto, ya no importa tanto la desmesura en las respuestas a Perlongher (por su extensión, por la relevancia que le dan, por la virulencia con la que lo atacan), sino el hecho de que lo consideren un exiliado e identifiquen su crítica con el “discurso del exilio” (por cierto, no deja de ser sintomático que el texto de Perlongher y las respuestas de Jinkis y Alcalde hayan sido ubicadas en el “Entredicho-Anexo” que ese número de la revista le dedicó al exilio). En relación con el segundo aspecto, el problema presenta diferentes aristas. Es cierto que *Sitio* se afirma en el elogio de la polémica, y por eso entiende que cualquier discusión supone riesgos e incomodidades y no puede ser complaciente; sin embargo, también es cierto que, si a partir de la guerra, “el sitio había cambiado de lugar”, la intervención de Perlongher *exaspera* esa dis-localación. Por eso, desde esta perspectiva, importan ya menos los argumentos específicamente políticos, que interrogar las razones del desplazamiento en la revista. Si “la localización termina en la interrogación que pregunta por la ubicación del lugar” (como insiste Jinkis en su respuesta a Perlongher), entonces: ¿ubicados en qué lugar se localizan, se *sitúan*, para hablar y discutir, para enunciar, cada uno? Más que las respuestas, los pliegues que pueda tener la interrogación misma nos dibujan una cartografía de *entredichos*, en la medida en que asistimos a una polémica que permite leer un laboratorio de interdicciones cuyas grietas verbales, en su complejidad, habilitan

numerosos matices y aristas antes que simples maniqueísmos. Y esto es de una importancia sobresaliente, ya que, además de las funciones intelectuales, lo que se juega, en relación con la literatura, es su “aplazamiento”, su subalternización a otros dominios o la sustracción afirmativa de sí misma (llámese la ambigüedad de su indeterminación, su irreductibilidad o su intransitividad).

La revista ha hablado “allí donde esperabas su silencio”, le dice Jinkis a Perlongher. Parecería mejor decir, en cambio, allí donde Perlongher esperaba el repudio. Así, el problema que Perlongher parece tener con *Sitio* reside en lo que él (exagerando la nota, como vimos) lee –guerra mediante- como “cambio” del primer al segundo número (“La desalada guerra, ¿nos ha cambiado el Sitio de lugar? ¿Lo ha acercado a unas islas? ¿Anclado en ‘aguas territoriales?’”), pero sobre todo por el modo en que *Sitio* se posiciona ante la guerra, los efectos morales a los que ésta conduce a la revista (y al grupo firmante). Ambas cuestiones, claro está, van juntas y se complementan: que ellos tomen esas posiciones y que éstas impliquen una suerte de retroceso ante un programa literario-intelectual (el del primer número) con el cual, posiblemente, Perlongher sintiera afinidad.

2. Cartografías intelectuales y militantes: entre la nación y la patria

Si nos hemos demorado en este episodio con los miembros de *Sitio*, y si lo citamos con bastante extensión, es porque la polémica es relevante (en el sentido de que permite focalizar una coyuntura específica, no en el sentido de que sea ‘representativa’), porque la complejidad y los matices del discurso de *Sitio* lo exigen

(de lo contrario, quedarían aplanados en el reduccionismo), pero sobre todo porque es un *momento* que habilita la lectura de Perlongher en diferentes niveles -aunque imbricados. Nos referimos a su cuestionamiento al episodio bélico de Malvinas (que articula su impugnación a un mito histórico con las identificaciones nacionales y patrióticas que ese mito suscita), a sus consideraciones territoriales (que nos permiten vislumbrar lo que podríamos llamar y entender como su *imaginación territorial*, la cual alcanza poéticamente su punto de condensación en *Alambres*), al tópico del exilio, a Malvinas como acontecimiento clave en el principio del fin dictatorial (y que, en gran medida, da lugar a la pregunta que pone en el centro a la nación y a la patria, en sentido muy amplio). Precisamente esto último será el debate del campo literario e intelectual argentino³⁴. Perlongher, desde Brasil, lo observa y a su manera díscola interviene en él, lo cual permite señalar los límites en y con los que experimenta esas cuestiones. Se abre, entonces, el recorrido por la función intelectual, que además se presenta como una figura clave en este momento de reconstrucción social. Conviene recordar también que, en el caso de Perlongher, sus intervenciones se resisten a ser entendidas sólo como las de un poeta, puesto que también cobra sentido, aunque se trate de una vivencia de una década atrás,

³⁴ Hablaremos simultáneamente de campo intelectual y campo literario, incluso por momentos designándolo simplemente como “campo”, porque, aunque no desconozcamos sus diferentes lógicas institucionales, en este momento funcionan casi solapándose. En este sentido, dentro del arco temporal que nos ocupa, es fundamental el estudio de José Luis de Diego (2001) para una reconstrucción del período 1970-1986, como así también el de Claudia Gilman (2012) para un preciso abordaje de las relaciones entre intelectuales, escritores y política durante los años sesenta y setenta. Asimismo, puede consultarse también el ensayo de Daniel Link “Tercer corte (1968-1983): Crisis de la literatura” (Link 2006: 103 - 121) y, para una lectura de las vanguardias políticas de las décadas del '60 y '70, el ensayo de Nicolás Casullo *Pensar entre épocas*, sobre todo el primer capítulo (Casullo 2004: 9 – 64). Finalmente, para perspectivas sobre intelectuales en un plano de definiciones y transformaciones históricas, véase Carlos Altamirano (2005, 2007 y 2013) y Carlos Monsiváis (2007).

su figura de militante. Por eso, sería pertinente ir desandando la cronología, tal vez entendiéndola como “causalidad acrónica” (según la lógica barroca de Severo Sarduy: *retombée*, “consecuencia de algo que aún no se ha producido” o una cámara en la que “a veces el eco precede la voz” (Sarduy 1999: 1196 y ss.)).

Por todo esto, aunque poniendo ahora el acento en las figuraciones intelectuales, en la posibilidad de que Perlongher ejerza esa función mediadora y moral, nos interesará efectuar movimientos en distintas direcciones que se articulan, o por lo menos, resultan solidarias. Una de ellas es la continuidad del tema Malvinas (auténtico *locus* –retórica y políticamente- polémico) en más escritos de Perlongher; otra es el modo en que se desprenden de allí conjeturas de mayor precisión y alcance en torno a nociones como nación y patria (esto es, el modo en que Perlongher las entiende y disiente, pretendiendo corroerlas, aunque no sin conflictos, titubeos o ademanes ambivalentes); y también, la recuperación de ciertas instantáneas del Perlongher militante, en la década del '70, que por su indisociable entrega política, permite abrir la interrogación, ya específica, y formular hipótesis acerca de su intervención intelectual (esto es, de qué modo se podría tal vez pensar a Perlongher afirmativamente en esa función), llegando finalmente a tomar como horizonte (no podríamos pretender una descripción) el entramado del campo intelectual argentino, en plena discusión e interrogación sobre el fin de la dictadura y el comienzo de la democracia, vale decir, sobre las cicatrices argentinas y su porvenir, conjuntamente con la transformación de la izquierda. Por el modo en que se amalgaman sus cartografías, estas cuestiones aparecerán no necesariamente en el orden ni en la escansión en que las acabamos de enunciar.

La cuestión de Malvinas aparece en Perlongher con una insistencia llamativa. Si bien aquí nos interesa aproximarnos puntualmente a unos pocos escritos (ensayísticos o testimoniales) para examinar un poco más la perspectiva de Perlongher sobre el tema, no pueden dejar de mencionarse también aquellos en los que se advierte un desplazamiento ficcional o poético (por ejemplo, el conocido “El informe Grossman”), así como una numerosa cantidad de textos inéditos alojados en su Archivo. Entre sus ensayos, ya son canónicos los tres recopilados en *Prosa plebeya*: “La ilusión de unas islas” (el de la intervención en *Sitio*), “El deseo de unas islas” (que iremos comentando y refiriendo en diversas partes, ya que está organizado sobre el tema de la identidad y desarrolla, por lo tanto, una permanente analogía entre la identidad nacional –Malvinas- y la identidad sexual –la “isla” gay-) y, por último (aunque es cronológicamente el primero), “Todo el poder a Lady Di”. Y en este último nos detendremos ahora.

Publicado –según consignan los editores de *Prosa plebeya*- en la revista feminista *Persona*, en 1982, como “Víctor Bosch” -uno de sus seudónimos (o mejor, nombre de guerra)-, el ensayo expande su crítica a las posiciones esgrimidas por la izquierda para apoyar la guerra en nombre de la causa antiimperialista, y vuelve a constatar los tópicos que más exasperan a Perlongher: la “orgía nacionalista” en nombre de “una abstracta territorialidad”, “ritual sacrificial” que permite “fortalecer la fuerza del Estado”. La ecuación de Perlongher es nítida: si se adhiere a la guerra se está adhiriendo al Estado ocupado por la Junta Militar. Y si la razón de esa adhesión radica en el combate antiimperialista se está discutiendo, antes que “el interés de las poblaciones afectadas”, “los afanes expansionistas de los Estados”.

La dureza con la que arremete contra las izquierdas es notable: en tanto “*opositores multipartidarios*”, “no deja de ser revelador”, escribe Perlongher, cómo

se han prestado a la puesta en escena de esta pantomima fatal, llamando a no desertar, sino a llevar aún más lejos una guerra que caracterizan de *antiimperialista* y que no discute el interés de las poblaciones afectadas, sino los afanes expansionistas de los Estados.

La claudicación de las izquierdas ante los delirios patrioteros de la dictadura es una constante: ellas se dejan llevar (...) por el entusiasmo de las concentraciones de masas, sin percibir cuándo ellas resultan en una legitimación del régimen (...) o cuándo obedecen a luchas internas del gobierno con la bendición de la todopoderosa Iglesia Católica (...).

En el caso del artificioso conflicto de las Malvinas, la argumentación esgrimida para justificar la claudicación ante el patriotismo fascista de la Junta Militar se inspira, vagamente, en la concepción del imperialismo de Lenin, según el cual en caso de conflicto entre un país atrasado y uno avanzado, debíase defender al primero –como si un amo *pobre* fuese menos despótico que uno *rico*. (1997: 177 a 179)

Así, el modo en que Perlongher releva y contesta los argumentos de la izquierda parece apuntar, en principio, a cierto desencanto o decepción con ella, en su amplio espectro, cuando -¿extraviada?- deviene patriotera: la “masacrada izquierda” que, “delirante de euforia patriótica”, apoya la guerra, muestra cómo “presuntas vanguardias del pueblo revelan su verdadera criminalidad de servidores del Estado”. Y simultáneamente, Perlongher está dando cuenta de una tensión muy específica dentro de la izquierda, entre las posiciones que impugna y su propio pensamiento, a saber, la perspectiva anarcoliberal con la que formula –y

entiende- la cuestión, confirmándola una vez más: por el modo en que arremete contra el Estado (siendo, encima, el Estado de la Junta Militar, “un régimen como el argentino, que es, más que una *dictadura de clase una dictadura del Estado*, del aparato militar relativamente por encima de las clases”), y también por el modo en que, a la línea leninista que apunta en el fragmento citado, inmediatamente contraponen una lectura insumisa de la posición de Rosa Luxemburgo. Lo que se desprende, entonces, de las guerras entre Estados: al fin, uno pobre no necesariamente ha de ser menos despótico que uno rico.

Y en medio de “este triste sainete” que es preciso denunciar –hay razones “de sobra”-, aparece entonces el humor, como “la salida más elegante”, “en medio de tanta insensatez”:

(...) si Borges recomendó ceder las islas a Bolivia y dotarla así de una salida al mar, podría también proclamarse: *todo el poder a Lady Di o El Vaticano a las Malvinas* para que la ridiculez del poder que un coro de suicidas legitima, quede al descubierto. Como propuso alguien con sensatez, antes que defender la ocupación de las Malvinas, habría que postular la desocupación de la Argentina por parte del autodenominado *Ejército Argentino*. (Perlongher 1997: 177 a 179)

“*Los milicos no podían soportar que una parte del territorio del Estado no estuviera sembrada de cadáveres!*”, le escribe Perlongher a su amiga Sarita Torres: las islas “se han corporeizado” pero en “su condición de cementerio”. De este modo, la correspondencia de Perlongher también registra, durante los días de la guerra, su furioso aturdimiento con el acontecimiento y con lo que políticamente significa (“estoy inflamándome un poco y parece que saliéndome del corset”, escribe en un

momento de la carta en la que no puede detener la verborragia). Así, en esta epístola a Sarita, fechada el 3 de mayo de 1982 (Perlongher 2004: 401 – 404), vuelve a la carga con todos los tópicos, imágenes y razones desplegados en sus ensayos, incluso formulados casi idénticamente de un texto a otro, lo que da la medida de su auténtica obsesión con el tema –al desplazarse de la intervención pública a la conversación privada de un modo prácticamente igual- y sobre todo permite leer la poderosa terquedad de su insistencia, que antes que simple mismidad o redundancia muestra la firmeza de una serie de motivos que entendía como irrenunciables. Como punto nodal, reaparece, entonces, la crítica al “fasciopatriotismo” (“He ahí las consecuencias del patriotismo, del antiimperialismo y toda esa patraña –que no es sino defensa del Estado”) y aparece –esto sí expresado con una contundencia ausente en el resto de los textos- la necesidad imperiosa de que el régimen sea “aplastado –como los nazis”: “Por eso estoy por la invasión total, milímetro a milímetro, y la destrucción minuciosa y sistemática de esa banda de matones denominada Ejército Argentino”. Las cartas resultan interesantes porque, además, relatan los derroteros y exhiben los pormenores –cual *behind the scenes*- de sus propios textos de intervención sobre el tema (que son precisamente los que hemos referido más arriba); así ocurre en esta carta a Sarita Torres, pero sobre todo en la que, también durante cercanos días malvinenses (concretamente el 24 de junio de 1982), le dirige a Osvaldo Baigorria, confirmando un deseo de intervención y circulación que supone a la vez una política de las alianzas amistosas o una conmoción interpelante:

(...) he emitido una proclama –Todo el poder a Lady Di!- editada en un diario de Bahía, Brasil, y a ser reproducida –esas mujeres- por las feministas porteñas, que se deslizan (una de ellas) hacia el anarquismo: estamos íntimas de ese sueño acrático. Utopía que me lleva a condenar cualquier defensa de esa masacre en nombre de la territorialidad de los estados. He dicho, y mañana lo volveré a decir en un debate de los grupos gays, sobre política y deseo, donde hablaré de “El deseo de unas islas”, aludiendo al paralelo “Viva la homosexualidad” (de los gays) versus “Viva la patria” (de los patriotas). Acaso no hay gays patriotas? Sí, se dirá, y por ahí pasa el encanto. (Perlongher 2006: 56)³⁵

Volvamos ahora a dar un rodeo por *Sitio*. En los “Entredichos” malvinenses, el grupo de escritores-intelectuales de la revista enuncia que “para pensarla, para sentirla [a la guerra], los letrados vimos que no nos servían los enquiridios de cabecera” (5), ya que “para nosotros, las guerras habían sido, fundamentalmente, testimonios orales o hechos literarios” (4). Resultan significativas estas afirmaciones en la medida en que dan cuenta del impacto o del desconcierto experimentado ante

³⁵ A propósito, entre el material de su Archivo, se encuentra una carta (mecanografiada y con correcciones manuscritas) que también tiene como tema la cuestión de Malvinas, fechada en mayo de 1982, y dirigida a “Miguel” (suponemos que se trata de Miguel Grinberg por la mención que realiza Perlongher de la revista *Mutantia*). Debido a las políticas institucionales que posee el Archivo, no es posible reproducir la correspondencia pero nos contentaremos con comentar lo visualizado ya que resulta de lo más interesante el desplazamiento que efectúa Perlongher, en dicha epístola, en relación con sus puntos de confrontación más conocidos. Por lo que se deduce de la carta, es de suponer que, a partir de ciertas proclamas pacifistas en la revista *Mutantia*, Perlongher cuestiona – aun compartiendo la denuncia antimilitarista- el fundamento ecologista y pacifista en torno a la naturalidad de la tierra madre. Perlongher, asociando ese discurso con el ‘retorno a la tierra’ y su apego primitivo, se pregunta si acaso ese motivo no será solidario del furor patriótico que alimenta las guerras, si acaso por la vía de la territorialidad (que, de paso, en su arraigo obtura cualquier nomadismo) los pacifistas ecológicos no estarán ayudando a fortalecer el mito épico de la tierra y la sangre. Sobre el final, declara que no pretende hacer equivalentes el pacifismo y el militarismo a partir de la cuestión de la tierra, sino simplemente sugerir parentescos en la estructura de ese deseo de la tierra para enriquecer la confluencia de quienes (como él, como evidentemente el destinatario de la carta) se hallan comprometidos en la denuncia de la absurda guerra. (Documento CEDAE 02/004)

un acontecimiento que no pudo sino movilizarlos. Que esto le ocurra a un grupo de escritores, aunque ya se hubieran regodeado en la definición de intelectuales (recordemos los “Entredichos” del número 1), permite observarlos en una urgencia intelectual que los arroja, o los desplaza violentamente, a su ejercicio pleno, interviniendo de manera explícita en un tema de la *polis*, o lo que es lo mismo, de la vida en comunidad social, encarnando el reto de la causa en cuestión. Por eso, el episodio de los miembros de *Sitio* recuerda al modo en que Maurice Blanchot entiende el ejercicio intelectual: el desvío momentáneo de lo que eran (escritores) para responder a exigencias morales de justicia y libertad, aunque para sostener esa causa no sean más que uno entre otros³⁶. Precisamente el grupo, sin sus “enquiridios de cabecera”, porque a las guerras sólo las conocían literariamente, no aspira a ninguna revelación que legisle o dictamine veridicciones sino sólo a un tanteo, que no por contundente deja de realizarse precariamente, como así tampoco

³⁶ Concretamente, plantea Blanchot que “el escritor, el artista, el sabio desvían la influencia que han adquirido, la autoridad que deben a la actividad propia, para servirlos en las decisiones políticas, y en las opciones morales”, por eso el intelectual tiene que comprender que “sólo lo es momentáneamente, y por una causa determinada, y que, para sostener esta causa, no es más que uno entre otros, con la esperanza (aunque fuera vana) de perderse en la oscuridad de todos y retornar a un anonimato que es precisamente, en tanto que escritor o artista, su inspiración profunda y siempre desairada”. De allí que, ante la guerra y el Terror, cuyo “retorno siempre es posible”, se ven impedidos “los intelectuales [de] tener la esperanza de una desaparición que los sustraerá definitivamente de las cuestiones y de la cuestión” (Blanchot 1999: 95 – 96). Es preciso añadir que, en relación con la imposibilidad de su desaparición, el ensayo de Blanchot está respondiendo a uno de Lyotard, de 1983, que plantea el anacronismo del intelectual, su pertenencia a otra época, en la medida en que se haya arruinado el universalismo y la condición totalizante (ideas modernas e iluministas) que posibilitaban, por definición, la injerencia de los intelectuales (Lyotard 1999). A propósito de Blanchot, no sería ocioso agregar que bastante pertinente puede resultar su mención a raíz de *Sitio*, ya que resulta un tanto conjeturable la posible filiación de la revista con su pensamiento, sobre todo en algunos ensayos de Eduardo Grüner. Por otra parte, resulta interesante apuntar también la reflexión de José Luis Pardo (2013) -muy cercana a Blanchot- quien señala, para confrontar la definición hegeliana de la función del intelectual (“poner su tiempo en conceptos”), que lo que forma parte del oficio del intelectual es negarse a justificar el sufrimiento o sacrificio de un otro cualquiera o quiensea como necesidad histórica o como exigencia de la razón o del conocimiento.

deja de mostrar la perfecta inutilidad del escritor: son, pues, uno entre otros interviniendo en la causa de Malvinas.

Como se sabe, un haz de complejidades suponen los problemas teóricos y metodológicos de cualquier acercamiento a una historia intelectual. En efecto, es inevitable cierto historicismo, en la medida en que cada coyuntura redefine la función o la figura, reorganiza el campo o problematiza su autonomía. Y no puede desconocerse, lógicamente, el modo constante en que se definen a sí mismos: los intelectuales se repiensen permanentemente, y el síntoma metodológico de ello es que un abordaje de este tenor los tiene simultáneamente como fuente y bibliografía, cual *mise en abyme*. Esto último es particularmente álgido en el caso argentino que estamos tratando, en el cual es conocido el hecho de que las reformulaciones intelectuales incluyen la acentuación del debate por su propio lugar a propósito de la transición democrática, promediando la década de 1980.

Por estas razones, es preciso no tentarse con generalidades, y conviene, entonces, proceder al mapeo a escala mínima. De modo consecuente, antes que al interés meramente 'contextualizador', es a lo iluminador del caso o episodio a lo que nos remitimos (sin descuidar, no obstante, las diferentes modulaciones y tonos que atravesaron los numerosos posicionamientos -individuales o grupales- del campo, el cual, en todo caso, funcionará como horizonte). En efecto, y entendiendo de paso el modo en que los debates del campo intelectual se organizaron fundamentalmente en torno a revistas, tomaremos como punto de comparación a *Punto de vista*³⁷:

³⁷ Para un abordaje de la relación entre revistas culturales e intelectuales durante el período, véase Patiño (1997 y 2006). Por otro lado, llegados a este punto, es preciso explicitar que, como se

revista que no nos interesará pensar en tanto representativa (aunque lo haya sido), sino en tanto sobresaliente, por sus efectos y por el modo en que orquestaba el debate, el cual, en gran medida, pasaba por allí, exhibiendo así un fuerte poder en sus intervenciones. Por esto, entonces, es posible tomarla como confrontación, en principio respecto de *Sitio*, pero sobre todo para poner en escena, entre ambas, un vértice equidistante y a la vez asimétrico con Perlongher que, en tanto puntos de inflexión, o modulaciones diferenciales, dan cuenta de lo reactivo de Perlongher a estos modelos intelectuales y permiten conjeturar la singularidad de su experiencia (en y de los) límite(s) en esa función.

Tomando, entonces, el caso de *Punto de vista*, salta a la vista con sólo recorrer sus índices de la década de 1980 el lugar decisivo que ocupa la cuestión intelectual. Nos centraremos, para realizar una evaluación más precisa, en tres textos muy conocidos de Beatriz Sarlo de distintos momentos³⁸ que podrían leerse como un diagnóstico o examen por parte de la autora en diferentes coyunturas. Así, en el primero de ellos, Sarlo efectúa una evaluación retrospectiva de la izquierda, sometiéndola a una severa crítica, y atenta a sus posibilidades de transformación;

advertirá, la noción teórica de “campo” remite a los clásicos conceptos de Pierre Bourdieu (2009), cuyo poder explicativo y descriptivo continúa resultando operativo, aunque no siga de cerca otros aspectos de su pensamiento sociológico. Por lo demás, no deja de ser paradójico –ni tampoco casual- que se nos imponga la aclaración precisamente al introducir una consideración sobre *Punto de vista*, que, como sabemos, desempeñó un rol protagónico en la introducción y difusión de los trabajos de Bourdieu en Argentina durante el período que estamos tratando.

³⁸ Son los siguientes: “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” (Diciembre 1985), “¿Arcaicos o marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo” (Diciembre 1993) y “¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía” (Noviembre 1994). Todos publicados en *Punto de Vista* en sus números 25, 47 y 50. Sus referencias son, respectivamente: Sarlo (1985a: 1-6, 1993: 1-5 y 1994a: 5-9).

al mismo tiempo, afirma la “recuperación de nuestra identidad de intelectuales” que permitió la reconstrucción de “nuestro lugar”, en la medida en que “nuestra práctica y nuestros discursos” hallan “sentidos relativamente autónomos” (6) antes que sus límites sean “definidos desde afuera por la legalidad de las prácticas académicas, culturales, institucionales” (5): se trata de poder “encontrar en la sociedad algún discurso que nos hable de una figura más general y más pública, que no sea necesariamente la figura del político” (5-6). De allí que, ante la heterogeneidad entre cultura, ideología y política, Sarlo proponga pensar al intelectual como un sujeto atravesado por la tensión que gobierna las relaciones entre esas tres instancias, antes que subordinado a las legalidades de una u otra, y llame a “trabajar en y sobre los límites” de “nuestro encierro corporativo” (de prácticas y saberes) como posibilidad de transformación del “lugar de los intelectuales y su función” (6). Situándose en “una perspectiva móvil e inestable”, a lo que Sarlo invita, en 1985, es, por un lado, a “una construcción hipotética de algunos sentidos para nuestro pasado más reciente” (1), y por otro, a “pensar si nuestro discurso [el de los intelectuales] es necesario” (6).

Por su parte, resulta interesante considerar los otros dos ensayos porque, aunque excedan el marco temporal que nos importa, dan cuenta de los efectos o proyecciones en otra coyuntura respecto del pronóstico trazado en 1985 conjuntamente con sus deseos o posibilidades, y también con su revisión por lo que quedó trunco, casi iluminando por contraste. Así, en 1993 y 1994, Sarlo señala, anticipando en gran medida los problemas que recorrerá en su libro *Escenas de la vida posmoderna* (1994b), y con un tono que se deja escuchar entre la incomodidad

escandalosa y la resistencia, la mutación intelectual. Por un lado, hacia el experto, en el marco de los desplazamientos propios de las especializaciones, que difusamente podría identificarse con los “tecnócratas”, y al mismo tiempo que constata un “particularismo de minorías intelectuales y académicas” (1993: 5) cuyas intervenciones coinciden con sus límites disciplinares. Por otro, los intelectuales de medios masivos, decisivos en la reconfiguración massmediática de la cultura. En ambos casos, intelectuales que, bajo la apariencia de volverse más democráticos, terminan resultando concesivos con el poder y cediendo a la pérdida de filo crítico: un “neopopulismo intelectual” pero sin pueblo y sin nación. Se trataría, así, de una “ideología construida sobre el sentido común, el individualismo, el seguidismo de las tendencias privatizadoras de los asuntos públicos, la resignación del espíritu crítico” (1993: 5); sus efectos son la indiferencia, el oportunismo, la cultura celebratoria y banal. Ante esto, lamenta Sarlo la decadencia del intelectual crítico, y aquí comienza lo interesante en tanto se muestra la línea de continuidad con el posicionamiento de 1985: reclama nuevamente la “autonomía” intelectual (en la medida en que no queden subordinados dominios por definición heterogéneos) y esto no puede pensarse sino junto e indisolublemente con su espíritu crítico. De allí la importancia de enfatizar la figura que adquiere el *intelectual crítico* para Sarlo, que lo entiende como tal en tanto lo identifica con el pensamiento crítico, y es, a su vez, este pensamiento crítico el que reclama “subrayar [su] autonomía”. Por eso, si “no hay lugar universalmente reconocido para el discurso intelectual” (6), si se volvieron inaudibles, es porque ocurrió un cambio en los estilos de intervención. Pero precisamente por esto, antes que encogerse de hombros, se reafirma la

necesaria autonomía crítica de “la voz universal que toma partido”: “tomar partido (...) parece necesario porque, si han naufragado las soluciones y han cambiado los problemas, el discurso crítico no se agota en la consideración de sus errores pasados o su debilidad presente” (9). Y es por esto que Sarlo se ve en la necesidad de emprender, otra vez (sobre todo en el texto de 1994), el repaso por el derrotero intelectual desde los años '70, procediendo a un reexamen.

Lo que ratifican los diagnósticos de Sarlo en la década de 1990 es, por contraste retrospectivo, un momento (los años '80) en que la función intelectual iba de suyo e incluso que se hallaba fuertemente institucionalizada. Y además, da cuenta de la mutación en el ejercicio de esa función, de la cual nos interesa retener no tanto la del massmediático sino la del especialista, y dentro de éste menos al experto tecnócrata que al “particularista”. Marca, en fin, una posición muy sólida y poderosa del campo. En esta dirección, resulta muy sintomática la vitalidad y la fuerza que adquieren los intelectuales en el caso argentino de la transición democrática: por lo que esta coyuntura les exige, pero también por el saldo, por el balance, por el ajuste que necesitan realizar, por un lado, en torno al pasado reciente (la construcción de sentido a la que se refiere Sarlo), y por otro, en relación con ciertos fantasmas (sartreano, gramsciano) y a partir de allí con la reformulación de la izquierda, desmontando entonces nociones axiomáticas como representación, totalidad, sujeto universal, compromiso. Se exhibe, así, el modo en que estas cuestiones remiten a los años '70, y es por eso que más allá de las periodizaciones que se puedan trazar con rigor, lo que nos interesa retener –con vaguedad deliberada- es el arco temporal que va desde los '70 hasta promediando los '80: por

los problemas que suscita y porque supone un horizonte para un escenario más acotado en el que puede resultar interesante (e incluso, inevitable) pensar a Perlongher. De allí la necesidad de un rodeo para describir brevemente el campo en los '80: porque, aunque compartiéndolo como dicho horizonte, se presenta, a la vez, como un escenario otro, y más restringido, con el que Perlongher contrastaría o, en todo caso, no se involucraría.

Por cierto, es preciso explicitar la pregunta: ¿por qué el interés en acercar o proyectar a Perlongher como intelectual si él nunca se identificó como tal? –en efecto, lo “aburría” esa figura³⁹. Desde ya, no se trataría entonces de forzarlo o violentarlo. Tampoco, mucho menos, de tratar de ‘condecorarlo’ con la investidura noble de esa figura (precisamente el tono solemne que reconocía en los intelectuales era una de las razones de su espanto)⁴⁰. Sin embargo, como queda claro que un intelectual es, antes que una figura, alguien que ejerce una función (distintivamente mediadora), creemos posible sostener que entenderlo así puede desempeñar un rol poderoso o productivo para conjeturar el modo en que agenció transformaciones en los estilos de intervención (culturales, políticos e ideológicos,

³⁹ Dado que iremos desgranando diferentes aspectos de la cuestión intelectual a medida que hagan su aparición, el tránsito por el “aburrimiento” de Perlongher lo realizaremos más adelante, cuando volvamos a insistir en el asunto desde otros lugares y posiciones, sobre todo al intentar acercar comparativamente a Perlongher a ciertos modelos del ejercicio intelectual, vinculados específicamente con causas sexuales, como es el caso del intelectual-artista en Pier Paolo Pasolini y el del intelectual-militante en Guy Hocquenghem.

⁴⁰ Esta precaución de no violentarlo ni forzarlo es preciso entenderla como un deseo crítico atento a los límites autofigurativos de lo que un escritor expresa de sí mismo (en este caso, bajo la figura del rechazo o la resistencia). Sin embargo, es sabido que en esa autofiguración que el escritor fabula o imagina ocurre un desborde que lo excede y que puede, por ende, hacer trastabillar sus propias palabras y sus performances autorales. Así, resultaría legítimo ir a contrapelo de la *autor*-idad de las órdenes de lectura, desobedeciéndolas, y movernos en la tensión de ese espacio conjetural, de esa interdicción, allí donde un autor se vuelve irreconocible.

para retomar la tríada de Sarlo), propios de lo que se reconoce como campo intelectual. Entendido de este modo, el aporte que se efectúa sobre el relato crítico en torno a Perlongher da cuenta de una inserción en un horizonte de debates coyunturales que le interesaban, y de los que por cierto participaba, aunque sea para pervertirlos (o mejor, *precisamente* por eso). Esa inserción, en efecto, no busca reclamar un protagonismo actoral que tal vez no tuvo, sino poder exhibir su exceso o su incomodidad con los modos más ‘mayoritarios’ o hegemónicos de entender y ejercer la función intelectual en ese momento. Por ende, postularlo como intelectual de ninguna manera implica identificarlo como tal, otorgándole una suerte de estatuto ontológico (como si hiperbólicamente dijésemos: “es” un intelectual), sino que se trata, más bien, de entenderlo ejerciendo esa función de una manera errante e inestable, transitoria, como de paso. Cada vez que Perlongher oye el llamado de una causa justa –podría decirse- no puede sustraerse ni resistirse de la necesidad de intervenir, para luego (pensado blanchotianamente) volver al repliegue de la soledad poética.

Dijimos ‘causa justa’ y se trata de un escritor. En este punto, es preciso tener en cuenta en Perlongher la tensión (o incluso contraposición) de dicha aspiración con cierto regodeo en el Mal (una “pasión de abolición” como faz de un impulso de fuga deseante respecto de la modelización normativa (Perlongher 1997: 72)), o mejor, que precisamente por esa tensión la causa justa puede accionarse sin heroísmo ni solemnidad. En este sentido, cual rodeo literario, una definición podría ensayarse vía Osvaldo Lamborghini. Entre los textos de este autor, es imposible no recordar el modo en que su literatura postula lo que entiende por causa justa. Como

se sabe, en su relato titulado precisamente *La causa justa* [1983] (Lamborghini 2011: 7 – 48), un par de oficinistas se regodean en el jueguito machista, y uno le dice al otro que “si fuera puto, te chuparía la pija”. El problema se presenta cuando los escucha un japonés que también trabaja en la oficina, que evidentemente no entiende o no cree o desconfía de la estructura condicional (“si fuera puto...”) y considera que, si su compañero contempla la posibilidad de chuparle la pija al otro, entonces es puto. Lo que era condición, se vuelve consecuencia. Así entendida la intención del oficinista, el japonés exige que el acto se concrete, puesto que tampoco quiere saber nada de chistes, y entonces –he aquí lo fundamental- lo considera palabra empeñada que, si no se realiza, es Palabra Incumplida: “El que falta a la palabra falta al honor. El que hoy falta al honor traiciona al amigo, es capaz de traicionar Patria y Emperador”, razona el japonés (21). Por eso es una causa justa. Ante la reiterada negación del oficinista, el japonés logra a golpes de boxeo hacer que cumpla su palabra, y al oficinista chistoso no le queda otra que chuparle la pija al compañero. “La causa justa”, sin embargo, va mutando en su nivel enunciativo, cual entropía del relato lamborghiniano, hasta tornarse casi irreconocible, y es así que devine el título de un folleto que el japonés había recibido y que posiblemente no entendió, por eso “toda su vida fue el gran reguero de una vida equivocada” (36). Así, lo que media entre Palabra Cumplida y Palabra Incumplida es el chiste, el cual, en su interdicción que desconoce lo literal, es la causa de todos los problemas en el país de *La llanura de los chistes*: “Por favor, señor Gerente, no me nombre nunca más esa palabra terrible: *chiste*. En este país llanura, *chistes* terminan con muertos”, dice el japonés (35), ya que intentaban

persuadirlo de que todo era “un simple chiste”: “Si todos somos amigos y trabajamos juntos, nos ganamos el pan en la misma Empresa, lo de prometerse esas cosas es una costumbre de nuestro amado país, la Argentina, ahora en guerra con el Imperio Británico”, le dice uno de los oficinistas al japonés y la referencia a Malvinas no puede pasar desapercibida (24). “¡Complicadísimo!” este país, gran llanura de los chistes, el japonés y su amigo polaco (del cual estuvo enamorado) terminan desplazándose del chiste a “*Hacer Teatro*”, aunque el japonés lo mata en el alboroto de la oficina. La causa justa se presenta, entonces, como una consigna literal, como una palabra con cuyo cumplimiento *no se jode*, aunque no se la entienda del todo (y nunca se la entiende del todo); sin embargo, en la medida en que pasa por un enunciado, o se reduce a un plano expresivo, ella desconoce o queda desentendida de cualquier imposición valorativa, y entonces no hay razón para que una *fellatio* no pueda movilizar una causa justa. Entre la lengua como arma y la “guerra cultural entre dos frases” (como dice César Aira en su comentario a la edición de *Novelas y cuentos II* (en Lamborghini 2011: 306)), es casi seguro que Perlongher, por la afinidad que tenía con la obra de Lamborghini, compartiera esa *poética de la causa*. Por cierto, comenta el relato en cuestión en su ensayo “Matan a una marica” [1988] a propósito del “problema del culo” como actualización del “miedo ancestral a la mixtura mucosa” que se exhibe, precisamente, en la “insistencia en el chiste pesado” de “la grosería chongueril” que anda siempre “con el culo en la boca”. Y cita una chistosa consigna: ““Para un gorila / no hay nada mejor / que romperle el culo / con todo mi amor”” (Perlongher 1997: 37).

Así, al entenderlo como intelectual del modo errante en que lo venimos postulando, las consecuencias que se proyectan resultan muy potentes porque preservan la tensión compleja entre dominios heterogéneos, dando cuenta de sus múltiples *pases*, y evitan entenderlo desde el cliché de la mezcla o mixtura o hibridez, que repone –entre otras cuestiones- un imposible sujeto, como así también –lo que sería peor- subordinando o escindiendo los planos y privándolos de sus singularidades, conexiones, contactos o pases. Concretamente, la función intelectual en Perlongher permite interrogar su acción militante, en la medida en que lo entendamos como una actuación política en la esfera pública. En esta dirección, cabría considerar el vínculo coyuntural entre intelectual y militante, como así también su relación con el saber. Perlongher claramente no se presenta como un escritor en el parnaso ni, por lo tanto, desinteresado de los debates políticos de su presente (en sentido bastante específico, puesto que probablemente ningún escritor podía estarlo del todo). Por eso, Perlongher se mueve entre “teoría y práctica”, en cierto sentido a la manera foucaultiana. Más aún, Perlongher parece estar mostrando el desplazamiento que señala Foucault hacia la década de 1970:

[Los] intelectuales han descubierto (...) que las masas no los necesitan para saber; ellas saben perfectamente, claramente, mucho mejor que ellos; y además lo dicen muy bien. Sin embargo, existe un sistema de poder que intercepta, prohíbe, invalida ese discurso y ese saber. (...) El papel del intelectual ya no consiste en colocarse ‘un poco adelante o al lado’ para decir la verdad muda de todos; más bien consiste en luchar contra las formas de poder allí donde es a la vez su objeto e instrumento: en el orden del ‘saber’, de la ‘verdad’, de la ‘conciencia’, del ‘discurso’.

Por ello, la teoría no expresará, no traducirá, no aplicará una práctica, es una práctica. Pero local y regional (...): no totalizadora. Lucha contra el poder, lucha para hacerlo desaparecer y herirlo allí donde es más invisible y más insidioso. (Foucault 2008b: 25 y 26)

El sentido de “especialista” con el que Foucault entiende la función intelectual (de una manera, vale subrayarlo, intensamente politizada, a contrapelo del modo en que, como vimos, la postula Beatriz Sarlo para poder contraponer el modelo del intelectual crítico) podría vislumbrarse en Perlongher, sobre todo en sus intervenciones durante la década del '80, y con cierta complejidad en los '70, en tanto hay un reclamo específico pero que al mismo tiempo no deja de inscribirse en las lógicas de la revolución social. Explica Foucault que “si un intelectual, por una serie de razones, estima que su trabajo, sus análisis, sus reflexiones, su manera de actuar y de pensar las cosas pueden aclarar una situación específica, un dominio social, una coyuntura, y que él puede efectivamente hacer su aporte teórico y práctico a la cuestión, es posible entonces sacar consecuencias políticas de ello”; se trata, en fin, de hacer “una serie de preguntas” para “elaborar nuevos modos de crítica, nuevos modos de cuestionamiento”: “¿qué es un intelectual si no aquel que trabaja para que los otros no tengan tanta buena conciencia?” (Foucault 2012c: 159 – 162). Por lo demás, en relación con Perlongher, es innegable su formación teórica. Es preciso no perder esto de vista puesto que la imagen que –operaciones mediante- de él nos llega, fundamentalmente en torno a los '70, es la de una marica escandalosa situada en la cultura popular. Conviene recordar, entonces, que también era un licenciado en Sociología egresado de la Universidad de Buenos

Aires, es decir, un letrado, y que en todo caso con el regodeo en el puto de barrio, en el gusto lumpen y en el costurero femenino, en verdad, *comienza la literatura*. Que se haya afirmado como una marica escandalosa y que esto efectivamente haya estado en la base de las razones por las cuales las elites intelectuales y el movimiento revolucionario no lo escuchó o desdeñó, muestra hasta qué punto, precisamente, resulta interesante acercarlo ahora, considerando que los efectos de sus acciones hacen que ya no pueda desconocerse ni pasar desapercibido.

Esta comentada ecuación entre 'teoría y práctica', de todas maneras, aquí preferiremos formularla como *pensamiento y acción*, considerando además al pensamiento como una acción performativa en sí misma, para evitar las pesadas resonancias epistemológicas (o incluso científicas) de la primera dupla junto a los problemas de su brecha o hiato y desplazar, así, el eje hacia lo irreductible del lenguaje, cual un absolutismo, o dicho de otro modo, hacia lo puramente lingüístico. Entre pensamiento y acción, entonces, es así que Perlongher va probando todas las posiciones en las que sucesivamente se va situando el derrotero intelectual de su tiempo pero para arruinarlas a todas, o lo que es lo mismo, para exhibir las limitaciones de todas sin quedarse en ninguna: da cuenta, en fin, de todas las movi­lidades sin reducirse a ninguna. Así, en el arco que va de "legisladores a intérpretes"⁴¹, Perlongher pasa en los '70 por el eje política y militancia, en los

⁴¹ La expresión remite de manera directa a la fórmula de Zygmunt Bauman (1997) que plantea al legislador como quien hace "afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones", para terminar escogiendo la correcta mediante la legitimidad de un conocimiento superior y reglas procedimentales de validez universal; por su parte, el intérprete traduce "enunciados hechos dentro de una tradición propia de una comunidad, de manera que puedan entenderse en el sistema de conocimiento basado en otra tradición" y, así, se facilite la comunicación sin distorsionar significados. Aunque cada uno sería la estrategia intelectual "típicamente moderna" y "típicamente posmoderna",

primeros '80 por los debates nacionales de la transición democrática, y luego hasta podría situarse en la función “especialista” o “particularista” mediante su trabajo académico como etnógrafo, que en ese momento adquiere su punto más álgido. Sin embargo, en los '70 el militante Perlongher no es un revolucionario sólo social sino sexual; luego, los debates en torno a la nación democrática son encastrados mediante la profanación de la *sacra patria* y mediante la “risa que sangra” (a lo Lamborghini) del progresismo emergente; finalmente, el académico cientista social es desbordado por el ensayista literario, cuya tesis funciona –en palabras de Jorge Panesi- como “el comentario narrativo a [su] obra poética” (2000: 345).

El penúltimo de los aspectos señalados (la perspectiva crítica mordaz y desobediente durante la transición democrática) resulta sobresaliente para advertir la agudeza de sus acciones, cual ‘aguafiestas’ del consenso cívico, y por eso es preciso profundizarlo, sumado a su importancia coyuntural medular. En esta dirección, su notable insistencia con la continuidad del aparato policíaco-militar represivo a comienzos de la democracia es registrada en diversas notas y ensayos (que señalaremos más adelante) y también en las cartas que le dirige a Osvaldo Baigorria, las cuales resultan, una vez más, de un inestimable valor para observar estas percepciones Perlongher, así como sus autofiguras, durante este período y el modo en que lo entiende. En una carta del 9.11.83, le comenta,

respectivamente, Bauman se cuida de dejar bien clara la coexistencia de ambas, ya que no se trataría de un simple reemplazo sino, en todo caso, de una complementariedad (13 – 15). Aunque le encuentro bastantes limitaciones a estas conceptualizaciones de Bauman, y por lo tanto me apartaré bastante de ella, el hallazgo de los términos me parece preciso. Es interesante advertir, de paso, el modo en que sus términos coinciden o -por lo menos- se asemejan a los que indica Sarlo en la mutación intelectual que describe, sobre todo entre el intérprete y el especialista o particularista.

rebosando ironía, que “viajo a la Argentina en diciembre para ver el nacimiento de la Venus democrática –y festejar el triunfo de la derecha (que las lamentables condiciones de nuestro terruño hacen consentir llamar de liberal) sobre el fascismo metalúrgico” (Inédita, Cortesía de Baigorria). Luego, le cuenta el 9 de febrero de 1984 sus andanzas:

El 10/12 me plegué al alfonsinismo con el disimulo de una columna gay, cuyo celoso recato rompí zarabandeándome a la brasilera entre los tamboriles de los muchachos radicales, donde el recién electo dijo desde el cabildo una pavada escolar. Es como una directora de colegio técnico. Después, la cosa se fue enfriando: a fin de enero un cana de tránsito me pidió documentos en el mejor estilo procesista, pero no me llevó. La prepotencia policial empero ha disminuido drásticamente, no así el control (...) Todo indica que el aparato policíaco-militar está intacto.

En esta misma carta también advierte que en lo cultural, aunque haya piedra libre para la libertad de expresión, “la autocensura y la microcensura prosiguen”; que “el clima es de una euforia moderada. La frase: ‘La libertad y no el libertinaje’” y que “la cosa gay sigue pesada (...) Parecía que al levantar la tapa de la olla iba a saltar la lujuria, y no: saltan los cadáveres que aparecen verso a verso”: por eso, “en lo sexual no hay destape!”, concluye, y continúa con el asunto en una carta posterior, del 7 de mayo, en la que relata que “La tía Margarita continúa entrando a las boites como por su casa y llevándose de 50 a 70 mariquillas por vez, un escarnio. La selección no parece seguir otra regla que la cifra. No hay destape, ni nada parecido. Es una democracia superficial”. Finalmente, el 19 de septiembre de 1984, le escribe que

sería interesante (políticamente) continuar diciendo: Se va a acabar la dictadura militar!, señalando que la dictadura no se acabó. Alfonsín no parece dispuesto a dismantelar la máquina policiaco-militar. Ahora remitirá los crímenes de los gángsteres a la justicia común (escena de western: y Alfonsín no es el cowboy milagroso que acaba con los malos, es más bien la heroína que pide auxilio al juez). Entonces, hay que seguir insistiendo con las denuncias, no hay que dejar olvidar la masacre, para molestar, fastidiar, al ejército que se reconstituye. (Perlongher 2006: 59 – 69).

Como se ve a partir del recorrido trazado, entonces, no se trata, de ningún modo, de elegir una conceptualización de intelectual y meramente ‘aplicársela’ a Perlongher externamente, haciéndolo coincidir para confirmarla, sino de ir probando qué emana de sus propios gestos, discursos, prácticas e intervenciones, y tratar de entender esto en sus diferencias o discontinuidades respecto de otras inflexiones o modulaciones del campo. Queda claro, entonces, que para esto primero hay que aproximarlos, aunque no se trate de buscar una semejanza o una mismidad sino lo desconocido o inesperado que él pueda haber experimentado, y para poder conjeturarlo es necesario evaluar sus condiciones de posibilidad. En este sentido, como todo intelectual de izquierda se arrojó a opinar lo inopinable, contra el sentido común, pero no para articular un enunciado progresista, que rápidamente devenga *status quo* bienpensante, sino cual voz siniestra que pone fuera de sí la escucha: como una sirena.

Llegados a este punto, es preciso explicitar un caso concreto de desidentificación intelectual hacia Perlongher:

¿Fue un intelectual? No lo fue. La respetabilidad de la casta era ajena a su sensibilidad, para no mencionar la defensa nostálgica o demagógica que hacen de su título nobiliario, parecida a la de ciertos herederos de familias aristocráticas venidas a menos. Había algo en él refractario al personaje del “intelectual” y no porque la historia de esa profesión no le concerniera ni porque él fuera primordialmente poeta. (...)

[Practicó] modalidades de intervención que se correspondían con el partisanismo lingüístico, una toma de partido por la lengua: agresividad humorística, ridiculización de los lugares comunes del pluralismo democrático, asociacionismo insolente, raudas fugas hacia la costilla poética del ensayo, defensa de las libertades retaceadas a los homosexuales superpuesta a una dosis de suspicacia sobre la reclamada identidad gay, rechazo despiadado de la estrategia izquierdista con respecto al deseo, y también iridiscencias y exuberancias, experimentación con la sonoridad sensual del texto, audición fascinada de las intimidades del lenguaje, inmersión en sus estados alucinatorios.

Quien sostiene estas líneas es Christian Ferrer, el autor de algunas páginas sobre Perlongher que tal vez se encuentren entre las más lúcidas, al insinuar su pensamiento como afirmación de una ética libertaria⁴². Sin embargo, resulta estimulante para la conversación en la medida en que, aunque niegue –por la vía de la desidentificación- a Perlongher como intelectual, no deja de recuperar toda la

⁴² Se trata del ensayo que publicó en la ya clásica compilación *Lúmpenes peregrinaciones* (Cangi y Siganevich 1996), luego reeditado (con otro título y ligeras modificaciones) en su libro *Camafeos* (2013). Es desde esta segunda versión que lo cito (Ferrer 2013: 102 – 103). Quisiera añadir que, por cierto, las figuras “excéntricas, desconcertantes o inadaptadas” que articula Ferrer en *Camafeos*, en no pocos casos intelectuales solitarios (por caso, Murena o Martínez Estrada), dan señales de una serie de anómalos o incluso extravagantes que habilitan corrosiones similares a las que intento señalar aquí de Perlongher.

complejidad de tal consideración⁴³. Ante esto, quisiéramos insistir en que la exigencia que nos moviliza consiste en advertir que tal vez no se trate, simplemente, de negarlo, sino de sostener la complejidad del movimiento: acercarlo, compararlo, situarlo momentáneamente allí, pero no para confirmarlo o identificarlo sino para conjeturar su desborde o dislocamiento, y más aún, para tal vez hipotetizar el modo en que arruina, corrompe, transforma la función, o agencia una emergencia, que cristaliza afirmativamente en tanto estilo de intervención. Y compartiendo, sobre todo, sus tópicos (propios del horizonte coyuntural), aunque sea, también, para corroerlos o enrarecerlos: léase, nación y patria, fundamentalmente.

Interroguemos con más detalle al Perlongher militante⁴⁴ en sus relaciones con el intelectual y con el escritor, de acuerdo al modo en que estos términos se

⁴³ Precisamente porque rescata toda la complejidad del asunto es que lo focalizamos: es como si Ferrer lo apartara de la figura (y no de la función) del intelectual para exhibir que pudo hacer y devenir algo más interesante que eso. De hecho, continúa Ferrer señalando que gracias a “una desbordante imaginación estilística, Perlongher incorporó una nueva variedad en el género [ensayístico]: el ensayo neobarroco, tierra de nadie que linda con el trance corporal. Pero las ideas radicales y el ensayismo agresivo no tenían destino. El intelectual políticamente correcto de aquellos años, nutrido con la papilla de los centros de investigación en ciencias sociales y con las debilidades teóricas de un izquierdismo reciclado, ‘el intelectual en transición’, desdeñaba cualquier intento de cuestionar los límites dentro de los cuales se acorralaba al niño demócrata” (2013: 103 – 104). En efecto, si por un lado aquí se aclara de qué figuraciones intelectuales se estaría diferenciando Perlongher, por otro el señalamiento de Ferrer nos invita a vislumbrar una pista que no podemos sino continuar: la singularidad de Perlongher como ensayista, y su relevancia; nos detendremos en el tratamiento de este punto en la segunda parte. Por el momento, y considerando lo expuesto, es preciso subrayar que, por ende, de ninguna manera estaríamos asemejando la postura de Ferrer a la *doxa-Perlongher*, verdadero blanco de nuestra confrontación, que se dispersa por innumerables ponencias de congresos, *papers*, abordajes *queer* poco felices, etc. Es esta *doxa* (sin contar al periodismo cultural, que aunque también participa de ella, hay que reconocer que responde a otra lógica discursiva) la que se encarga de reproducir (y en ese movimiento, banalizar) los tópicos críticos en torno a Perlongher: en este caso, su supuesto “antiintelectualismo”, que delataría el arrastre de un residuo moral en torno a la función intelectual: una suerte de ‘mala fama’ que resultaría incompatible con la arrogancia de ciertos esnobismos culturales. Así, negaría la función meramente desde afuera en vez de, en todo caso, impugnarla desde su interior (tal, por cierto, la lección de Perlongher).

⁴⁴ Es bien conocida su trayectoria por la militancia: tras un breve paso por Política Obrera (1968 – 1971), de orientación trotskista, con el cual rompe por no conseguir el reconocimiento de la ‘cuestión homosexual’, ingresa luego al FLH, en 1971, hasta su disolución en 1976, y organiza allí el Grupo

entendían y experimentaban en el seno de las coyunturas históricas precisas. Advirtamos, en este sentido, que hacia los '70, en la relación militante-escritor, Néstor Perlongher hizo un camino 'invertido' al de la mayoría: no fue un escritor que se desplazó hacia la militancia (sea o no revolucionaria) sino que fue *un militante que devino escritor*, o con más rigor, poeta. Y luego, hacia los '80 (por caso, en la polémica por Malvinas con *Sitio*), ya era un poeta bastante conocido en ciertos círculos por *Austria-Hungría*, su primer poemario aparecido en 1980. Entonces, podríamos hacernos una serie de preguntas: ¿de qué modo entender, sino bajo el ejercicio intelectual del escritor, cierto paralelismo entre escritura y discusión política militante, a la vez que una literaturización de la violencia política presente?, ¿cómo abordar, sino bajo ciertos planteos a los que nos invita la historia intelectual, a un escritor que –mediando– se inmiscuye en acaloradas polémicas políticas (cuyas acciones cada vez se circunscriben más a la intervención mediante los discursos, a la palabra, precisamente porque devino escritor), y que al mismo tiempo es un militante al que le interesa la formación crítica, los hallazgos del saber, el vínculo teoría-praxis?, ¿acaso no dan cuenta estos resbalamientos de un haz de toques dispersos en los que se reconocerían funciones intelectuales, incluso para luego,

Eros. También, hacia 1972, integra el Grupo Política Sexual. Preso en 1975 durante algunos meses, sobreviene el repliegue hasta su exilio brasileño en 1981. Sin embargo, durante estos años, su trabajo como encuestador lo lleva a recorrer numerosas ciudades de Argentina, de las cuales redacta informes sobre la represión sexual (policial, militar, moral) en cada una de ellas, que distribuía en fotocopias, firmados con seudónimo (uno de ellos, "Por una política sexual", será comentado en un capítulo posterior). Ya en la década del '80, desde Brasil sigue interviniendo a su manera en Argentina, a través de diversos medios culturales, en torno a cuestiones de militancia sexual; tal vez el caso más sobresaliente sea el de las revistas *El porteño* y *Cerdos & Peces*, a las que nos referiremos más adelante. Para un acercamiento biográfico, puede consultarse Baigorria (2006a) y el "Itinerario Biográfico" preparado por Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria en su edición de *Prosa plebeya* (Perlongher 1997: 255 – 257).

en el ejercicio concreto, manosearlas, ultrajarlas, o –podría decir el mismo Perlongher- lumpenizarlas? Cabría, empero, una tensión entre el militante y el intelectual, en la medida en que sólo se presuponen en el marco de experiencias históricas específicas, y por lo tanto no pueden dejar de interrogarse. Primero el militante, entonces, en el marco de las ideologías revolucionarias de los años '70 comparte con cierto modelo de intelectual, tal vez el hegemónico, el impulso de la acción política (teniendo en cuenta las variantes del compromiso sartreano: las confrontaciones políticas son a la vez militantes, superponiendo así las actuaciones). Probablemente el mismo Perlongher no las entendía sino permanentemente juntas, por lo menos en esos años, a pesar de que el militante sexual liberacionista terminara por llevarse a las patadas con el militante social revolucionario. Por cierto, “Siglas” es su poema bufo en torno a este período⁴⁵.

Es preciso, entonces, considerar con más amplitud esta tensión militante en los años '70. Como se sabe, el ‘hombre nuevo’ necesariamente ha de ser heterosexual. Si bien esta relación es muy compleja y es preciso evitar generalizaciones apresuradas, está ampliamente documentada la homofobia de la izquierda en los '70, que consideraba a la homosexualidad –por caso- una degeneración burguesa, una práctica reaccionaria o una lacra capitalista y, por lo tanto, debía tratarse o rehabilitarse: son numerosos los testimonios de militantes de

⁴⁵ Poema sarcástico sobre la proliferación de grupos políticos, escrito hacia 1978, en el que una voz va detallando el paso por innumerables organizaciones, cada una con sus siglas, y termina con un “agradecimiento del autor” a casi un centenar de organizaciones, enumeradas allí con su nombre completo (Perlongher 1997: 211 – 213).

izquierda a los que la propia agrupación les recomendó “curarse”. Se podía, incluso, esgrimir razones de ‘seguridad interna’ o directamente apartar al compañero (tal es el caso de Héctor Anabitarte, militante del FLH que venía del PC). A lo sumo, habría que esperar el triunfo de la revolución socialista (a lo que Perlongher opone el caso de la URSS y de Cuba: hay que solidarizarse con esta lucha pero de ninguna manera mediante la subordinación sino, en todo caso, a través de alianzas). En este sentido, doble dislocación de los movimientos sexogénéricos disidentes con la heteronorma (ya que no sólo los homosexuales fueron el blanco sino también las feministas): el ataque y la desacreditación fue, por supuesto, de derecha (‘subversivos’) pero también de izquierda (‘pequebú’). Ya en Brasil, en una carta a Sarita Torres del 22 de julio de 1982, Perlongher volverá a ratificar la cuestión con la gracia irónica que estila en su correspondencia: “(...) Lula, después de haber dicho que entre los proles no había putos –lo cual es un barato: son todos bofes- dijo que no eran enfermas y que podrían entrar al partido rev.(oludo) sin precisar terapia, ni de grupo” (2004: 405 – 406).⁴⁶

Por otra parte, a propósito del empleo de “militante”, es preciso advertir que, aunque tal vez hoy nos resulte -en términos sexogénéricos- más cercano a los oídos el término “activista” (curiosos son los deslices de palabras, que bien semánticos son siempre), “militante” es el término justo del momento focalizado. De hecho, el propio Perlongher así se proclama: “Soy militante del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina”, recuerda Osvaldo Baigorria que se presentó cuando

⁴⁶ Volveremos más adelante sobre este punto; para la consideración de fuentes y bibliografía al respecto, remitimos por lo tanto a las referencias que allí se indican.

lo conoció en el Grupo Política Sexual (2006a: 12). Precisamente en torno a la cuestión de la militancia, es interesante observar las mutaciones de Perlongher en el desplazamiento de décadas. Hacia los años '80 va a ironizar con la cercanía *militar* del término: “palabra sospechosamente ambigua”, escribe en la respuesta a “La esfinge” de la revista *Babel*, en la cual también señala que “los límites actuales de la política son estrechos y anacrónicos, pero tampoco me seduce la bovinidad del posmodernismo a lo Baudrillard. Las mutaciones que me interesan pasan más bien por lo microscópico, por lo molecular (...), sin dejar de ser colectivas o, mejor, ‘neotribales’” (1997: 18). Vemos así a Perlongher, en el arco de los '70 a los '80 (cronología que puede sonar esquemática, pero que curiosamente resulta coincidente), desplazarse de la política liberacionista ‘macro’ a la política ‘micro’ de la “revolución molecular” (que no debe confundirse, como se suele insinuar, de una política colectiva a –meramente- un repliegue individual). Y además, unos años antes, en “El deseo de unas islas” [1982/1985] (1997: 185 – 188), Perlongher ya había señalado que “el discurso militar y el discurso militante tienden a tener en común la figura del héroe”, lo que lo lleva a preguntarse “por el tono de solemnidad que impregna algunos discursos liberacionistas, vástagos de la retórica izquierdista, tan diferente de nuestros barrocos y manierismos cotidianos”, no sin haber apuntado cierto deseo de muerte tanto en el héroe guerrero como en la marica que yira en la periferia, “aunque es claro –escribe- señalar las diferencias: uno moriría por la patria, la otra por el culo” (1997: 186 – 188). Al impugnar de este modo las acciones heroicas, Perlongher está combatiendo, una vez más, la pretensión identitaria de constituir unas “islas” homosexuales (otra vez comparación con Malvinas mediante)

que hacen de la mariquita una mártir, siempre víctima inocente, para adecentar la imagen socialmente aceptable a costa de disimular “nuestros deseos de transgresión, y aún de fuga”, y poder así lanzar su “grito de guerra: viva la homosexualidad, seguido de un discurso pertinente”. Queda claro, de este modo, que *militancia* para Perlongher supone acción insumisa y que las maricas, entonces, antes que heroínas son pura resistencia, y si tienen alguna epopeya que contar es la de la sobrevivencia.⁴⁷

Así luego, en los '80, la interrogación entre transición democrática y derechos humanos va tomar, en Perlongher, menos la forma de un reclamo de derechos positivos (lo que se llamaba “derechos de las minorías”) que la actitud denunciante hacia la homofobia como rasgo cultural argentino pero, sobre todo, ejercida por parte de un aparato policial que la apertura democrática no había desmantelado y continuaba, por ende, con abusos, métodos y reglamentaciones dictatoriales⁴⁸. De este modo, tendría lugar la pregunta por esa relación, en apariencia, inmediata: ¿es necesariamente el militante un intelectual? La respuesta, por supuesto, dependerá

⁴⁷ Por estas razones, entonces, utilizo específicamente el término “militante” en este momento, aunque cuando lo considere coyunturalmente más adecuado, introduciré el término “activista” y sus derivados.

⁴⁸ En este sentido, además de lo recorrido anteriormente a partir de las cartas que le dirige a Osvaldo Baigorria en las que llega a afirmar que se trata de una “democracia superficial”, pueden verse una cantidad de informes, crónicas y ensayos. Entre ellos, “Nena, llevate un saquito” [1983], “El sexo de las locas” [1984], “Matan a una marica” [1988], todos recopilados en *Prosa plebeya* (Perlongher 1997); “Acerca de unos edictos” [1982], “Por una política sexual” [c.1982], “Todos son policías” [c.1981], recopilados en *Papeles insumisos* (Perlongher 2004). También, dos notas nunca recogidas en libro, publicadas en *Cerdos & Peces*, por entonces suplemento de *El porteño*, sobre la represión homosexual en Argentina: “La represión del homosexual en Argentina” (1983a) y “La represión del homosexual en el proceso” (1983b). Asimismo, al valor testimonial que aparece sobre este punto en la correspondencia (Perlongher 2004 y 2006), también se le puede añadir el de las entrevistas (recopiladas en *Papeles insumisos*).

de los casos concretos. Los intelectuales, además de estar anudados a la categoría moderna de nación, también se definen, por lo menos en ciertas coyunturas, por la de *revolución*, siguiendo el estudio de Patricia Funes (2006) de la década de 1920 en América Latina. En esta dirección, sería preciso tener en cuenta, además de las variantes del compromiso sartreano, cierta tradición gramsciana del intelectual rebelde con conciencia marxista. Cual bucle en relación con Perlongher (firulete o voluta, diría él), podría especularse con que, más que al intelectual militante (que en su caso toma la figura *femenina* de Rosa Luxemburgo), es al intelectual crítico a lo que se resiste o re-niega: en su propósito de iluminar con intensidad, que no pocas veces se confunde con el 'grupo esclarecido', tal vez sean las morales específicas del intelectual crítico las que "aburren" a Perlongher. Pero si retrocedemos a la noción de "intelectual" sin adjetivos, nuevamente vemos que lo interesante es el modo en que él mismo ejerció la función a su pesar y sin identificarse, antes que la simple negación, y precisamente por eso consiguió torcer o *per-turbar* cierto modo de intervención. Diríamos: erosiona, fisura, cava o abre una grieta (insensible e incorporal, ni interior ni exterior, como la entiende Deleuze (1994: 163)) por la que algo se (in)filtra o interfiere: lo que Perlongher *habilita*. Del debate al combate, en los '80 Perlongher recupera e incluso revitaliza la intervención combativa propia del militante, cual francotirador, pero contagiando una pasión alegre, incluso en su ferocidad (o precisamente por eso), que no se reduce al narcicismo y desconoce el resentimiento. La recorrida polémica en *Sitio*, por caso, muestra la violencia de su rareza, ajena a cierta prolijidad metódica.

Como sea, interrogando este período (las acciones de los '70 y su transición a los '80) se deduce que Perlongher no cae en la 'representatividad' del intelectual de izquierda militante o revolucionario, en la medida en que no toma la palabra para dar voz a otros sino para darse voz, en la arena pública, a sí mismo y a un mundo compartido con otrxs: la palabra se articula con la acción informada por la propia vivencia, incluso por el trayecto personal, pues bien ya lo estaban enseñando las feministas: "lo personal es político". Y es desde allí que se derrama el saber con el que conjugará su pensamiento. En todo caso, si fuese necesario buscarle un parangón, habría que considerar a Perlongher en el desplazamiento hacia los discursos situados y subalternos –en su aspecto, por supuesto, insubordinable.

Díscolo, casi cual profeta solitario (sobre todo en los años '80 mediante su radical disidencia con la afirmación gay identitaria), Perlongher articula una serie de inflexiones en torno a la categoría de nación, casi privativa de los discursos intelectuales. Precisamente porque, si el intelectual 'clásico' es indisociable de la nación y el pueblo como conceptos movilizados (Sarlo 1993: 7; Funes 2006), entonces Perlongher, que no se identifica con esa nación, se comportará como un intelectual que interviene para movilizar la imaginación y el discurso de otra nación, rarificada en su concepto, con otro 'pueblo', otro tono, otra territorialidad: una nación de locas, que por un lado –fundamentalmente- habilita el relato⁴⁹, y por otro puede

⁴⁹ No casualmente, un grupo de activistas estadounidenses se autoproclaman *Queer Nation*. Surgido en 1990, en plena pandemia del SIDA, y en cierta medida sobre los pasos de ACT UP, su modo de acción directa en las calles y su radicalidad no concesiva, como respuestas al asimilacionismo del movimiento gay, que se mostraba negociador y agotado, nos recuerda las mismas críticas trazadas por Perlongher, incluso con anterioridad. El grupo tuvo un manifiesto, que repartió como volante, llamado "¡Queers, lean esto: Odio a los heteros!" ["*Queers read this: I hate straights!*"], que puede consultarse en Mérida Jiménez (2009: 231 – 246) y también se encuentra por internet. Comenta

abrir la pregunta comunitaria. Nación y comunidad: examinemos entonces estos términos.

Por un lado, es preciso especificar que esa nación con la que disiente Perlongher se trata de aquella asociada al Estado que, por definición, supone un fuerte poder normalizador, coercitivo y modelizador y cuya violencia identificatoria toca especialmente a las formas sexogénicas que postuló como su afuera: por caso, desviados, invertidos, perversos, simuladores. En el caso argentino, por cierto, una cartografía de cuerpos entre el disciplinamiento y la resistencia se exhibe en el entre-siglos XIX y XX como parte de dos implacables máquinas actuando en conjunto: la científica (el positivismo higienista) y la legal (jurídico-policia-criminalística). Y éstas funcionan, desde ya, al servicio de la construcción de la nación argentina.⁵⁰ La repulsión de Perlongher a la nación-patriotera, en tanto

Susana López Penedo que “el nombre de *Queer Nation* surgió como una broma, como un nombre provisional que habría de ser cambiado por otro en breve. Sin embargo su éxito lo mantuvo como denominador de este grupo, y dio muestra de la voluntad de este grupo de activistas por buscar un cambio” (López Penedo 2008: 48). También puede consultarse al respecto el artículo de Javier Sáez incluido en *Teoría Queer* (Córdoba, Sáez y Vidarte 2005: 67 – 76). Por otro lado, cabe mencionarse el modo de intervenir la nación que plantea Juan Pablo Sutherland, en su caso pensando específicamente en Chile, aunque con una clara proyección latinoamericana, quien insiste en amariconar o emputecer la “nación”: ante el canon nacional oficial, lo que se plantea es un contracanon literario cual “ciudad letrada queer”. Sutherland desarrolla estas propuestas en un libro que se llama, elocuentemente, *Nación Marica* (2009). Si bien no se trata del modo específico en que intento acercarme a una reformulación de la nación como relato de un deseo comunitario, no obstante el carácter vertebral que Sutherland le asigna a la cuestión merecía que la consideráramos. Sí, en cambio, me quedo con el modo en que lo entiende María Moreno, quien declara que, “fuera de escolástica”, “GLTTB [la crónica es del 2000: las mutaciones de la sigla son vertiginosas] es para mí una nación, es decir un conjunto de ficciones” (Moreno 2002: 96; cursiva mía).

⁵⁰ Para este tema, por supuesto, nunca dejaremos de estar en deuda con la investigación de Jorge Salessi (2000) en el caso argentino y con los ensayos de Sylvia Molloy (2012) para observarlo desde una perspectiva latinoamericana. Como parte de un proceso más vasto, en tanto invención del dispositivo de la sexualidad, resulta imprescindible el clásico Foucault (2008a) como así también David Halperin (1990) y, además, el estudio de George Mosse (1996) a propósito de la invención del estereotipo moderno de masculinidad asociado a la nación y al ejército.

obturadora de cualquier reclamo erótico, resulta clarísima –por si hiciera falta un ejemplo más- en una carta a Sarita Torres (22-07-82): “Recuerdo que pides mi opinión sobre una horrible revista socialistanacional (qué horror: no sólo socialista sino además nacional) (...). el artículo en cuestión recuerdo que me pareció deplorable, sino estúpido. Además ninguna ‘denuncia’ erótica puede hacerse sin criticar esos contextos patrioterros” (2004: 406).

Por otro lado, no obstante lo anterior, la cuestión de la nación necesariamente reaparece en la pregunta comunitaria y, para analizar teóricamente su relación, es preciso detenernos en lo que esta cópula, nación y comunidad, exige. En principio, partimos de la ya clásica definición de *nación* postulada por Benedict Anderson: “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (2011: 23). Sin embargo, que desde esta perspectiva la nación suponga una *comunidad* (aunque sea “imaginada”), no debe hacernos olvidar lo irreductible entre ambas nociones, aunque al mismo tiempo –y en la medida en que nos interesa considerar el modo en que Perlongher tuerce el sentido más moderno y estatal de nación- nos arroja al examen de la pregunta por la comunidad. Si polarizáramos, aunque sea operativamente, la noción de comunidad, nos encontraríamos, por un lado, con acercamientos afirmativos que probablemente no puedan escapar a una noción identitaria de comunidad: este es el modo que se impone en el sentido de comunidad que necesariamente ha de articularse en la “nación” definida por Anderson. Y por otro lado, podríamos entender la comunidad en la estela de Georges Bataille (“la comunidad de los que no tienen comunidad”), fundamentalmente a partir de la serie Jean-Luc Nancy, Maurice Blanchot y Giorgio

Agamben que, dicho muy simplificado, y más allá de las diferencias (y diálogos) entre los tres, minan la seguridad que ostentan los planteos comunitarios interesados en el vínculo social: lo que afirman es su ausencia, su imposibilidad de obrar, su advenimiento próximo que no deja de no ocurrir, su carencia de presupuestos y sujetos (lo que viene sin llegar es “cualsea”: singularidad pura sin identidad). Así, al entenderla en su apertura sin cierres (incompleta, no-íntegra, interrumpida, inacabada, suspendida, fugaz, inconfesablemente íntima), la comunidad remite menos a un proyecto volitivo que a un deseo que, aunque imposible de efectuarse en su manifestación más elocuente, no puede dejar de experimentarse en el límite mismo donde el “con” de la com-unidad puede tener lugar: en el con-tacto de los cuerpos como modo de estar-en-común en su extrañeza (“ni comunión ni atomización, compartir apenas un lugar, a lo sumo un contacto: un estar-juntos sin ensamblaje”, escribe Nancy (2007: 29)). De allí su precariedad y su fragilidad, incluso próxima con la muerte, lo cual hace –además de paradójica- altamente exigente a esta línea de pensamiento antes que simplemente escéptica. Además, la importancia dada a la *exposición* como apertura de-sí-a-sí hace lugar a un con-tacto que escapa a la propiedad o la pertenencia. Y es entonces cuando este modo de entender la comunidad se torna intensamente político: irrecuperable para cualquier dispositivo de poder, imposible de institucionalizar, arruinada por su heterogeneidad, “acéfala” (término caro a Bataille pero que también pasa por el concepto de cuerpo de Nancy). En efecto, importan aún más los acercamientos de estos autores cuando pensamos a la noción de comunidad en el desplazamiento por otros problemas sobresalientes que hacen a sus filosofías: por caso, en

Agamben la relación entre comunidad y soberanía, o en Nancy la relación entre comunidad y su ontología del cuerpo (sobre la cual Paco Vidarte da cuenta deliciosamente con un ocurrente término: “la comunidad *enancypada*” (Vidarte 2002)). Si consideramos, además, el derrotero en torno a la comunidad como problema en el pensamiento de las últimas décadas, podremos observar las mutaciones que acompañó.⁵¹

Y entonces podemos volver a Perlongher: ¿efectivamente hay un interés, una aspiración, un deseo de comunidad? Es preciso especificar momentos diferentes. En el arco que va de la militancia de los años '70 a la década del '80, qué duda cabe que Perlongher, firme disidente de las propuestas identitarias, no estaría planteando una comunidad en esa dirección. Sin embargo, no hace otra cosa que hablar de toqueteos y frotamientos entre los cuerpos, pliegues sobre la piel, aperturas y exposiciones al con-tacto como modo de estar-en-común, que claramente nos recuerda a la perspectiva de las continuaciones batailleanas (por cierto él mismo era un fascinado lector de Bataille), sobre todo a Nancy. Por otro lado, si pensamos

⁵¹ Repongamos los diálogos: el texto de Blanchot es respuesta al de Nancy de 1983, quien a su vez, casi veinte años después, vuelve sobre el tema, recuperando el contexto de aquel diálogo; asimismo, es para tener en cuenta un texto de Agamben, de 1986, en el que lee la comunidad según Bataille. Pero me interesa en especial el caso de Nancy precisamente porque en su ensayo del 2002, por un lado, da cuenta explícitamente de esa historia, puntualizando el modo en que el problema filosófico de la comunidad irrumpe en los años '80 como respuesta para pensar tanto el fracaso comunista como la arremetida liberal, pero también las persistentes heridas fascistas (un problema que ya tenía Bataille y que no casualmente es de lo que parte Agamben para leerlo y situarlo en su ensayo antes mencionado) –y por si fuera poco, el clásico estudio de Benedict Anderson citado, también es de comienzos de los '80. Pero sobre todo, por otro lado, Nancy da cuenta de su propio devenir en torno al abandono de la cuestión –lo cual, de hecho, es rastreado en su obra posterior- en la medida en que el motivo de la comunidad no pudo zafarse de su perspectiva identitaria y terminó mostrando su lado más oscuro mediante las guerras comunitarias: en efecto, Nancy está escribiendo este ensayo conmovido por los acontecimientos de septiembre del 2001. Véase: Blanchot (2002), Nancy (2000, 2007), Agamben (1996, 2005).

puntualmente en los comienzos de los '70 y en el contexto del FLH, lo que parece emerger allí sí es una afirmación en sentido identitario y social: si así no fuese, entonces no hay comunidad; o a la inversa, de ser así, se podría pensar al FLH dentro de un discurso de corte identitario. En cualquier caso, comunidad e identidad necesitan ir juntos porque la fuerza del reclamo a la violencia homofóbica así lo requiere. De hecho, esta necesidad (más adelante planteada como un “gueto necesario” o como un “esencialismo estratégico” en función de la solvencia de los lazos para el reclamo político de derechos) va a ser heredada por toda la descendencia activista: la organización más emblemática de los '80, por cierto, tendrá la palabra “comunidad” en su nombre (“Comunidad Homosexual Argentina”), y, en general, luego “comunidad” parece traducirse en la denominación de “colectivo” a partir de las siglas (“el colectivo LGTBIQ”). Pero más allá de la lectura retrospectiva del FLH y su descendencia, importa la diferencia que se advierte en Perlongher al focalizar el modo en que entendía la homosexualidad: como una alegre experiencia abyecta que corroe el orden (y no sólo el sexual, el social o el de los cuerpos: la fascinación de Perlongher por disolver el orden lo acompañará siempre y llega hasta lo doméstico en tanto correlato micro, como se ve en su ensayo “El síndrome de la sala” [1988] (Perlongher 1997: 63 – 64)). Así, y un poco después a través del nomadismo del deseo sexual, resulta difícil situar a Perlongher, ya en los '70, en una perspectiva comunitaria cerrada sobre una identidad, incluso –y sobre todo- cuando esa comunidad remite a una cultura proto-gay (o “subcultura sexual” como alguna línea sociológica ha planteado sin advertir el ruidoso problema del “sub-”), aún en sus mutaciones (la sociedad secreta, en su invisibilidad y su

simulación, como comunidad de pertenencia en su sentido más familiar, y también el arco que va de la violencia que regula el closet a la violencia homofóbica y estigmatizante de la salida a las calles). Perlongher, que arroja todo su cuerpo en la militancia por esta causa, pero que parece entender la cultura como una máquina de (sobre)codificación, claramente se aparta de una comunidad así entendida. Por cierto, en su ensayo “El deseo de unas islas”, se deja leer una suerte de ajuste de cuentas, una década después, con los planteos que el FLH pudo haber tenido de afirmación identitaria: comentando la expresión que hemos citado en la Introducción (“los homosexuales no tenemos patria”), Perlongher –que repone su contexto de enunciación como el de un reclamo- se pregunta “hasta qué punto es deseable –o qué significa su deseo” [en tanto reclamo a los discursos del poder], y continúa su crítica: “Ya que si lo que se desea es un reconocimiento desde el poder, habrá tal vez que formar un bloque homogéneo que sea reconocible como tal y que delimite claramente su frontera” (Perlongher 1997: 186). En suma, entonces, si hay un deseo de comunidad en Perlongher parece apuntar a una comunidad del deseo (por definición: abierta, nómada, deviniendo). Y es fundamentalmente sobre el final de su vida y su obra que la experiencia religiosa lleva a Perlongher a instalar el tema de manera explícita.

Por lo demás, en su aspecto más general, la fuerza de la cuestión en los '80 no está desentendida de las que, según Nancy, la impulsaban en el pensamiento europeo: también en América Latina, con la cancelación de la promesa revolucionaria de izquierda por parte de las violencias dictatoriales, y luego con el saldo de exterminio dejado por éstas en las transiciones democráticas, se hace

urgente la pregunta por alguna forma de comunidad, en general más orientada al vínculo social. Y regresamos así, necesariamente, a la articulación entre nación y comunidad.

De este modo, en esa otra nación abierta que se conjetura en Perlongher - tensiones comunitarias mediante- puede advertirse la afirmación marica como aquello que enrarece, corroe o disloca las discusiones 'nacionales', retándolas ante un devenir menor (gustaría decir Perlongher, siguiendo a Deleuze) y que, al mismo tiempo, acciona una microfísica que arruina la función intelectual dominante. Sin embargo, como esa afirmación maricona siempre corre el riesgo de quedar encerrada en los límites identitarios ("la isla", diría Perlongher), queda en evidencia la necesidad de haber acercado a Perlongher a discusiones de más amplio alcance -acaecidas en lo que, con imprecisión deliberada, venimos llamando horizonte coyuntural para señalar una periodización cuyas temporalidades se solapan y una cartografía posible cuyos escenarios totalizantes resultarían inabarcables. De allí lo interesante de situar a Perlongher para conjeturar cómo desborda, pero también para mostrar que efectivamente ocurrió una inserción y no se pronunció desde el gueto. Descontada, así, la posibilidad de que quede meramente recortado en una afirmación maricona, puede decirse que, si ésta funciona como 'lo específico' que interviene, no lo hace desde la lógica de la identidad sino desde el sentido de lo singular que agencia las transformaciones o *torsiones*.

Esto nos lleva a considerar la clásica tensión igualdad - diferencia, muchas veces planteada (y resuelta) de manera dicotómica. Retomando algunos aspectos sobre la interrogación comunitaria, es posible pensar que en los '70 (en tanto, podría

decirse, 'estaba todo por hacerse') iban juntos dos caminos políticos que luego parecen haberse escindido: el reclamo de reconocimiento y justicia ante la homofobia social y estatal (es decir: el reclamo para que los homosexuales pudieran vivir como sujetos con derechos) necesariamente era, al mismo tiempo y por definición, debido al liberacionismo radical que lo alentaba, un gesto cuyos efectos corrosivos y disidentes resultaban intratables o insoportables. Simplificando, podría decirse que se trata de una afirmación inasimilable e indecente (o ineducable) –y esto es lo que Perlongher seguirá en los '80 mediante el nomadismo insumiso del deseo como fuga incesante-, pero que es posible que en los '70 hubiera de ir junta, necesariamente, con la línea de la visibilidad política, en su configuración identitaria, aún como estrategia relacional o posicional, o como 'gueto necesario' –y esto en la medida en que consideremos al FLH como una coalición que, por supuesto, en su interior no era homogénea sino que (no hay que perderlo de vista) presentaba importantes diferencias e inflexiones en sus planteos y posiciones. Pero, como decíamos, es preciso examinar la tensión igualdad - diferencia para que no se reduzca a una dicotomía. En este sentido, Perlongher también a esto pudo verlo y logra zafarse persuasivamente por los pliegues con los que complejiza la mera polaridad en el devenir de su pensamiento, casi hasta el final de su vida (por lo menos, hasta "La desaparición de la homosexualidad" [1991], su famoso ensayo en el que plantea el hartazgo de la sexualidad). La cuestión podría esbozarse considerando el modo en que el planteo de igualdad atiende no sólo a lo jurídico sino también a una disolución de la homosexualidad en el cuerpo social a propósito de su estigma, o sea, de la economía que moviliza la homofobia. Desde ya, algo de

este polo hay en Perlongher en la medida en que no deja de reiterar denuncias hacia la homofobia y, en términos más amplios, hacia la “represión sexual” (entendida no en su sentido psicológico sino en el sentido de una violencia material sobre los cuerpos). Un planteo del tipo “que la homosexualidad sea nada” (como han dicho muchxs) podría ser leído de modo ambivalente, puesto que si bien puede significarse en la dirección dicha, también puede serlo como un ‘borramiento’ (invisibilización o neutralización) del deseo homosexual, o de la homosexualidad no como categoría médico-policial, ni como identidad, sino como una experiencia-de-los-límites (en la singular afirmación de sus placeres perversos) o como desafío experimental ante el poder de la clasificación que busca absorberla. De allí el discurso gay identitario que tanto irrita a Perlongher: la igualdad que plantea, al aceptar la clasificación, conduce a la normalización, a la domesticación, o más precisamente, a la “normalidad paralela” (Perlongher 1997: 33). Por otra parte, situarse en el espacio de la diferencia también plantea una ambivalencia semejante en la medida en que es preciso entender esa diferencia no como confirmación identitaria o como gueto sino como punto de fuga de la normalidad y corrosión de la ley o de lo que hoy, con Judith Butler, llamaríamos la “matriz heterosexual de inteligibilidad” (Butler 2007) –y todo lo que de ella se podría deducir en distintos aspectos molares: familia y orden natural, destino biológico, linealidad sexogénico-deseante, monogamia, etc. (Por eso se trata de la afirmación de la diferencia que hoy entenderíamos como una disidencia sexogénica en relación con la heteronormatividad falocéntrica: en cierto sentido aquí se sitúa el “orgullo” y también el cuestionamiento combativo *queer* más actual como desestabilización

identitaria.) Así, por ejemplo, el conocido gusto de la marica por su chongo orillero (y “sus jueguitos de desafiar a la muerte”, dirá Perlongher (1997: 90)), que nos llevaría al remanido tropo de los márgenes, es preciso entenderlo menos como un rasgo identificadorio (aún con todo lo que tiene de cultura homosexual de bajofondos) que como un modo de acercarse a la sexualidad tal como la entiende Perlongher: como éxtasis ascendente (que sólo con el Sida se vuelve –escribe en 1991- “redondamente *descendente*” (1997: 90). De allí que una consigna suya como “hacer saltar a la sexualidad ahí donde está” (1997: 34) es una afirmación que exige ser leída en distintos planos: en uno de ‘igualdad’ (para que cada quien pueda intensificar sus propios placeres, y no solamente los homosexuales, de modo que se suspendan las clasificaciones) y en uno de ‘diferencia’ en la medida en que se sigue preservando la potencia singular del deseo y la experiencia homosexual abyecta (con su nomadismo y sus derivas) precisamente para que no se subordine a una “normalidad paralela”, o sea, asimilacionista: por eso se trata de una frase que en su nivel de afirmación de la diferencia tiene como horizonte *lo común* (todxs y cualquiera, incluso aquello inconfesable, que no por común es preexistente o ya dado) antes que lo propio. De allí la paradoja que inscribe pliegues en la tensión o, incluso, que tuerce lo que era simple polaridad. Esto ya en los ’70 lo sabía Perlongher cuando decía que había que “liberar la homosexualidad” –o sea, la de todxs- en vez de “liberar al homosexual” –o sea, a los sujetos así identificados.

Así, entendida la radicalidad y la complejidad del pensamiento no identitario de Perlongher, cabrían dos últimas observaciones en esta dirección. Una, que la mariconería tampoco oculta el modo en que Perlongher entiende un amplio espectro

sexogénico (precisamente porque se sustrae de cualquier clasificación), que además no desatiende al contacto lumpen; en todo caso, es posible hablar de la loca o la marica como la figuración más emergente o poderosa. Por ejemplo, en “El sexo de las locas” se refiere a “los excluidos de la fiesta: travestis, locas, chongos, gronchos –que en general son pobres–”, ante lo cual “la alternativa que se nos presenta es hacer soltar todas las sexualidades: el gay, la loca, el chongo, el travesti, el taxiboy, la señora, el tío, etc”. Y en “El deseo de unas islas”, afirma que “van todos juntos: maricas, chongos, gays, entendidos, taxi-boys, malandros, marginales, borrachos, negros, maconieros, putas, travestis y transeúntes en general; a veces me pregunto para qué tanto empecinamiento en agruparlos en identidades separadas cuando el malandro transa con el borracho, la marica fuma con el maconiero, y la puta hace programa con el transeúnte, etcétera” (Perlongher 1997: 33 y 188, respectivamente). El planteo en estos fragmentos es explícito, pero el pensamiento se refuerza también con lo que efectivamente se deduce de sus desarrollos conceptuales (sobre los cuales nos detendremos específicamente más adelante). Por lo demás, es conveniente apuntar ahora que las locas y las mariconas resultan subversivas en los '70 en relación con el machismo en tanto lo burlan (y es este precisamente un debate interno del momento ya que no faltaron quienes consideraban que, por el contrario, la mariconería reforzaba la homofobia y el machismo –en su sed de chongos- y era parte, por ende, de su propio juego). Así, la fuerza de la mariconería resulta para Perlongher una energía desestabilizadora y una potencia subversiva tanto en los '70, por lo antedicho, como

luego en los '80 en tanto resistencia respecto de la identidad gay normalizada, domesticada o adecentada.

La otra observación es que el aspecto aquí subrayado en torno al pensamiento sexual de Perlongher es decisivo para que la crítica a la nación (en su configuración estatal) no quede en lo abstracto o no se la entienda solamente desde inquietudes próximas al anarquismo (aunque, por cierto, resulten muy importantes también, o incluso puedan estar en la base del pensamiento de Perlongher). Y por si hiciera falta precisarlo, es preciso destacar y dejar en claro que la corrosión nacional, por cierto, se vincula con una ética libertaria antes que con cualquier pretensión “post” (para el caso, posnacional, posestatal), bastante cercanas a las operaciones “posmo” y, en su cara más políticamente oscura, neoliberales. Al mismo tiempo, vale especificar (considerando, además, el modo en que trazo una crítica de las apropiaciones *queer* oportunistas o ‘marketineras’) que esto no supone que el punto de vista sea compartido con otros intentos de aproximación en dicha dirección crítica.⁵²

⁵² Me refiero al abordaje sobre Perlongher realizado por Christian Gundermann (2007: 169 – 226), que de ninguna manera comparto y con quien disiento en casi todo. Se trata de un punto de vista que entiendo como excesivamente simplista y taxonómico, además de, por momentos, conceptualmente desacertado. Gundermann reduce la perspectiva *queer* a una teoría solidaria con el paradigma neoliberal, y resulta llamativo que un académico estadounidense no esté al tanto de que las políticas *queer*, antes de convertirse en un nicho de *papers*, emergieron en Estados Unidos como una política de acción directa en las calles en plena pandemia del sida como modo de resistencia, precisamente, a las políticas neoliberales y al asimiliacionismo del movimiento gay identitario, efectuando un acontecimiento al que ya Perlongher se había anticipado unos años antes. El derrotero *queer*, entonces, se presenta mucho más complejo de lo que plantea Gundermann, quien tal vez confunde el paradigma gay con el viraje *queer*; y aunque probablemente esto último no se trate de un prolijo suceder histórico, de todas maneras exhiben a la distancia huellas muy claras de su distinción que hoy no podrían meramente confundirse. El estudio de Perlongher, así, resulta forzado en la medida en que su resistencia neoliberal se halla en el modelo gay (con su “normalidad paralela”, su “isla” y sus programas de consumo) y no –como quiere Gundermann– en la perspectiva *queer*, a la cual anticipa, *compartiendo* su disolución identitaria y su embestida contra la

En función de lo desarrollado puede comprenderse entonces que el gesto de amariconar la nación, o afirmar una nación de locas, viene de la década de 1970, en la medida en que militancia y nación se presentaban como dos ejes indisociables: se trataba de “demostrar la ligazón entre la liberación nacional y la liberación sexual”, escribe Perlongher (1997: 80). Son conocidas, en este sentido, ciertas

heteronormatividad. En todo caso, si un problema plantea lo *queer* para los estudios latinoamericanos (por lo menos, los más lúcidos que buscan evitar el mero aplicacionismo) es el de la *traducción* o el de su articulación como instrumento de lectura, y en este sentido una ya extensa nómina de críticxs latinoamericanxs (y también españolxs si lo formulamos lingüísticamente) podrían exhibirlo mediante sus trabajos (¿o aun así nos juzgará la solidaria mirada norteamericana de Gundermann como ‘colonizadxs’?). Si bien me hallo lejos de situarme en la otra punta del arco y pensar confiadamente a lo *queer* como ‘emancipador’, sí en cambio entiendo que, por su potencialidad crítica en torno a la heteronormatividad falocéntrica, seguirá resultando, hasta nuevo aviso, la perspectiva conveniente para poner fuera de sí al sistema sexogenérico y experimentar formas-de-vida fugitivas, enrarecidas o amenazantes respecto de los dispositivos de poder, incluido el de las políticas neoliberales, manteniéndolos en alerta permanente. Por último, aunque la confusión con lo *queer* constituye el meollo de mi disidencia con este trabajo (de la que se deriva toda una serie de detalles en los que no me detendré), no quisiera dejar pasar, sin embargo, dos cuestiones más en relación con Perlongher que se desprenden de su determinista crítica antineoliberal y que encuentro altamente problemáticas. Una es la particular noción de deseo que se maneja (incluso coqueteando con la obsoleta perspectiva marxista ortodoxa que antepone necesidad a deseo) y que además, al querer articularse con la perspectiva lacaniana parece no sólo no escuchar el interminable alegato de la obra de Perlongher “anti-*psi*” (sería lo de menos) sino, sobre todo, desconocer el modo en que Perlongher entiende al deseo (como desborde, como exuberancia, como gasto inútil, como derroche, etc., y que *precisamente de ese modo* subvierte el orden utilitario capitalista); o sea, entonces, en la pura afirmatividad que habilita su flujo, y que –además- si resulta inabsoible o incapturable para cualquier poder hegemónico se debe al nomadismo de ese deseo (soberano de sí mismo) y no a su “interrupción”, como quiere Gundermann, quien de este modo parece leer todo lo contrario al entender que “la intervención política más interesante” se da allí donde “obstaculiza y frena los flujos del deseo” (185), o bien cuando postula el desarrollo, por parte de Perlongher, de “un modelo de subjetividad homosexual que interrumpe los flujos deseosos (los cuales se acomodan con la ideología hegemónica neoliberal)” (172). En todo caso, para un examen más preciso y acertado de la relación –complejísima, paradójica y ambivalente- que traza Perlongher entre flujos de cuerpos-como-mercancía y flujo del deseo sexual, habría que desplazarse a su tesis sobre los *michês* paulistas (la cual se halla ausente en el estudio de Gundermann). Por otro lado, el segundo aspecto problemático tiene que ver con cierto fetiche con la ‘materialidad’, tal vez entendida de manera demasiado fenoménica, y que obtura una lectura más atenta a la *tensión* en Perlongher entre materializaciones y desmaterializaciones como una poderosa configuración estética; Gundermann, entonces, opta por escoger uno de los términos (“materialización”) y situarlo como valor, en detrimento del otro (“desmaterialización”), que dicotómicamente funciona como el anti-valor al estar, según su razonamiento, ligado al neoliberalismo. Esta tensión entre materializaciones y desmaterializaciones, que aquí dejo simplemente enunciada, constituye un punto clave en su poética que puede alentar investigaciones que vendrán.

consignas del FLH. Una de ellas, “vivir y amar libremente en un país liberado”. Y otra, “para que reine en el pueblo el amor y la igualdad”: como se sabe, es un verso de la marcha peronista, y el FLH lo estampó, en 1973, en el cartel con el que participó en la asunción de Héctor Cámpora en Plaza de Mayo y cuando quiso acompañar la llegada de Perón, en lo que terminó siendo la masacre de Ezeiza; adviértase el gesto atrevido de emputecer el peronismo, que, como documenta el mismo Perlongher, había sido el gobierno democrático de mayor persecución homofóbica. Por cierto, el romance terminaría en “desencanto” (la palabra es de Perlongher), con la frase que le devuelve Montoneros ante su pánico homosexual: “No somos putos, no somos faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros”. Cobra relevancia, en este punto, la retrospectiva que el propio Perlongher traza en su “Historia del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina” [1985] (1997: 77 – 84) como así también, para una importante fuente testimonial del momento de los hechos, la entrevista a tres miembros del FLH, entre los cuales estaba Perlongher, realizada por el Semanario *Así* en 1973 y titulada “La batalla homosexual en Argentina” (recopilada en *Prosa plebeya* (Perlongher 1997: 243 – 248)). Según relata el propio Perlongher en la “Historia del Frente...”, es a partir de esta entrevista sensacionalista que “el ala fascista del peronismo empapeló la ciudad con carteles contra ‘el ERP, los homosexuales y los drogadictos’” (1997: 80), de manera que es en gran medida a esa acusación que responde el cantito de la Juventud Peronista. Respecto del mismo cabe apuntar que los testimonios presentan diferentes versiones en “soldados de...”: en algunos casos se dice “...de Evita”, en otros “...de FAR” y en otros “...de Perón”. Más allá de esto, la relación de Perlongher con el

peronismo es decididamente ambivalente: numerosos testimonios de los '70 señalan que fue por impulso suyo (más precisamente, del Grupo Eros liderado por él) que ocurrió el acercamiento del FLH al peronismo. Luego, ya en los '80, en "Joyas macabras" [1983] (1997: 201 – 202), al entender el peronismo como una "orgía distributiva" con "perfume hedonista", formulará muy claramente la tensión:

el peronismo supo combinar la exaltación festiva de las masas con un paternalismo descaradamente autoritario; 'organizó', sí, a los trabajadores, pero confinándolos en las células de un sindicalismo de Estado. Esta doble tensión dejó como saldo un incesante refuerzo de la máquina del Estado policial-militar, con mecanismos que dictaduras posteriores supieron muy bien aprovechar.⁵³

Pero tal vez sea el amariconamiento del Himno Nacional el gesto más desopilante ante el acartonamiento de los discursos patrios, en la medida en que – podría decirse- ante la idea moderna de nación (sea en su forma organicista, comunitarista o populista) la idea de patria es su trascendencia (Sarlo 1993). Precisamente, entonces, la patria es lo sagrado que viene impuesto, de modo que su profanación mueve al deseo.

Lamentablemente, de la mencionada versión amariconada del Himno sólo quedan pequeños fragmentos testimoniales, en este caso relatados por un miembro del FLH en el documental *Rosa Patria* (2009) de Santiago Loza. La versión incluía

⁵³ Para las referencias al peronismo como el gobierno que pergeñó las disposiciones policiales, véanse los textos indicados más atrás sobre la represión (homo)sexual en Argentina, especialmente los mencionados artículos en *El porteño*, no recopilados en libro (Perlongher 1983a y 1983b) como así también "Acerca de unos edictos" [1982] (2004: 122 – 131) y "Nena, lleváte un saquito" [1983] (1997: 25 – 27). Más adelante nos detendremos específicamente en "Evita vive" y retomaremos, por ende, la relación de Perlongher con el peronismo.

versos como “Oíd mortales el grito sagrado: AHHHHHHHHHHH” (imitando un grito de locas), o “los chongos que supimos conseguir”. También Perlongher, en un texto de su Archivo evidentemente abandonado, y que pareciera un intento de crónica ensayística sobre los “padecimientos” y “paranoias” de las mariquitas argentinas (elocuentemente titulado –mediante un agregado manuscrito- “El discurso político”), hace referencia a un “himno paródico” que posiblemente se trate del mismo: “Y Juremos Con Furia Yirar, decía ese himno paródico –pero que no deja de ser bélico- escrito –y blandido- en pleno síndrome de oposición”, se lee en el texto (Documento CEDAE 12/486). Resultan interesantes instantáneas como estas, en tanto afirman un gesto que puede habilitar una alta productividad crítica, a la manera de un acontecimiento cuyos efectos o proyecciones resultan inconmensurables, esto es, más allá de lo meramente anecdótico que sería desdeñado desde una perspectiva de relevar “grandes hechos”. Incluso en su sentido benjaminiano: “Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo ‘tal y como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (Benjamin 1994: 180).⁵⁴

⁵⁴ Por cierto, si nos situamos en una historia tal como gustaría a Benjamin, pueden rescatarse, cual relámpagos iluminadores, dispersos fragmentos testimoniales sobre los tiempos del FLH. De Héctor Anabitarte, otro referente fundamental, situado políticamente en un lugar bastante diferente al de Perlongher, puede verse Anabitarte (2013), el reportaje realizado por Marta Dillon (2013) y el realizado por Alejandro Modarelli (2012). Del siempre complicado Juan José Sebreli puede consultarse la entrevista de Patricio Lennard (2009), en la que recuerda que “al principio éramos todos intelectuales. Se intentó hacer una cosa muy ambiciosa, que quedó en la nada porque el militanismo lo arruinó todo. Ese afán de estar con los guerrilleros y con la moda... En fin”. También véase el testimonio de Jorge Luis Giacosa en el ciclo *Somos memoria* de Canal Encuentro, disponible en Internet. (Y a propósito, habiendo mencionado antes *Rosa Patria*, resulta hoy insoslayable la importancia del registro audiovisual en la conformación de los archivos.) Por otro lado, para abrir la dislocada relación entre la militancia social y la militancia sexogenérica, que –según María Moreno- Perlongher distinguía entre la “izquierda Cary Grant” y la “izquierda Chicholina”, y que

Mediante estos destellos, entonces, profanar la patria y *deslenguarla*. Por cierto, siguiendo el estudio de Benedict Anderson (2011), lo que la “patria” moviliza es una estructura afectiva solventada fundamentalmente en la lengua y pretendidamente ‘natural’: “Algo de la naturaleza de este amor político [el de la patria] puede descifrarse de la forma en que las lenguas describen su objeto: en el vocabulario del parentesco (*motherland*, *Vaterland*, patria) o en el del hogar (...). Ambas expresiones denotan algo a lo que se está naturalmente atado (...), algo que no se ha escogido” (202). La lengua es decisiva porque, señala Anderson, “nada nos une afectivamente con los muertos más que la lengua”, de allí que “el peso de

la propia Moreno llama “el viraje del rojo al rosa”, puede verse el reportaje realizado por dicha escritora a Carlos De Lorenzo, cuyo testimonio de sobreviviente recupera su recuerdo juvenil de homosexual como militante revolucionario en los '70: un tiempo en el que, en su caso, la homosexualidad “no se planteaba como política” y sobre el cual, hoy, sigue presentándose como un dilema moral el hecho de sacar o no del closet a otros militantes sexualmente subordinados (Moreno 2013b). En esta misma dirección, pero en el ámbito de la crónica, de María Moreno también resulta indispensable “La militancia horizontal” (Moreno 1998), y sobre el FLH son insoslayables las de Alejandro Modarelli (2009 y 2013). En torno al propio Perlongher, además de los textos suyos que ya se han ido mencionando, pueden verse una serie de interesantes semblanzas testimoniales, como la de su compañero del FLH Marcelo Benítez (2002), la de Mario Burgos (2012), ambas sobre los años '70, y más orientada hacia los '80, la de su amigo Daniel Molina (2011). Mención especial requiere el libro *Homosexualidad: hacia la destrucción de los mitos*, de Zelmar Acevedo (1985), antiguo militante del FLH y luego, en los '80, de la Comunidad Homosexual Argentina. El libro supone, por un lado, un valiosísimo documento militante en torno a los incipientes esfuerzos teóricos y críticos por dismantelar el sentido común en torno a la homosexualidad, efectuando un examen que, cual suerte de tratado, echa mano de una multiplicidad de perspectivas que van abordando los diferentes tópicos: familia, religión, medicina, literatura, historia, etc. Y, por otro lado, además del conocimiento que aporta en sintonía con su tiempo presente (siendo, de este modo, una interesante recuperación del salto cualitativo que el FLH pudo dar), el libro resulta una importante manifestación testimonial, sobre todo en sus últimos capítulos, debido al mapeo de las experiencias militantes, en torno a políticas sexuales, hechas en los últimos años como respuesta a la violencia homofóbica represiva; de hecho es en este libro donde se publica por primera vez la “Historia del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina” de Perlongher. Finalmente, para un abordaje crítico en torno al momento histórico que estamos refiriendo, puede verse la ya clásica e indispensable investigación de Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli (2001), que no sólo es una reconstrucción sobresaliente sino que presenta también preciosos testimonios. Y pueden consultarse, además, los artículos de Fabricio Forastelli y de Guillermo Olivera incluidos en la compilación realizada por Forastelli y Triquell (1999: 117 – 141 y 143 – 158, respectivamente), como así también el artículo de Flavio Rapisardi (2008: 973 – 995) y el primer capítulo del estudio de Cecilia Palmeiro (2011).

las palabras” pase por “su significado solemne” y por una “calidad atávica” (204). En este sentido se solapa con la nación, ya que “la nación se concibió desde el principio en la lengua, no en la sangre” (205) –por eso “si la nacionalidad tiene cierta aureola de fatalidad, sin embargo es una fatalidad integrada a la *historia*” (205), con lo cual se diferencia del racismo, que al imaginarse en su pureza sanguínea se postula por fuera de la historia (210). Entonces “el *amor patriae* no difiere”, sintetiza Anderson, “de los otros afectos, en los que hay siempre un elemento de imaginación afectuosa. (...) Lo que el ojo es para el amante –el ojo particular con el que se nace-, la lengua es para el patriota –cualquiera que sea la que la historia le haya dado como lengua materna-. Mediante esa lengua, encontrada en el regazo de la madre y abandonada sólo en la tumba, los pasados se respetan, las camaraderías se imaginan y los futuros se sueñan” (217). De este modo, la grandeza épica de *morir por la patria* (“el héroe guerrero muere por la patria, la marica por el culo”, dice Perlongher) es un sacrificio que permite desplazarnos de esa fatalidad natural de lo dado (de los efectos de esa naturalización) hacia lo religioso mediante su articulación afectiva. Y aquí aparece la profanación: tal como la entiende Giorgio Agamben (2013), frente al “consagrar” (*sacrare*), que designa “la salida de las cosas de la esfera del derecho humano”, “profanar” significa “restituir las al libre uso de los hombres” (97), y el “sacrificio” es precisamente “el dispositivo que realiza y regula la separación” que define a lo religioso como “aquello que sustrae cosas, lugares, animales o personas del uso común y los transfiere a una esfera separada” (98): entonces ocurre un “contagio profano” cuando hay “un tocar que desencanta y restituye al uso lo que lo sagrado había separado y petrificado”; profanar, continúa

Agamben, “significa abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia [“una actitud libre y ‘distraída”, “desligada de la *religio* de las normas”], que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular” (99). Un uso posible puede ser el juego, el cual “libera y aparta a la humanidad de la esfera de lo sagrado, pero sin abolirla simplemente” (100). Así, el gesto profano de Perlongher se acerca a esa diferencia que le interesa subrayar a Agamben cuando señala, para que lo sagrado y lo profano no se entiendan como simple dicotomía opositiva sino como complejo pasaje, que lo profano es un libre uso, sí, pero particular, ya que se sostiene no en la incredulidad de lo religioso sino en la referida “negligencia” (una distracción que desconoce la separación). Perlongher profanará, además de lo *sacro*, la semejanza casi cercana del *pathos* trágico que también determina la patria.⁵⁵

Por otra parte, esto nos devuelve al otro aspecto fundamental en torno a la patria: la lengua. Exiliado y extranjero, se impone así el tratamiento de la extraterritorialidad en Perlongher. En esta cuestión, y siguiendo el ya clásico concepto de George Steiner (2000), es interesante señalar algunos *parentescos* literarios de Perlongher en relación con la profanada lengua de la patria en el extranjero. Uno, Edgardo Cozarinsky en *Vudú urbano* (“si en esa tierra que llaman la patria está el padre, y en la lengua es la madre quien opera, en estos gestos de la escritura, de lectura, de traducciones enfrentadas en los espejos deformantes de

⁵⁵ En este último sentido, véase el artículo de Pablo Gasparini (2010b). Asimismo, puede consultarse el ensayo de Nicolás Rosa (recogido en 1997a: 99 - 125), que a propósito de la publicación de *Prosa plebeya* sugiere, ya desde su título (“Las prosas profanas de Perlongher”), la cuestión profanatoria con guiño, claro está, rubendariano. El mencionado artículo de Gasparini, además, remite a la cuestión de la extraterritorialidad en Perlongher que abordaremos a continuación, al cual podría sumarse, del mismo autor, su trabajo sobre Perlongher en conjunto con Osvaldo Lamborghini y Copi, a propósito de la relación “filiátrica” con Witold Gombrowicz (Gasparini 2007a).

varios idiomas, el exilio del que se habla y que habla es el del hijo” (2002: 165 - 166)). Otro, Copi, sobre todo en *La internacional argentina*; el pasaje es bien conocido:

en el extranjero, formando parte del grueso de las tropas que Nicanor Sigampa designaba con el nombre de Internacional Argentina, estábamos nosotros, que habíamos huido no de la dictadura militar, sino de todo lo que hacía posible su existencia en la sociedad argentina: la hipocresía católica, la corrupción administrativa, el machismo, la fobia homosexual, la omnipresente censura hacia todo... Pero supongo que esas categorías pertenecen al pasado; ya no quedan más que, por un lado, las ratas que abandonaron el barco, y por otro, los borregos que sufrieron la cólera del capitán, todos somos por primera vez un poco iguales. (Copi 2010b: 288)

Como afirma María Moreno (2013a), refiriéndose no sólo a Copi sino también a Manuel Puig, “ellos son *Patria* aunque hayan vivido fuera del país y escrito en otras lenguas (...). A lo mejor eran tan *Patria* que no necesitaban tenerla bajo los pies para sufrirla, deslenguarla, blasfemar contra ella aunque siempre amándola *de esa manera torcida*. En todo caso, Puig y Copi *tenían algo* con el ser argentino” (Moreno 2013a: 286). Finalmente, otro envío que podría pensarse en Perlongher es Fernando Vallejo; tal como lo señala el ensayo de Adriana Astutti a propósito de “odiar la patria y aborrecer la madre (...) como condición para hacer que la lengua materna al fin florezca”: “para dar lugar –escribe Astutti-, entre el fárrago de palabras del gramático furibundo, al acontecimiento de la lengua materna, siempre pasado, siempre por venir” (2003: 119).

Además de la torsión que el FLH imprime a la famosa frase marxista, ya citada (“los homosexuales no tenemos patria”), que podría leerse con un sentido de reclamo pero también con uno de afirmación, hay en la obra de Perlongher diferentes apariciones de la palabra “patria” que nunca desatienden a las remisiones etimológicas con cuyos ecos articula sus desajustes y desplazamientos. En una carta de la década de 1970 dirigida a Osvaldo Baigorria, quien se encontraba en ese momento viviendo en Canadá, en una comunidad llamada Argenta, Perlongher le escribe, chistoso, “lo de Argenta lo buscaste adrede, tipo retorno al útero patrio” (2006: 17). O es conocido su comentario a Sarita Torres, también en una carta, “me llama[n] el padre del Movimiento Gay Argentino cuando todos saben que soy la tía” (2004: 421); comentario que, por cierto, está reiterando el de una minipolémica en *El porteño* (que abordaremos con detalle más adelante), la cual le está contando a Sarita. El texto de dicha revista es una carta que responde a su mención, en un número anterior, como “padre” del liberacionismo gay argentino: lo cual “peca – escribe allí Perlongher-, ya no de desmesura, cuanto de desliz semántico: humildemente, preferiría ser la tía. Las tías han sido un poco dejadas de lado en ese coro de madres y abuelas mayas” (1984b: 4). Asimismo, la figura de la *tía* es retomada por su amiga María Moreno, quien así lo reclama para el Suplemento *Soy de Página 12*, en vez de “padrino”, que “lo hubiera horrorizado” (Moreno 2008). Es evidente cómo se van formulando series (padre, padrino) que abren la “patria” –su útero- y derrapan en la tía. En efecto, Perlongher parece no olvidar ni por un instante que “patria” viene de “padre” (y allí está, también, la base de todo el *patriarcado*) y al mismo tiempo no puede desperdiciar la potencialidad genérica del afeminamiento

de su género (gramatical): un padre con útero, una madre paternal, o un padre que usa el género femenino. En cualquier caso, se arruina la linealidad del cuerpo de la patria (esa 'tierra de los padres') y por eso incluso la inversión es insuficiente ya que Perlongher, en su ocurrencia del "útero patrio" (la expresión no es privativa suya sino bastante popular, pero él la lleva al extremo), desafía el lenguaje del binario por la vía etimológica y la vía gramatical a la vez, y así corroe sus imposiciones valiéndose de sus propios órdenes. La imaginación genérica de Perlongher pone fuera de sí, con esta fabulación, los presupuestos normativos-clasificatorios de los géneros y de la patria, al mismo tiempo, y todo deviene *trans*. Por eso, parece insinuar Perlongher, *ni madre ni padre*: una nueva gramática vincular comienza a inventarse, más acá de los roles filiales hegemónicos y fuera del folklore edípico: la figura *menor* de la tía (ese personaje tan simpático, por concesivo y por electivo, que todos y cualquiera alguna vez hemos tenido).

Así, que Perlongher se resista o re-niegue, en principio, de cuestiones vinculadas a los discursos sobre la nación y la patria, como así también a las nociones en las que se busca hacer coincidir Estado-territorio, no quiere decir que no haya experimentado una auténtica interrogación casi obsesiva en torno a estas cuestiones. De allí que, tal como lo hemos venido recorriendo hasta acá, mediante el corpus considerado (pero también en numerosos materiales de su Archivo, en sus operaciones de lectura y reescritura del siglo XIX argentino que aparecen en *Alambres*), en su particular autfiguración de exiliado que expresa una ambivalente *saudade* argentina), el asunto se presente menos como una simple negación que como una intensa impugnación, corroyéndolo desde su interior. En esta dirección,

me interesa resultar claro –a riesgo de resultar reiterativo- en que, sin forzarlo a Perlongher a gestos o posiciones en los que claramente sería inabordable, sí en cambio quisiera poder conjeturar acerca de su *rareza* a propósito de ciertas cuestiones u operaciones (recordemos, también, la consideración como intelectual). Sobre todo para poder apartarlo o sustraerlo (al pensar en su contestación a poderes hegemónicos) de morales valorativas vueltas clichés o estereotipos edulcorados (es decir, *identificaciones*), que hoy ya son sentidos fijados e institucionalizados por parte del discurso cultural (lo cual, quizá, lo hubiera horrorizado), aunque paradójicamente se pretendan contestatarios: el subversivo, el transgresor, el maldito, el excéntrico, etc. Por lo demás, discutir o desmontar esas atribuciones no supone negar su radicalidad sino, muy por el contrario, restituir su potencia, preservándola, e insistir en afirmar la inactualidad de su acto, aunque sea imposible por irrepetible.

La afección de Perlongher en relación con la Argentina se expresa con nitidez en sus respuestas al cuestionario “La Esfinge” de la revista *Babel*. Ante la pregunta “¿En qué país le gustaría vivir?”, responde “Tal vez en Argentina, si no fuese tan autoritaria, hiposensual, decadente –o sea si fuera, vaya ilusión, ‘otra’ Argentina, sin que para ello hubiera que recurrir (espanto ahuyentador) al Despoblador de Beckett. (...) El exilio, aunque tenga sus lamés dorados, desterritorializa. Y parece que no hay vuelta, se territorializa en la desterritorialización, un nomadismo de la fijeza”. Más adelante, define la “argentinidad” como

una forma domesticada, blanduzca, de la extranjería, ya que uno no puede estar, esquizo, más que afuera. Pero también un terciopelo de

calles y de roces, un estado de cuerpos asaz rígido, mas cuyas emulsiones se pringan de un olor familiar, acochambrado: lo de uno. Torpor orgánico, semianimal, que lleva a echarse en los cojines conocidos, aun a despecho de la pesadilla católica y los desfiles de lápidas, marmóreos caquis. Significativo que en una sociedad tan homogeneizante y controladora como la argentina, los diferentes de todo pelaje se vean impelidos a codearse en heteróclitos reductos que mixturán punks, tráfugas del circo, nómades de café y todo el carnaval minoritario, eslabonando complicidades intempestivas entre los intersticios del panóptico (ojos de los servicios, porteros y vecinos). La Argentina de mis afectos –perdóneseme la pretensión- sería la de esas socialidades menores -¿una especie de ‘Argentina menor’?- con sus alianzas, angustias, expansiones. Es triste reconocer lo lejos que estamos.

Y, al ser interrogado “¿Qué siente al cantar el Himno Nacional?”, responde: “No se puede evitar *algún cosquilleo*, en el medio de la intranquilidad que la exaltación patrioterica suscita. O evocar la visita de la inspectora, saliendo del Fiat con un tapado de piel, atizando el nerviosismo de la formación milico-escolar”. Estas respuestas, escritas en 1989 (en Perlongher 1997: 13 – 21, cursiva mía), resultan interesantes de ser contrastadas con su temprana percepción benévola y entusiasta de Brasil, en este caso expresadas en una carta a Osvaldo Baigorria de abril de 1979: en ella, le cuenta Perlongher que “en brasil [sic] todo es relativo, desde la democracia hasta la liberalidad. Con todo es una sociedad infinitamente más permisiva que la argentina, y se pueden hacer cosas a plena luz que aquí [en Argentina] causarían espanto en la más absoluta penumbra. En fin, un país más o menos habitable”, aunque a la vez, años más tarde (en una carta del 17 de diciembre de 1985), le

confiesa que “me estoy quedando y quedando en el Brasil. La Argentina me tira con fuerza, pero mis avatares me enganchan” (Perlongher 2006: 35 y 73, respectivamente). Por último, hay entre los papeles de su Archivo un documento, lamentablemente incompleto y abandonado, que parece haber sido un intento de crónica sobre las desventuras de una loca porteña sometida, en una tetera, al típico chantaje policial. Sin embargo, el primer párrafo del texto tiene una fuerte impronta confesional y viene muy a cuento rescatarlo: “Evocar la argentina se me asocia casi instantáneamente a una sensación de pánico: terror y goce aparecen casi indisolublemente unidos. Esa contigüidad puede bien ser un efecto de estilo. Sara Torres me acusa de escribir con el ombligo: el problema es que escribo como el culo. Desde qué otro lugar cabería [sic] escribir sobre la homosexualidad en la Argentina?” (Documento CEDAE 16/734). Obsérvese que allí donde escribe “como el culo” en un primer momento –tachado- había escrito “desde el culo”. Entonces: la Argentina, terror y goce simultáneo, y cuya sensación de pánico anal –podría extremarse la contigüidad-, siendo como es *el culo del mundo*, es casi un pánico a sí misma, a su propio estilo, imposible de escribir desde otra región (corporal).

Finalmente, la mencionada impugnación a los términos “nación” y “patria” supone reconocer que, abstraídos del sentido común o de sus empleos morales (y también molares), resultan nociones o categorías en principio vacías. Ante esto, el *hórror vacui* que moviliza la barroquización; y es así como en este escenario Perlongher, ilocalizable, se hace un sitio para intervenir y discutir. Entonces, la tensión entre estos términos, de a ratos solapados, parece dar cuenta de la incomodidad de ambas nociones pero también de lo que cada una puede: mientras

que la nación posibilita la interrogación por alguna forma de comunidad, y da lugar a su imaginación o su relato, la patria corporaliza la ambigüedad de una relación que, aunque imposible, necesariamente ostentará un poder de afección (y aquí recupera el esplendor de su sentido etimológico-lexical en torno a la *madre paternal*: “deseoso es aquel que huye de su madre”, repetirá Perlongher incansablemente citando a Lezama Lima). Por lo tanto, sino determinante, se presentará como un vínculo constitutivo, y arrojará a cada quien a enfrentarse con la invención de alguna salida o *huida*. La patria, en fin, no hay razón por la que tenga que coincidir necesaria o ‘naturalmente’ con el territorio referencial de un país, con su relato o comunidad nacional, mucho menos con su Estado⁵⁶: la patria es, más simple pero intensamente, un sitio potencialmente habitable, cualquiera sea su lugar. Entonces: se la habita (casi haciendo del azar una elección) o se huye. Perlongher, deseoso y errante, huyó.

⁵⁶ Una noción se podría desprender de la tesis central de Josefina Ludmer (2000): si el género gauchesco supone un tratado sobre la patria (una patria en la que no escapa el sentido del *patrón* letrado) que pone en movimiento una alianza que se irá modulando entre guerra y paz, desafíos y lamentos, y enfrenta cuerpos, voces, definiciones, tonos, sentidos, legalidades -en diferentes posiciones y usos-, y si ese género, además, se cierra con la instauración definitiva del Estado moderno en 1880 (porque *pacó* con él), entonces se deduce que la patria parecería ser lo que está antes, o por fuera, del Estado. O que el Estado no puede formar parte del “espacio interno” del género de la patria. En cualquier caso, afirmando un vínculo radicalmente heterogéneo. Casi podría pensarse: la patria como deseo, debatida entre hegemonías dominantes, resistencias, (in)sumisiones.

CAPÍTULO 2

Austria-Hungría: una violencia sexopolítica

1980 es un año-hito en la literatura argentina con la publicación de dos novelas que se han leído como fundamentales de la coyuntura y que, en rigor, sobresalen de un marco literario más extenso e identificado por el modo en que busca aproximarse al presente dictatorial: nos referimos a *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, y *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer. 1980 es, además, el año en que se cumple un siglo de esa bisagra en la historia argentina que es 1880, con la implantación del moderno Estado liberal roquista: modernización recostada sobre la Conquista del Desierto liderada por el mismo Roca en 1879, con el costo de ser, también, una acción de exterminio por parte del Ejército Argentino, cuyo centenario fue festejado oficialmente por los militares argentinos ocupando ahora el poder estatal desde 1976. David Viñas, en ese entonces exiliado, está escribiendo *Indios, ejército y frontera* (que publicará dos años más tarde) para interrogar ese arco liberal de un siglo en la “crisis de [su] imaginación” o “su descarnada imaginación de crisis”; y se pregunta allí Viñas: “los indios ¿fueron los *desaparecidos* de 1879?” (la cursiva es suya) y, también, “si en la Argentina *actual* –por ejemplo- donde el ejército ha proliferado hasta ocupar la totalidad del proscenio en el espacio público, ¿qué hizo, realmente, en la Patagonia de hace más de cien años?” (y acá la cursiva es mía) (Viñas 2003: 17 – 18). Y 1980 es el año de publicación de *Austria-Hungría*, primer poemario de Néstor Perlongher, y lo que allí irrumpe exige preguntarnos de dónde ‘viene’, de dónde (se) *sale*.

Desde el punto de vista formal, *Austria-Hungría* se construye, en tanto libro, de dos partes que dejan imaginar desde sus nombres un encuentro bélico: los soldados (que llegan) y las mariconas que, allí instaladas, se preguntan “por qué seremos tan hermosas”. Y además, el libro, al abrirse, se propone como “escenas de la guerra”. Funcionando casi como didascalias, esas huellas o inscripciones paratextuales ‘abren las escenas’ de lo que se va a ver: una guerra de cuerpos, de géneros, de voces, que se intersectarán de un modo permanente y que, como toda guerra, exhibirá una violencia inaudita.

Pero vamos por partes. En una carta fechada el 1 de abril de 1979, Perlongher le cuenta a Osvaldo Baigorria y su pareja de entonces que acaba de salir una antología con unos poemas suyos, la cual es “una cosa bien underground y pobre”; y agrega: “quizás por el mismo sistema me anime a publicar mi primer libro de poemas, pagado por mí, que se llamaría Austria-Hungría, cuyo poema central sería un diálogo entre dos locas (austria y hungría) que se pelean y debaten las alternativas ante la próxima irrupción de los germanos, todo es un lenguaje muy barroco, y con algunas alusiones modernas no demasiado claras. En fin, lo verás si sale” (Perlongher 2006: 35). Como sabemos, el poemario efectivamente se publicaría al año siguiente de la carta, pero no por los medios comentados en ella sino por la Editorial Tierra Baldía, de Fogwill, y el “poema central” mencionado allí por Perlongher no aparece. Sin embargo, entre el material de su Archivo se encuentra un poema que, aunque no está fechado, se ajusta exactamente al descrito por Perlongher, con lo cual posiblemente se trate del mismo. Este poema, entonces, refuerza el carácter teatral del poemario no sólo a través del diálogo entre

“Austria” y “Hungría” sino a través de ciertas huellas didascálicas: “(Salen. Llegan las tropas)”, se lee al final del texto, con lo cual se acentúa dicha teatralidad también presente en el libro (que, como señalamos, posee inscripciones semejantes) y, sobre todo, se reafirma esta suerte de *guerra entre maricas y ejército*. En cuanto al diálogo en sí que estructura el poema, y que parece asentarse en cierta tradición del diálogo como duelo, si bien en su estilo puede reconocerse el del resto de los poemas de *Austria-Hungría*, de todas maneras no parece participar estrictamente de él, como si aún esa singularidad no hubiese aparecido (¿motivo de su exclusión del poemario?). Con todo, lo que sí ya aparece es una de las operaciones que, según comentaremos a continuación, organizan *Austria-Hungría*: el hallazgo de cierto punto de goce en medio del horror que es experimentado a partir de las acciones del verdugo. Y además, el poema presenta ciertas huellas culturales argentinas, a diferencia del resto del poemario en el cual, en principio, se hallan ausentes y habilitó –por eso- cierta línea de lectura ‘hermética’. Reproduzco *in extenso* algunos fragmentos del documento (que parece concluido y está compuesto de cinco páginas mecanografiadas con ligeras correcciones):

Austria: Bicéfalas nos hice, aunque de una / pieza el déspota es, y así el castillo, aunque un biombo se tienda, escindiendo los lechos donde obscena te entregas a los bárbaros. Y el paso del cosaco deja en la alfombra del zaguán un verso que indeleble se vuelve, inolvidable. Y si las armaduras repiten los repliegues, que más no harán los cuerpos que en repliques cuartejan los pelambres, y suenan como campanillas enloquecidas en las noches de lodo, y el escarnio se ceba en ellas como un mate.

Hungría: En este apartamento – que en vano por alcobas travestiste - ví desvestido a un súbdito, liberto, y súbito, hecho noble, y desposado, tan presto abandonarte, cual un ave que yanta y evacúa. Y llevas en tu cuerpo ya no las señas del corset que airoso, si no por tan obesa, lucirías: son los yerros que tatúan, carniceros, de la trompeta – no su son – su acero.

Austria: Si a las conspiraciones de pasillo, reyertas palaciegas, cegueras contagiosas como magias que acaban encantando al que las pare, mi estéril pecho opuse, no lo hice por estoica ni guerrera, sino porque en descuido rozáranme los pajes – alzados – los pezones; como si, lujuriosa, quisiera en el fervor de la tortura hallar sosiego a mi feraz dulzura.

Hungría: Pero si halada por tu ambiguo aliento – aya de remezones, de nostalgias, de recuerdos falsificados como las gemas de la corona de tu hija, los cuernos de tu yerno – en tus antros hollé, de la desdicha socia, fue por soltar mirada y no ganado, ya que turgen las bestias, ora lisas, ora grandilocuentes en su zarpe, debajo de esta mi trivial camisa. Y si un heraldo clama, es a ti por bufón y a mí por dama.

(...)

Austria: Ceñida por breteles, atesoro montañas, valles hondos donde es raro que merquen peregrinos, sino más bien malandras y judíos, que como soy tinaja de las heces, enredo y ya no exulto. Y si de tu traición no fuera vitrolera, me callara; mas al hacer responso en este duelo, yo no sé si mi pelo tiene liendres o arañas atan cables o anguilas jueguetean, sólo que – aunque no electos – los cordones sujetan los botones que extravié entre becerros, así como ramera que los trenes espera y luego echada en los andenes queda.

Hungría: Germanos se avecinan, oye el metal bruñido que argentino a la adyacencia abruma, el burdo canto del aldeano torna, cual grabada avutarda, en fino trino. Acuérdate de España la transida, de Italia la quemada, de Albania oh la tan desconocida. Desdeña ya tu estancia, a la que un mísero / bohío es preferible; te daré combustible, y, siempre

que no mujas, cupletera, la pradera magyar te hará cordera. Vestidas de gitanas, huyamos, si es preciso, hasta Rumania, allí, en la Transilvania, sofocados mancebos ornarán puntillosos nuestro sebo de tersos lamparones. Unzamos a corceles las pomadas; quedan pocas posadas para que, silenciosa, el libertario este del sol te acoja.

Austria: Si un amo te lancea con punzantes gladiolos, te vacía las cuencas; si un esclavo, con perversos modales busca el flanco / donde se tiñe de mucosa el campo, si lúbrico desova en los umbrales una égloga anterior, filoso hijo o afilado padre. En los partos que sueño hay siempre un dueño que negro me captura, tira las comisuras de mis labios, mis sollozos precarios ya no se saben sismo o tembladera. El cierzo o el hogar: magra distancia; que si atada a una rueda, nuda y hedionda monto o soy montada, o mi benjuí conservo – como un dejo de tardes en que, bajo una silla, una niña lamía una estampilla –, como entre cremas o exudados moro. Si ésta la cochina ruindad que me atraganta, así clausure el buche y no, bajando entre algodones tísicos – como quien bajo el viento sopla un postrero fósforo – deje caer las bridas de mis dientes. Y si esta cruel historia ya termina, un resplandor no cesa, un refucilo, aún cuando ya su fuente, humedecida, porte sesgada hierba y no rescoldo.

(...)

Austria: Si la muerte, enemiga, pudiera ser solemne, si se lo permitiera, así sería, si pudiera ser triste como un ocaso en que las garrapatas no se prendieran a ningún molusc [sic] si pudiese arrastrarse como una pepa en el torrente; si ella / no se desparramase como una iguana cuando fuma y no sintiese su paso en los intestinos cuando me alzo, de seguro que así. Pero una tumba es un manojito de cadáveres que reprenden a sus parientes alejados, que les mandan las cartas que escriben a los guardas pidiéndoles un fuego en el subsuelo, es un cadáver que toca la puerta y se recuesta en el sofá

(Documento CEDAE 05/013)

Asimismo, a las huellas o inscripciones (paratextuales, didascálicas, teatrales), señaladas anteriormente, habría que sumar el título mismo del libro, con sus resonancias en torno a las Guerras Mundiales, a propósito también de la violencia que exhibe. Resonancias que, claramente, serán recuperadas un poema tras otro y permitirán construir, por lo tanto, un sentido 'global' del poemario. Los ecos imperiales, así, no pasan desapercibidos, y por cierto la excepción no fue la lectura de Luis Thonis, quien escribió la primera y única recepción crítica del libro, según lo comenta el propio Perlongher en una entrevista ("*Austria-Hungría* sale en el 80 silenciosamente, a no ser por una brillante crítica de Luis Thonis" (Perlongher 2004: 324)). En ella, titulada elocuentemente "La disgregación de lenguas y el sueño de un imperio", Thonis señala

(...) la reconstrucción de un imperio virtual, lugar flotante donde se refractan los asaltos vocálicos posteriores a las 'escenas de guerra' cuyos conflictos son círculos descentrados que están en todas partes y su centro en ninguna. La virtualidad de *Austria-Hungría* alude a un territorio en cuyo interior se dio una lucha por la dominación de una lengua –había rutenos, eslovenos, croatas, italianos, rumanos, etc.- y al reverberar oblicuo de otras mitologías, lejanas o próximas. (Thonis 2008)

La pista imperial, sin embargo, ya estaba incorporada como 'pre-texto' en el poemario: me refiero a un breve comentario incluido en la primera edición del libro (Buenos Aires, Tierra Baldía, 1980), que luego no se reprodujo en las ediciones de los *Poemas completos*, y que se encuentra en la página 7, previa al comienzo del poemario (incluso en el índice se lo denomina "Prólogo"), y también en la solapa

interior; en el primer caso aparece firmado por “Los Editores” y en el segundo por “(G.W.)”. Por su interés documental y su difícil acceso, lo transcribo íntegramente:

Austria-Hungría es un imperio disputado. Un mundo desmembrándose, un proyecto de unidad tardío e imposible. Una búsqueda de integridad a pesar de los flujos lingüísticos y culturales que resistirán cualquier ilusión de *orden*. Esto debe *entenderlo* mejor que nadie el autor del poema.

Hay muchas lecturas posibles para *Austria-Hungría*, y Perlongher no se compromete con ninguna de ellas. Nosotros vimos una incitación al regodeo, vimos una elaboración del desencanto como goce y una poesía del límite de la experiencia de goce. Vimos una confianza franca en la Ley que da cuenta del lenguaje y de todo lo que él puede vehiculizar, y vimos por fin a esa confianza renunciando a ser bandera de cualquier plan que limite la libertad.

Detrás de cada lectura habitaba el descubrimiento del amor a ese instante o parpadeo de la historia que permitió que todo aquello fuera soñado. Existirán otras maneras de recorrer el Imperio bicéfalo, y se invita al lector a ejecutar la suya cruzando el texto tantas veces como intentos a entender se atreva a imaginar. Este ejercicio nos ha aportado una experiencia estética inusual: el pase de la atemporalidad de la meditación a la orgía, por ella al duelo y al saber, y de allí a la parcial recomposición de una conciencia que no ha de desprenderse de las pruebas de un viaje que pocas obras posibilitan como *Austria-Hungría*, sin disolver la identidad del lector, ese viajero.

Así, del “reverberar oblicuo de otras mitologías, lejanas o próximas” -señalado por Thonis- a ese “mundo desmembrándose” pero “disputado” (cuya “ilusión de *orden*”, además, es resistida por los “flujos” y es “imposible” su “proyecto” o “búsqueda de integridad”) –comentado en el texto citado-, lo que comienza a aparecer es la

imagen nítida de *un devastado imperio en guerra*, cuyas “mitologías” habrá que examinar cuán “lejanas o próximas” resultan en el “soñado” “parpadeo de la historia” que hace a esta “poesía del límite de la experiencia de goce” y del “desencanto como goce”. Me interesan todos estos términos que emplean los dos textos considerados (textos que, no hay que olvidarlo, son contemporáneos al poemario mismo) ya que resuenan intensamente en la lectura de *Austria-Hungría* y, al momento de pensar la realidad histórica que lo atraviesa, inciden en que la sintaxis que organiza los términos parezca inminente: “imperio” y “guerra” es la predicación del sujeto tácito “Argentina”. *La Argentina, un imperio en guerra*, tal vez podría formularse, cual salto más o menos irónico. Ahora bien, aunque “imperio” y “guerra” resulten términos cuya juntura parece ir de suyo, es preciso considerar por separado su tratamiento en Perlongher.

En cuanto a la cuestión de la guerra, retrocedemos cronológicamente respecto de lo comentado a propósito de Malvinas, pero precisamente por esa ‘no-aparición-todavía’ sus razones emergen con más fuerza aún, como eco anticipado para responder a la guerra antes de que la “legítima” ocurra: así, Perlongher en principio se opone a la guerra como gesto antibelicista, lo cual quiere decir específicamente *antimilitarismo* (o sea: anti-militares-ocupando-dictatorialmente-el-Estado), que a su vez tampoco debe confundirse con posturas pacifistas (como se desprende de una carta privada alojada en su Archivo, dirigida –aparentemente- a Miguel Grinberg, mencionada más atrás). Pero también quiere decir algo más amplio: antibelicismo como impugnación disidente a las ficciones guerreras propias del Estado-nación y sus obsesiones territoriales. Por cierto, cabe comentar que en

su Archivo, además, los textos de diversa índole en torno al tema de la guerra (como acontecimiento, como ficción, como relación, como tropo) son numerosos.

Por otra parte, en cuanto al “imperio”, lo señalo por sus intentos de proyección poética: en dos poemas de su Archivo (mecnografiados y con correcciones manuscritas), claramente abandonados, aparece la expresión “Imperio Argentina” como posible título en sendos casos. En uno de ellos se lee: “o ese renombre de las tullas, / y las agujas de alfarero, cuando / dado de baja raspa el uniforme lo puntiforme de esa barba, lo / puntilloso de esa faja, echada lava los bulbos en el arroyo: el río / cuyo / cruce dantesco pavor azul signó (...)”, y es posible allí escuchar ese “uniforme” raspado que sigue hasta el “pavor azul” que hace “dantesco” el cruce del río (y en Perlongher “azul”, más tratándose de “pavor”, hace sentir a los ‘azules’ o *blue*, o sea, a la policía) (Documento CEDAE 09/282). El otro poema es completamente distinto, y se deduce que muy posterior a *Austria-Hungría*, ya que presenta una anotación manuscrita acerca de la posibilidad de incluirlo en *Parque Lezama* o *Hule*; en él ciertas referencias argentinas son evidentes. Reproduzco un fragmento:

Quiroga gira sin revolver la marioneta, fuerza la manivela del / desagüe.
Esos rumores excesivos que halaga[ban] los baldes! Asolaba / el rancho
la familiaridad de una patota: a Tota, violábanla en el / zarco. Era vitualla
esa obviedad, esa clarencia. Virtual la limousine / del fracaso. Acaso
mientes: no te dicen nada. Callan, se nota que es / adrede. Para que no
se sepa dónde flota? acalambrada de vituallas? / Las vi, flotaban en el
vestuario, entre las bolas de los toscos y / la costra del rengo. Parecían
no resolverse a funcionar (Documento CEDAE 05/056).

Pero más acá de estos textos descartados, en cualquier caso lo que allí –en *Austria-Hungría*– se está instalando, para exhibirse, se presenta como un escenario que, en la Argentina de 1980, era “eso [que] estaba pasando” (Perlongher 2004: 295). Una apertura del ojo que quiere “sacar al poeta del lugar del boludo” (257) mediante una escritura que antes que la redención quiere la intervención. En rigor, la expresión “eso *está pasando*” es emitida por Perlongher en una entrevista de 1986, realizada por Pablo Dreizik, en la cual reflexiona sobre el delirio poético y las posibilidades de la alucinación como modo de intervenir lo real (“el problema es si vos respetás lo real constituido como tal o lo invadís”) pero sin por eso dejar de dar cuenta de él: de allí que “es que eso *está pasando* también en algún nivel. No es una fábula que se monta y que en un momento se va a descubrir que lo que había era la historia como discurso más organizado. Está pasando...”. En esa dirección, dice también que “toda esa mitología que uno hace tiene que ver con un *ahora*, con un presente” y que se trata de “irrupir en el llamado discurso social, que a veces es muy aburrido” (Perlongher 2004: 293 a 295). La idea de una aspiración a intervenir, además, se articula con la operación poética en sentido más amplio que, citando a Osvaldo Lamborghini (“sacar al poeta del lugar del boludo”), Perlongher enuncia al hablar de las posibilidades poéticas del portuñol e impugnar la “retórica huera” de la poesía (2004: 257) en clara polémica con la poesía social que le precede (“Había que combatir a Juan Gelman en su propio terreno”, dice en otra entrevista (2004: 283)) que a su vez era la misma retórica que impugnaba Lamborghini en la entrevista donde enuncia, además de esa frase que Perlongher cita, la famosa declaración del ‘gran enemigo’: “los albañiles que se caen de los

andamios, toda esa sanata, la cosa llorona, bolche, quejosa, de lamentarse” (en Rubione 1980). Por otra parte, y más allá de *Austria-Hungría*, la voluntad de intervención también se hace presente en otro sentido: las lecturas públicas de Perlongher –sobre todo de “Cadáveres”- en pleno retorno democrático (sobre las cuales volveremos en otro capítulo). Parecería confirmarse, de este modo, la sentencia del mismo Perlongher acerca del neobarroco cuando lo define como una “palabra que interviene sobre lo real, antes que comunicarlo” (2004: 307).

Como indica Jorge Panesi, “entre el trayecto o la pirueta verbal que va de la palabra ‘barroco’ (roca, dureza, piedra (...)), hasta el ‘barroso’ o el ‘neobarroso’, se juega lo que una poesía puede hacer con la política, *en la política*”, frente a los “críticos tranquilizadores” que piensan la “tirantez entre poesía y política” con el término “autonomía”: “autonomía de la poesía como institución quiere decir sencillamente lo que la ley dice de los locos: políticamente irresponsables”; de allí que eso que hace la poesía *en la política* sea asimilar sus basuras verbales (Panesi 2000: 304 - 305)⁵⁷.

De esta manera, la política (en tanto acontecimiento histórico y violencia inmediata) podría entenderse como una urgencia a ser puesta en palabras, para que sea vista, pero sin por eso ser “un registro realista de lo que pasó” (Kamenzain 2007: 12) ni meramente la reducción a “un tema” (Cella 2010). Más bien, es posible

⁵⁷ Asimilar basuras verbales: “Asimilarlas paradójicamente para rechazarlas, o mejor aún, ponerlas en lo que son, en su procedencia y en su porvenir. Entre el pasado estático de las ficciones políticas y un futuro que las aniquile, está la poesía que decidió convertirse en barro, vale decir, en la sustancia baja, elemental y compuesta que desdibuja la perla y enjaya el detritus”, continúa Panesi (2000: 305).

pensar que se trata de una circulación de la vida (y la muerte) y de una voluntad de hacer vibrar, por medio de los poemas, la intensidad de la experiencia, de por sí inasible, y por eso mismo sin aspiración de totalidad sino en los destellos que insisten en capturar sus restos y exhibirlos (Garramuño 2009).

El espectáculo siniestro comienza en *Austria-Hungría* con una murga, presente en el primer poema: “La murga, los polacos” (23)⁵⁸. Un sitio en principio carnavalizado que por eso mismo pone fuera de lugar, disloca, cualquier pretensión solemne y da paso a la visión corrosiva e *invertida*. Pero no se trata de asociar apresuradamente el poema a sus circunstancias políticas inmediatas por medio de un desplazamiento (como si se dijese que por ser un poema atravesado por la idea del carnaval se habilitara una lectura en esa dirección). Más bien, es como si el poeta quisiera dar cuenta de un espectáculo nunca antes visto, que por eso “confunde al público” y que “nunca fue visto en los libros”, motivo por el cual los estudiantes miran desconcertados. Incluso, la potencial parodia queda trunca en su carácter indecible: la murga “es y no es”, “está y no está en Polonia”: tal es el desconcierto.

La precaución puesta en evitar una rápida asociación o analogía con el carnaval tiene que ver, sencillamente, con que este poema no la habilita de un modo directo, ya que deja suspendido un vínculo claro o categórico precisamente por su indecidibilidad. Sin embargo, sí es posible subrayar dicha asociación como

⁵⁸ Todos los poemas pertenecientes a *Austria-Hungría* son citados siguiendo la edición de los *Poemas completos* (Perlongher 2003: 17 – 64) y las páginas indicadas, por ende, corresponden a dicha edición.

potencia. En otras palabras, esto quiere decir que la relación no está actualizada (por eso la asociación directa no es posible) pero al mismo tiempo sí está (como potencia). Es por eso que más adelante veremos que, aunque la idea de carnaval ya no se haga tan presente, *Austria-Hungría* permite un recorrido que se construye sobre su lógica más básica y 'clásica': la de la *inversión* –y en varios sentidos- la cual sí está presente, aunque sea como 'aspiración', en "La murga, los polacos". De este modo, el poema en cuestión al 'aspirar a una visión invertida' para *abrir* (literalmente: es el primero) las "escenas de la guerra" parecería acercarse a la fórmula poética de Leónidas Lamborghini: "la risa que sangra por la herida". Nuevamente, como lo señalamos anteriormente a propósito de su hermano Osvaldo, la intervención de Perlongher, en su cercanía a esta fórmula lamborghiniana (y por lo tanto, a ciertas operaciones de su poética), parece querer marcar una intervención opositiva en el campo poético porque, aunque tal vez más anacrónico (Leónidas está pensando en la década de 1950), el enfrentamiento a una tradición poética impugnable está planteado en términos similares a los de Osvaldo: "El status poético de aquel entonces se caracterizaba, en términos generales, por la insistencia en lo elegíaco-metafísico o en el lloriqueo social: eso daba réditos. (...) Por lo demás, en aquellos años se confundía lírica con poesía y todo lo que no fuese lírica no era poesía: a este estereotipo se le sumaba el considerar que había temas poéticos y temas no poéticos", dice Leónidas Lamborghini (2010b). En este sentido, resulta bastante clara la irrupción antisolemne que supone este poema de Perlongher en tanto 'apertura'. De lo que sí cabe diferenciarlo respecto de Leónidas Lamborghini es del recurso a la parodia de

éste, sumamente explícito y permanentemente reflexionado, que en Perlongher – en principio- parece no funcionar, aunque luego hable de una “parodia diluyente” - ya que se trataría de otro sentido (Perlongher 2004: 321). Y algo más sobre la *risa* de Perlongher, y a propósito de la ‘inversión’, otra vez desde el magnífico ensayo de Jorge Panesi: “Al detritus político o histórico la poesía barroca ni lo sublima ni lo ataca, lo marca y destaca de entre el lógamo con una carcajada. La risa de Perlongher parece decir ante la frase política chorreada, arrastrada al barro acuoso de sus versos: ‘perla, lágrima o caca, si te toco, o si me tocas, si el contacto acaece, el resultado será siempre escatológico’” (2000: 305).

El delirio de la violencia reaparece un poema tras otro en *Austria-Hungría*. Una violencia que, para Perlongher, es indisociablemente política y sexual: es política porque es sexual (la naturaleza no existe: todo lo sexual es, siempre, político) y puesto que es en la sexualidad (como dispositivo de control sobre los cuerpos y por lo tanto de poder sobre la vida (Foucault 2008a)) donde emerge y se exhibe la intromisión de la política, esa violencia, al mismo tiempo, es sexual porque es política.

La violencia política *penetra* los cuerpos: el poeta canta con Marlene Dietrich “una canción de amor para los nazis en Baviera”: “Oh no no no es cierto que me quieras / Ay ay ay me dabas puntapiés”. Y mientras canta, cuenta⁵⁹: “Y yo sentía el

⁵⁹ Para una consideración del *cantar* y el *contar* en Perlongher, puede verse “Detritus”, el ya citado ensayo de Jorge Panesi: “Perlongher ofrece dos dimensiones posibles o pensables de la escritura: el cantar y el contar”, sintetiza (2000: 306).

movimiento de tu svástica en las tripas” (25 – 26). La violencia política se exhibe sexualmente: es el modo de mostrarla a carne viva, *perforando* los cuerpos.

La referencia a los nazis, y en plano más general, a soldados y ejércitos, arma un sistema de referencias históricas (sobre todo respecto de Europa central y del este) con el título del libro, la idea de la guerra y, en suma, con la de un escenario bélico, esto es, una realidad que es un campo de batallas. Porque, aunque en principio “no esté en los libros”, el poeta termina encontrando un paralelismo mediante el cual puede trazar alguna homologación o analogía a partir de una experiencia del horror, aunque sea como *alucinación*: el delirio poético que busca intervenir y que, en tanto delirio, lejos de ser una “fabulación que se monta”, es eso *que está pasando*. De allí que ese ‘escenario alucinado’ que se construye con las referencias históricas resignifique dichas referencias capturadas, cual pliegues, y así, en vez de solaparlas, permita una exhibición más cruda del horror: precisamente por tal punto de comparación, especularmente tácito. O mejor, relativamente tácito.

En efecto, hay un poema, cuyo título elocuente es “República” (y da a entender, con él, un envío a una nación política), que puede leerse como una *imagen*. Sólo que esa imagen es muy particular, ya que se presenta como la de un circo: “Oh la Diosa Razón:”, comienza, irónico, el poema. Y luego se entrega a una extensa enumeración de ‘personajes’ que concluye con “las contorsionistas las écuyères las trapecistas las colombinas” para pasar a continuación a enumerar “Las domadoras de:” y “las domadoras/es:”. La imagen de la *república*, así, se ve como la de un circo con sus correspondientes “domadoras/es”. También ciertas

reminiscencias circenses aparecen en “El lugar”: “Y si la plebe se alza, si los bufones andan solemnes como gatos, / si los bardos se liman las narices, los bordes de las uñas, / las pestañas, y no escriben pavadas; y si las trapecistas / se toman tan en serio su papel que ya no mueren / en cada salto ya no mueren / caen muy de pie, prolijas, sobre un rectángulo de papel glacé / y el domador las reverencia / y apenas la écuyère se hace penetrar por los caballos, cada vez / con menor dificultad, con más unguento” (“República” y “El lugar”, *Austria-Hungría*, 56 y 35 respectivamente). Podría arriesgarse, en esta dirección, un intenso tratamiento de la vista. Me explico: en una poesía fuertemente antilogocéntrica como esta, fundada en lo sensorial, es decisivo *eso que se ve*, como así también eso que se oye (incluso sus murmullos), eso que se toca y, además, aquello que se saborea o se huele. Aunque sin ceder a una literalidad trivial, esto resulta casi novedoso por el tratamiento que ha tenido esta poesía, en su recepción y durante bastante tiempo, en torno a su ‘hermetismo’ más o menos críptico, su ‘opacidad’ o su carencia de *alusión* más o menos directa o reconocible; a lo sumo, se ha señalado su cualidad táctil (textura) o en torno al oído (lo fónico). Es posible, entonces, señalar que pese a su ‘opacidad’ (tópico sobre el que volveremos luego) hay allí un desborde sensorial generalizado que, por ende, también incluye la vista, aunque suene paradójico: “Era ver contra toda evidencia”, escribe Perlongher en “Cadáveres” (2003: 127).⁶⁰

⁶⁰ Aunque no nos detendremos en la recepción crítica que inauguró esta línea de lectura en torno a la poesía de Perlongher (puede consultarse, en esta dirección, Porrúa (2003 y 2011) y Prieto (2009)), por el momento alcanza con apenas mencionar que si problematizamos la cuestión del “ver” en *Austria-Hungría* es porque se relaciona con el hecho de que, aunque en este poemario ya se exhiba una búsqueda barroca, aunque se dé a leer un deseo barroco y Perlongher tal vez ya haya experimentado su “intoxicación” barroca (1997: 14), no hay aún una ‘movida’ (neo)barroca en su sentido más programático e institucional, como la que se instalaría un poco después, y que fue la

Pero dando una vuelta más, la exhibición de la violencia sexopolítica, aún con sus grados de “alucinación” (o precisamente por ella), no es presentada mediante una dicotomía fija entre verdugos y víctimas. Mediante los dobles, o incluso múltiples, sentidos y direcciones posibles que adquieren las palabras en el devenir del poema y al mismo tiempo en su posible relación con un presente que busca dejar huellas, se puede ver circular allí una microfísica que *desestabiliza* esos lugares fijos o preestablecidos, o mejor, no los lugares en tanto tales sino sus efectos. Esa desestabilización se ejerce mediante dos desplazamientos solidarios o complementarios entre sí que, con sus variaciones de poema a poema, son recurrentes en *Austria-Hungría* y permiten señalar una corrosión desde adentro: por un lado, la sodomización de los ejércitos y, por otro, las ‘víctimas’ cuyo dolor se tensiona con algún modo del goce.

El primero de los movimientos puede verse claramente en “Anales”, que ya desde su título juega al doble sentido del relato histórico clásico y del regodeo *anal*:

Esclavo soy
de acaienos de hermosas grabas, siervo soy
sodomizado por sus dioses

(...)

que en gran medida contribuyó a fijar la cuestión de la ‘opacidad’. Por eso, no es posible situar con facilidad o comodidad a *Austria-Hungría* en una lectura barroca, ya que su adscripción no es simple: como entrada poética, su experimentación y su des-concierto aún no habilitan cierta codificación o identificación estética específica. Sin embargo —he aquí la cuestión— este poemario en gran medida fue leído, retroactivamente, como (neo)barroco y según sus protocolos estéticos.

y en eso
veo venir a los soldados rusos
adentrada en la fronda:
pillaba y fui pillada ¡por los siervos!
y desarmada en la floresta como esas chicas de Girondo

Yo, un soldado astrohúngaro!

(“Anales”, *Austria-Hungría*, 60 – 61)

Un *emputecimiento* o *amariconamiento* que, burlándose, desarma la ostentación de masculinidad propia de los cuadros bélicos, tan cara y tan resguardada y que, para afirmarse como tal, deposita la ‘injuria’ (o lo que dentro de su lógica constituiría una injuria) en un *otro*. El poema no sólo le devuelve lo que presuntamente sería un insulto, sino que lo hace desde la propia voz del soldado y no desde un enfrentamiento o ‘acusación’ directa. Una voz que, para colapsar genéricamente el efecto corrosivo, se enuncia en femenino –comparándose incluso con “las chicas de Girondo”-, muestra una particular graduación jerárquica (lo sodomizan los “dioses” pero la pillan “los siervos”) y revela una perplejidad casi caricaturesca de sí misma: “Yo, un soldado astrohúngaro!”.

Y al mismo tiempo, la violencia que, ejercida sexualmente, en y sobre la carne, es dejada no sin efecto pero sí cuestionada o atenuada en su fuerza por alguna forma, algún rodeo, del goce: no es que esto disminuya la brutalidad y su efecto, sino que le frena, le corroe en su mismo juego, la direccionalidad: *eso que*

*me hacés para exterminarme*⁶¹ *de algún modo me gusta*: “sentir tu svástica en las tripas” es “hacer el amor en mi bohardilla”. Y el casi melodrama: “me dabas puntapiés, me pedías perdón, oh no es cierto que me quieras”:

Ceremoniosamente me pedías perdón
posabas una estola de visón sobre mis hombros
y nos íbamos a hacer
el amor en mi bohardilla
pero tú descubrías a Ana Frank en los huecos
y la cremabas, Nelson, oh

Oh no no no es cierto que me quieras
Ay ay ay me dabas puntapiés
Heil heil heil eres un agente nazi

Más acá o más allá de esta historieta
estaba tu pistola de soldado de Rommel
ardiendo como arena en el desierto
un camello extenuado que llegaba al oasis
de mi orto u ocaso o crepúsculo que me languidecía
y yo sentía el movimiento de tu svástica en las tripas
oh oh oh

(“Canción de amor para los nazis en Baviera”, *Austria-Hungría*, 25 – 26)

⁶¹ Para una lectura de las “ficciones de exterminio” en la literatura argentina contemporánea, ver el indispensable trabajo de Gabriel Giorgi (2004).

Juego masoquista, tentación en la destrucción, en este sentido *Austria-Hungría*, claramente, inscribe una trama política alejada de cualquier retórica o imaginario bienpensante. La inscribe, más bien, mediante el regodeo en el mal. Como puede observarse, dentro de este movimiento que realiza el poemario, “Canción de amor...” es tal vez el poema que lo exhibe de un modo más crudo porque está totalmente atravesado por dicho movimiento.

Otro poema de *Austria-Hungría* que está atravesado casi totalmente por ese movimiento es “Por qué seremos tan hermosas”. La diferencia es que “Canción de amor...” es el que lo exhibe del modo más crudo, mientras que “Por qué...” es el que lo exhibe como pura afirmación, es decir, sin la relación violenta propia del enfrentamiento puesto que la presencia del ‘enemigo’ sólo ocurre como evocación peligrosa *deseada* cuya interrogación articula el poema: *por qué...* “abriremos la puerta de calle al / monstruo que mora en las esquinas”, “guiñarle el ojo al fusilero”, “tan entregadas, tan masoquistas”, “tan arriesgadas, tan audaces”, “tan nauseabundas, tan erráticas” (“Por qué seremos tan hermosas”, *Austria-Hungría*, 58 – 59). También podría pensarse en “(Estado y soledad)” como otro poema que participa de la tensión terror-goce: mediante ciertas huellas reconocibles, imaginamos, o mejor, *sentimos lo que pasa* en un radio céntrico porteño de *yiro* homosexual en los '70 que es atravesado por las balas: “Caminamos por Lavalle, por la Alemania espesa / donde se yerguen las escolopendras y / silban, por Laprida, por Pasteur / silban las balas de las pistolas, huele a gas / donde antes olió a lim” (63 – 64).

Asimismo, este movimiento también puede rastrearse, aunque de un modo más microscópico e indecible, en “Herida pierna”. *Alguien* enuncia este poema cuyo título nos tiende una trampa basada en una promesa de ajuste semántico al conjunto (estamos en una guerra: es esperable una pierna herida) que luego no se cumple puesto que el poema se repliega sobre sí. Sin embargo, la “herida” permanece e incluso se exhibe visualmente, plásticamente, afectando formalmente el poema: sus versos, a través de sus cortes internos, de sus blancos, parecen estar heridos también; la construcción formal tematiza la herida, el poema está agujereado, perforado: ¿penetrado?, ¿baleado? Pero también, en su cadencia, en su ritmo ‘herido’, va acompasando la voz de ese (o esa) ‘alguien’ que lo enuncia y que el poema afirma en tanto suspensión: soldado, marica, travesti, mujer, o lo que fuese, es imposible (e incluso indeseable y obviamente innecesario) decidirlo. Incluso, optar por leerlo desde *una* voz no impugna la posibilidad –tan recurrente en la poesía de Perlongher- de que allí se puedan localizar, rastrear o imaginar varias voces. Como sea, y suponiendo que es una, esa voz de alguien se pregunta insistentemente acerca de su herida y también acerca de sí: preguntas que, antes que meramente retóricas, parecen construir la búsqueda misma del avance del poema. Y además de preguntar(se), (se) describe, implora (“oh señor...”), ordena (a “Morenito”): es en estos “registros”, en sus tensiones, donde se produce lo decisivo.

Coser los bordes de la herida? debo? puedo? es debido?
he podido? suturarla doliente ya, doliéndome

rastreramente husmeando como un perro
oh señor a sus pies oh señor con esa pierna
atada amputada anestesiada doblada pierna

(...)

O estoy? ando? metiendo los estiletes en el muslo
para que arda para que mane
haciéndole volcar lechoso polvo en la enramada
ampliándola estirándola

Por ella (de él) debo adorarla? suplicarla? adorarla?
cultivar el jardín donde se entierra
como liendre una mata Oh, ensartarla!

Debo poner la cara, larga, sobre la mesa? puedo?

No me hagas caso, Morenito, no lo hagas
así, tan prominente y espantosa la herida lo que hiende
la penetración del verdugo durante el acto del suplicio
durante la hora del dolor del calor
de la sofocación de los gemidos

impotente como potente bajo esa masa de tejidos

(...)

No me hagas caso, Morenito: vé y dile la verdad a tus padres

(“Herida Pierna”, *Austria-Hungría*, 47 – 48, cursiva nuestra)

En su aparente inaccesibilidad, o incluso ininteligibilidad, dos versos se presentan como *golpes* que imantan otros versos, ciertas palabras, y habilitan una serie

posible: “la penetración del verdugo” atrae sobre sí las resonancias fálicas y sexuales dispersas por el poema y, para lo que nos interesa señalar aquí, el dolor (¿de “la herida”?) queda flotando. Y esto ocurre no porque ese dolor sea ‘dudoso’ (efectivamente “la hora del dolor” se nombra, hay un “suplicio”, la herida es “prominente y espantosa”) sino porque se tensiona, intermitentemente, y casi a la manera de un coqueteo, con la posibilidad de que allí ocurra un goce o un gesto casi festivo: “debo adorarla?”, “cultivar el jardín donde se entierra”. Incluso, la gradación exhibida al pasar del “dolor” al “calor”, luego a la “sofocación” para terminar finalmente en los “gemidos”. Y por otro lado, la *huella* puesta en “Morenito”: “no me hagas caso”, repite dos veces el poema, para quedar, en la primera, atrapado entre la orden y el ruego (“no lo hagas”) y, en la segunda, ‘definirse’ en una orden: “vé y dile la verdad a tus padres”. Una “verdad” cuyo contenido queda suspendido pero que en su ocultamiento cobra más fuerza y resulta más verdadera que si se revelara explícitamente. Finalmente, en ese escenario poblado por alemanes, polacos, austríacos, en suma, europeos, y hasta podría decirse - haciendo uso de cierto imaginario cultural- ‘rubios’, el peso puesto en ese nombre, *Morenito*, es no sólo un probable contraste visual (color de piel) sino también, y fundamentalmente, *la irrupción rioplatense*: un ‘morenito’ es un casi negro y ‘el negro’, para el imaginario argentino sobre todo a partir del peronismo, es un rótulo que nombra -antes que una tipología racista- un estigma social devenido objeto de disputa ideológica (invasor, subalterno, causa de horror y repulsión, promotor de paternalismos, etc.) que, más allá de las direcciones específicas que ponga en juego, parece movilizar, finalmente, un juego de fascinación-rechazo. Asimismo,

más atrás, podría atenderse a una línea en torno al “Moreno” –y los imaginarios que pone en juego- que comience en *Martín Fierro*. En cualquier caso, es allí donde, entonces, el poema se instala, ya que se mueve probando esos espacios para no quedarse, *fijarse*, en ninguno: es la distancia entre la dirección indecible de “no lo hagas” (orden: moreno sumiso, o súplica: moreno peligroso) y la orden efectiva marcada por el imperativo (“ve y dile”) con la verdad misteriosa que Morenito (y el poema) ocultan y cuyo saber ostenta –con aires de superioridad- la voz poética. De este modo, el poema, al ‘probar’ esas posiciones, insiste en la fascinación-rechazo: el mismo impulso que parece suscitar ‘el negro’ en el imaginario cultural argentino, y el mismo que ocurre en la relación con el verdugo –que tal vez, en este caso, sea el propio Morenito: goce y terror.

También en “Crimea” ocurre una tensión sexual soldadesca: justamente, están *soldados* los unos a los otros en el bajo vientre y mordidos. (Y aquí otra reminiscencia girondiana, o incluso un guiño deliberado, se vuelve a hacer presente: “se sueldan... se muerden”.) Pero en medio de esta erotización de la violencia (¿o erotismo violento?) la voz poética también se dirige a “Florencia”⁶² que “aplaca la calentura”.

El, el furioso vendaval que amainabas, la calentura que
aplabas, ah Florencia, en Crimea, entre soldados

⁶² Por las operaciones de transgenerización que pone en juego permanentemente, los significantes femeninos en Perlongher (sobre todo, como en este caso, *nombres*) exhiben la arbitrariedad que los sostiene como artefactos culturales generizados. O, para decirlo con Judith Butler, según “la matriz heterosexual de inteligibilidad” (Butler 2007). Esto es: “Florencia” sólo es un cuerpo femenino en tanto se la nombra como tal, y no requiere de ninguna otra razón (ontológica, biológica, etc.) que la determine.

mordidos por los rusos en el bajo vientre
soldándolos

(...)

Son históricos estos recovecos que recorro, envejecido, ahíto
de circunvalaciones y cinturas, deseando la piedad de la
matraca
como una murga, Florence (...)

El con-tacto de cuerpos, así, deviene en una con-fusión de masas carnales para las cuales la guerra y el sexo parecen ser indiscernibles; ambos son campos de batalla -performativamente configurados en tanto *locus*- y ejercicios de la violencia: tópico ancestral, tanto de la poesía épica como de la poesía erótica, aquí aparecen en su punto de juntura. Entonces una voz (¿Florencia?, ¿un soldado?, ¿el poeta?: qué más da) desea “la piedad de la matraca”, y esa palabra, “matraca”, vuelve a cifrar mediante sus sentidos múltiples (literales, figurados y coloquiales), al mismo tiempo, una connotación fálica, una percepción sensorial – auditiva (su ruido ensordecedor al cabo de un tiempo: como el ruido de la guerra) y, en su proximidad comparativa con la mención a “una murga” (recordemos su importancia en este poemario), también podría dar la sugestión de la fiesta “que no es” (estamos en Crimea), o de la fiesta invertida siempre al borde de su propio exceso, o del espectáculo de la ‘mescolanza’: tres posibilidades de sugestión que coinciden –en su afirmación o en su reverso ilegal- con las de la guerra y las del sexo. Además, el desplazamiento de ‘matraca’ a ‘murga’, de esta manera, en su deseo de que dé “piedad”, vuelve a

afirmar el lugar indiscernible –un mismo escenario- para la violencia doble: sexopolítica.

Sin embargo, el avance del poema es interrumpido por una interferencia, un golpe, una discontinuidad que no parece obedecer a la lógica de las discontinuidades más codificadas del poemario, y que suena a una captura, un desprendimiento que sólo efectuando una concatenación de significados (Esther, judía, Crimea) podría “integrarse” al resto:

Sabes, Esther, cuando tu hija cae acribillada,
es justo? para qué?

(“Crimea”, *Austria-Hungría*, 51)

La fricción entre el presunto hermetismo poético y la captación histórica presente vuelve a señalar el “delirio poético” que, a su manera (o incluso, de la única manera que puede: como *un barroco de trincheras*⁶³), inscribe “eso que está pasando en algún nivel”⁶⁴.

⁶³ Fórmula que Perlongher utiliza hasta en sus cartas personales, para referirse a las condiciones de censura que debe atravesar su correspondencia y que Osvaldo Baigorria (destinatario de esas cartas) conceptualiza lúcidamente, a tal punto que le sirve de título para la edición de esas cartas (Perlongher 2006). Baigorria llega a proponer allí que el “barroco de trincheras” es “una lengua política” y esta noción, a su vez, será retomada por María Moreno (2008), también con interesantes resultados. No obstante, el mismo Perlongher ya había intentado comentarlo: un barroco de trincheras, dice en una entrevista, sería “un uso del barroco que pretende irrumpir en el llamado discurso social, que a veces es muy aburrido” (Perlongher 2004: 293). Volveremos a reconsiderar la fórmula en otro capítulo.

⁶⁴ En este sentido, ya sabemos (incluso como lugar común) que hasta el hermetismo dice políticamente su tiempo, y si no lo hace explícitamente, también está diciendo algo en su silencio. Como indica Susana Cella, “el hecho artístico es ineludiblemente social, y aún en sus máximas

Todas estas ambigüedades recorridas pueden dispararse en varias direcciones o en ninguna. En el estatuto indecible en el que se afirman, y carentes de centro, imposibilitan cualquier pretensión de fijar o estabilizar sentidos unívocos, y por lo tanto sólo admiten el señalamiento de tensiones. Sin embargo, no deshabilitan pese a ello la posibilidad de indicar ciertos movimientos recurrentes a lo largo del poemario. Los dos que aquí hemos considerado (la sodomización del verdugo y el dolor que destila una posibilidad de goce) pueden pensarse alrededor de la figura de la *antiparastasis*: la devolución invertida del insulto o daño⁶⁵. La productividad de esta figura, además, permitiría enlazar la poesía de Perlongher con dos líneas que recorren su escritura.

postulaciones de separación, tales como *l'art pour l'art* o la poesía pura, está vinculado a un contexto histórico, político y social que es el que permite incluso la emergencia de tales afirmaciones" (Cella 2010). Y en el caso de Perlongher, casi que podríamos reemplazar "permite" por "impone": está diciendo del único modo que puede decir. Florencia Garramuño va en una dirección muy similar al plantear que "la poesía centrada en el lenguaje también es histórica en tanto delata, por la serie de redes que teje y entre las cuales se inscribe, un uso especial del lenguaje y del quehacer poético que puede decir mucho precisamente allí donde calla: en su hermetismo, en las formas de construcción de ese hermetismo, a menudo puede leerse una forma de significación en la que su pulsión anticomunicativa nos dice algo también de las condiciones históricas que rodean a esa poesía" (Garramuño 2009: 219).

⁶⁵ La *antiparastasis*, en su significado y uso más extendido, supone la aceptación, reapropiación e incluso el festejo de algo que hace daño, o con un matiz ligeramente variado, la exhibición de "eso" que se impugna (insulto, agresión, injuria, etc.) pero de un modo especular: es decir, depositándolo en el *otro* que lo emitió. En cualquier caso, remiten siempre a la idea de una refutación basada en la aceptación de los términos para luego invertirlos; dicha inversión supone el cambio de valor de los términos y/o su devolución al interlocutor. En términos clásicos, la *antiparastasis* es una figura jurídica antes que literaria y se usa "cuando el acusado prueba que debía ser alabado y no vituperado, si fuera verdad lo que se le opone", según especifica el *Diccionario universal español – latino* de Manuel De Valbuena. En tanto figura, se opone a la de la *entasis* (que es la refutación directa) y no es lo mismo que la *antiperístasis*, en la cual hay una oposición de términos y no una reversión. La *antiparastasis* quedó casi fosilizada en el derecho y por lo tanto su uso es más usual como término técnico jurídico. Por otro lado, la etimología griega del término resulta sorprendente en relación con *Austria-Hungría*. Significa, de acuerdo al *Diccionario griego – español* de Florencio Sebastián Yarza: "Preparativos de resistencia // Colocarse en orden de batalla // Rebelarse, resistir".

Una, ya deslizada, con los hermanos Lamborghini y a través de éstos con el siglo XIX argentino: “Asimilar la distorsión y devolverla multiplicada” será la reiterada fórmula de Leónidas Lamborghini, y allí está la operación de la gauchesca pero también la de *El Matadero*. Esto es, una fórmula que recorre intensamente toda una línea literaria de la violencia histórica argentina. De Leónidas Lamborghini, por supuesto, me estoy refiriendo a su capital ensayo “El gauchesco como arte bufo” (1985), aunque también a su libro *Risa y tragedia en los poetas gauchescos* (2008) y a su volumen de poesía *El solicitante descolocado* (1989), que incluye el clásico *Las patas en la fuente*. Sus fórmulas recuerdan de inmediato, y no casualmente, el “contradesafío por el antivalor” postulado por Josefina Ludmer (2000: 149) para leer la serie de las “fiestas del monstruo” que comienzan con *La refalosa* de Ascasubi, pasan por el relato de Borges y Bioy Casares cuyo nombre toma la serie, y llegan a *El fiord* de Osvaldo Lamborghini. Por eso, retomando lo comentado más atrás, tal vez antes que en una visión esquemática del carnaval, podría pensarse de este modo en una suerte de vuelta a las sucesivas “fiestas del monstruo” en *Austria-Hungría* por la particular lógica corrosiva que exhibe y que se conectaría claramente con la fórmula del “contradesafío por el antivalor”, incluso considerando una serie más abierta que incluyera *El matadero* y “El niño proletario” de Osvaldo Lamborghini. Sin embargo, sería preciso examinarlo con atención ya que algunos de los componentes que señala Ludmer para conceptualizar la serie parecen no funcionar exactamente en el poemario de Perlongher: aunque por momentos haya un ‘clima de fiesta’ (por ejemplo, una murga), las voces que escribe Perlongher no se dejan reducir al “universo patria o muerte”; si, para que haya fiesta del monstruo,

la voz del otro debe ocupar “el espacio entero de la patria”, en *Austria-Hungría* esto se presenta de manera brumosa, no totalizante, tal vez porque, a través de las operaciones poéticas que efectúa, la resistencia es, por momentos, *enunciada* explícitamente (“Por qué seremos tan hermosas”) y no solamente confiada al escribir lo que dice el otro, haciendo coincidir la voz escrita con la del enemigo. De allí que, aunque por momentos aparezcan voces cuyas palabras “tocan los cuerpos” violentamente (los amputan y/o los matan), tampoco pueda leerse “la construcción de una lengua asesina y brutal, la representación del mal en la lengua”: quizás también porque, decisivamente, esa mala lengua debe emerger desde el horror de lo “más bajo”, y ese bajo-fondo, en este caso, es el sitio de resistencia con el que se identifica el escritor, cuyo horror al Estado-de-cosas no coincide (otra diferencia fundamental) con “un ascenso de las masas al poder” (Ludmer 2000: 145 – 159). En *Austria-Hungría*, entonces, los *monstruos enfiestados* es preciso que sean leídos con ciertos hiatos respecto de cómo lo conceptualiza Ludmer.⁶⁶

La otra línea que se condensa en la *antiparastasis* es la de las operaciones culturales de las sexualidades disidentes. No sólo por su corrosión genérica de los límites heteronormativos entre ‘lo masculino’ y ‘lo femenino’, cifrados en Perlongher fundamentalmente en la figura de la *loca* o la *marica* (tan ponderada poética y

⁶⁶ En este punto, también podría pensarse en el ensayo de Alan Pauls “Las malas lenguas” (1986) para considerar la cuestión. Por otra parte, para la relación y articulación entre los Lamborghini y Perlongher, puede verse el ensayo de Nicolás Rosa “Los Confines de la Literatura o los Hermanos Sean Unidos” (Rosa 2006b: 109 y ss.) y, más centrado en Osvaldo Lamborghini pero con resonancias en Perlongher (y a propósito de algunas cuestiones que tocamos en este capítulo), también su ensayo “Política y literatura: grandeza y decadencia del Imperio” (Rosa 2003a: 119 y ss.). Por último, para una lectura imprescindible de Osvaldo Lamborghini, de más amplio alcance, véase el clásico libro de Adriana Astutti (2001).

políticamente en su desafío provocativo a ‘la masculinidad’ y su apropiación ‘femenina’ casi hiperbólica), sino también por la transgenerización gramatical (en este caso, una feminización que “Anales” devuelve –riéndose- al sodomizado soldado astrohúngaro al ponerla en su voz) y por el uso concreto de un léxico: términos que habiendo sido acuñados como injurias o estigmas son reapropiados festivamente: loca, puto, marica, tortillera, *queer*, sodomita, entre otros⁶⁷. *Austria-Hungría* no sólo que se los reapropia sino que, cumpliendo la vuelta antiparastásica, les cambia el valor o los devuelve: “tu daño me place”, “sodomita también sos vos”.

⁶⁷ En este sentido, véanse las consideraciones realizadas por Elsa Dorlin en su trabajo (2009: 91). Asimismo, en esta dirección en torno a la injuria gay, también resulta indispensable el libro de Didier Eribon (2001). Para una aproximación un poco más amplia, pero desde una específica perspectiva performativa, véase, por supuesto, a Judith Butler: concretamente Butler (2008), en especial los capítulos 4 y 8, y Butler (2009a), donde la reapropiación de los códigos como modo de subversión es desarrollada ampliamente. Demás está advertir, en consecuencia, el modo en que estas operaciones son entendidas afirmativamente como actos de resistencia en el interior de los discursos normativos insultantes.

CAPÍTULO 3

Néstor Perlongher en *El Porteño*. De Evita a la CHA

1. Si Evita viviera...

“No estábamos haciendo laburo de base sino sólo public relations para tener un lugar no pálido donde tripear” (Perlongher 1997: 194), dice el personaje que narra el segundo de los relatos que conforman “Evita vive”. Como se sabe, se trata de una narración encabalgada entre dos tiempos: el de la escritura, de 1975 (y que coincidiría con el de la representación: un escenario contracultural “a orillas del ambiente proto-gay y del circo hippie” (Baigorria 2006a: 14)), y el de la publicación durante la década de 1980. En cuanto a este último, el texto se conoció primero en inglés, en una antología organizada por E. A. Lacey (en 1983), pasó luego por una publicación sueca, y recién apareció en Argentina en 1987: lo publicó primero la revista *Cerdos & Peces* y dos años después, en su número 88 (de abril de 1989), la revista *El porteño*. Y en esta última nos quedaremos⁶⁸.

Nueva incursión profanatoria de Perlongher, en este caso versiona con filtro orgiástico-lumpen a una figura argentina devenida mitológica y organizada sobre

⁶⁸ Luego, el texto fue recogido en un libro de Perlongher por primera vez en *Prosa plebeya*, junto a otros textos suyos sobre Evita. Lo cito por esta edición, en la que además Osvaldo Baigorria y Christian Ferrer, compiladores de la edición, especifican los avatares de sus publicaciones (Perlongher 1997: 191-195). Más tarde, debemos a la labor editora de Adrián Cangí su publicación en diferentes volúmenes recopilatorios de Perlongher: *Papeles insumisos* (2004), *Evita vive y otros relatos* (2009) y, en portugués (traducido por Josely Vianna Baptista), *Evita vive e outras prosas* (2001). En cuanto a la revista *El Porteño*, se trató de una publicación mensual de gran relevancia en la transición y reapertura democrática argentina; comenzó a publicarse en el año 1982 y su último número apareció en 1993, de modo que resulta una revista significativa de los años '80. A lo largo del desarrollo, se irá desprendiendo una caracterización de su estilo y de su significación cultural.

una pasión bipolar (amor-odio). El relato no se sitúa en ninguno de los polos, sino que más bien los ataca a ambos con la misma violencia: Evita no es la santa venerada por el sueño peronista y en cambio es, sí, “la yegua”, pero una yegua gozosa que, por ende, ya desarticuló el insulto antiperonista⁶⁹. Precisamente porque la política dio paso a una hedonista política de los placeres: lo que importaba ya no era el “laburo de base” (propio de la acción política militante o revolucionaria) —ni mucho menos, podría pensarse, ir “del trabajo a la casa y de la casa al trabajo”— sino poder ganar “un lugar no pálido donde tripear”. *Tripear*: la jerga drogona hace su aparición para que advenga el *trip* (“viaje”) yonqui. Evita, generosa, reparte lotes de marihuana “para que todos los humildes andaran superbién” (194) y, sobre todo, se entrega al sexo *como una loca*.

Pero parece que Perlongher se *viajó* demasiado. *Infumable* para las buenas conciencias argentinas, incluso más allá del peronismo, su acción blasfema no pudo sino leerse como un insulto. Algo de ese insulto, sin embargo, está en lo cierto cuando tenemos en cuenta el modo en que la narración puede situarse en medio de una guerra de consignas: “Si Evita viviera sería Montonera” pero sobre todo “No

⁶⁹ “Yegua” fue uno de los numerosos insultos que recibió históricamente Eva Perón por parte del antiperonismo. No es casual que el término vuelva, también proferido como insulto, hacia Cristina Fernández de Kirchner, con lo cual esto exhibe, más que las pasiones de la cultura política argentina, su invariante matriz machista y patriarcal. En esta dirección, María Moreno ensaya una definición deliciosa en su casi ironía: “*Yegua*: metáfora de mujer. Abunda en la literatura argentina y en las obras de escritores como Miguel Briante, David Viñas, Rodolfo Rabanal y Jorge Asís. Estos autores, para definir la belleza de ciertos personajes femeninos, aluden a “cascos”, “caderas”, “belfos”, “lomos” y “crines”. La literatura oral utiliza esta expresión tanto de manera admirativa como peyorativa. Diversos eruditos aseguran que el caballo de madera a causa del cual se perdió Troya era una yegua” (Moreno 2001: 98).

somos putos, no somos faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros”⁷⁰ y he aquí una posible respuesta. El propio Perlongher, más tranquilo, escribe una “Nota” al final del relato (sólo incluida en algunas de sus ediciones) en la que especifica el sentido lúdico que tendrían las consignas:

Los peronistas usaron la consigna “Evita vive”, con diferentes aditamentos: “Evita vive en las manifestaciones populares”, “Evita vive en las villas”, “Evita vive en cada hotel organizado” (slogan del Movimiento de Inquilinos Peronistas). Estos textos [que componen “Evita vive”] juegan en torno a la literalidad de esa consigna, haciendo aparecer a Evita “viviendo” situaciones conflictivas y marginales. (2004: 66)

Por cierto, “Evita vive (en cada hotel organizado)” es el título exacto con el que el relato se publicó en *El porteño*.

Pero antes de seguir avanzando, se impone hacer un rodeo para especificar la complicada relación de Perlongher con el peronismo.⁷¹ Resumidamente, podría decirse que pese a la simpatía que se deja leer en el intento de acercar el Frente de Liberación Homosexual (FLH) al peronismo de izquierda en los ‘70, luego Perlongher va a formular la tensión de un modo preciso: el movimiento de Perón

⁷⁰ Vale recordar que, como ya se comentó más atrás, se trata esta última de la consigna homofóbica con la que los militantes del peronismo de izquierda se defendieron de la acusación de “homosexuales y drogadictos”, negando así la participación de homosexuales en sus filas, dado que esta acusación había sido esgrimida precisamente a partir de la visibilidad del Frente de Liberación Homosexual en su deseo de cercanía con el peronismo.

⁷¹ Al respecto, son varios los textos suyos a los cuales remitirse (cuyas referencias puntuales ya hemos dispensado en un capítulo previo al empezar a considerar el tema en relación con la militancia); se encuentran recopilados casi todos en *Prosa Plebeya* y en *Papeles Insumisos y*, además, cabría señalar dos textos publicados en la revista *Cerdos & Peces* que llevan su firma — no incluidos en libros— sobre la represión homosexual en Argentina, por la articulación histórica que allí realiza del tema con el peronismo (Perlongher 1983a y 1983b).

organizó a los trabajadores (a lo cual no podía sino suscribir) pero a costa de autoritarismo y paternalismo estatal (que no podía sino espantarlo). Al mismo tiempo, aunque seducido por la pasión de masas cuyo deseo político movilizó el peronismo, con la promiscuidad orgiástica que esto supuso para la ‘pacatería’ argentina, en términos históricos no deja de recordar en varios informes que el primer peronismo “en pleno romance con la Iglesia” fue “el padre del borrego”, es decir, el gobierno que instrumentó el dispositivo legal conocido como “Reglamento de Procedimientos Contravencionales” que facultaba a la policía para castigar “delitos menores”: “vagancia, prostitución, homosexualidad, ebriedad, travestismo, vestimenta indecorosa y las diversas variantes del ‘escándalo’”, especifica Perlongher. De este reglamento de contravenciones forma parte el “2°H”, el tan temido artículo por las locas en su *yire*, ya que era el que penaba a las “personas de uno u otro sexo que públicamente incitaren o se ofrecieren al acto carnal” (Perlongher 2004: 123-124). Sin embargo, otros pliegues más se inscriben en la tensión en un documento inédito de Perlongher, al parecer un ensayo de cierta extensión, dedicado a hipotetizar una suerte de genealogía de la “marica criolla”, lamentablemente abandonado (consiste en cinco páginas mecanografiadas con abundantes correcciones manuscritas, sin fecha). Allí, al referirse al peronismo, escribe Perlongher:

Sugiero pensar que, con el peronismo, los obreros ganaron el centro y se encontraron allí con los homosexuales. El término chongo, otorgado al activo en la relación homosexual, parece porvenir [sic] de aquella época, cuando denominaba despectivamente al obrero. Usado como adjetivo (qué cosa chonga!) la palabra conserva su sentido de “vulgar”.

Los testimonios respecto del peronismo son ambiguos. Por un lado, lo real es que el peronismo, aliado con la Iglesia Católica, organiza en 1946 el régimen contravencional aún vigente (citar) [sic]. Pero, por otro lado, el peronismo parece significar cierto relajamiento en las costumbres. [...] La propia figura de Evita se presta a lecturas contradictorias. Ella es una actriz de bajos fondos, que ha escapado de su pueblo con un cantor de tangos (Agustín Magaldi): diversas versiones se han tejido sobre su acceso al entonces coronel Perón. [...] Que Evita tenía cierto grado de intimidad con los homosexuales —que deberían estar en la época atrincherados en el medio teatral (ver escándalo de Molina; bien posterior, la historia de Correa)— está claro en el libro de Jamandreu. También está claro que esa tolerancia es aparente: “jódase por puto”, le dice Evita a Jamandreu cuando éste le pide socorro desde una comisaría. [...] El peronismo parece tener, con todo, algo de fiesta. El erotismo que nace de ese encuentro de clases es potente. La relación de la marica de clase media con el chongo villero no sólo llenó lamentaciones —como el libro *La butaca de la Ballena* de Héctor Larra—, sino también saunas. Testimonios personales dan cuenta de saunas gays en Buenos Aires en la década del 50, cuando no las había en N. York. Esa relativa visibilidad de los homosexuales tiene un fin trágico: en 1954 Perón, en pleno conflicto con la Iglesia, legaliza la prostitución y desata, para justificarlo, una razzia contra homosexuales; que eran sacados por la policía de sus casas. Eso revela de que eran lo suficientemente públicos como para que la policía pudiese reconocerlos. La etapa que sigue al peronismo es brutalmente represiva respecto de la sexualidad. El aparato de contravenciones instaurado por el peronismo (y la policía como un todo, que debe su fortalecimiento autárquico de la necesidad de Perón de oponerla a sectores del ejército) no son desmantelados, a pesar de que un fallo de 1957 los declara inconstitucionales. [...] La ruptura de la Iglesia con Perón, en 1954, aparece fuertemente sexualizada por dos

puntos centrales: el divorcio y la prostitución. La respuesta de las masas no sería menos fogosa: el incendio de los templos en 1954/55 marca uno de los puntos altos de fervor popular antieclesiástico. (Documento CEDAE 15/730)

Por otra parte, en relación con las apariciones literarias de Eva Perón en la obra de Perlongher, cabría considerar que, si en el relato que estamos tratando Evita “vive”, en otros dos poemas que le dedica ella es *el* “cadáver” (de la nación). Si en el primero (“El cadáver”, de *Austria-Hungría*) el temor *que pasa* por el pasillo (del entierro de la muerte) va junto al temor del desvanecimiento (“Y si ella / se empezara a desvanecer, digamos / a deshacerse / qué diré del pasillo, entonces? / Por qué no? (...) Y yo le pregunté si eso era una manifestación o un entierro / Un entierro, me dijo / entonces vendría solo / ya que yo no quería entrar por el pasillo” (2003: 42 – 45)), en el otro (“El cadáver de la nación”, de *Hule*) el tránsito presenta un rodeo (o un rodete) más complejo: casi como las vueltas del cadáver y en cuatro partes. Así, el cuerpo muerto o de la muerta, “momificada”, deviene una zombi con todas las tecnologías de género a su disposición (“...al salir (ser sacada) del / cajón, zombi escarlata, nylon Revlon, flecos / kanekalón, uñas que la manicura, con un esmero / de película, talla”) que hacen “en el aire la sombra / *de esa mujer*”. Transculturada, experimenta “saudades” y la atraviesan “conjuros de zumbificación del vudú haitiano” en su propia lengua, aunque, pese a todo, “la Diosa / no se muere”. Es que “Ella los ve desde lo alto suspendida gritando la traición” de “esos que la manosean aprovechando su yertez” porque, en “su muerte imperial”, “toda su magia es impotente para evitar que flote” y su magia tampoco “evita” en “el

laboratorio sustituir su sangre cancerosa por horchatas de orquídeas amazónicas” y continúa atada, así, “a la falsa histeria traicionada de su rictus en la impotencia de su involuntario errar”. En ese errar involuntario, la muerta recupera la voz para pedirle a “Aranda” (¿Pedro Ara, el embalsamador?) que le haga el rodete para que las “engrupidas” no digan “junto a mi lecho” que “se me bajó el copete” y sobre todo que “no me lo deje entrar al puto de la cabeza contra el piso” (¿Paco Jamandreu?), “que no se enteren que ha tocado mis carnes casi necrosadas con esos dedos que han hurgado braguetas”, para “que no hieda a pobre semen el tocado la reddecilla del rodete”. Finalmente, hace su aparición la voz de “el peluquero” para aclarar que “nadie más que yo compuso sus peinados” y que “acompañé día y noche para impedir que le inyectasen / en los ruleros grumos que pudieran dificultar / el embalsamamiento” (Perlongher 2003: 186-192). Se observa, así, la composición del camino del cuerpo en el poema: cual zombi, fantasmático, pasa la muerte para devenir cadáver embalsamado y simular voces que vuelven a la vida (o al mundo de los vivos) para reclamar sus artificios y sus tecnologías de género: quién hace el rodete. Que el peluquero concluya enmarcando el poema refuerza el cuerpo de Eva como *una montada*, como dicen las travestis. Un montaje, entonces, un cuerpo hecho (como todos) mediante artificios tecnológicos rearmables o desmontables pero, tratándose de un cadáver embalsamado, antes que devenir cyborg deviene zombi.

Centrándonos, ahora sí, en “Evita vive”, diremos que alcanza, para situar el relato, con los breves comentarios del comienzo, ya que no voy a abordarlo desde

un análisis crítico-literario⁷² sino en sus efectos. Me refiero puntualmente al escandaloso revuelo que provocó su publicación en *El porteño*, en abril de 1989. En este sentido, quisiera examinar con precisión el asunto para no reducir sus tensiones: abstenerme en lo posible de idealizaciones cuasi románticas (el mito del maldito) pero también de los lugares comunes con que la crítica cultural progresista lo valora ('irreverente', 'provocador'). Precisamente porque, en efecto, se trató de un texto cuyo impacto no puede desconocerse ni minimizarse y que conmovió las morales políticas de turno, sobre todo la sensibilidad peronista (la acusación de "gorila" no podía faltar⁷³) y también la cuestión de la libertad de expresión. Y por eso mismo no se trató, a la vez, de una simple pose 'canchera' por parte de Perlongher: los efectos, aunque tal vez un poco previsibles, eran de todas maneras incalculables en su dimensión⁷⁴.

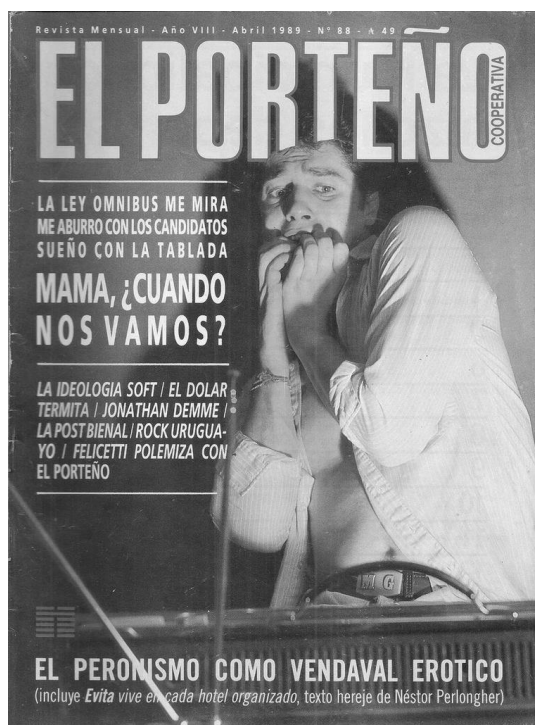
⁷² En esta dirección, véase el abordaje realizado en el magnífico ensayo de Osvaldo Baigorria y Christian Ferrer (1997), como así también en los trabajos de Adrián Cangi (2001, 2004 y 2009). Además, véase el estudio de Susana Rosano (2006) que, íntegramente dedicado a las representaciones literarias de Eva Perón, arma distintas series y por supuesto incluye, en una de ellas, al relato de Perlongher.

⁷³ Así como el peronismo y sus líderes fueron objeto de numerosos insultos (como vimos con "yegua") y de nominalizaciones despectivas, aliados todos con la lengua popular, tampoco faltaron términos usados para denominar a los adversarios políticos del peronismo: "gorila" es el más sobresaliente, que llega hasta hoy, y que enunciado por un sujeto peronista supone un valor negativo, de intenso desprecio hacia el otro, en la medida en que lo designa como de derecha o reaccionario. Cabría destacar que estas dinámicas discursivas de desafíos y contradesafíos, de apropiaciones y devoluciones, de valoraciones y sentidos imaginariamente intercambiables, exigirían un tratamiento doble para ponerlas en movimiento: por un lado, en relación con su larga tradición en la historia política argentina; por otro, a partir de su carácter de acciones verbales performativas. Algo de lo postulado en el abordaje de *Austria-Hungría* podría resonar en este sentido en el caso del contexto del peronismo.

⁷⁴ Incluso, casi no enterado, Perlongher le escribe a Sarita Torres desde San Pablo: "Supe, por anónimas vías, que mi cuento sobre Evita provocó un pedido de secuestro de El Porteño. Por favor, hacéme llegar más noticias, si es posible. Debo temer por las estolas y los esmaltes quebradizos? Olor a crismas?", concluye el comentario preguntando con su habitual gracia ocurrente (Perlongher 2004: 433).

La publicación de “Evita vive” en *El porteño* se realizó, en rigor, dentro de un “Suplemento Especial” titulado “El peronismo como vendaval erótico” que incluye también una serie de textos que, en líneas generales, buscan ofrecer una imagen inmoral del peronismo pero con cierta gracia ‘traviesa’, claramente amorosa e ideológicamente identificada con él, orientada a recuperar su fuerza pasional. No es un detalle menor que, a poco tiempo de las elecciones presidenciales de 1989, varios de los textos apuntalan a Menem y lo enlazan en el “vendaval”. Así, todos son textos encabalgados entre la crónica, el ensayo y el testimonio, siendo “Evita vive” la única ficción propiamente dicha (y este detalle será importante para cierta ‘confusión’ en el escándalo)⁷⁵. Basta con dar una rápida leída al conjunto para advertir por qué “Evita vive” sobresale y evidentemente esto no escapó a los editores de la revista que, en la tapa del número, al anunciar el nombre del “Suplemento” promocionan abajo una leyenda en la que especifican “(incluye *Evita vive en cada hotel organizado*, texto hereje de Néstor Perlongher)”, como puede verse en la imagen siguiente.

⁷⁵ Además de una breve presentación sin firma del “Suplemento”, los textos que lo integran son “¿Qué quedó del sex-appeal del potro?”, de Juan José Salinas; “Dallas, La Rioja”, de N. P. Alves; “Por ese gran erotismo”, de Horacio González y “La diversión del doble lenguaje”, de Juan José Salinas (una conversación con Dalmiro Sáenz).



Portada *El Porteño*, 88. Fotografía Digital.

Así, las repercusiones en el número siguiente de *El porteño* (el 89, de mayo de 1989), en el que además se refieren los hechos acaecidos a propósito de “Evita vive”, resultan de lo más interesantes para recorrer el escandaloso *affaire* y sus argumentos. La nota central es la firmada por el propio Consejo de Redacción de la revista, que ocupa tres páginas, y que se encarga de precisar en detalle el escándalo: “Un mes movido” es su elocuente título (1989: 11-13). Allí nos enteramos que el primer conflicto fue una amenaza telefónica de bomba a la redacción como así también a algunos miembros de la revista: “travestis, los vamos a reventar”, era la “promesa”. Hecha la denuncia, se consideró un hecho aislado. Pero al día siguiente, en el Concejo Deliberante, el relato de Perlongher fue leído por Juan Carlos Suardi, un edil del Partido Justicialista, quien lo repudió en la sesión, pidiendo

para la lectura “que se retiren los niños de la sala” y afirmando que aunque es necesario defender la libertad de prensa “no se puede abusar de esa garantía para injuriar” (11-12). Otro edil (Héctor Renovales, del Partido Intransigente) “lanzó gestos y miradas” ante “tales palabrotas” y finalmente pidió “que se suprimieran de la versión taquigráfica tales conceptos” (11). De todas maneras, “los diferentes bloques coincidieron en la condena del ‘artículo en cuestión’”, comentan los redactores de la revista. (De paso: sería un ejercicio de lo más interesante acceder a esa versión taquigráfica del texto y leer qué —y cómo— quedó tras las supresiones.) Una concejala del bloque Lealtad Peronista, además, solicitó el secuestro de la edición de *El porteño*, lo cual no prosperó, ya que consideraba que el cuento “ofendía la memoria de María Eva Duarte de Perón” (11-12). Por su parte, un edil radical comparó a Perlongher con Salman Rushdie y consideró que si el peronismo quería ir a la Justicia podía hacerlo pero debería ser ésta quien “dictamine si hubo o no delito” (12). También un volante firmado por “Trabajadores Peronistas del H.C.D.” se plegó a los reclamos, y para entonces, si bien también comienzan a aparecer solidarios gestos de apoyo a la revista, “el malentendido ya era gigantesco”, comentan los redactores, y en ese contexto “las palmas” se las llevó el diario *La Nación* “que en un recuadro del día 5 [de abril] habla de ‘un artículo supuestamente revelador de aspectos íntimos de la vida de Eva Duarte de Perón’” (12). Finalmente, en un “congreso de cultura peronista”, un candidato a senador justicialista “adosó al cuento de Perlongher la película *Permiso para pensar*” y acusó a la publicación de “revista izquierdista que atacaba al peronismo en esta etapa eleccionaria e injuriaba la memoria de Evita” (13). Comienza a vislumbrarse, así, el

uso partidario del episodio, de cara a las próximas elecciones presidenciales (de hecho, los redactores recuerdan que, por el contrario, poco tiempo atrás *El porteño* había sido acusado de “vocero menemista”). Los ánimos políticos, entonces, se encontraban evidentemente susceptibles. Declara el Consejo de Redacción:

A todo el mundo le debe quedar bien en claro ya que los diferentes sectores han pugnado para lograr que cualquier cosa que respire bajo el cielo argentino termine aportando para su causa con vistas al 14 de mayo [día de las elecciones]. Seguramente la mayoría de los perorantes no había leído jamás *El Porteño*, no conocía siquiera su existencia o la de un poeta llamado Néstor Perlongher, pero se apuró a tirar de la piola para ver si podía capturar algunos votos inesperados. (1989: 13)

E ironizan, a continuación, con ciertos afiches que imaginaron (uno de ellos, “SALMAN RUSHDIE ES ARGENTINO Y SE LLAMA NÉSTOR PERLONGHER” (13)), pero “las elecciones están ahí y uno no quiere aparecer abonando con su estiércol la maceta de nadie” (13). Más allá del clima electoral, la discusión ya no era “entre sensibilidades zaheridas y la libertad de expresión”, puesto que vuelve a hacerse presente el fantasma del retiro de la revista, entrando así al “terreno del apriete económico” (13), que al final no tuvo lugar. Y aunque las acusaciones seguían proclamándose (entre ellas que la revista formaba parte de un variopinto arco definido por “el prejuicio y odio de clase a los trabajadores”), el apoyo recibido de ciertos colegas ayudaron a que el mes “no fuera tan rotundamente de mierda” y, concluyen, “ya está, ya pasó, fue más rápido que la BCG y más feo que una enema”: “simplemente, queríamos recordar que *Evita vive (en cada hotel organizado)* de

Néstor Perlongher, como decía el respectivo copete, es un *cuento*, mal que le pese a *La Nación*" (13).

Al mismo tiempo, otra breve nota aparece en este número de la revista a propósito de "Evita vive", firmada por Raúl Barreiros (director de Radio Provincia de Buenos Aires, según se aclara al pie), y titulada "Evita botarate los dislates". La nota resulta significativa porque, en medio de la escandalizada *lectura literal* que se había realizado del relato, propone distinguir los "discursos políticos" de los "poéticos". Reconoce, entonces, que se trata de una "ficción", con "descripciones precisas y prolijas" de "*tingidas* acciones sexuales" y escritas "con el clásico estilo de Perlongher" ("un artista de mediana fama", aclara) (Barreiros 1989: 12). Comenta también que ya conocía el relato por su publicación anterior en *Cerdos & Peces*, pero, cuando todo se direccionaba a poner las cosas bajo un signo estabilizador, arremete con que "sin embargo, también pienso que cuando hay una osada y valiente revista que se anima a buscar un espacio en la vanguardia y a hacer estas cosas a un mes de las elecciones, no puede luego protestar por el revuelo que se arme. Crear agujeros y escándalos es tarea de vanguardistas" (12). De este modo, comprende Barreiros que los sectores políticos ("tensos y celosos") no pudieran distinguir el discurso político del poético y, entonces, "sólo ven una agresión a sus símbolos" (12). Y hace su aparición, así, la mística peronista: si cada comunidad "tiene sus sacralizaciones", Evita "pertenece a la comunidad peronista" y tomarla "como personaje" resulta socialmente "barato" porque "el peronismo se banca todo y nada le hace mella" (12); más aún, "ser objeto de las intenciones del odio y el amor de la póiesis le conviene, fortalece su espíritu y cada palabra lo fija y contribuye al

mito con esa fuerza irracional e inconsciente que es la mayor prueba de su humanidad” (12), concluye, no sin antes haber deslizado la pluma hacia el “gorilismo” de Perlongher:

Quisiera saber qué hubiese pasado si se hubiera hecho jugar el mismo rol erótico a Balbín o a Federico Pinedo en la misma historia quilombero. No se hizo porque Perlongher sabe que encarnó el último lamento de una clase media irritada y gorila llevada al paroxismo de su opinión en una escritura literaria, ya que sólo la pasión hace escribir. (12)

Al igual que antes con Malvinas, otra vez el escándalo, otra vez el exceso como modo de intervención que articula lo aún inescuchable o aún ilegible. Al igual que en *Alambres*, los mitológicos o legendarios personajes patrios son embarrados mediante movimientos profanatorios (contra lo sagrado) o des-autorizadores (contra la épica heroica): “la historia es deseada, alucinada en el deseo” (Perlongher 1997: 140). Deseo y alucinación que hacen a la poesía y a la literatura de Perlongher, cuya escritura ensayística había exasperado a los escritores-intelectuales de *Sitio* y cuya escritura ficcional, ahora, no era resistida en sus efectos por una publicación acostumbrada al escándalo como *El porteño*. Deseo y alucinación, entonces, que en este caso hacen también a “Evita vive”: entre el *trip* alucinógeno y la carnalidad sexual deseada-deseante, Evita se presenta menos como una agresión a su propio relato histórico *con-sagrado* que como una *festiva* recuperación y por eso, también, antes que santa es diosa —de lo que se podría seguir: antes que cristiana es pagana. Una diosa festiva y alegre que baja del cielo y se *enfiesta* con todos: *volveré y seré millones*.

Como sea, me interesó focalizar las consecuencias desatadas porque, antes que una cuestión meramente anecdótica, dan una señal del poder de la literatura. Específicamente, lo que en este episodio quiero entender y afirmar es la fuerza de la ficción para *afectar* lo que se reconocería como “realidad”, para que ese *pase* acontezca, y que muestra una vez más aquello que —tal vez entre otras cosas—la literatura puede *hacer* o *mover*. Y por esos efectos materiales y simbólicos (amenaza de bomba, intento de sacar el número de circulación, lectura en el Concejo Deliberante, acusación de “gorila”, comparación con Salman Rushdie, interpretación “verista”...), también da cuenta de un *estado* de la recepción lectora —en fin, de lo legible— precisamente porque la literatura *no es* (ni se asemeja, ni se asimila, ni se confunde con) el ‘discurso social’.

Del acto a lo instituido, es posible, con todo, prestar atención al alto poder de intervención de las revistas (que podemos englobar como “culturales” pero que incluyen orientaciones de diverso espectro: política, intelectual, literaria...) en la configuración de los debates, polémicas y escándalos, mostrando en este caso otro punto de referencia en relación con la cuestión intelectual. Y confirma el modo en que en los años 80 es fundamental el rol desempeñado por las publicaciones periódicas culturales: intensas cajas de resonancia, trazan y regulan —en su carácter mediador— una economía del impacto cuyos ecos al mismo tiempo procesan.

2. “Todas teñidas del mismo tono zanahoria”

Como ya sabemos, Perlongher, por su parte, no puede sino entregarse a la circulación en ciertas revistas en las cuales “gustaba descargar su pluma” (Ferrer 1996), ratificando un potente deseo de intervención, y que abarcan —tanto en Argentina como en Brasil— un amplio abanico de tendencias (feministas, anarquistas, poéticas, *under...*) aunque nunca se trata de revistas masivas. Perlongher se arriesga a esta circulación, de a ratos perturbando o ridiculizando ciertos lugares comunes políticos (sean nacionales o sexuales), tal vez extrañado desde la distancia brasileña en lo que atañe a cuestiones argentinas. El caso de *El porteño* resulta bastante paradigmático en dos aspectos: por la permanente participación en ella de Perlongher (que arroja un extenso número de ensayos y notas) y por lo que la revista en sí misma supone: una inclasificable publicación periodística de amplia llegada —sin ser masiva— que a su vez, en su relevamiento y tratamiento de temas, podría aproximarse a una perspectiva entre *under* y contracultural (en el sentido específico en que en los años '80 argentinos esto debe entenderse), aunque nunca tan *under* y contracultural como su ‘parienta’ *Cerdos & Peces*, en la que Perlongher también colaboró asiduamente⁷⁶.

⁷⁶ Publicado al principio como “Suplemento marginoliento” de *El porteño*, el “pornoengendro” *Cerdos & Peces* luego se autonomizó como revista, en abril de 1984, subtitulada “La revista de este sitio inmundado”. Fue dirigida por Enrique Symns (quien desempeñó un rol fundamental en el estilo irreplicable que la distinguió), teniendo una vida errática entre juicios, censuras y escándalos varios, aunque de todas maneras publicándose con regularidad durante la década de 1980. Más allá de las diferencias entre ambas revistas, al mismo tiempo resultaría muy interesante pensarlas juntas o en continuidad. Para un relevamiento de *Cerdos & Peces* desde la perspectiva de Enrique Symns véanse sus recopilaciones *La vida es un bar* (2008) y *Cerdos & Peces. Lo mejor* (2012), que recogen muchas de sus notas en la revista, y además —en *Lo mejor...*— se incluye un índice de las tapas

Así, a propósito de lo que significa *El porteño* en sí mismo y también en la circulación de Perlongher, quisiera detenerme en un episodio más. Si el *affaire* de “Evita vive” nos situó en *El porteño* y a su modo nos permitió complementar el mapa trazado en torno a ciertas revistas, este otro episodio que comentaré, aunque mínimo y aparentemente sin mayores repercusiones, posibilita observar a Perlongher en acción polémica explícita a propósito de la militancia homosexual argentina en los años 80.

Esta ‘mini-polémica’ hace eje en un breve texto de Perlongher, “Lo gay no pasa por ahí”, publicado en el número 36 de *El porteño* (de diciembre de 1984), y se trata en rigor de una carta, en la cual Perlongher formula algo (a lo que ya hemos hecho referencia) que también puede leerse en su correspondencia con Sara Torres: que antes que ser el padre del liberacionismo gay argentino —tal como se lo adjudican— prefiere ser *la tía*. Esa carta, entonces, desliza una serie de razones disidentes con el “reformismo gay argentino” que responden a ciertas atribuciones verbales que —según él mismo entiende— le habían realizado en un número anterior de la revista (no exactamente el previo sino el 34, de octubre de 1984).

Vamos por partes. En dicho número 34, en la sección “El lado oscuro de la noche” (que incluía una serie de pequeños recuadros con comentarios —entre sarcásticos, promocionales y ‘bochincheros’— sobre eventos y vida cotidiana porteña), uno de los recuadros —sin duda en continuidad con otro que señalaba que “la fobia antigay parece haberse aplacado”, puesto que ya casi no se

de todos los números. También, desde una perspectiva testimonial, rememorando los días de la revista, véase su libro *El señor de los venenos* (2009).

registraban redadas en boliches aunque el “apreté” policial seguía siendo bastante cotidiano— comentaba que:

A todo esto, la Comunidad Homosexual Argentina, que pretende integrar y coordinar a todas las demás agrupaciones gays, no es del todo aceptada por los interesados. “Son caretas, algo fascistas y del todo moralistas” —nos decía un activista gay de conocida trayectoria. El amigo Néstor Perlongher, Padre del activismo homosexual en Argentina, parece tener razón: de nada sirven las luchas reivindicativas gays si no se encuadran dentro de una estrategia de liberación sexual generalizada. (*El porteño*, 34, oct. 1984: 75).

He aquí el comentario que, claramente, motivó a Perlongher a responder⁷⁷.

En su carta, entonces, comienza rectificando la atribución paternal y luego sigue:

El error de parentesco no es nada si se lo compara con la audacia de hacerme decir cosas que (deslenguada) pudiera haber dicho, pero que no necesariamente haría públicas de una manera tan poco estéticas. En

⁷⁷ De modo curioso, además de este comentario que da lugar a la polémica, Perlongher aparece mencionado en ese mismo número de la revista en dos notas más. En una de ellas como poeta, lo cual registra en la respuesta y lo agradece (“me vi mencionado como poeta (lo que agradezco)”, dice al comienzo): se trata de una nota de Daniel Molina, titulada “Los ‘sixties’ criollos”, que traza un panorama por la literatura argentina desde los años 60 hasta los 80. Allí Perlongher es mencionado a propósito del panorama de la poesía, más precisamente debido a su ausencia en una recopilación pretendidamente representativa: “En el índice del Tercer Tomo de la *Antología de la Poesía Argentina*, que editó Fausto bajo el cuidado de Aguirre, se reúnen los nacidos desde 1931. Figuran allí 146 nombres. A pesar de estar los novísimos, faltan Víctor Redondo, Néstor Perlongher, Jorge Boccanera, Osvaldo Lamborghini. Estos cuatro (más alguno de los citados en la *Antología*, como Arturo Carrera) están produciendo obras muy diferentes a partir de influencias que les son comunes”, se lee (Molina 1984). La otra nota en la que aparece pertenece a Jorge Gumier Maier quien, en su columna habitual de la revista, se detiene en este número en “La mítica raza gay” (tal el título de la nota). En efecto, resulta de lo más interesante tener en cuenta este texto por el modo en que está completamente en sintonía con el tema de la polémica: allí, Gumier Maier también debate con la CHA su orientación identitaria (en tanto legitimación del discurso *psi* y recorte del deseo) que conlleva al “catálogo de lo que se debe y lo que no” (adecentamiento y, en suma, prescripción de comportamientos); de este modo, “se funda una minoría, en el lugar que el poder impone”, escribe el autor. En este contexto aparece la referencia a Perlongher, en rigor una cita, reforzando la crítica al estancamiento clasificatorio sexogenérico que interrumpe el continuum del deseo y de los cuerpos (Gumier Maier 1984).

una pequeña nota aparezco tratando a las hermanas y hermanos del CHA (*Comunidad Homosexual Argentina*) de algo así como “caretas, un poco (o ¿medio?) fascistas, moralistas”: no me acuerdo bien, no tengo el ejemplar. Esa abrupta atribución merece algunas aclaraciones. (Perlongher 1984b: 4)

Y a continuación, Perlongher aprovecha la ocasión de corregir las presuntas palabras suyas que él mismo cita para, ciertamente, polemizar con la orientación política activista de la CHA. El hallazgo de este texto resulta interesantísimo, ya que permite, por un lado, examinar otra vez (pero sintetizadas y direccionadas) las razones de Perlongher en torno a la cuestión identitaria y observar, así, su insistencia en ellas. Por otro lado, habilita una vez más indagarlo como polemista, ejerciendo cierta función de intelectual-militante aunque en otro ámbito y desde otro ángulo (otro estilo de revista, otro tema, otra coyuntura, comparado con su polémica intervención en *Sítio* a partir de la guerra de Malvinas), y además con una particular autofiguración⁷⁸.

⁷⁸ Podría destacarse cómo, a partir de las razones sexopolíticas que Perlongher esgrime contra la CHA —para disentir y polemizar—, puede vérselo combativo ya bien entrados los años 80 (dado que, en líneas generales, su derrotero suele ser considerado como con cierta brecha entre la militancia en los años 70 y el devenir en la década siguiente, en la cual, aunque se reconozca su política del deseo como su huella sobresaliente, suele tratarse con un énfasis casi excluyente su obra poética y su labor antropológica). De hecho, apenas unos meses antes de este texto, exactamente el 19 de septiembre de 1984, le escribe una carta a Osvaldo Baigorria (quien reconoce anotándola en la edición que “las peleas de Perlongher con activistas de la CHA fueron frecuentes a mediados de los años 80”) en la que el direccionamiento es idéntico al del texto de la revista. Escribe que la “CHA es de lo último, son sión vs. ción (se pronuncian contra la drogadicción, la prostitución, la corrupción y la recreación), a las de voz atiplada les censuran el parloteo y son directamente policiales (expulsan a los que a pachuli hieden, las nimberas). Hay una contra reunida en torno a la revista *Cerdos y Peces*, que la cerraron por sobrecarga de procesos penales, cuyo ex director, Enrique Symns (un tipo bárbaro, tenés que conocerlo) aún soporta”, comenta (Perlongher 2006: 67-68).

En cuanto al primer aspecto señalado, Perlongher organiza su descargo aclarando, en primer lugar, “lo de ‘medio fascistas’”: dice que “suena particularmente injusto” y que, en cambio, “cabría mejor decir ‘minisionistas’” —término éste que también es empleado en “El sexo de las locas” (que se había publicado unos pocos meses antes en la misma revista) con un sentido muy semejante (la constitución de un territorio homosexual), analogando la lógica identitaria-territorial del debate judío. Entonces, Perlongher advierte que respeta a la CHA “y a todos los reformistas gays argentinos”, en tanto “breguen por la derogación del nefando edicto ‘2° H’ (incitación al acto carnal) y por el fin de la persecución policial a gays, locas, homosexuales y adláteres” (1984b: 4). Y aquí comienza inmediatamente el problema: “Es en la extensión de ese adláter donde discrepamos (creo) con algunas posiciones de algunos miembros del CHA (movimiento que, gracias al exilio, conozco pastosamente)”, escribe Perlongher, y seguidamente se detiene a comentar la insuficiencia o ineficacia de extinguir los edictos si no se desmonta el poder policial en su conjunto. Entiende, evidentemente, que se trata de posturas reivindicativas y queda claro que allí se anuda lo que le interesa debatir, conjuntamente (y de modo casi inseparable) con la imagen homosexual que se promociona: lo que había llamado el “adláter”. Afirma:

La discusión sobrepasa las sentencias reivindicativas. Pienso que no se puede pedir la “tolerancia” respecto de *cierta* práctica homosexual (por lo demás bieneducada) sin reclamar toda la libertad sexual y cotidiana (sacar a la cana de la cama). El reformismo gay parece seguir otro camino: tiende a sacralizar al “homosexual” como categoría decente y digna, otorgándole una suerte de “identidad patriótica” o territorio

exclusivo (de ahí el “minisionismo”) y dictando toda una moral (que pasa, de creerles a las chicas del GAG [Grupo de Acción Gay], por controlar el atiplamiento de la voz y el amaneramiento de los gestos). (1984b: 4)

Así, prosigue aclarando lo de “caretas” y “moralistas” señalando que “está explícito en el empeño del CHA (ver su solicitada) en diferenciarse de las ‘-ción’ (prostitución, drogadicción,ción??)”, y luego de reconocer que en Argentina “es significativo que ‘loca’ designe simultáneamente a ‘maricón’ y ‘puta’” vuelve a la carga:

Asociar el “puto” a la “puta” en el lenguaje de los hombres no sólo marca una estigmatización: el lugar del estigma es también el del goce. Las energías liberacionistas de los gays merecerían dirigirse antes a abolir las barreras del goce (sean cuales fueren sus sujetos), que a pretender moralizarlo en los anaqueles de la moralina homosexual (aun cuando estos anaqueles sean los mostradores de los bares gays). (1984b: 4)

“El lugar del estigma es también el del goce”: recordamos, así, las operaciones poéticas efectuadas en *Austria-Hungría* pero, más acá, convendría atender al modo en que Perlongher está debatiendo con posturas activistas que entiende concesivas respecto de la normalidad y, encima, sostienen a su modo el circo mercantil del consumo capitalista. (Profético una vez más, no deja de sorprender el modo en que Perlongher pudo ver esto último tan tempranamente — cuando aún se lo valoraba positivo por la apertura que significaba—, ya que estallaría de modo masivo —y por ende mostrando sus efectos nocivos— recién en los años 90; ese estallido, en cambio, no llegó a verlo pero no lo necesitaba: ya lo había visto antes que todxs, incluso casi antes de que ocurriera —como quien dice, *se lo vio venir*.) Así, Perlongher continúa el texto en la misma dirección crítica,

comentando que Stonewall ha inaugurado “toda una variante del liberacionismo homosexual”, la cual “ha conseguido indudables mejorías (a comenzar por el atendimento)” (1984b: 4); no obstante

(...) algunas locas se han quedado tiempo de más en esos bares sofocantes, y acabaron por mimetizarse entre sí, por teñirse todas el pelo del mismo tono zanahoria. Han olvidado, como diría una tía, que “en la variedad está el gusto”, y corrido a entrar (o a prepararse para entrar) en la lógica del consumo, deseándose cada vez más exclusivas y homogéneas, abandonando el ronroneo con los desempleados de Retiro. ¿A eso vamos? ¿Pasaremos de la cárcel al boliche sin pasar por la vereda?⁷⁹

⁷⁹ En relación con las disputas del activismo argentino en los años 80 (disputas que convendría no polarizar jamás —por caso, Perlongher versus CHA, GAG versus CHA—, sino tratar críticamente situando sus singularidades históricas y coyunturales y, por ende, sus posibilidades de acción), es en una nota testimonial de Gustavo Pecoraro donde nos enteramos de algunos detalles preciosos. Haciendo la “prehistoria” de las Marchas del Orgullo porteñas, Pecoraro refiere que el GAG (mencionado por Perlongher en la nota) actuó “entre principios y mitad de la década del ‘80”, formando parte de la Coordinadora de Grupos Gays de la que surgiría en 1984 la CHA aunque el GAG no quiso formar parte de esta última. “Separados por sus carteles y varias cosas más” ambos grupos confluían el 28 de junio de 1984 en Parque Lezama (curiosamente, un sitio muy caro a la literatura de Perlongher) para coorganizar “lo que sería el primer reclamo público de los homosexuales desde el retorno de la democracia”. Es que, con derechos inexistentes y edictos policiales vigentes que desvanecían “la esperanza de la libertad” del retorno democrático, la coalición se imponía y los miembros del GAG “aunque no estaban dispuestos a formar parte de la organización [CHA]”, en cambio “sí estaban decididos a accionar públicamente en conjunto e incluso a articular con la izquierda partidaria”. Así, en ese primer reclamo público en Parque Lezama, relata Pecoraro, “la CHA llevó un cartel que pedía ‘por el libre ejercicio de la sexualidad’ y, más sodomitas, los del GAG pintaron otro con la leyenda ‘el sexo al gobierno, el placer al poder’ que bien los sitúa como herederos ideológicos del FLH. Perlongher ya había sustentado esto paseando por las fiestas y las reuniones del Grupo [GAG] con textos de Guattari y Deleuze, debatiendo con los que pensaban a Foucault como su reina madre, o con los pocos que preferían a Marx, e incluso —nos permitía un minuto de atención— a las nuevitas y atrevidas que optábamos por Trotsky”. La orientación de Perlongher, por si restaba alguna duda, queda así bien evidente, y permite entender cabalmente lo que se estaba jugando en esta polémica militante con la CHA. Y continúa Pecoraro: “El Grupo de Acción Gay siempre planteó sus diferencias con la CHA, incluso lo hizo desde las páginas de la revista *El Porteño* otro de sus fundadores, Jorge Gumier Maier”; por eso, pese a los intentos de acercamiento o de acción conjunta, el resto es historia conocida: “la articulación quedó ahí: la CHA ocupó el espacio del activismo y el de los medios, el GAG se retiró medianamente a cuarteles de invierno, Perlongher ya era un eco cada vez más lejano con tanto Santo Daime confuso que venía desde Brasil, y el sida se cobraba sus primeras víctimas” (Pecoraro 2013). La mención de Jorge Gumier Maier, miembro del GAG, me interesa recuperarla significativamente; anteriormente,

Y entonces empieza la literatura: el modo en que todas las locas, mimetizadas entre sí, se tiñeron el pelo “del mismo tono zanahoria” recuerda anticipadamente al poema “Cabezas peinadas”, que Perlongher publicará en *Parque Lezama* (“la igualación: ¡mímica marcha! / las tres cabezas tan vacías / las tres cabezas tan pintadas / ¡Cabezas peinadas! / ¡Cabezas peinadas! / ¡Las tres de cabezas peinadas!” (2003: 228)). Y sobre todo, el cierre del texto polémico deviene *literario*:

Hay dos maneras en que las chicas girondinas (como las de Flores) se toman del brazo. En una, van todas acurrucadas entre sí, como si temieran perder el sexo que se les cae a chorros en las baldosas, en la

aprovechando su mención de Perlongher, no ha sido casual que enfatizara su relevamiento: su cercanía ideológica con Perlongher, sumada a estos avatares militantes compartidos, acaso encuentros personales y su colaboración como traductor de la primera edición argentina de la tesis de Perlongher sobre los *michês* paulistas (*La prostitución masculina*), hacen que una comparativa entre ambos resulte de lo más estimulante e interesante para investigaciones que vendrán. Además, esas notas en su columna de *El porteño* (la que citamos antes es apenas una muestra) resultan joyitas que aún esperan el redescubrimiento.

Asimismo, una nota de María Moreno es indispensable para aproximarse al ángulo de la cartografía de los años '80 que venimos tratando: esa nota es “La generación del ochenta”, que Moreno compone recorriendo una muestra en Proa sobre esos años y acompañada de las voces de Gabriel Levinas (ex director de *El Porteño*), Omar Chabán, Daniel Molina y el mismo Jorge Gumier Maier: se vuelve a ratificar, allí, el direccionamiento contra la CHA de Gumier Maier en su columna, como así también la voluntad vanguardista de *El Porteño* como espacio habilitador: “éramos el piloto de prueba del resto de la prensa. Si nosotros decíamos algo, tres días más tarde lo podía decir *Clarín*. Es decir, caminábamos por el campo minado, y si no explotaba, los demás venían atrás”, le cuenta Levinas a María Moreno (2003b). Por otro lado, para otra consideración de la época, véase también “La alegría como estrategia” de Roberto Jacoby (2011), que más que un ensayo que sitúa una época puede leerse como un auténtico manifiesto vital, y la biografía de Carlos Jáuregui realizada por Mabel Bellucci (2010) para un acercamiento histórico, documental y testimonial a la CHA. Para otras referencias complementarias que trazarían un lazo hacia la década anterior y permitirían armar un arco de los 70 a los 80 en torno al panorama de las militancias sexogenéricas (y relevando especialmente la relación de Perlongher con ellas —o directamente su participación—), en la actualidad la bibliografía es numerosa, así como las recuperaciones testimoniales y la conformación de archivos documentales. Me limito, entonces, a remitir a algunos trabajos: Rapisardi y Modarelli (2001), Baigorria (2006a y 2007), Bellucci (2012), Soto (2010), Gasparri (2014), además de las referencias puntualizadas en otros tramos en los que hemos tocado el tema.

otra, van arrojándolo a pedazos a los muchachos que le guiñan el cierre desde la acera. Vos, ¿en qué grupo estás? (Perlongher 1984b: 4)

Se habrá advertido, con todo, el malentendido que opera en esta respuesta de Perlongher. En el comentario que la desató, su mención explícita ocurre a propósito de las posturas radicales de liberación en detrimento de las de “reivindicación” (que luego él formula también como “reformistas”), además de la atribución de ‘paternidad’. Pero el comentario en torno a la CHA que la acusa de “caretas, fascistas, moralistas” no corresponde a él sino a “un activista gay de conocida trayectoria” del cual no se da su nombre. Aunque se podría llegar a inferir que también de él se trata, y más apareciendo nombrado a continuación, en términos estrictos eso no se explicita y por ende no había, en principio, razón para que se dé por aludido. “Deslenguada”, dice de sí mismo, y efectivamente: arrebatada o distraída, lo que ahora se presenta decisivo es el *poder decirlo de una manera estética* (ya que se quejaba, como se recordará, de “la audacia de hacerme decir cosas que (deslenguada) pudiera haber dicho, pero que no necesariamente haría públicas de una manera tan poco estéticas”). O sea, olvidando por un momento la autoatribución errónea (nunca dijeron que él dijo lo que creyó que dijeron que dijo), lo que importa, entre el decir y lo dicho, es el desplazamiento: la corrección de las palabras termina funcionando casi como una excusa para poder “discrepar” con la CHA y de ese modo abrir la polémica y afirmar las razones del disenso (*poder decir las*). Sin embargo, en Perlongher, poder decir supone siempre “poder hacerlo de una manera estética”. Por eso, esta es la oportunidad que Perlongher no deja pasar para manifestar su disidencia y poder hacerlo, al mismo

tiempo, de “una manera estética” que corrija las palabras que aunque pudiera haber dicho no lo haría del modo “tan poco estético” en que (según cree) se las atribuyeron. La observación del desplazamiento, no obstante, sigue siendo sobresaliente: Perlongher no deja pasar la ocasión, en principio simplemente correctiva o rectificativa, para explayarse sobre una polémica disidencia; como siempre, se hace presente *un resto* que nos hace pensar en el desborde y el exceso. En otras palabras, lo que le importa es con-firmar eso que (según cree) se le atribuyó, pero de “una manera estética” que, de paso y sobre todo, permita expandirlo. En esa “manera estética”, entonces, se cifra la corrección, puesto que en definitiva no niega las posiciones que (según cree) se le atribuyen sino que - además de expandirlas- especifica, precisa o puntualiza sus términos. Se desprende casi por su propio peso: se trata de *una corrección literaria*.

No sabemos si la CHA se hizo eco y respondió el comentario, siquiera si lo conoció, ni, en fin, si la interpelación de Perlongher pudo tener alguna repercusión. Más acá de esto, lo interesante en otro plano, como mencionábamos más atrás, es la particular autofiguración que Perlongher realiza de sí en tanto polemista: “Hojeeé al reajo en una peluquería el número de octubre de *El porteño*, y me vi mencionado...”, comienza la carta. Esto es, un alegre elogio de la frivolidad que lo aleja de la gravedad del juicio propia de las figuraciones intelectuales más estereotipadas⁸⁰. De hecho, volviendo al malentendido en la atribución, éste es

⁸⁰ En esos años, específicamente en marzo de 1986, *El porteño* publica, en su número 51, un breve ensayo de César Aira (“Sin novedad en el frente”) y otro de Horacio González (“Cuando los intelectuales cantaban la marchita”), agrupados bajo el título “Intelectuales a la escondida”, y tanto con una volanta como con un copete significativo; respectivamente “Tierra de nadie” y “¿Para qué

reconocido por Perlongher en una carta a Sarita Torres y allí nos enteramos que la causa residió en esa ligereza despreocupada y distraída ('cabecita de novia', diría él) con la que leyó la revista —aunque luego, “deslenguada”, se arrojó (y aquí sí, cual kamikaze) a la respuesta. Le escribe a Sarita el 4.12.84: “Un lío: mandé una carta [a *El Porteño*] quejándome de unas cosas (...), pero leí el artículo en la peluquería y justo cayó el decolorante y no entendí y mandé una carta titulada: Aclaración a unas declaraciones; tendré que mandar otra llamada. Autocrítica a una crítica [sic]” (Perlongher 2004: 421). De paso, no podemos sino volver a recordar toda la serie capilar que se arma en esta intervención.

sirven los intelectuales? ¿Existen? La Argentina de hoy necesita desesperadamente de ideas, nuevas y viables. ¿Dónde están? (...)”. Me interesa este relevamiento porque ambos ensayos resultan bastante sintomáticos en varios planos: por el momento de su aparición, por el hecho de que se publiquen en *El porteño*, y por los autores que los firman. Pero sobre todo porque su consideración exhibe el modo en que se va habilitando otra inflexión respecto de la cuestión intelectual que, en rigor, ratifica los desplazamientos que ya se anunciaban: cierta escisión hacia escritores o profesionales despegados de la urgencia política. Si el intelectual, comprometido o crítico, se mantenía siempre al borde del abismo respecto de la confiscación de funciones y saberes absorbidos, ahora otro horizonte brumoso parece vislumbrarse afirmando la inutilidad anacrónica del escritor (Aira) o la mutación intelectual hacia (y ante) el lenguaje profesional descomprometido (González). Si a partir de los planteos que estos ensayos afirman pensamos en Perlongher, podría decirse con bastante facilidad que participa (no sin paradoja) simultáneamente de ambos, o que podríamos reconocerlo en ambos. Sin embargo, tal vez convenga conjeturar que no se identifica estrictamente o con rigor en ninguno. Una vez más, se hace presente su devenir escurridizo entre ejercicios contiguos (y continuos): su inquietud antropológica no deja de “interrumpirle” el “juego” de la literatura (propio del escritor a lo Aira), pero a la vez su militancia lo alerta a estar en guardia y esto le impide funcionar como un simple profesional, aunque al mismo tiempo no por eso canta “marchitas” (como desearía González): ahí sí, cierta inutilidad poética lo distrae y lo aparta de subordinar la experimentación formal (incierto e indeterminada) a cualquier creencia. Bastante reactivo, entonces, a las búsquedas de estos ensayos, no deja de arriesgarse a la entrega de ciertas labores, heterogéneas y específicas, que pone en con-tacto. En una carta del 17 de diciembre de 1985, le escribe a Osvaldo Baigorria: “La intelectualidad es un pesado trabajo que te vacía las neuronas (y acabás leyendo mil pavadas, impuestas por la avalancha de erudición encubridora que nos aprieta y obliga a una chapucera competencia), al punto que casi no escribo poesía, avasallados mis vericuetos por la obligación a escribir una dilatada tesis sobre mis ya hartantes prostitutos. Vivo esa despoetización con enorme culpa, algunas cosas escribo pero ariscas y herméticas, poco fluye entre adoquines marmóreos” (Perlongher 2006: 72-73).

Así, Néstor Perlongher podría haber sido un prócer del liberacionismo sexual argentino, pero no vaya a ser que dentro de un siglo aparezca otro Perlongher y escriba otro *Alambres*. O bien podría haber sido un padre de la patria gay (con permanente estado (físico) en las islas territoriales), pero él sabiamente lo *evita*.

SEGUNDA PARTE

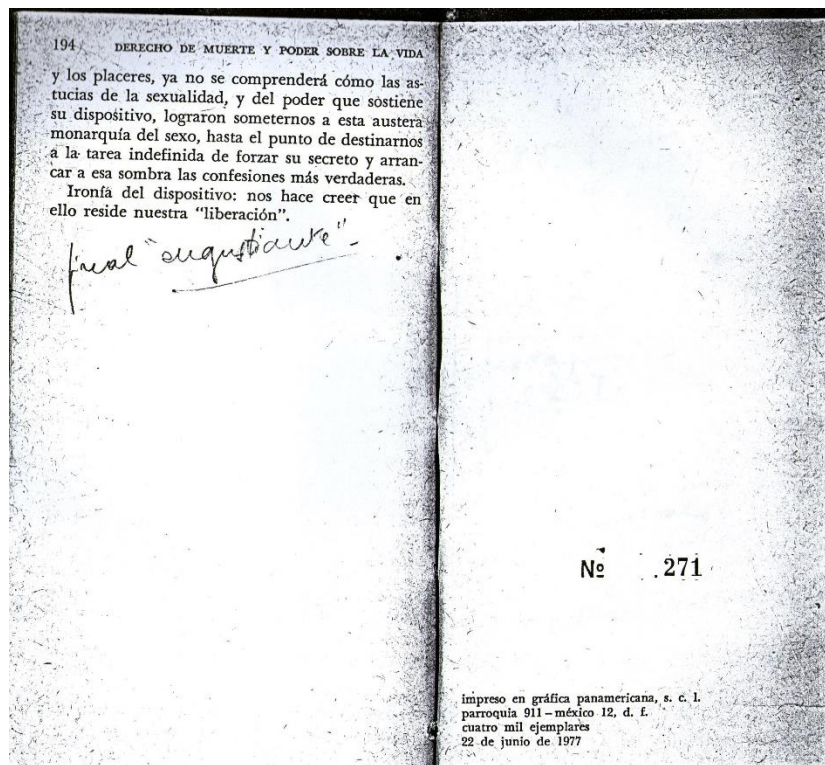
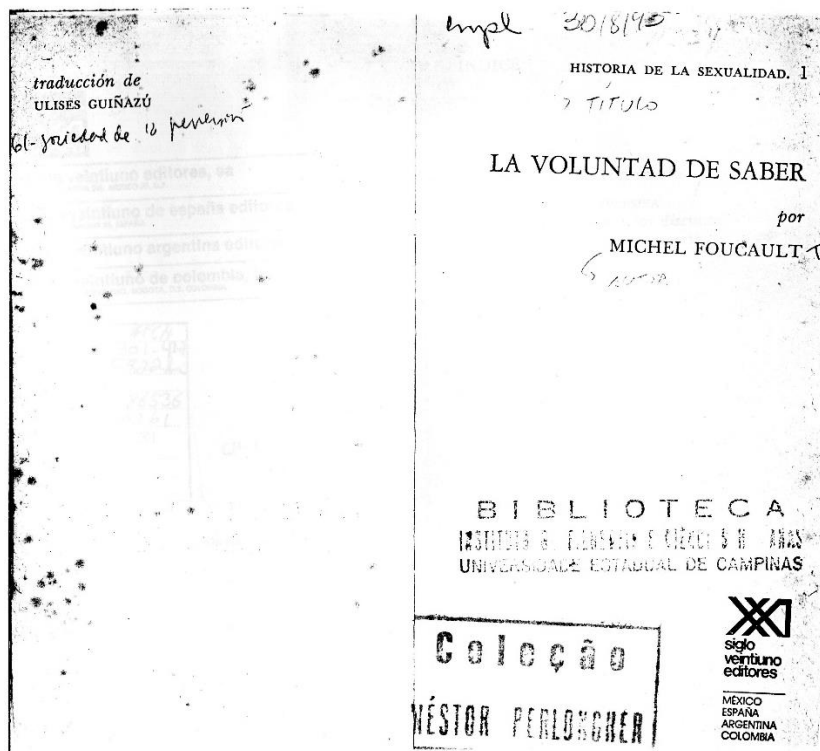
Los límites de la sexualidad

CAPÍTULO 4

Sexualidad y saber: Búsqueda ensayística y emergencia intelectual

1. “La voluntad de saber” según Perlongher

En un ejemplar de *La voluntad de saber*, primer tomo de la *Historia de la sexualidad* de Foucault, que se encuentra en la Biblioteca del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estadual de Campinas, leemos en la última página “final angustiante!”. El ejemplar, según indica un sello que también tienen otros tantos libros de los estantes de sexualidad y género, perteneció a Néstor Perlongher. Pese a los casi veinte años que debía llevar ese ejemplar alojado allí al momento del hallazgo (esto es, el tiempo transcurrido desde la muerte de Perlongher, tras la cual su biblioteca personal –y también su archivo- fueron donados a dicha Universidad), mi imaginación quiere suponer que esa inscripción es suya. Por razones cuantitativas (de tiempo y de potenciales lectores) sería absolutamente verosímil pensar que fue realizada por algún estudiante que sacó el ejemplar en préstamo, pero mi obsesión detectivesca tiene como contraargumento que la letra de esa inscripción coincide con la del propio Perlongher que se halla en sus archivos.



Portada y página final del ejemplar de *La voluntad de saber*, perteneciente a Néstor Perlongher. Biblioteca IFCH, UNICAMP. Fotografías digitales.

Supongamos, entonces, que ese “final angustiante!” fue escrito por Perlongher. ¿Qué tiene de “angustiante” Foucault? Repasemos: publicado en 1976 y sin duda leído muy tempranamente por Perlongher, ese tomo de la *Historia de la sexualidad* supone un corte epistemológico en el modo de entender la sexualidad que desmonta y da vuelta la extendida “hipótesis represiva” para proponer en cambio una incitación y proliferación discursiva en las que las “*scientia sexualis*” tienen un papel central. El dispositivo de la sexualidad, así, inventa el sexo como cosa deseable, en tanto conocimiento, precisamente para poder regularlo y controlarlo. El poder de este dispositivo, entonces, en tanto regulador de los cuerpos vivientes (que establecerá sus normas, esto es, quiénes quedan dentro y quienes son arrojados al territorio de lo abyecto, es decir, los clasifica), da lugar a la que tal vez sea la apuesta conceptual más fuerte y resonante de Foucault: la noción de biopolítica. La formulación explícita de esta noción llega en el último capítulo, como corolario general del libro y casi como su conclusión. Lo que, en suma, nos enseña Foucault allí, polemizando con marxistas y psicoanalistas por igual, y también con los incipientes movimientos gay (en general llamados por ese entonces “de liberación”, tanto en Europa y en sintonía con el ‘68, como en EEUU a partir de Stonewall, y también en Buenos Aires), es que no hay nada que liberar sencillamente porque nunca hubo nada reprimido. Antes que represión lo que hubo fue regulación, antes que censura lo que hubo fue control. Y es ese básicamente el cierre del libro, su última oración, provocativa pero lanzada al futuro: “Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello [forzarle al sexo su secreto y arrancarle las confesiones más verdaderas] reside nuestra ‘liberación’” (Foucault 2008a: 152). Y

es precisamente allí, bajo este último párrafo de la última página, que está escrito en lápiz “final angustiante!” ¿Es esto lo que angustió a Perlongher, es decir, la trampa de la “liberación”? Y también: por final tal vez debamos entender final del libro, pero, además, ¿hay otro(s) final(es) posible(s)?

Indagar en estas preguntas, y elaborar posibles conjeturas en torno a este hallazgo accidental que siempre correrá el riesgo de no ser veraz, supondrá, antes que un par de respuestas, una ocasión para interrogarnos sobre lo que la obra de Perlongher sabe sobre la sexualidad, esto es, el modo en que, más acá de los pronunciamientos explícitos y de la “angustia” que le provoca Foucault, da a leer *su* saber sobre el sexo y sus límites, afirmando la indeterminación que experimenta literariamente.

Tal vez en y con ciertos recovecos y repliegues, fundamentalmente del ejercicio intelectual y la búsqueda ensayística, que recorreremos a continuación, Perlongher encontró algún saber indeterminado y desconocido de, por y sobre la sexualidad, sin saberlo él mismo, y de este modo, “angustia” mediante, halló una salida posible a ese “final” y, a su manera, le respondió a Foucault.

2. Postales del aburrimiento: Perlongher, intelectual.

2.1. Postales intelectuales.

“Por lo general, me aburro. Me aburro tanto que no puedo pensar en otra cosa que en mi aburrimiento, lo cual resulta doblemente aburrido”, le escribe

Perlongher a Osvaldo Baigorria, desde Buenos Aires, en octubre de 1980 (Perlongher 2006: 45). Esta imagen de un Perlongher que está, según esta misma carta, sin trabajar, “con letargos de radical pereza”, pero que ya está pensando en Brasil, va modulando ciertos gestos en torno a la inacción del hastío. Perlongher, en Buenos Aires, *no tiene nada que hacer*, y entonces el entusiasmo por los “maravillosos brasiles” dan a leer una señal de lo que vendrá.

Tal vez resulte un tanto extraña esta imagen perezosa de quien nos ha acostumbrado, en la construcción de su imagen más conocida, a un torbellino que no se detiene. Quisiera rastrear, en esta dirección, una breve lectura de ciertos momentos puntuales, ciertos gestos, ciertas anécdotas, puestas en palabras tanto por el propio Perlongher como por otras personas, y que nos dejarían observar algunas tensiones en torno a la singular figuración intelectual de Perlongher, tanto desde una perspectiva enunciativa (es decir, desde qué lugar supone que habla un intelectual, en términos de posicionamiento discursivo que se pretende legítimo) como desde una perspectiva funcional (o sea, qué rol –social, cultural, político- se arroga un intelectual).

Esa imagen del aburrimiento, además, pone en escena cierta tradición esteticista / decadentista que se activa sobre todo en su inflexión romántica: pensemos en Oscar Wilde diciendo que el peor pecado es el aburrimiento (cuya contracara es el ocio hedonista), y también en el *flaneurismo* baudeleriano que –lectura benjaminiana mediante- Perlongher retoma en su gesto errante con el que formula sus “poéticas urbanas” (callejear, perderse en la ciudad: *yirar*) que supondrán no sólo una poética sino también una metodología de la investigación en

su tesis, una política vital y un modo de encuentro con el conocimiento. Podríamos pensar, en este sentido, también en la inflexión abyecta o maldita del *dandy*.⁸¹

En la calle, entonces, ocurren situaciones, que intersectan el deseo y sorprenden o desconciertan al intelectual-investigador ocupado en el trabajo de campo de su tesis:

Yo –escribe Perlongher- me he enamorado de algunos jóvenes negros y he hecho el amor con muchos. El fantasma del racismo acosa a estas relaciones y produce, a veces, situaciones delicadas. Un joven negro con quien transé, me zarandé violentamente –yo había gastado todo mi dinero y no quería volver a casa con él- espetándome: “¿Vocé acha que só porque eu sou preto soy só uma piroca?” [¿Creés que porque soy negro soy sólo una pija?]. (Perlongher 1984a)

Estas aventuras ya habían comenzado en Buenos Aires, cuando Perlongher comienza sus investigaciones sobre prostitución masculina, y allí la juntura entre deseo-de-saber y deseo-sexual ya daba una ocasión experimental para los modos en que una investigación puede, también, realizarse con diversión y descontracturando ciertos protocolos epistémicos. Aventuras que, al mismo tiempo, se insertaron en un momento de peligro y terror urbano que sin embargo tomaron el riesgo y no retrocedieron ante él.

Recuerda Sarita Torres, que acompañaba a Perlongher en esas aventuras callejeras de la década de 1970, que ella era la encargada de fotografiar a los taxiboyos y entonces, “para no levantar sospechas me hacía la señora tonta,

⁸¹ Para un preciso abordaje de Oscar Wilde en esta dirección, a través de Dorian Gray, véase el capítulo “El joven bello como destructor” de Camille Paglia en su libro *Sexual Personae. Art and Decadence from Nefertiti to Emily Dickinson* (Paglia 1991).

despistada, en medio de cinco mariquitas. (...) Néstor me decía: sacá ahora, y ahí trataba de hacerme la tonta, como que equivocaba el objetivo. (...) [Se] mezclaban el miedo y la diversión (...): yo tenía que separar correctamente el deseo de las locas de fotografiar chongos de la necesidad de identificar el objeto de estudio” (en Rapisardi y Modarelli 2001: 182).

Pero al mismo tiempo, la imagen perlongheriana se ve desde los ojos de los *michés* atrapada en el estereotipo letrado del “profesor”. Él mismo lo registra en la justificación empírica de su investigación:

El hecho de haber conseguido un grado considerable de inserción en el mundo de la noche no elimina el riesgo de interferencias subjetivas, que resultan de esas mismas condiciones de inserción. Ya mencioné la edad, que me situaba en determinada franja del mercado. También mi cualidad de intelectual me ubicaba, dentro del gueto, en el ramo específico de los “profesores”. (Perlongher 1999: 35)

Los prostitutas paulistas lo perciben, entonces, como un intelectual, como el profesor que aunque “interfiera subjetivamente” con ellos no deja de estar realizando una investigación académica, que aunque se interese sexualmente por ellos (“¿creés que soy sólo una pija?”) no escapa a la determinación de quien va allí a ‘teorizarlos’. Sin embargo, es al mismo tiempo quien trae el “brillo discursivo” y el “verso” y en ese sentido es también un potencial cliente que podría “deslumbrar al muchacho” con su poder cultural, según la propia descripción de Perlongher al referirse al eje de los clientes: “Dinero en el bolsillo y cultura en la cabeza”, le dijo un *miché* (Perlongher 1999: 122 y 123).

Por cierto, la tradición del profesor -o en sentido amplio el maestro- que supone para un joven (sea o no su alumno, sea o no pobre, marginal, delincuente) una posibilidad de relación con la cultura, el saber y/o el arte –además, claro está, del vínculo sexual que puede o no estar rentado económicamente-, es ya un tópico de las relaciones intermasculinas (digamos: ciertas tradiciones llamadas ‘homoeróticas’), que desde su inauguración socrática va trazando *una historia intelectual* del deseo entre varones, lógicamente redefiniéndose cada vez mediante puntos de inflexión en cada coyuntura. Formuladas la mayoría de las veces (sobre todo desde la modernidad) como “novelas de iniciación”, en efecto las “Historias de vida” de los *michés* que Perlongher incluye podrían leerse en esa dirección.

Algo recorre la figuración del intelectual como profesor (una imagen que en Perlongher se nos presenta bastante reactiva, acostumbrados como estamos a acercarlo a una “¡bonita profesora!”); pero también si se trata de un escritor, como en este caso, habría allí una serie de posiciones y/o funciones ejercidas en sus propios límites (o no). En este sentido, plantea Roland Barthes:

Frente al profesor, que se inclina hacia la palabra, llamaremos *escritor* a todo operador del lenguaje que se incline hacia la escritura; en medio estaría el intelectual: el que imprime y publica su palabra. Apenas hay incompatibilidad entre el lenguaje del profesor y el del intelectual (a menudo coexisten ambos en un mismo individuo); pero el escritor está solo, aparte: la escritura comienza allí donde la palabra se torna *imposible [insoportable]* (entendiendo esta palabra en el mismo sentido en que, en francés, se aplica a un niño). (Barthes 2009a: 361)

Pese a esta tipificación barthesiana un tanto esquemática y organizada en torno a la posición enunciativa -que además revela una vez más el fetichismo de Barthes con la palabra escrita- la distinción resulta productiva porque nos recuerda precisamente el plano irreductiblemente discursivo en el que se juega el ejercicio intelectual, más allá de las funciones históricamente ancladas que haya puesto en disputa.

Sin embargo, si nos situamos más acá de esas funciones, y buscáramos por lo tanto vincular la imagen de Perlongher con la de ciertos modelos intelectuales de sus años, nos reencontramos con el aburrimiento y el desafío. Observa Sarita Torres que:

Néstor fue un barroso de la trinchera con sed de chongo de base. Le seducía la oralidad de las lenguas de las bocas del bajo fondo de San Pablo, que a su vez eran similares al bajo fondo del Río de la Plata. *Pero era difícil ese levante para él, se le pegaban los intelectuales, que lo aburrían tremendamente.*

(...)

La sensualización de su escritura confrontaba las trabas de la sociedad de aquellos años, no le temblaba la voz para dar batalla con discusiones que se presentaban con los poetas intelectuales, periodistas, escritores, académicos snobs. *Reñía contra el snobismo, no soportaba los rostros entabados, la pose poco relajada, disfrutaba estar con la otra banda.* (Torres 2010. Cursivas nuestras)

En efecto, si nos situamos ahora en la figuración intelectual en términos políticos y vinculada a un accionar, las “postales” de provocación militante de Perlongher son numerosas. Recordemos su ingreso a la izquierda: “no quiero que

me entiendan sino que me cojan”; o su cita de Sarduy repetida hasta el cansancio: “Lo primero para hacer la revolución es ir bien vestida”. Pero en este caso quisiera leer la intensidad del gesto corrosivo en la anécdota que refieren Osvaldo Baigorria y Christian Ferrer; ellos cuentan que

Una vez, en medio de una charla entre militantes de izquierda alguien quiso ser sarcástico en su comentario respecto a un chico de apariencia equívoca: “pero ¿ese es un hombre, una mujer, o qué?”. Parece que Perlongher habría respondido: “Es *qué*”. (Baigorria y Ferrer 1997: 9)

Esto es: desacomodar, descolocar, marcar e impugnar el autoritario binarismo sexual ajeno, mediante un gesto que no evita la confrontación pero que, en lugar del choque directo desde alguna verdad posicional no menos determinante, lo hace retomando sus propios términos, corroyéndolo desde su propio interior, devolviendo la burla: “es qué” -entendiendo a su vez ese “qué” antes que como una objetivación reificante como la posibilidad abierta de una indeterminación. (Y en este sentido, no está demás recordar una vez más cómo se anuncian ciertas operaciones de las sexualidades no normativas, luego conceptualizadas como *queer*: la apropiación festiva del insulto, invirtiendo su valor y de ese modo disolviéndolo como tal, dejándolo sin efecto.)

De este modo, ante ciertas morales, no sólo homofóbicas o machistas sino también aquellas que aunque se proclamen “progres” o “críticas” no dejan de exhibir a cada paso limitaciones de corrección bienpensante, la interrogación incesante es de qué manera se podrían formular intervenciones impactantes que las interpelen mediante apuestas teóricas (sin a su vez dogmatizarlas) que afirmen su potencia en

el devenir conceptual como *saber* más o menos legítimo, conjugadas con una acción política que sustraiga dichas postulaciones teóricas del reino letrado snob cuyas voces intelectuales -que proclaman grandes verdades- a Perlongher lo aburren.

En este sentido, siguiendo la propuesta de Carlos Altamirano en torno al modo de diseñar una historia intelectual, es preciso considerar como asunto “el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas” (2005: 10), al cual sólo accedemos –como ya nos recordó Barthes- mediante los discursos, y entender además que se enuncian desde una posición de verdad que se sostiene y se legitima mediante la proposición o postulación de algún saber. Un intelectual, así entendido, supondría una figura mediadora. Ante todo en términos discursivos, pero también en términos sociales, culturales y políticos. No casualmente, por eso mismo, la tradición letrada que supone casi cualquier historia intelectual y su postulación (ya sea interior o exterior) como *elite*. Claro está, entonces, que es esta figura la que aburre a Perlongher y de la que él desea alejarse o directamente sustraerse en su propia autfiguración. Aunque al mismo tiempo reconozca esa tradición letrada en su trabajo poético y literario: claro está, barroco y compañía⁸². Esto también nos da ciertas señales acerca del modo en que literatura y política (o poesía y saber, o teoría y vida), en Perlongher, si bien van juntas y resultan

⁸² Aunque a su vez se hace necesario señalar que en el trabajo poético como invención se repite la tensión, esto es, se trata de algo irreductible a un artefacto barroco, por un lado, y a una escritura de los bajofondos, por otra; lo que hay es algo heterogéneo respecto de esos polos y por lo tanto desconocido, inédito, inaudito.

indisociables, *jamás se subordinan* unas a otras: se relucen en su propia singularidad, como heterogeneidades que pueden contactarse entre sí, conservando así sus intensidades y potencias *al mismo tiempo*. Por eso, de lo que Perlongher se puede distanciar en términos de figuración intelectual es del humanismo (y su clave moral: “el compromiso”) como resaca sartreana *relativamente* vigente (o anacrónica, según cómo enfatizamos la relatividad) en los años '70 y '80. Puede formular, así, intervenciones enérgicas pero sin ceño fruncido ni solemnidad, cuyos rápidos representantes -entre otros tantos- podrían ser el semblante densamente serio de David Viñas, o el denunciado ejemplar de Rodolfo Walsh. Entonces, antes que a la polémica como espacio retórico-argumentativo de discusión intelectual anteojudá, Perlongher nos remite al *escándalo*: más ruidoso, más *camp*, en suma, más marica.

Sus intervenciones poéticas, en tanto actos públicos de lectura, son en este sentido insoslayables, y ponen en escena lo que ocurre cuando desde la palabra poética o literaria, sin dejar de afirmarse a sí misma como tal, funciona como intervención política en torno a una experiencia histórica: pienso, claramente, en las lecturas de “Cadáveres”. Por un lado, en las que relatan Sara Torres y María Moreno: Sarita recuerda cuarenta personas paradas en el living de su casa, shockeadas: “fue muy impresionante, muy impactante”, enfatiza; y María Moreno no duda en afirmarlo: “para ‘nosotros’ [el fin de la dictadura] fue cuando Néstor Perlongher leyó en el hall del teatro General San Martín su poema ‘Cadáveres’” (2002: 234). Pero por otro lado, pienso también en la anécdota relatada por Roberto Echavarren acerca del escándalo que produjo la lectura de ese poema en la

Biblioteca Nacional de Montevideo por tratar “de un asunto tan serio con el tono risueño y derrapado de un chiste” (2004: 465).

Y a propósito de las intervenciones literarias, una última ‘postal’. Cuenta Fernando Noy⁸³ que una noche llevó a Perlongher a ver un unipersonal de Batato Barea, en el Café Mozart, en el que Batato incluía en el repertorio poemas suyos. En un momento, Batato recitaba un poema de Perlongher (de cuya presencia esa noche Noy no le había avisado) y, por un error de su memoria o tal vez por una argucia del clown literario para relajar al público –especula Noy- se transmutó una palabra en el poema y Batato dijo “tractor”. La risa de la gente fue inmediata, pero Perlongher se levantó de la mesa diciendo “yo nunca escribí la palabra tractor”, se fue a la calle y no lo volvieron a ver.

Si bien Perlongher, en un claro gesto de confrontación con cierto ‘modelo’ de intelectual de sus años, propone e interpela desde un sitio de disidencia dicho modelo, inventando otra imagen, abriendo otra posibilidad para el ejercicio intelectual, al mismo tiempo la desconfianza hacia los pronunciamientos intelectuales cargados de solemnidad y mirada seria (y el aburrimiento que le provocan) tampoco nos conducirían por mera oposición dicotómica a la imagen del desparpajo antiintelectualista, como ocurre en este caso: Perlongher, un poeta que trabaja obsesivamente sobre su palabra, no se puede relajar y se ofusca ante el cambio de una palabra; el gesto irreverente de Batato se le tornó insoportable porque su palabra poética es escrita con *seriedad* microscópica –como de hecho

⁸³ En la película *Rosa patria*, de Santiago Loza (2009).

puede constatarse en sus manuscritos. (O en todo caso, se ratifica la observación barthesiana en torno a la distancia entre el escritor y el intelectual.)

Quisiéramos vislumbrar, entonces, mediante estas diversas 'postales' perlongherianas presentadas (las cuales podrían multiplicarse con muchas otras), que precisamente porque se trata de una figuración intelectual emergente, resulta irreductible a sus modelos coexistentes (digamos estereotipadamente: el intelectual serio -snob o solemne o comprometido- y el insolente o desfachatado antiintelectual); antes bien, se afirma en la tensión entre ellos y lo que en último término propone y formula es un lugar desconocido y heterogéneo respecto de esa dicotomía, que se termina disolviendo o desarmando al situarse en un *más allá* de ella, y que de ninguna manera podría pensarse como una mera síntesis dialéctica.

2.2. Proyecciones intelectuales

La obra de Néstor Perlongher, y concomitantemente su imagen de autor, presenta una clara voluntad de transgresión como valor cultural. Lo que este impulso tenga de singular, sin embargo, no nos exime de situarlo en una coyuntura precisa: la resistencia a la Dictadura argentina, la posterior transición democrática y las políticas de visibilización homosexual de la década de 1980. La práctica de la transgresión, entonces, supone una política cultural en sentido amplio que perseguirá el cuestionamiento de ciertos límites (literarios, sexuales, nacionales, lingüísticos) a través de la adscripción a (y en nombre de) alguna 'causa'.

Sin embargo, retrocediendo ante el valor que se le adjudica a ese impulso transgresor -pero sin dejar de reconocerlo como tal-, es posible pensar que la experiencia-(de los)-límite(s) en y de (la obra de) Néstor Perlongher, por su fuerza intensiva, conmueve los límites establecidos y dados: son corroídos desde adentro, a la manera de una descomposición química, llevados a su propio extremo y puestos fuera de sí. La división que esos límites ostentaban, entonces, queda suspendida y los términos de su oposición arruinados; de esta manera, los límites no resultan abolidos ni transgredidos sino corridos, desplazados, a fuerza de ser “tocados” (Nancy 2003a, 2003b, 2011) y “experimentados” (Blanchot 1996), y como consecuencia se hace necesario replantear o redefinir el espacio al que aquellos límites daban forma. Esto es: esos espacios que los límites de/limitan (sexualidad, patria, lengua, sujeto, vida, género, literatura, intelectual) son re-conocidos, identificados y ejercidos, pero a fuerza de intensidad, como ‘haciendo la prueba’ y bajo el impulso de una política de la resistencia, se los cuestiona en y desde sus mismos límites, experimentando su propio límite –el límite de esos límites- que es llevado al extremo para exhibir el fracaso de aquello que de/limitan. Desde esta perspectiva, es posible tomar distancia de una moral de la transgresión (y consecuentemente de la realidad binaria en la que se sostiene: o este lado o el otro) y al mismo tiempo de una confianza culturalista en la noción de frontera, según la cual esa franja indecisa daría lugar a fenómenos de intercambio y procesos de mezcla, pero que, a nuestro entender, no permite aprehender la singularidad que se está afirmando o disputando, ya que la diferencia, la tensión experimental, es normalizada (y no pocas veces homogeneizada) en nombre de la igualdad. La

potencia ambigua del 'entre' como afirmación, apenas descripta, se ve aplanada o aplacada por la voluntad integradora y la mezcla deviene cliché.

En Perlongher, *la literatura al límite* supone, en principio, que se escribe al límite del discurso de las ciencias sociales, al límite de las lenguas (español – portugués), al límite de los territorios (Argentina – Brasil), al límite de lo legible o inteligible, al límite de la captación sensorial, al límite de los géneros (sexuales y literarios), al límite de las funciones personales (poeta, intelectual, profesor, militante, antropólogo, ensayista): todos estos espacios delimitados y a veces opuestos, pero siempre heterogéneos, son llevados y puestos *al límite extremo* de sí mismos y exhiben así sus propias limitaciones como tales que, consecuentemente, posibilitarán su corrosión, su desplazamiento y su apertura.

En este sentido, las funciones y/o figuras del intelectual, del poeta, del militante, del ensayista, del investigador social, del 'brujo', precisamente en y por su proliferación, lejos de escandirse o escindirse, se superponen y se solapan obsesivamente, revelando así el límite extremo en el que son ejercidas y encarnadas, como un borde filoso, al borde de su propia disolución, y dan lugar así a un espacio expandido en el que esos límites fueron socavados, por lo cual lo que delimitaban pierde (ya perdió) su identidad definitoria, su posibilidad de reconocimiento. Esto permitiría explicar, también, por qué en lugar de la pretendida mezcla o mixtura o entrecruzamiento, la figura, la obra y la escritura de Néstor Perlongher pueden ser pensadas en un espacio de la suspensión categorial.

Articulando estas líneas de lectura con el eje del 'intelectual', puede considerarse el modo en que Perlongher escribe, en el marco de la violencia

dictatorial y de los primeros años de reinstauración democrática, una serie de poemas y ensayos que ponen en discusión los discursos que, por esos años, se interrogaban (de un modo central e impostergable) sobre el horror reciente y la Argentina por-venir. En estos discursos, ceñidos básicamente al campo intelectual y literario, se trataba, lógicamente con diversidad de matices y distintos grados de distanciamiento y complejidad, de re-pensar la nación. Perlongher, entonces, se plegará a esa misma interrogación en un primer movimiento pero para disentir inmediatamente con cualquier modo de pensamiento identitario y más aún si éste se halla anclado en delimitaciones territoriales. Como vimos, esto es lo que ocurre, nítidamente, en su intervención en la revista *Sitio* a propósito de la Guerra de Malvinas: desde Brasil, Perlongher –asombrado o espantado- gritará irónicamente: “todo el poder a Lady Di!”. Y las escrituras en torno a Evita también exhiben el perfil incómodo que supone Perlongher en sus intervenciones en revistas culturales: antes había sido *Sitio*, ahora se trata del escándalo en la revista *El porteño* a raíz de la publicación de su relato “Evita vive”. En esta dirección, también puede observarse un modo de la figuración intelectual de Perlongher que también es puesta al límite: en espacios como estos en los que la provocación era un valor legitimado, él lleva siempre el límite más allá, mostrando así las limitaciones de los mismos y a la vez la afirmación dislocada (el límite quedó en suspenso y por ende lo que definía) de sí mismo; esto es, Perlongher se muestra como demasiado maldito o políticamente incorrecto para los intelectuales de *Sitio* y demasiado intelectual ilegible para el periodismo de *El porteño*, tan acostumbrado al escándalo. Hay allí una figura del exceso como puesta al límite en tanto modo del extremo.

La figura del ensayista, además, en tanto figura esencialmente escrituraria y cuyas búsquedas pueden suponer un acontecimiento literario, conlleva la necesidad de considerar e indagar en torno a la estrecha relación con ciertos modos de la figuración intelectual, o mejor, de la construcción de esa imagen –que como ya vimos, es claramente problemática y tensa en el caso de Perlongher. Por eso, si en los episodios recién referidos (Malvinas y Evita) se plantea la interrogación y la intervención sobre la identidad ‘nacional’, por supuesto que también es posible rastrear cuando el acento está puesto en la identidad sexual. Es evidente que ambas preocupaciones son variaciones de un problema político y de hecho Perlongher así lo entenderá también. Es casi seguro, además, que los resultados y los efectos que produzca en las dos direcciones sean casi los mismos por estar sujetos a una moral de la transgresión y la provocación. Sin embargo, lo que nos interesará particularmente en esto será la corrosión que practicará sobre estas funciones, lo cual supone el ejercicio de diferentes matices posicionales.

En esta dirección, entonces, es posible relevar dos figuras de intelectual para trazar una comparativa: una es la del *intelectual-militante* de Guy Hocquenghem – que retomaremos más abajo- y otra es la del *intelectual-artista* de Pier Paolo Pasolini. El primero está en la base de la imagen que construye Perlongher, y es además decisivo por la influencia que adquiere para él como referencia crítica a partir de su articulación entre ciertos lineamientos filosóficos (fundamentalmente Deleuze – Guattari) y las primeras organizaciones políticas de homosexuales. En el caso de Pasolini, habría allí una comparativa de cierta productividad, ya que si bien Perlongher no se muestra particularmente interesado en el trabajo pasoliniano, es

posible emparentarlos por el modo en que ambos, preocupados más o menos por problemas similares, a saber, política y eros, buscan dar cuenta de una representación sexualizada del horror: ambos, también, emergidos en y desde una experiencia del horror sin precedentes (la Italia fascista, la dictadura Argentina), crearán la imagen del intelectual disidente, pero ya no con el *status quo* sino con los propios intelectuales, cuyo modo de ejercer la crítica deviene en una nueva moral bienpensante. Esto es: si el intelectual moderno de izquierda, siguiendo ahora a Edward Said (1996), en su función más o menos tradicional y convencional, tiene como deber la vigilancia ética y el cuestionamiento crítico de su realidad histórica en nombre de la justicia, es previsible que ese cuestionamiento, una vez normalizado de su radicalismo, provocación o escándalo al *status quo*, inmediatamente gire –cuando no al dogma- a un nuevo *status quo*, a una nueva moral, es decir, que ese sacudimiento se torne, él mismo, una vez aceptado o legitimado o normalizado, un nuevo modo de lo políticamente correcto o lo bienpensante. Esta disidencia (que además resulta afirmativa, ya que no se trata tampoco de un gesto impugnador o negativista), entonces, es la que ocurre entre Pasolini y el Mayo Francés, entre Perlongher y cierto sector del campo intelectual argentino. Se trata de dos ‘intelectuales’ que muestran, exhiben, el fracaso de esa función por hacerla probar sus propios límites, o dicho de otra manera, la ejercen de tal modo que la llevan al límite y hacen fracasar ‘eso’ que delimita. En este sentido, teniendo en cuenta la desconfianza que tenía Perlongher hacia el rótulo ‘intelectual’, la poca simpatía que le suscitaba, el modo en que lo aburría, quisiéramos pensar –a contrapelo de esto- que ejerció la función intelectual de todas

maneras, y que si mostró sus limitaciones no fue absteniéndose de ejercerla sino al revés: ejerciéndola al (y en el) límite.

3. Perlongher en la trinchera: sexualidad y saber.

Nunca terminaremos de estimar la invención radical de *Austria-Hungría* (1980) y *Alambres* (1987), los dos primeros poemarios de Néstor Perlongher. No sólo por la irrupción y la emergencia que suponen en el contexto de la literatura argentina, poniéndola al límite, abismándola poéticamente, sino también por el modo en que afirman una política (poética) de la disidencia sexual.

Estos dos poemarios ponen en escena (y en el caso de *Austria-Hungría*, como vimos, es preciso entender literalmente esa puesta en escena) una fuerte configuración de la trinchera como *locus* bélico que afirma la insumisión de un deseo, transfigurado aquí en una voz literaria inaudita en cuyo acto se inventa a sí misma. Un deseo que se hallaba atrapado, primero, en la violencia de Estado de la dictadura argentina, y luego, en la pregunta en torno a la reinención de alguna forma de nación en la transición democrática.

Ese arco temporal, entonces, que atraviesa y conecta las décadas de 1970 y 1980, significa para el deseo homosexual, o mejor, para el cuerpo de los homosexuales, la posibilidad de las primeras agrupaciones militantes a comienzos de los '70, en tanto políticas de la visibilidad, para luego ser canceladas por la dictadura en el contexto más amplio de sus exterminios, como así también la posibilidad de una nueva visibilidad con la restauración democrática que

inmediatamente es desbarrancada con la emergencia del sida. En este sentido, si la homosexualidad, cuya invención podemos datar en 1869, atraviesa gran parte del siglo XX para comenzar a ser torcida y transformada (en una palabra: ‘despatologizada’) en los movimientos de liberación de fines de la década de 1960 (digamos simbólicamente: en Stonewall, en 1969), esa rejilla de captura y control de cuerpos y deseos que supuso “la homosexualidad” sería un fenómeno de cien años de duración. De allí el modo en que volveremos intensamente, una y otra vez, la mirada hacia las décadas de 1970 y 1980, puesto que en ellas se cifran tanto el ajuste de cuentas con el pasado como la emergencia de los acontecimientos y las preguntas de lo que hoy nos afecta, nos subjetiva, nos inventa, nos hace soñar el futuro. Por lo demás, la década de 1990, llegada en medio de la crisis del sida y los albores de las políticas *queer* de la disidencia (como movimiento al principio, y luego como desarrollo teórico), formaría parte de nuestro presente, es el hilo que llega hasta nosotrxs⁸⁴.

⁸⁴ Por supuesto, restaría precisar, cada vez, y en cada ocasión, el modo en que este amplio proceso se da en cada escenario cultural (entendiendo en este caso las culturas como relativamente situadas en términos territoriales). No obstante, es interesante observar cómo un recorte (o un relato) ‘macro’ -como este- se deja pensar desde una focalización sincrónica. Esto es: estos años, y estas décadas, coinciden casi sin desfase en Estados Unidos, Europa y gran parte de América Latina: efecto del pop y la industrialización cultural, de las nuevas tecnologías de la comunicación, primeros destellos de la globalización por venir, o todo eso junto más otras cosas, en cualquier caso el análisis comparado revela diferencias a la par y en la misma medida que simultaneidades. Para una excelente articulación histórica de la década de 1960 como “big-bang cultural” en relación con los dispositivos de normalización sexual (y su posibilidad de disidencia) conjuntamente con las batallas formales que atraviesan el arte y la literatura, y en ese marco el “experimento” (paradojal o ambivalente) de la “cultura gay” como “el primer programa cultural aplicado a escala planetaria”, ver Link (2005). Para abordajes históricos más generales, pueden consultarse, además de (otra vez) Foucault, los trabajos de David Halperin (1990), Jonathan Ned Katz (2012), Francis M. Mondimore (1998), Óscar Guasch (1995, 2006 y 2007); y para abordajes con una orientación más sociológica respecto de sexualidades disidentes en Brasil y Argentina, Carlos Fígari (2009) y Ernesto Meccia (2006 y 2011), respectivamente, además del temprano trabajo -entre histórico y testimonial- de Juan

Con este rápido y conocido repaso lineal, queremos subrayar la singularidad de las dos décadas en cuestión que coinciden, punto por punto, con los años de actividad de Néstor Perlongher. En efecto, su participación en el grupo Eros del Frente de Liberación Homosexual de Argentina, como así también en el Grupo de Estudios y Práctica Política Sexual, durante los primeros años de la década del '70, supone el comienzo de su visibilidad política como militante, al mismo tiempo que sus primeros textos publicados (artículos, folletos sueltos, algunos poemas). Son esos, también, sus años de formación, que incluyen su título de sociólogo y el contacto con las lecturas que lo marcarán para siempre: Freud, Marx, Reich, Marcuse, Bataille, Foucault, Deleuze y Guattari, fundamentalmente. Son también los años de los sueños de liberación: las novedades que llegan desde Estados Unidos y desde Europa (sobre todo Francia), en este sentido, señalan una verdad y un camino: política y *eros* van juntos, hay que liberar el deseo. Y por supuesto, también son los tiempos de la intoxicación literaria con las primeras lecturas barrocas⁸⁵.

Pero es exactamente cuando el terror dictatorial se instala en Argentina y cancela para siempre estos días de promesas de felicidad, que encontramos a Perlongher escribiendo con una firmeza que no lo abandonará jamás, es decir,

José Sebreli (1997: 275 – 370). Finalmente, para articulaciones literarias y culturales en diversos corpus, véase Bersani (1998), Amícola (2000), Balderston (2004) y Balderston y Quiroga (2005).

⁸⁵ Hay abundantes fuentes a las cuales remitir para la ampliación documental y/o crítica de los movimientos y grupos de liberación sexual en Argentina (particularmente en Buenos Aires) durante la década de 1970, y también acerca de la participación de Perlongher en ellos, muchas de las cuales ya hemos ido mencionando. Remito en este caso a Baigorria (2006a) y a Rapisardi y Modarelli (2001).

descartados los primeros escritos sueltos de los años previos⁸⁶, allí comienza la búsqueda interminable e indeterminada de una obra, o sea, allí comienza la experiencia literaria. Su entrada a la literatura, entonces, como contrapartida del silencio: *escribo porque no puedo hablar*. Perlongher está en la trinchera y desde allí batalla: afuera está la guerra.

Y he aquí la fórmula: “un barroco de trinchera”. En su correspondencia con Osvaldo Baigorria, Perlongher la utiliza para referirse a las condiciones de censura que deben atravesar sus cartas personales por temor a que sean abiertas por los funcionarios (policiales) del correo. Precisamente es desde su primera carta desde San Pablo, en septiembre de 1981, que Perlongher le escribe a Baigorria:

Muchas veces acaricié –o sobé- la idea de, amparado en las tropicalidades, en sus blanduras, narrarte sin vanos arcaísmos, sin barroquismos de trinchera, los avatares que en este largo tiempo me han sucedido, y cuya crónica la sistemática curiosidad de los chasquis llevaba –lo has, pobre, padecido en propio ojo- al hermetismo, al jeroglífico. (...) Ignoro qué de las innúmeras –poéticas- versiones sobre mi vida te han llegado: y tampoco me animo –me deprime sobremanera- a derramarte por esta vía (aérea) las lágrimas (desesperadamente literales) que sucesivas reclusiones y encontronazos con los azules –ojalá blues- me han arrancado: sólo baste decirte que entre febrero y abril he sido detenido tres veces –la primera de ellas, en Mendoza, apaleado, por el

⁸⁶ Se comprenderá, no obstante, que este ‘descarte’ no significa que sus primeros textos (publicados algunos póstumamente (Perlongher 1997, 2004 y 2006) y otros aún inéditos en su Archivo) no tengan interés. Por el contrario, sería interesante comenzar a pensarlos como destellos de la invención del estilo por venir. La distancia que aquí queremos señalar, entonces, tiene que ver con un gesto: la entrega a la literatura que ocurre hacia fines de los años ’70.

mero delito de mis preferencias eróticas, o, aún, por su suposición. (2006: 52)

Allí está todo: Perlongher, establecido en Brasil desde 1981, ahora puede escribir sin “barroquismos de trinchera”, aunque en este sentido importe menos el itinerario biográfico que esa lengua (literaria) emergente que seguirá experimentando cada vez⁸⁷. Pero esto ya es otra historia: es precisamente el relato que se abre desde Brasil, cuando ese “barroco de trinchera” puede formularse como posibilidad poética⁸⁸.

De manera que, mientras esta lengua es usada en Buenos Aires, en su inmediatez política urgente, de lo que habla es de la imposibilidad de hablar: una lengua que hace posible decir que es imposible decir. En este sentido, la imagen de sí que Perlongher va construyendo en las cartas escritas en Buenos Aires insisten en el encierro, la reclusión forzosa en su departamento: “no salgo ni a comprar cigarrillos” (2006: 50). Perlongher está atrincherado y el exilio para salir de la guerra

⁸⁷ Osvaldo Baigorria, el destinatario de esas cartas, conceptualiza lúcidamente la fórmula, a tal punto que le sirve de título para su edición (Perlongher 2006): “una lengua que se habla bajo fuego, en medio del combate, en una posición más subterránea que la oración de barricada. Una lengua menor pero urgente, apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura o destrucción en manos del enemigo. Una lengua política”, señala Baigorria (2006a: 20). La idea, además, será retomada por María Moreno (2008).

⁸⁸ Tal como Perlongher mismo lo afirma en varias entrevistas: recordemos que, como vimos antes, un barroco de trincheras sería –según dice en una de esas entrevistas– “un uso del barroco que pretende irrumpir en el llamado discurso social, que a veces es muy aburrido” (Perlongher 2004: 293).

se hace inminente: “insostenible, parto, harto” (2006: 49), le escribe a Baigorria en su última carta desde Buenos Aires, fechada en mayo de 1981⁸⁹.

Pero esa trinchera de Perlongher desde la cual batalla el cuidado de sí en medio de la violencia bélica que está ocurriendo en Argentina también se configura literariamente en *Austria-Hungría*, su primer poemario, y que es el único que Perlongher publicaría en Buenos Aires viviendo él mismo aún allí –el resto también serán publicados en Argentina, pero viviendo en Brasil. El dato no es accesorio: es el único libro de poemas *escrito* en Buenos Aires, esa ciudad en la que, por esos años, el único modo de tomar la palabra era inventando lenguas menores que el enemigo no pudiese comprender. Por eso, en términos políticos estrictos, en relación con la coyuntura de su violencia presente, se trata de una lengua que dice aquello que *no se puede decir*: por la imposición de silencio que aún rige y sobre todo porque la experiencia del horror reciente e inmediato es *irrepresentable*.

En este sentido, como ya desarrollamos en otro capítulo, *Austria-Hungría* presenta una serie de operaciones poéticas que permiten leer allí la “captación bruta” (Garramuño 2009) de una violencia histórica inmediata, ejercida en y sobre los cuerpos, que es política porque es sexual y viceversa, puesta en palabras (aspirando a ser nombrada) con urgencia, y por eso mismo escrita tocando en su límite extremo: de otra manera, insinúa la poética perlongheriana, no podía ser escrita. Así, esas fuerzas en tensión que recorren la escritura de Perlongher, al

⁸⁹ No es un detalle gratuito recordar que, como apuntamos en un capítulo anterior, Perlongher se autoproclame en este sentido “un exiliado sexual”.

impactarse en el límite, dejan lugar al acontecimiento de una lengua *inaudita e inédita* que, en términos sexuales, echa luz sobre un mundo (nombrándolo, tornándolo visible) y –en el límite entre secreto y saber- deja oír sus voces. Si hablamos allí de una violencia sexopolítica es posible desplazarnos ahora para señalar que se trata de *una lengua sexopolítica*: entre *la lengua del barroco de trincheras* y *la lengua-(de-la)-loca* emerge, de modo heterogéneo (ya que no se trata meramente de una síntesis o una mixtura sino de una juntura entre ellas que no pueden sino funcionar juntas), esa lengua que singulariza a Perlongher como su invención literaria radical.

De esta manera, la fricción entre el hermetismo y la captación histórico-cultural, en *Austria-Hungría*, señala el “delirio poético” que, a su manera (o incluso, de la única manera que puede: como *un barroco de trincheras*), inscribe eso que “*está pasando también en algún nivel*” (Perlongher 2004: 295). Y, como vimos, aquí nos encontramos, nítidamente, con las operaciones culturales de las sexualidades no normativas que atraviesan la poética de Perlongher: corrosión genérica de los límites heteronormativos entre ‘lo masculino’ y ‘lo femenino’, transgenerización gramatical y uso concreto de un léxico que al ser reapropiado festivamente desarma la injuria o el estigma; pero Perlongher no sólo se los reapropia sino que, en el caso concreto de *Austria-Hungría*, les cambia el valor o los devuelve.

Además, el límite en el que se escribe *Austria-Hungría* no es sólo el límite de lo extremo allí donde ya no se puede más, sino que también es el límite análogo en el que el mapa de los territorios se enrarece como soporte de una idea de nación y de una identidad cultural: el recurso mismo a “Austria-Hungría”, con la complejidad

que suponen en su relación identidad-territorio, la resonancia en torno a las guerras mundiales, la representación misma de una guerra que se alterna a través de los poemas (incluso en su construcción formal, que por momentos es teatral y didascálica), dejan “huellas” (Giorgi 2004), en este poemario, de un problema en torno al cuestionamiento de los límites territoriales que hará serie con la primera parte de *Alambres*, el segundo libro de poemas publicado por Perlongher: qué hacen esos límites allí (y por qué *justamente* allí), qué historia deseante tienen detrás. En efecto, una serie de poemas publicados en *Alambres* (y también otros más, incluidos en primeras versiones del libro que finalmente Perlongher no publicó⁹⁰) reescriben ciertos sectores de la historia y la literatura argentina del siglo XIX que fundan la idea de ‘patria’, en medio de intrigas melodramáticas y delirios poéticos que a fuerza de falta de veracidad histórica cuestionan la verdad de esos límites, allí donde los poderes estatales en tensión y disputa de Argentina, Uruguay y Brasil los han trazado. La metáfora territorial también imanta a sus personajes (históricos y/o novelescos) que querrán desafiar los límites que los separan: el General Rivera le escribe una carta de amor a su “querida esposa Bernardina” Rivadavia; Lavalle, al dormir en la cama de Rosas, le canta un bolero; Moreira y Julián, confundiendo los lunares del cuerpo, tras besarse en la boca como dos amantes. La culminación política de este poemario, que se encuentra en el famoso “Cadáveres”, puede leerse también como el cierre *actual* de este recorrido: podría decirse que los “alambres” son los límites con los que está cercada la patria y en el

⁹⁰ Tal como se puede constatar en su Archivo documental alojado en la UNICAMP.

territorio que de-limitan lo único que hay son ‘cadáveres’ (ausentes). Los ‘alambres’, así, cercan un campo de concentración⁹¹.

Trinchera, “alambres”, límite(s): algo recorre la imaginación de estas figuras y ese ‘algo’, en este caso, es la aspiración a trazar separaciones respecto de otra cosa. En esa dirección, la trinchera de Perlongher no supone meramente la creación de un *ghetto*, sino, como ya señalamos, un *locus* bélico que, como tal, es un espacio de batalla activa pero que al mismo tiempo, lejos de plegarse a morales heroicas tan propias de los años ‘70 (léase: la guerra cuerpo a cuerpo como confrontación directa en la que dar –y perder- la vida es un valor), tiene la astucia estratega de insistir en el cuidado de sí. Esto es: *poner* el cuerpo, en la medida en que por el solo hecho de disentir no deja de exponerse, pero sin entregarlo. O dicho en otros términos: no dejar de estar presente en la guerra, pero separándose, tomando distancia, en y desde la trinchera como un espacio de protección pero relativa en tanto allí también acecha el peligro que, no obstante, no llega a ser el peligro del campo abierto. Participar de la guerra pero escondiéndose: gesto propio de un “menor” o “treta del débil”, en cualquier caso Perlongher se está inventando “una posibilidad de vida”, *una salida*, que supone en sí misma un modo de darle batalla

⁹¹ Aunque, como se advertirá, claramente estoy realizando una lectura integral de estos poemarios (en términos conceptuales y formales), de todas maneras es posible señalar algunos poemas claves. De *Austria-Hungría*, entre los focalizados en el abordaje realizado antes, pueden mencionarse “Canción de amor para los nazis en Baviera”, “Por qué seremos tan hermosas”, “(Estado y soledad)”, “Anales”. Y de *Alambres*, toda la primera serie (que Perlongher llama “la parte histórica”) más “Cadáveres”. Todos ellos recogidos en la edición de sus *Poemas completos* (2003).

(y una respuesta: política y poética) a la guerra presente y, en términos más amplios, a los dispositivos de poder que quieren capturarlo, regularlo, normalizarlo.

Poemarios escritos en y desde la trinchera, *Austria-Hungría* y *Alambres* formarían una serie literaria (fundamentalmente el primero) con *Los pichiciegos* de Fogwill y, en términos más amplios, participarían del vasto contexto de interrogación y reinención literaria en Argentina en torno al pasado reciente y la comunidad (nacional) por venir que tienen lugar en la reapertura democrática. Y además, los debates intelectuales y ya no sólo literarios –aunque vayan juntos en muchos casos– encontrarán en Perlongher, como ya señalamos, un polemista siempre disidente con cualquier planteo que aspire a la proposición identitaria (en este caso, vinculada a la nación). Es esto lo que ocurre a partir de la guerra de Malvinas (otra vez lo bélico, nuevo encuentro con *Los pichiciegos*), cuando las banderas nacionales se enarbolan desde una afirmación (política) de identidad cultural, y con especial virulencia si además se asocia al Estado. Y más acá de lo *camp* de proclamar “Todo el poder a Lady Di!”, y sobre todo más acá del gesto irónico, puesto que no se trata meramente de una pose anclada en lo políticamente incorrecto que se agota en sí misma, entenderá que ese “deseo de unas islas” es una reificación, como todo pensamiento identitario, que corta e interrumpe flujos y devenires. Islas en las que, además, Perlongher hace coincidir –no casualmente– la ansiedad nacionalista por un mero territorio (es decir, una identidad que encima tiene la desfachatez de querer ajustarse a asentamientos territoriales de orden geográfico) con la incipiente cultura gay que aspiraba a su isla identitaria (Cfr. Perlongher 1997: 177 y ss.). En este sentido, podría pensarse cómo isla se opone a trinchera.

Y desde estas 'estrategias bélicas' recorridas se desprende, también, el particular relato épico que la poética de Perlongher puede proponer: menos una historia de héroes y desafíos o de víctimas y verdugos que un regodeo en el delirio del horror cuya mostración exhibicionista resulta más verdadera en su poder de afección que los relatos pretendidamente veristas organizados sobre dicotomías morales. Es lo que ocurre, paradigmáticamente, en su poema "Cadáveres", no casualmente considerado con el tiempo *el* poema político de la posdictadura. Dije "con el tiempo": justamente el ya mencionado escándalo que suscitó al principio por su 'desparpajo' en ciertos sectores intelectuales que pretendían contar una historia solemne, en simultáneo al total entusiasmo con el que fue recibido en otros circuitos culturales, es la prueba de las vacilaciones a las que dio lugar su fuerza inaudita. Y en general, esta singular épica delirante es la que se hace presente en el poemario *Alambres* (en el que se incluye el poema "Cadáveres"), no casualmente escrito en y desde Brasil a partir de la posdictadura y el retorno democrático. Aquellos héroes y heroínas tanto históricos como literarios, en cualquier caso legendarios, que organizan cierta biblioteca de 'la patria' y cuyas hazañas la fundan, son puestos a funcionar nuevamente en la ficción pero ya no en sus aventuras heroicas o ilustres sino en la imaginación del deseo: "Si ya venía montando, en *Austria-Hungría*, una especie de *épica sensual*, creo que *Alambres* avanza en el sentido de una *épica barroca*, donde la historia es deseada, alucinada en el deseo", señala Perlongher (1997: 140).

Con lo recorrido hasta aquí en relación con los años de sus (experimentales) comienzos literarios, podrá advertirse cómo en Perlongher no pueden sino pensarse

y desplegarse juntos, por esta época, los planteos poéticos (y políticos) en torno a la nación y la sexualidad, lo cual equivale a decir que su problema (conceptual, político y poético) es el pensamiento identitario, del cual nación y sexualidad son sólo dos variaciones.

Por esos años, la conocida configuración y hegemonía de una cultura gay asociada al mercado, cuyo impacto político sería una afirmación identitaria que, a la vez que comenzaba a negociar derechos e imponer visibilidad, consolidaba un estereotipo modélico, dio lugar al fuerte cuestionamiento de Perlongher, quien comenzó a vislumbrar, como ya señalamos, que las pacíficas islas amenazaban reemplazar la intensa batalla que ocurría desde la trinchera. Desde esta inflexión, la isla se entiende como la “normalidad paralela” y la trinchera como el sitio de resistencia y a la vez de batalla en la guerra sexual que, al explotar, abre la *mescolanza*⁹² y necesariamente obliga a replantear y reinventar todo el sistema sexo-genérico. En el que tal vez sea su ensayo más sobresaliente, “El sexo de las locas”, de 1984, Perlongher afirma:

El riesgo es que se apunta a la constitución de un territorio homosexual (...) que conforma no una subversión, sino una ampliación de la normalidad, la instauración de una suerte de normalidad paralela, de una normalidad dividida entre *gays* y *straights*. Tranquiliza de paso a los *straights*, que pueden así sacarse la homosexualidad de encima y depositarla en otro lado.

(...)

⁹² No casualmente uso este término, que posee un fuerte sentido rioplatense: nuevo encuentro con Leónidas Lamborghini, ya que se trata de una expresión muy significativa en su poética -con la cual, como ya señalamos, Perlongher establece una intensa filiación literaria.

Mi idea es no retirar la homosexualidad del campo social, constituyendo un territorio separado de los puros, los buenos, los mártires, los ilustres. Hacer saltar a la sexualidad ahí donde está. (1997: 32 a 34)

Lo que se desprende de aquí también (y sobre todo) es el espacio abierto al que se aspira y con el que se sueña. Las cristalizaciones identitarias, como sabemos, presuponen por definición unos límites de distintos órdenes, entre ellos una poderosa imagen sobre la cual construir y asentar la relación de mismidad. Por eso, para decirlo con Daniel Link⁹³, de lo que se trataría, en este caso en Perlongher, es de “sostener la indeterminación del ser en un más allá de la ley y el límite (no en el juego transgresor *alrededor* de él)” (2005: 293). Y podríamos agregar: pensar las proposiciones de Perlongher desde cierta figura de la transgresión sería impertinente en la medida en que su aspiración se orienta a la corrosión de los límites para que advenga un espacio desconocido; la transgresión, por lo tanto, se revela totalmente incompatible con su gesto ya que lo que ella propone (por lo menos en cierta línea) es saltar o atravesar el límite, y de ese modo, el límite se mantiene intacto como tal y, lo que es peor, se ratifica como (única) verdad, confirmando así el binarismo que sostiene: o este lado o el otro.

Perlongher, que para el momento del ensayo referido ya se encontraba radicado en Brasil y consecuentemente avanzando en el desarrollo teórico que había comenzado en Buenos Aires, sabe vía Foucault –como ya señalamos- acerca del dispositivo de poder que supone la sexualidad mediante la “verdad” que

⁹³ Quien, en esta formulación, no casualmente está pensando en Foucault.

interrogan y postulan las *scientia sexualis*. En este sentido, saber y poder van juntos, y entonces la pregunta angustiante ante la amarga conclusión de Foucault es de qué manera puede darse una salida o un punto de fuga a ese dispositivo que nos atrapa, en la medida en que la ya antigua voluntad de liberación se ha revelado - cuanto menos- 'ingenua' o inocente y la afirmación identitaria efectúa una reificación normalizadora. Con lo cual, entonces, liberación e identidad siguen jugando el juego que plantea el poder del dispositivo sexual.

Una respuesta posible Perlongher la encontrará en la filosofía de Deleuze y Guattari (juntos y separados), pero más acá de lo explícito de esa filiación (que tampoco es meramente mimética puesto que Perlongher la articulará activamente mediante una firme traducción cultural), resulta de singular interés el modo en que se va a encontrar, en un acto esencialmente escriturario, con la impersonalidad del saber y su apertura de posibilidades desconocidas.

En este sentido, la comparativa con el francés Guy Hocquenghem es inminente: al igual que él, a quien lee y cita, Perlongher reitera el gesto conceptual y político de la proposición liberadora y revolucionaria en un primer momento mediante una relectura del deseo homosexual en la clave de *El Antiedipo*. Una relectura que, además, discute con el psicoanálisis, la psiquiatría y el marxismo en la misma medida en que a su manera los sigue legitimando como posible conocimiento verdadero. Por eso, si bien esta hermenéutica epistemológica da un paso adelante en tanto despatologización de la homosexualidad, al mismo tiempo seguiría quedando atrapada –pensándolo desde Foucault- en el mismo dispositivo que la inventó y la ratificó cada vez. Pero que Foucault realizara en el ínterin esa

advertencia no le impidió ni a Hocquenghem ni a Perlongher (quienes, sin duda, escucharon a Foucault pero prefirieron hacerse los sordos) seguir avanzando en la dirección que entendieron más conveniente. Y en el camino, encontraron algunos saberes e inventaron algunas salidas que hoy nos siguen interpelando.

El “saber anal” que Paul B. Preciado (2009b) lee y subraya en Hocquenghem resulta clarísimo en ese sentido y es nítidamente articulable en Perlongher. Se trata, dice Preciado, de un terrorismo textual que interviene críticamente en el lenguaje heterosexual hegemónico. Otra vez entonces la trinchera: se trata de inventar una lengua con (y desde) la cual dar batalla. Preciado insiste en que Hocquenghem anticipa la teoría y las políticas *queer* y claro está que no se equivoca: del mismo modo que ocurre con Perlongher, el saber decisivo que afirmaron fue, aún desde la ‘ingenuidad’ o inocencia de formalizarlo en términos de “liberación” o “revolución” – o precisamente por eso: el saber también se encuentra en el error-, es que para que el deseo fluya sin normalizarse, para que pueda experimentarse sin capturarse, es el sistema sexo-genérico completo el que tiene que corroerse y reinventarse. Ese fue el sueño que nos legaron y por eso, hoy, nuestra disidencia se reencuentra con la de ellos.

Pero además de la potencia afirmativamente disidente de Perlongher en estos términos, él es también un adelantado a la teoría *queer* en las postulaciones analíticas que realiza desde su trabajo como antropólogo social. En su tesis sobre la prostitución masculina en San Pablo, Perlongher llega a conclusiones que, aunque no exactamente homologables, sí son sumamente analogables con las teorizaciones de Judith Butler en torno a la performatividad de género en su sentido

ritual y ‘teatral’. Así, analizando las construcciones de masculinidad llevadas a cabo por los *michês*, o mejor, sus *simulaciones* (recurriendo con este concepto al pensamiento de Severo Sarduy (1999), otro adelantado *queer* del que Perlongher es teórica y poéticamente gran deudor), señala:

La virilidad –y no tanto la virilidad sino su impostación, su caricatura– revela su valor de cambio. (...)

Disimulación, simulacro: el macho debe mantener su (im)postura viril, no sólo como parte de la propia maquinación perversa, sino también como exigencia del mercado. (1999: 229)

Otro tanto ocurre con el sida. En el breve libro que en 1987 le dedicó al tema⁹⁴, Perlongher va a entender, otra vez vía Foucault, que el sida es una nueva regulación discursiva de la sexualidad que vuelve a instalar una otredad peligrosa – como hasta hacía muy poco era “el homosexual”. Y aunque en cierto sentido desdeña el fenómeno (como si fuese una cosa pasajera), no se equivoca en lo esencial: su estatuto imaginario, es decir de *fantasma*, y que como tal impactará en lo real transformando y redefiniendo los modos de subjetividad y de relación sexoafectiva⁹⁵. Esto último, que Perlongher imagina y ve como proyección, casi

⁹⁴ El libro fue escrito en portugués y publicado en Brasil en 1987 (San Pablo, Brasiliense) y, al año siguiente, editado en español en Buenos Aires. La versión argentina lleva como título *El fantasma del sida* y tiene el mérito de poner de relieve ese “fantasma” en el nombre del libro, lo cual no ocurre en la edición brasileña que, más escueta, se titula *O qué é AIDS*, debido a la colección en la que se insertaba. Por lo demás, el libro, hoy, se halla un poco olvidado –tal vez porque así lo quiso Perlongher mismo.

⁹⁵ Fantasma no sólo en relación con la enfermedad en sí (muy cerca también de las “metáforas” que lúcidamente señala Susan Sontag (2003) por los mismos años) debido también al pánico que instalará (y recordemos, también, *antes*, el “pánico homosexual” (Sedgwick 1998)), y que efectivamente instalará como monstruos a los seropositivos y enfermos (y aquí se exhibe la correlación entre fantasma y monstruo (Cfr. Link 2005 y 2009a)), sino también –mirado desde otro lugar- el fantasma *económico* que recorre a la enfermedad y que Perlongher también señala.

como una previsión o como un visionario⁹⁶, sabemos que efectivamente así terminó ocurriendo. El libro comienza de este modo:

Un fantasma recorre los lechos, los flirts, los callejeos: el fantasma del SIDA. La sola mención de la fatídica sigla (...) basta para provocar una mezcla morbosa de curiosidad y miedo. (1988: 9)

Un comienzo que, claro está, evoca (es decir, recuerda, reescribe y tuerce) al “fantasma que recorre Europa” con el que se abre el *Manifiesto Comunista*. Pero más allá de las operaciones concretas que realiza Perlongher a lo largo de ese libro, y más allá también de lo que pueda leerse allí como mera estrategia retórica (a la manera de una *captatio benevolentiae*, que por cierto tampoco lo es, y si lo fuera tampoco es desdeñable porque allí se cifra todo), lo que nos importa aquí es señalar el modo en que es entendido: una vez más, la lucidez de Perlongher hace tres décadas (y para el sida esas tres décadas son toda su vida) es un “eco anticipado” del futuro, es decir, de nuestro presente. Se trata, entonces, de un fantasma que nos *afecta*. Por eso, el final del libro es elocuente:

Hay, para las poblaciones amenazadas, un riesgo real –que no debe ser, con todo, sobrestimado-. Se trata, tal vez, de un inestable compromiso entre el riesgo y el gozo, sujeto a los vaivenes del deseo. Esa afirmación del deseo no debería ser vivida (como quiere la histeria higienista) con culpa y mala conciencia, sino con alegría. Sería paradójico que el miedo a la muerte nos hiciese perder el gusto por la vida. (Perlongher 1988: 99)

⁹⁶ Y no sería ocioso recordar, incluso por lo que pueda tener de divertida la imagen, su propio “devenir bruja” a partir de las interrogaciones místicas y religiosas de sus últimos años de vida.

Se trata, claro, de la pregunta (y la apuesta), lanzada hacia el futuro, por la vida-por-venir, incluso en términos de *afección*⁹⁷. En este sentido, la emergencia del sida y la consecuente crisis provocada terminó invadiendo por igual la trinchera y la isla identitaria: el retorno de los discursos normativos y patologizantes, por un lado, obligó a afirmar la isla identitaria como modo de *salvarse* (la imagen-estereotipo del gay saludable), y por otro, hizo que la trinchera tuviese que reinventarse para *sobrevivir*: sexualidades y afectividades (en ambos casos: *relaciones*) se transformaron mediante diversos modos de redefinición a fuerza de exceso vital e intensidad. En cualquier caso, las homosociabilidades (sobre todo masculinas, para lo que estamos recorriendo aquí) se transforman para siempre: el paisaje cambia, la historia ya es otra.

Y hablando de finales (textuales y temporales) como límite que señala el tránsito hacia un umbral, hay dos conocidos ensayos de Perlongher que culminan con sendas proposiciones que hoy ya son clásicas y recordamos de memoria, por el valor casi de consigna que han adquirido, pero que aquí quisiéramos redimensionar en su más allá: como desafío al futuro. Uno de los ensayos, es el ya citado “El sexo de las locas” de 1984:

Y una arenga final: no queremos que nos persigan, ni que nos prendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan: lo que queremos es que nos deseen. (1997: 34)

⁹⁷ Y recordemos, de paso, el modo en que se habla en cierto momento de “afectados” por el sida.

Y el otro, es “La desaparición de la homosexualidad”, de 1991:

Ahora, la saturación (por supuración) de esta trasegada vía de escape intensivo que significó, a pesar de todo, la homosexualidad, con su reguero de víctimas y sus jueguitos de desafiar a la muerte (...), favorece que se busquen otras formas de reverberación intensiva, entre las que se debe considerar la actual promoción expansiva de la mística y las místicas, como manera de vivir un éxtasis ascendente, en un momento en que el éxtasis de la sexualidad se vuelve, con el Sida, redondamente descendente.

Con la desaparición de la homosexualidad masculina (...), la sexualidad en general pasa a tornarse cada vez menos interesante. Un siglo de joda ha terminado por hartarnos. No es casual que la droga (aunque sean sus peores usos) ocupe crecientemente el centro de las atenciones mundiales. Mal que mal, la droga (o por lo menos ciertas drogas, los llamados alucinógenos) acerca al éxtasis y llama (...) a algún tipo de ritualización (...).

Abandonamos el cuerpo personal. Se trata ahora de salir de sí. (1997: 90)

Así, si en el primero Perlongher todavía está afirmando (o mejor: batallando en y desde la trinchera) la potencia urgente de un deseo que quiere no sólo visibilizarse, no sólo dejar de encarnar la violencia en sus cuerpos, sino sobre todo abrir(se), dar(se), inventar(se) un espacio desconocido, “una posibilidad de vida” – para decirlo con Deleuze (2009b)-, una *mescolanza* que desordene todas las clasificaciones, en el segundo, con una lucidez que no es opacada por el tono escéptico o desilusionado, Perlongher vislumbra el fin de un tiempo (muy cerca de su propio fin, es decir, de su muerte) que es nada menos que el fin de la

(homo)sexualidad, y que marca el tránsito hacia nosotrxs. En ese sentido, el abandono del cuerpo personal, entendido como carne despojada de sexo y género, va a adquirir en Perlongher la forma de una salida de sí que se entrega a la interrogación mística como posibilidad de experimentación sensorial.

En efecto, ya estamos aquí ante el tiempo en que Perlongher se entrega a *la escritura de un cuerpo en trance místico-narcótico-monstruoso* que experimenta (en) los límites de lo que se entiende por vida vivible, esto es, el espacio de las regulaciones normalizadoras separado de la anomalía (Foucault), o en un sentido diferente, de la inasimilación que supone lo abyecto (Kristeva 2010). En este sentido, este último tramo de la vida y la obra de Perlongher, atravesada por la entrega a la religión de la ayahuasca y por el diagnóstico de sida, cifra, como ya señalamos, la insistencia acerca de la salida de los límites de la carne, la cual puede pensarse como la gestión de un cuerpo nuevo, tal vez con otros límites. Pero, si como nos enseña Jean-Luc Nancy (2003b, 2011), el cuerpo es pura extensión cuyo límite es la piel: ¿de qué salida se trata?

Perlongher, pese a la clara inflexión que supone este momento, seguirá entendiendo estas vivencias desde las filosofías de Georges Bataille y Deleuze-Guattari, a las cuales, como sabemos, ya adscribía desde antes. No obstante, es posible indagar en otra dirección y señalar el modo en que ese cuerpo en trance místico-narcótico plantea en su propia soberanía un recorrido de-sí-a-sí, una “excritura” (Nancy 2003b, 2011), que en este caso quiere desafiar los límites sensoriales e ingresar en otro registro: la ingesta de drogas alucinógenas en un marco de rito religioso es el medio material y el evento significativo de esa aspiración

experimental. Y al mismo tiempo, la escritura del cuerpo narcótico-monstruoso: en el marco de la aparición del sida, como sabemos, los artefactos médicos-farmacológicos exhibieron un biopoder capaz de instalar una nueva política de lo monstruoso en los albores del fin de siglo (Link 2005) que construyó una otredad peligrosa (el *afectado* que está infectado y es capaz de contagiar), a la vez que reguló, mediante diversas combinaciones químico-farmacológicas, (el resto de) la vida de esos cuerpos enfermos que, en el contexto de Perlongher, estaban condenados a muerte. El límite, así, separa la vida 'sana' de la vida "exterminable" (Giorgi 2004) del monstruo, que no llevó una vida 'sana' (en este caso, sexualmente hablando) y por eso es preciso clasificarlo pasándolo del otro lado; pero también es el límite –casi como un correlato- entre la vida a secas y su límite irreductible y absoluto en tanto es el fin: la presencia de la muerte. Perlongher registra esta vivencia en sus cartas, la analiza teóricamente y la "canta" (Kamenszain 2000) en su poesía: gestos, todos estos, cuyo único fin es postergar el fin: llevar la propia vida más allá corriendo el límite (inminente y próximo) de la muerte.

Por eso, lo que la escritura de Perlongher sabe (incluso o sobre todo como poder de afección) es que poniéndose al límite de sí misma deja advenir un cuerpo que en su propio borde se roza, se "lame", se fricciona, se tensa, se erecta, se abre, en fin, se pone en con-tacto y, en su límite mismo, *toca*⁹⁸ lo incorporal del sentido. Ya sea en sus denuncias hacia eventos homofóbicos, ya sea en su política (poética)

⁹⁸ Sobre la noción de tacto, Jean-Luc Nancy observa que: "En un sentido, pero qué sentido, *el* sentido es el tacto. El ser-*aquí*, lado a lado, de todos los seres-*allá* (seres arrojados, enviados, abandonados en el allá)" (Nancy 2003a: 103).

de trinchera que batalla con la heteronormatividad para afirmar un deseo disidente, ya sea en el marco del estallido del sida, la pregunta estaría girando en torno a cómo esos cuerpos deseosos de relaciones homosexuales pueden afectarse, tocarse, *sentirse*, sin ser violados o violentados: *cómo pueden vivir-juntos-en-el-mundo*⁹⁹.

Se podrá comprender, entonces, la íntima e intensa relación entre límite y experiencia que se ha ido proponiendo. Por definición, siguiendo a Maurice Blanchot (1996), la experiencia es siempre experiencia-(en y de los)-límite(s), de manera que ese límite experimentado posibilitará su propia corrosión y, por lo tanto, la ruina de eso que opone o divide. En este sentido, la in-mediatez de la experiencia permite vislumbrar la aparición de “gestos” (Agamben 2013) que la mediación –cualquiera sea su naturaleza- hace desaparecer, desconociendo así el proceso de la experiencia. De allí que, en general, importe e interese más situarse en el *más acá* de las pronunciaciones explícitas realizadas en la escritura. Y por eso, también, el retroceso ante el valor que se le adjudica al impulso transgresor -aunque sin dejar de reconocerlo como tal.

Es, además, por estas conjeturas esgrimidas y recorridas aquí que Perlongher es nuestro contemporáneo: porque vio la “íntima oscuridad de su

⁹⁹ Y a propósito del modo en que estamos siguiendo a Jean-Luc Nancy en estas conjeturas, es interesante advertir cómo sus inquietudes se juntan: entiende Nancy que “estar en común, o estar juntos, y aún simplemente o de manera más directa, estar entre varios, es estar en el afecto: ser afectado y afectar. Es ser tocado y es tocar. El ‘contacto’ –la contigüidad, la fricción, el encuentro y la colisión- es la modalidad fundamental del afecto. Ahora bien, lo que el tocar toca es el límite: el límite del otro –del otro cuerpo, dado que el otro es el otro cuerpo, es decir lo impenetrable (penetrable únicamente a través de la herida, no penetrable en la relación sexual en que la ‘penetración’ es nada más un tocar que empuja el límite más allá). Toda la cuestión del co-estar reside en la relación con el límite: ¿cómo tocarlo y ser tocado sin violarlo?” (2011: 60).

tiempo” (Agamben 2010d), porque lanzó y formuló un “eco anticipado” (Sarduy 1999; Link 2005 y 2009a) a nuestras propias preguntas, porque con y desde la suma de conocimientos de su tiempo y desde los interrogantes de su coyuntura histórica Perlongher *ya está hablando* de nosotrxs y nos está planteando respuestas (y salidas) posibles. Por eso la vitalidad y la potencia inactual (es decir, no percedera) de la vida y el pensamiento (o sea, la obra) de Perlongher: porque soñó de cara al futuro y su futuro (que incluye sueños pero también pesadillas) es hoy uno de nuestros presentes.

4. “*Gender trouble*” según Perlongher

En la obra de Perlongher, como ya debe estar suficientemente claro, la sexualidad (y la invención de su dispositivo: el sexo) es decisiva; y aún con todas las fundamentaciones teórico-críticas del caso que se puedan elaborar, esto constituye una evidencia y un lugar común. Es decir, alcanza con recorrer trivialmente esta obra, incluso de modo parcial, y sin mayores indagaciones críticas, para que ello salte a la vista. No obstante, es posible dejar abierto un desafío crítico en torno a la posibilidad de volver con una mirada un tanto extrañada sobre ese tema, en esa obra (y de cuyo lugar común la crítica se ha hecho eco inmediatamente, constituyendo, ella misma, su propio lugar común). Es decir, el lugar común no necesita subrayarse porque se impone solo, por su propia fuerza, por definición; y sin embargo, siempre resulta interesante volver sobre él.

En esta dirección, al tomar como instrumento crítico la categoría de género (en sentido literario, discursivo y sexual), es posible sostener sus separaciones operativamente y en principio pero con el fin de cuestionarlas. De modo que concentrarse en la producción teórica y crítica de Perlongher (rótulo un tanto impreciso bajo el cual es posible agrupar sus escritos ensayísticos, académicos y testimoniales) exige una lectura pendular que se proponga un recorrido transversal por ciertos poemas. La indagación, entonces, se orienta no sólo por el arco más o menos biográfico-intelectual (desde sus intervenciones militantes en el Buenos Aires de la década de 1970 hasta su reflexión bastante sistemática en Brasil en los '80) sino también por *cómo* escribe las postulaciones en torno a la sexualidad, más allá de la 'idea' en sí. Es decir, no sólo 'qué' piensa (lo cual, claro está, no deja de ser insoslayable porque, como ya señalamos, atraviesa toda su obra) sino también 'cómo' escribe eso que piensa. Y fundamentalmente: qué encuentra –al escribirlo– que no estaba entre sus planes, y hasta dónde puede llegar con sus proposiciones (o hasta dónde las puede llevar) mediante la escritura. Claramente, esto torna al problema en literario y poético y, en efecto, sostenemos que es fundamentalmente en la escritura de la sexualidad donde la obra de Perlongher exhibe la desestabilización y por lo tanto la falla de los límites genéricos (en todos los sentidos) a través de sus puestas al límite. Si seguimos con Judith Butler (2008) la realización performativa del género (ahora en sentido lingüístico), pues entonces resulta evidente que cualquier proposición en torno al género va a estar necesariamente vinculada al modo específico de su formulación discursiva. Pero además, es preciso tener en cuenta que los géneros (en todos los sentidos) no

suponen sólo regímenes clasificatorios sino también, y sobre todo, matrices que orientan la percepción.

En relación específica con la escritura, esa búsqueda perlongheriana que sobre la que venimos dando vueltas, y que es una búsqueda esencialmente literaria y poética, también puede ubicarse con bastante comodidad -en lo que tiene de eminentemente reflexiva, en tanto impulso de saber- dentro de una búsqueda ensayística. De allí que en esta dirección, al focalizar sus ensayos, el brillo de éstos se hace presente, antes que como confirmación o adaptación o difusión de conocimientos y teorías (reducibles a la figura del académico, del militante, etc.), como el hallazgo de algo desconocido por medio de la escritura y como construcción de saberes alternativos, eventuales o (como gustaría decir a Perlongher) menores y plebeyos. La figura del ensayista nos permite absorber o concentrar casi todas las facetas o caras funcionales desde las que el ensayo fue abordado: militante, teórico, intelectual, antropólogo, académico. Mediante el ejercicio de todas estas funciones, Perlongher escribirá, en principio, para reproducir y confirmar lo que ya sabe desde y en cada una de ellas. Pero también, y sobre todo, escribirá para saber algo desconocido, entregándose a su propia deriva, y eventualmente se producirá en su escritura algún hallazgo. Cuando esto ocurre (y tal vez ni el mismo Perlongher lo percibiera), o mejor, cuando esto *ocurra* –así, con el modo verbal corregido, puesto que se actualiza con cada lectura- conjeturamos, en ese saber provisorio y ensayado, qué pasa con lo sexual –según nos dice Perlongher a propósito del sistema de ‘clasificación’ vigente en su época- en la teoría, la vida y la política y *entre* ellas. Qué ocurre, además, con y en su(s) límite(s).

Ahora bien: ¿qué hace, a qué nos conduce, en definitiva, la escritura del sexo de Perlongher? Considerar este punto supone, insoslayablemente, articular la trama de relaciones entre el problema de la identidad sexual (digamos, 'gay', sobre la cual Perlongher repitió una y otra vez su disidencia) y ciertos planteos de género (sexual) un tanto inéditos en la década de 1980. Así, por ejemplo, la loca o la marica (su figura, su imagen, su cuerpo), circulando por poemas y ensayos, exhibe, en su performance femenina, ante todo la heterogeneidad o no contigüidad disruptiva entre la 'realidad' biologicista de la materialidad anatómico-corporal y la puesta en escena del género (lo cual ya supone, incluso, un paso adelante en relación con varios planteos feministas que le son actuales), y sobre todo, lo que exhibe es la desestabilización en el límite que sostiene el binarismo de género, puesto que no se trata de un 'cruce' de género ya que de ser así se seguiría sosteniendo y ratificando la dicotomía. De manera similar al modo en que luego sería retomado por Roberto Echavarren (en su caso, mediante el ideal del andrógino)¹⁰⁰, no se trata tampoco de una mixtura, hibridez o 'suma' de géneros (masculino 'y' femenino, masculino 'con' femenino, masculino 'más' femenino) porque de esa manera se estarían reconociendo como verdades dadas e inmutables. Lo que ocurre, suspendido el binarismo 'de los' géneros, es una salida 'del' género mismo, más precisamente, de sus normas. Esa salida es una fuga, un 'fuera de género' hacia algo que está más allá de sus límites. Y esto a su vez no significa un atravesamiento

¹⁰⁰ Fundamentalmente, pensemos tanto en su novela *Ave Roc* de 1994 (dedicada a la memoria de Perlongher) como en sus ensayos *Arte andrógino* y *Fuera de género* (Echavarren 2007a, 1998 y 2007b, respectivamente).

de los límites sino su tensión *hasta* el límite máximo del que sea posible. Porque la disolución y la corrosión se producen desde adentro. Entonces el 'fuera de género' no será pasar del otro lado sencillamente porque en este caso no hay otro lado. (No podemos vivir sin género, la vida es generizada [*engendered*], no hay subjetividad posible fuera de la matriz de inteligibilidad, nos dice Judith Butler (2007).) Ni siquiera la vida abyecta es un afuera sin resto sino un pliegue que se experimenta y ocurre en el con-tacto con el límite extremo (o lo extremo del límite). Por eso, lo que sí es posible es expandir los límites: y entonces por eso llevar al límite –como una cuerda que se tira y se tira- las salidas de las normas de género, para que ese límite se expanda: correr el límite. Pero para correrlo, es preciso tocarlo (Nancy 2003a, 2003b, 2011), llegar hasta él: llevarlo al extremo: llevar el límite hasta su propio límite.

En el reverso de esto, como dando la vuelta por otro lado, Perlongher –como señalamos más atrás- pone en evidencia, en su ensayo antropológico sobre los prostitutas paulistas, la 'pose hiperviril' de éstos con la cual quieren garantizar ser 'hombres de verdad'. El sistema de valores sexo-genéricos que está subyaciendo aquí, con su 'proliferación categorial' (masculino-femenino, homo-heterosexual, activo-pasivo), exhibe un delirio clasificadorio que, tanto más específico, tanto más revela su falla. Los prostitutas hipermasculinos, nos sugiere Perlongher, precisamente por afirmar la masculinidad como actuación (independientemente de que lo sepan o no, de que lo crean o no), ponen en escena las fracturas de las normas de género (esto es, la desestabilización de sus limitaciones) antes que su confirmación. Y a esto es posible agregar que por lo tanto, al hablar de 'masculino'

y 'femenino', se estarán nombrando espacios enrarecidos, suspendidos, que habrán perdido su razón y su efecto por la descomposición de sus límites, pero que sin embargo, operarán como parámetros subyacentes para seguir nombrando o designando *de algún modo* ciertos 'atributos' de aquellos que se fugan de su clasificación históricamente delimitada.

De este modo, no se trata tampoco de una negación perpetua (o sea, 'ni' masculino 'ni' femenino, que también podría aplicarse a 'ni' homosexual 'ni' heterosexual). Es preciso entonces, considerando además la lógica opositiva con la que lo estamos exponiendo, subrayar la sustracción respecto de la mera negatividad y señalar lo afirmativo, a saber, algo que está más allá, en un lugar no reconocible, y que para que advenga, para que el hallazgo o el encuentro ocurra, es preciso suspender el límite –afirmando la suspensión- y situarse más allá de él (lo cual, otra vez, no significa situarse 'afuera'). Se trata de la potencia afirmativa de lo abierto.

En este sentido, lo que la escritura de Perlongher sabe (tal vez sin saberlo él mismo) es que la escritura del sexo no tiene por qué obedecer a los límites genéricos (poesía, ensayo, tesis académica-disciplinar, etc.) que establecen hasta dónde llegan cada uno. Y si ya hemos expuesto algunas conjeturas en torno al ensayo, es posible también agregar ahora la relevancia de su poesía, a contrapelo no sólo de su pretendida opacidad referencial sino también de su 'inmanencia' (en el sentido más convencional), y de sus crónicas y testimonios con la ilusión verista que traen aparejadas, considerándolas en el mismo límite ficcional. La singularidad del impulso de escritura del sexo, entonces, puede ser comprendida como previa a la forma genérica que se adopte y no al revés, es decir, no una escritura determinada

por el género. Y es precisamente de este modo que la escritura del sexo –como invención histórica- puede devenir escritura de la sexualidad a secas (esto es, del deseo sexual como política de la vida), que de esta manera abre sus posibilidades más allá de un dispositivo de poder normalizador. Así, Perlongher pone a prueba los límites genéricos y a fuerza de suspensión los ensancha, muestra que pueden correrse más allá y llegar más lejos. (Y esto puede leerse en perfecto paralelo coyuntural con las apuestas de visibilidad homosexual de la década de 1980 que buscaban, justamente, correr el límite para ampliar lo visible.) Nuevamente, no se trata de una mera transgresión, como si de pasar al otro lado se tratara, puesto que esto probaría la taxatividad e inmovilidad de esos límites, es decir, los confirmaría y ratificaría como verdad. Esto también explica que tampoco se trata de una simple mixtura. Lo que ocurre es que al expandir los límites, ‘eso’ que delimitaban cambió de estatuto y pasó a ser otra cosa desconocida.

De esta manera, otra vez comprobamos cómo Perlongher llevará a cabo literariamente (retomando y radicalizando las obras de Manuel Puig y de Severo Sarduy) un preanuncio, casi una predicción visionaria, de lo que unos años más tarde se iban a formular como los postulados y las operaciones *queer*, tanto como acontecimiento histórico como en sus formulaciones teórico-críticas que luego se instituyeron como área de saber académica y específica, al mismo tiempo que informan en gran medida a los grupos activistas. Y por supuesto, lo *queer* como forma o estilo de vida.

Pero saliendo del sexo y llegando a la sexualidad para volver al término que más lo representa en la voz del propio Perlongher, es decir, al deseo, es preciso

apuntar que la pregunta por el deseo se llevó hasta un límite tan extremo –el límite del propio límite- que a fuerza de estirarlo redefinió eso que delimitaba y en consecuencia dejó de ser sexual. En efecto, sobre el final de su vida (o sea, de su obra), cuando la pregunta sobre el deseo –como experiencia por definición intensa y salida de sí- adquiera un punto de inflexión, en tanto ese deseo ya no es eminentemente sexual, se abrirá la interrogación sobre la escritura de esa salida. Pero mientras tanto, el episodio del sida exhibe los efectos del sueño de “una política sexual”: el biopoder normalizador, cual mutante, se reinventa para el exterminio (o, lo que es lo mismo, la sumisión preventiva) y los cuerpos que, *enfiestados*, soñaron la liberación mediante aquella política, ahora tendrán que resituarse mediante *una política sexual de la sobrevivencia* que necesariamente redefinirá los vínculos sexoafectivos. De nuevo, la guerra: pero ahora con armas médico-farmacológicas cada vez más sofisticadas.

CAPÍTULO 5

Del FLH al VIH/Sida: un tiempo de política sexual

1. Por una política sexual

Ahora ya es un relato conocido. Pero si nos situamos en la década de 1970 se advierte que comenzar a entender la sexualidad en términos políticos supone un acontecimiento: cuestionarle su legitimidad a los discursos cientificistas, para avanzar en su confiscación como patrimonio de “la naturaleza” y arrancarla de las garras de la sexología, de la medicina, de la psiquiatría, en fin, de lo que hoy llamamos biopoder. Como éste, a su vez, es solidario con su instrumentación legal, las fuerzas del orden (o sea, la violencia policial dominante) complementan de una manera decisiva las razones de la escandalosa apuesta: arrebatarle la hegemonía que ostentan “la moral y las buenas costumbres” sobre la sexualidad, en complicidad con el Estado que las codifica y regula: “sacar a la cana de la cama”, dirá Perlongher. En este contexto, decir *política* tiene sentidos precisos: liberación, revolución.

“Por una política sexual”: la expresión que Perlongher toma para titular un panfleto militante no puede ser más elocuente hasta en la preposición que la encabeza. Que hoy ya tengamos muy claro, de una vez por todas, la constitutiva dimensión política de la sexualidad, no debe hacernos perder de vista lo que en ese momento estaba irrumpiendo, la emergencia que ello implicaba, y el camino desconocido que se estaba abriendo.

Desde luego, Perlongher no estaba solo en la aventura. Lo acompañaban militantes, intelectuales y artistas que formaban parte de los diversos grupos: el Frente de Liberación Homosexual, el Grupo de Estudio y Práctica Política Sexual (elocuente en la afirmación *política* de su nombre, sobre todo para lo que nos interesa aquí), las feministas de la Unión Feminista Argentina y el Movimiento de Liberación Feminista y, en fin, un amplio espectro de deambuladores por el agite contracultural del momento, sumados un poco después a sus primeros amigos escritores. Lo acompañaban, también, lecturas: algunas contemporáneas, como las autoras feministas Shulamith Firestone o Kate Millett (cuyo libro *Política sexual* merece subrayarse¹⁰¹), y otras lecturas no tan nuevas pero que, tal vez resignificadas o leídas con otras expectativas, intentaban abrir caminos o buscar destellos para el pensamiento sexual (entre ellos, Freud, Engels, Marcuse, Reich – este último, dicho sea de paso, inspirador de que el Grupo Política Sexual se proclamara un “Sex-Pol criollo”). Poco después, se sumarían Foucault, Guy Hocquenghem, Deleuze y Guattari (cuyos impactos en Perlongher conjeturamos). Asimismo, las lecturas literarias: Góngora, Lezama Lima, Allen Ginsberg, Sarduy, Osvaldo Lamborghini. Y finalmente, lo acompañaba una coyuntura propicia: el llamado “Gay Power” estadounidense post Stonewall (fundamentalmente, el Gay

¹⁰¹ La intervención de Kate Millett con este libro, en 1970, es no solo importante sino decisiva tanto en su irrupción como en su proyección posterior (en efecto, hoy es un texto clásico) a propósito de los términos que estamos recorriendo aquí. Tal como explica Jonathan Ned Katz, “la idea de una ‘política sexual’ resultaba asombrosa en 1970 y contrarrestaba la noción dominante de que la política era votar y de que lo sexual era algo individual, psicológico o biológico. Aunque la idea de una ‘política personal’ formaba parte de la retórica de la nueva izquierda, la idea de una ‘política sexual’ era sorprendente” (2012: 180-191).

Liberation Front) junto al Frente Homosexual de Acción Revolucionaria francés post Mayo del 68, por cierto sensiblemente más cerca de este último. Tampoco descuida escuchar los movimientos feministas, con los cuales vislumbra temprana y lúcidamente posibles alianzas. Y a esto también hay que añadir el movimiento revolucionario latinoamericano que en el caso de Argentina toma particulares efectos de tensión con los intentos de acercamiento del FLH a la izquierda, en concreto, el peronismo de izquierda.

Estamos, como queda claro, en los años '70, y el gesto de abogar, entonces, "por una política sexual" en Argentina va a quedar interrumpido por la cancelación que impuso la dictadura cívico-militar. Así, casi que se abren dos tiempos, ya que la acción va a poder retomarse recién a comienzos de los años '80, sobre el fin de la dictadura. Por cierto, el texto de Perlongher que tomamos ahora como señuelo (ya que supone un poderoso emergente) data de ese segundo momento y allí nos situaremos.

Aunque no está fechado, es posible deducir -por las referencias que da- que el texto "Por una política sexual" data de 1982. Recopilado luego en la edición de *Papeles insumisos* (2004: 132 - 135), se trata de uno más de los escritos que Perlongher redactaba por esos años como informes denunciadores y repartía en fotocopias. Como en tantos otros, enfatiza la responsabilidad policial en torno a la "represión" ejercida sobre la sexualidad para sofocar cualquier aparición de la familia de monstruos en todas sus formas posibles: maricas, mujeres, menores, prostitutas, perversos, vagos, en fin, cuerpos abyectos de indeseables sociales a los que hay que someter o, cuanto menos, controlar; dicho de otro modo, se trata

de la conocida criminalización de la homosexualidad y con ella, en rigor, de todas las formas sexogenéricas clasificadas como pervertidas o peligrosas. Entonces Perlongher acusa, por supuesto, a los “edictos policiales” y -podría decirse- al aparato fascista que pone en movimiento. Y aunque Perlongher obviamente no desconoce el particular exceso vivido durante la dictadura, sin embargo entronca – es conveniente tenerlo en cuenta- los edictos policiales en una tradición represiva más antigua, más amplia y, diríamos, más *específica*: fueron introducidos, nos informa, en 1946, y desde entonces no han hecho sino multiplicarse, actualizar su fuerza e intensificar su violencia. Al mismo tiempo, no olvida la pregunta por el futuro, claramente con la posibilidad del retorno democrático muy presente: “Ahora que tanto se amenaza con volver al ‘Estado de Derecho’, los instrumentos represivos que prohíben beber, deambular, hacer el amor con quien tengamos ganas y donde se nos cante, ¿serán también abolidos? Por lo menos, no he escuchado en nuestros vetustos partidos nada acerca de ello” (133 – 134).

El escrito se cierra exigiendo la derogación de los edictos policiales represivos, el fin de la “averiguación de antecedentes”, de la censura, y la libre circulación por las calles. Y concluye:

Deseamos que esas demandas sean levantadas en todos los lugares: familias, partidos, grupos, bares, calles, instituciones, medios, etc. No precisamos de la policía para saber cómo portarnos. Nuestra cotidianeidad es un problema nuestro. Aprovechemos el momentáneo “repliegue” del régimen para acabar también con el autoritarismo y la prepotencia del poder.

Un beso.

POR UNA POLÍTICA SEXUAL

(2004: 135)

Pero, más allá del reclamo concreto, es en las proyecciones que va trazando donde la lúcida inteligencia de Perlongher se encuentra con razones políticas de más largo aliento para abordar la cuestión. Esta “represión explícita a la sexualidad”, dice, se asocia con una tradición machista que la policía viene a auxiliar y que descarga su dureza dominante sobre mujeres, maricas, niños, llegando su moralina a afectar incluso a los machos en sus andanzas extrafamiliares. En su firme defensa de las llamadas libertades cotidianas, que por definición requieren problematizar la responsabilidad con la que cada quien contribuye a la cuestión, se asoma una suerte de microfísica de la subjetividad que, ciertamente, comienza a dar lugar a una perspectiva micropolítica que será, como sabemos, característica del pensamiento de Perlongher:

En este momento el lector abraza tiernamente a su esposa y piensa: Yo no tengo, gracias a Dios, nada que ver con la homosexualidad. ¿Está Ud. seguro? ¿No será Ud., en su tibia normalidad, un cómplice complaciente de ese reiterado escarnio? Su miedo a la sexualidad, ¿no tendrá que ver con la represión moral que familias y policías inculcan desde pequeño?

(2004: 134)

Al mismo tiempo, reclamar para la sexualidad su constitutivo dominio político y recordarle a la política sus inevitables efectos en la dimensión sexual lleva a Perlongher a un hallazgo que sitúa el corazón del problema: la imposición de “normalidad” que, en su carácter coercitivo, se exhibe desmintiéndose a sí misma y muestra su no linealidad con la “naturaleza” en la que cree fundamentarse. Así, al

reconfigurar el problema, arribamos a otro desplazamiento decisivo: de una política-como-deseo-de-poder a una política del goce. Por la deliciosa retórica de Perlongher, y por la dificultad para aislar sus formulaciones decisivas, cito en extenso el texto:

Hemos sufrido mucho en estos largos años (y aún...). Dice Dante Panzeri que el sufrimiento es muy grande antes de llegar al goce. ¿Pero es que, en política, se está hablando de goce? *Toda política es, también, una política de la sexualidad.* En la Argentina militar, la política del Estado se ha dirigido a evitar la consumación –dificultar el “acto” sexual. Así, hacer el amor ha dejado de ser un pecado para convertirse en un milagro.

(...)

Estos temas sexuales nunca han tenido que ver con la política –porque *la política suele ser un deseo de poder antes que de goce.* Pero miles de hombres, mujeres y niños han sido molestados o secuestrados por la policía por no estar yendo “de la casa al trabajo y del trabajo a la casa”. Claro que al que soporta los estándares de la normalidad le resulta más fácil “eludir los patrulleros” que a quien no se los banca. Pero es la libertad de circulación y comunicación, amorosa, cotidiana, lo que estas prepotencias del poder cercenan.

La llamada “normalidad” se ha encargado de mostrar suficientemente en la Argentina lo doloroso de su fracaso. Si para mantener a los homosexuales fuera de las calles, es preciso llamar a la policía, entonces queda evidente que esa “normalidad” no funciona por “naturalidad”, sino por el peso de las armas.

Si la llamada “normalidad” precisa de la dictadura para sobrevivir, entonces *revélase ella misma anómala.*

(2004: 132 – 133. Las cursivas son mías.)

Así, a la luz de este texto y de los breves comentarios que hemos esbozado, puede situarse el *incipit* que abre un camino histórico. A medida que el pensamiento de Perlongher vaya fluyendo en la década de 1980 (con eventuales ritornelos hacia sus vivencias militantes en la década de 1970), se comenzará a desplegar una constelación de inquietudes sexogenéricas (siendo la tensión entre deseo e identidad tal vez la más fuerte) en las que su abordaje político -en la especificidad de sus inflexiones y articulaciones- ya no tiene retorno.

Y como, además, el pensamiento político de Perlongher no puede prescindir de una irreductible política literaria en la que –por caso- el poema realiza el gemido sexual o el grito de las locas, resulta claro el con-tacto o el punto de juntura en el que puede indagarse el modo en que la literatura de Perlongher experimenta con esos *pases*: lo que abre, o deja pasar (por) allí, y adviene aquello que podrá señalarse como un poderoso y singular acontecimiento literario. Pues al evitar subordinaciones y también el facilismo que supone la figura de ‘la mezcla’, se nos presenta, reluciente, el extrañamiento que la literatura de Perlongher puede suscitar o el modo en que puede afectarnos una y otra vez. Podría añadirse que asistimos a un tránsito o un contrabando altamente sorprendente cuyas resonancias –podría argüirse, casi al extremo del disparate- nos darían una Kate Millett pasada por Osvaldo Lamborghini, un Genet cercano a Góngora o un Foucault leído al trasluz de Girondo, entre otras cópulas posibles.

De este modo, si pensamos en la obra de Néstor Perlongher en su conjunto como horizonte, podemos vislumbrar cómo se organiza en gran medida sobre esta expresión (“Por una política sexual”), manifestada por Perlongher en el texto

comentado. La fórmula toma diferentes puntos de inflexión en distintos ‘episodios’, varios de ellos ya recorridos, y forma una suerte de arco: la acción militante en el contexto del FLH, la guerra de Malvinas (aunque no se hable en la polémica de *Sitio* de sexualidad, lo que comienza a cristalizar nítidamente es la disidencia de Perlongher respecto de las políticas identitarias, que aunque refieran a una discusión nacional, van a tener un alto impacto en su pensamiento sobre sexualidad, sobre todo bajo la figura de las “islas”; y a la vez, la discusión pone en juego la disputa en torno a una política literaria), las operaciones poéticas que se dan a leer en *Austria-Hungría* (fundamentalmente a partir de lo que hemos llamado “una violencia sexopolítica”), el gesto profanador de ciertas figuras sagradas (el sexo de la Patria: de los personajes decimonónicos de *Alambres* a Evita), entre otros. En todos ellos se puede seguir o formular cierta serie posible en torno a este punto: cómo la política deviene, a través de la serie y cada vez en sí misma, política sexual. Y también a la inversa. Por eso, en tanto entrada conceptual, el devenir de esta cuestión precisa en el relato crítico de Néstor Perlongher permite, por un lado, trazar proyecciones de amplio alcance en términos históricos (solidarias con los desplazamientos que acaso el mismo Perlongher impone en su vida y su obra) y, por otro, abrir el camino para explorar y conjeturar conceptualmente en torno al pensamiento del autor, situándolo a partir del modo en que se conjugan su entrada a la literatura, su acción militante e intelectual y su apropiación y postulación de nociones vinculadas a la sexualidad, como ya hemos hecho. Y afecta, así, distintos planos superpuestos: temporal, biográfico, intelectual, literario, político, además de corporalizarse en *formas* (literarias) heterogéneas: poesía, ensayo, escritura

epistolar, cuento, tesis antropológica. Cada aspecto o matiz se desanda críticamente en su propio desarrollo y desprende conjeturas en cada caso.¹⁰²

Pero todo esto tiene un límite: las vivencias en torno al VIH-Sida. Nos ocuparemos a continuación del impacto del sida en Perlongher registrado en las cartas a su amiga Sara Torres, cerrando de ese modo vida y obra, a la vez que se cierra un tiempo en torno a *una* política sexual.

2. “Un dolor de abandono”. El relato del sida en las cartas a Sara Torres

“Te roza ambos cachetes, sutilmente, La Rosa”

(Mayo 1992, en Perlongher (2004): 457)

2.1. La carta como presencia: afirmación afectiva y ansiedad demandante

Durante mucho tiempo, dos fueron los epistolarios publicados de Néstor Perlongher. Uno dirigido a su amiga Sarita Torres, que abarca poco más de once años (desde el 4 de julio de 1981 hasta el 31 de agosto de 1992) y se corresponde con la partida de Perlongher a Brasil en 1981 hasta su muerte, incluyendo las cartas

¹⁰² Por supuesto, no podría faltar “Cadáveres” en una perspectiva que interroga un devenir sexual de la política y un devenir política de la sexualidad. Sin embargo, nos abstendremos de un abordaje específico y pormenorizado de dicho poema a partir de una justificación fáctica que atiende a la copiosa crítica ya existente sobre el mismo. Pero además, preferimos deslizar una razón literaria: “Cadáveres” es lo que está *ausente* (“Respuesta: No hay cadáveres”). Pese a (o mejor: precisamente por) algunas menciones y apariciones o comentarios acotados a lo largo de los capítulos, es como un punto de imantación al que nunca se puede llegar cabalmente pero que al mismo tiempo está presente *todo el tiempo, en todas partes*: como los cadáveres.

enviadas desde París entre 1989 y 1990. La otra serie publicada es la que le envió a Osvaldo Baigorria entre 1978 y 1986; en total doce cartas que dan cuenta del nomadismo de Perlongher pero también del mismo Baigorria (en las primeras Perlongher está en Buenos Aires y Baigorria en Canadá, y en las últimas Perlongher en San Pablo y Baigorria en Buenos Aires).¹⁰³

En ambas series, una voz escrita en primera persona se pone a hablar, instalando así un “yo” que firma indistintamente como “Néstor”, “Rosa”, “Rose”, “N”, “la otra”. Pero más acá de esa proliferación que deja leer en el estilo cotidiano y privado una huella de lo que para Perlongher es el chiste de la identidad (en este caso, bajo la forma de un imposible nombre propio único), importa lo que en esas cartas el escurridizo y reactivo “yo” de Perlongher¹⁰⁴ afirma acerca de una afectividad redefinida por la invasión del sida y, consecuentemente, la inminencia próxima de la muerte.

Nos detendremos en la serie dirigida a Sara Torres que, por su extensión cronológica, es la que se explaya en el testimonio del sida¹⁰⁵. En primer lugar, hay que considerar la carta como presencia que afirma un vínculo: esa palabra escrita

¹⁰³ El dirigido a Sara Torres se publicó en el año 2004 en la edición de *Papeles insumisos*; el epistolario dirigido a Osvaldo Baigorria en 2006 como *Un barroco de trinchera*, cuya edición realizó el propio Baigorria. Por el tiempo en el que se desarrolló la investigación en la que se basa esta tesis, no fue posible tomar en consideración el volumen de *Correspondencia* compilado por Cecilia Palmeiro, en el que se reúne un valioso material que incluye muchos otros destinatarios.

¹⁰⁴ Me refiero al modo en que Perlongher mismo tematizó y puso a funcionar en su propia obra el descentramiento del sujeto y la identidad –y, por extensión, la idea de un ‘yo’-, influido por la filosofía deleuzeano-guattariana.

¹⁰⁵ Todas las referencias de estas cartas corresponden a Perlongher (2004). Por eso, al citarlas, sólo consignaré el número de página correspondiente y, en algunos casos, la fecha de su escritura.

que quiere dialogar con un otro, presentificándolo, y que por eso exige siempre una respuesta. “Como deseo, la carta de amor espera su respuesta; obliga implícitamente al otro a responder, a falta de lo cual su imagen se altera, se vuelve otra”, señala Barthes (2006: 52), y quisiera pensar allí en un vínculo amoroso en sentido amplio, en este caso extensible a una amiga. La carta, así, pone en juego la relación misma, aunque en una correspondencia unidireccional como esta (sólo leemos las cartas de Perlongher), revelarán más sobre Perlongher mismo (*solo*) que sobre su vínculo con Sara Torres. Esto es: la permanente demanda que registra Perlongher (*‘escribime, escribime, escribime’*) dicen demasiado sobre su soledad, su aburrimiento o su necesidad afectiva. Aunque, claro está, en esas huellas también se filtra la eventual ‘ausencia’ de Sarita (no le responde algunas cartas, no le escribe con frecuencia). La ausencia de escritura de la amiga es el correlato que afirma (y hace presente) la ausencia física, la distancia o no proximidad de su cuerpo. La ausencia de su voz escrita confirma la ausencia de la materialidad sonora de su voz y le recuerda a Perlongher que ella no está cerca. La demanda afectiva, así, se regula en la escritura epistolar perlongheriana mediante una ansiedad que filtra en la superficie el deseo de contacto y diálogo¹⁰⁶.

Esa ansiedad que está presente a lo largo de todo el epistolario (y también en el dirigido a Osvaldo Baigorria) y que, por lo tanto, parecería una constante de

¹⁰⁶ El motivo de la ‘afección’, a su vez, quiere tener diversos matices: valga como ejemplo el modo en que Perlongher ironiza, con cierto desprecio, sobre “un grupo de apoyo a *afectados* por el SIDA (vaya rodeo esforzado para evitar la palabra ‘enfermo!’)” (443, mayo 1990 [Paris], cursiva mía).

Perlongher, se exagera, sin embargo, a partir de la enfermedad, y menos por una acumulación cuantitativa que por una fuerza intensiva.

2.2. El registro clínico-químico: un relato posible

Las cartas de Perlongher suponen un registro testimonial de gran interés para acceder a ciertos saberes sobre el sida. El poder de estas cartas, en términos documentales, tiene que ver con que construyen el relato de una vivencia de la enfermedad allí donde el disciplinamiento biomédico se formula y actúa y el discurso de las ciencias sociales se detiene. En este sentido, podrían ensayarse varios modos de leer el sida allí.

Uno se ancla en el contexto de la obra de Perlongher y tal vez sea el más próximo, por lo que aparenta de evidente, aunque a su vez no se reduzca a lo meramente constataivo. Se trataría, entonces, de recordar el particular énfasis con el que Perlongher escribió sobre los primeros embates del sida como fenómeno, pero leídos ahora desde sus escrituras epistolares, es decir, privadas. Habría allí una invitación a indagar cuál es el giro –si es que lo hay- entre el sida como un fenómeno sociocultural y biopolítico y la enfermedad como vivencia personal: qué se dice de lo primero cuando ocurre la *invasión* de lo segundo. En la carta de febrero de 1990, en la que Perlongher le cuenta a Sara Torres, desde París, que el test le dio positivo, le manifiesta que “ahora que me veo en la proximidad de la enfermedad, me cuestiono todo lo que pensaba y escribía y me aferro a la religión del Santo Daime como única salvación” (442). La pregunta, en suma, sería si hay una inflexión

ideológica sobre el sida en Perlongher a partir de su propia vivencia de la enfermedad respecto de sus creencias teóricas y críticas previas. Es decir, si a partir de esa vivencia se abre una distancia de sí-a-sí que posibilitaría una experiencia al poner a prueba dichas creencias y, por lo tanto, haría ocurrir algo desconocido que fundamente, más acá de las pronunciaciones explícitas y de las vivencias concretas relatadas, el hipotético giro en la percepción de la enfermedad como acontecimiento biopolítico.

En otra dirección, también podría leerse allí la representación de la vivencia de la enfermedad en términos biomédicos: en estas cartas que Perlongher le escribe a su amiga estando ya enfermo, va inscribiendo una enumeración de afecciones, padecimientos y síntomas que funcionan como motivos recurrentes en torno al desarrollo de la enfermedad. Estando todavía en París, se queja de la falta de atención y la incertidumbre:

El problema es que pocos médicos entienden de SIDA. Es el paraíso de la más cruel alopatía. Lo cual mi extranjería complica, pues me tratan cual a un fugitivo otomano. Y mi francés sigue pésimo! (444, 14.5.90).

También, su primera resistencia a tomar AZT hasta que, finalmente, “no hubo otra: había que tomar el AZT!” (444). Y entonces sus efectos: los estados de insomnio, la diarrea, la depresión, la fatiga. Y la lista de “achaques” (453) podría continuar: pulmonía, fiebre, cansancio, sinusitis... (449 y 453 [octubre 1990 y junio 1991, respectivamente]). La doble faz que configuran el deterioro orgánico y el artefacto médico-farmacológico, en este momento del sida como enfermedad mortal, constituyen al enfermo no sólo como otredad peligrosa para el imaginario social

(Bessa 2002) sino también como un auténtico monstruo científico (Link 2005). Carnes de laboratorio en tanto presas de experimentaciones bioquímicas (en el mejor de los casos; en el peor, cuerpos desechados o abandonados a su suerte), Perlongher lo percibe con nitidez: los medicamentos, dice, “me transforman en una verdadera creación química” (449). Casi en manos del Dr. Frankenstein, poco menos de dos siglos después de él continúan reactualizándose las ficciones científicas en torno a la administración de lo viviente (Foucault 2008a; Giorgi y Rodríguez 2009), aunque al mismo tiempo, pareciera que el sida clausura la imaginación romántica que fue, en principio, uno de sus aspectos constitutivos, y luego una intermitencia nunca apagada del todo. En efecto, a diferencia de otras pandemias de los siglos XIX y XX, el sida parece tener poco y nada de ‘enfermedad romántica’ y es así como se recorta en ‘la’ enfermedad finisecular y posmoderna de cara al futuro; como afirma Daniel Link, “el SIDA es, efectivamente, la Enfermedad del capitalismo tardío” que convierte “al monstruo clásico en una nueva clase de monstruo: el ciborg, el mutante del siglo XXI” el cual ya no supone “un principio de inteligibilidad (...) sino una ética y una estética de la existencia” (Link 2005: 164 y 172).

2.3. Solo ante la muerte: la vida sensible

Pero si bien por un lado tenemos este registro clínico, orgánico, este ‘cuadro’ que organiza un relato posible, por el otro tenemos un torbellino sensible: “Una hipersensibilidad exacerbante. Un dolor de abandono” (452, enero 1991); “el coco

estalla y roe el alma asustada” (449, octubre 1990). La conmoción anímica o emocional, claro está, acompaña al deterioro físico, con lo cual, además de la enumeración de síntomas concretos en el cuerpo, estamos ante el relato de los *efectos* de esos síntomas sobre el cuerpo aún viviente y, fundamentalmente, de las consecuencias en su con-vivencia cotidiana con la enfermedad: el ánimo, la percepción de los afectos, la sociabilidad.

Los estados de ánimo están casi siempre recorridos por la “sensación de derrumbe” (446) que lo conduce a la inacción, aún teniendo leves mejorías físicas:

...uno de los problemas que padezco es que no sé exactamente qué es lo que puedo hacer y qué es lo que no, mi inclinación natural es la yacencia mustia. Acabo haciendo nada o muy poco... (449, octubre 1990).

O bien:

Heme aquí bastante bien de salud, aunque con el ánimo ocupado por un profuso tedio. Estuve bastante animado hasta ahora pero de repente, no sé, me harté, y me cuesta recomenzar la cuesta como una borrica empacada en paúles, no baúles (455, septiembre 1991).

El tedio, la apatía, la “depre”, el cansancio, la “yacencia”, el desgano, atraviesan el epistolario de la enfermedad. Esa “reseña de males” (459) está asociada también (simultáneamente como causa y como consecuencia) a la inminente y soberana soledad: Perlongher le cuenta/demanda a Sarita:

Preciso un poco de mimo, porque en general me siento solo. Esta enfermedad provoca un aislamiento progresivo porque uno no consigue acompañar el ritmo de los otros y va quedando rezagado (458 - 459, agosto 1992).

En este sentido, allí se vuelve a hacer presente la escritura como la apertura de un espacio para el diálogo o la escucha, al tiempo que supone una afirmación afectiva regulada y solventada por la intensidad del vínculo. La escritura, así, cubre un vacío, y es de esta manera que quieren seguir siendo una afirmación vital: *estas cartas* a su amiga que no dejan de sucederse, más allá de los malestares que registra (la negatividad, el nihilismo, la tristeza, la melancolía, la “saudade”). Perlongher le escribe a su amiga porque está solo, y de hecho le reclama insistentemente que le escriba: quiere dialogar, conversar:

Y, no mientas, he visto que tenés un computador, máquinas de escribir, lapiceras, blocks enteros de hojas maravillosamente blancas, que son un encanto, no como ésta inequívocamente un enchastre. Y ME VAS A DECIR QUE NO PODÉS ESCRIBIRME, qué te cuesta. (454, junio 1991)

Y aunque le pide que vaya a visitarlo a Brasil porque hay “cosas para hablar de cerca” y porque “tengo deseos y necesidad de que hablemos”, aunque reconoce o percibe un límite en la comunicación epistolar escrita (“Es difícil decir lo que me pasa por carta, o implica desgarramientos que la afectuosidad del tete à tete atenúa” (451 - 452, enero 1991)), aún a pesar de todo esto, *mientras tanto, no puede dejar de escribirle*. Y si escribe menos, es sólo porque le “cuesta arrastrarse hasta los correos de soviéticas colas infinitas” y entonces “es una novela conseguir a alguien que me lleve las cartas” (454, junio 1991). Lo que allí posiblemente se esté exhibiendo, con bastante claridad, es la marca del impacto del sida que redefinió los afectos homosexuales, dando lugar –como señala Denilson Lopes- a “un deseo de

mantener un diálogo, un lenguaje afectivo”, esto es, una estrategia, “incluso ética, de sobrevivencia” (Lopes 2002: 156 – 157. Traducción nuestra.).

Paralelamente, la búsqueda de otros modos de intensificar la vida presente está dada, en Perlongher, por el ‘camino místico’. Es por esta época, en efecto, que sus preocupaciones intelectuales y poéticas están atravesadas por la idea de “salir de sí”, desplazando y transfigurando (incluso podría decirse ‘de vuelta (de)’ en varios sentidos) el tema de la sexualidad. La consideración de este giro, que nos devolvería al contexto de su obra, puede verse, con todo, en la cantidad de ensayos y poemas que la dedica a la cuestión por esos años¹⁰⁷.

Pero, antes bien, ateniéndonos a las cartas, lo que allí se pone de relieve, en relación con estas búsquedas, es el deseo de alguna ‘salud’ que lo reinvente *en y para* sí (aunque hable de un “salir de sí”) y le permita o le abra, siquiera la posibilidad, de poner(se) a prueba (en) los límites sensibles. Aunque al mismo tiempo siempre esté a un paso (y justamente esto evidencia el riesgo en juego que un muerto en vida ni siquiera correría) de replegarse hacia alguna creencia externa

¹⁰⁷ Por supuesto, estoy pensando principalmente en sus conocidos ensayos sobre la religión de la ayahuasca (recopilados en *Prosa plebeya* en la sección que sus compiladores titulan “Antropología del éxtasis”) y en sus dos últimos poemarios (*Aguas aéreas* [1991] y *Chorro de las iluminaciones* [1992]). Si bien sería preciso no subrayar una relación necesariamente causal entre la búsqueda religiosa-alucinógena y la enfermedad como inminencia de muerte (ya que el interés de Perlongher por la primera es un poco anterior a la aparición de la segunda), de todas maneras es innegable el modo en que se contagian mutuamente sobre el final de su vida y su obra. Para una lectura de su ‘poética terminal’ a partir del “mal de sí” es indispensable el ensayo de Tamara Kamenszain “El canto del cisne de Néstor Perlongher” (2000: 151 – 154). En cuanto al desplazamiento operado respecto de la sexualidad en este momento, y al impacto que postula Perlongher, es fundamental (tal como ya lo abordamos en otro capítulo) su ensayo “La desaparición de la homosexualidad”, como así también el “Post-Scriptum” redactado especialmente para *La prostitución masculina* (primera edición argentina de *O negócio do michê*) (Perlongher 1993) y, del cuento al canto, su poema “Gemido” incluido en *Chorro...*

de sanación o alivio. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la preocupación por la presunta incompatibilidad del AZT y los antibióticos con la bebida del Santo Daime: no poder tomarla, dice, lo deja en ruinas (449). O con la evocación del Padre Mario, un famoso sacerdote del oeste del Gran Buenos Aires que curaba por imposición de manos (453 - 454): “Si lo vas a ver (...), pedile por mí” (454), le dice a Sarita, además de dedicarle, por esa misma época, el largo poema-ruego “Alabanza y exaltación del padre Mario”.

Estas cartas, en suma, dan cuenta de un mundo personal en ruinas, derrumbándose, pero al mismo tiempo permiten vislumbrar o entrever la reinvención constante de sí, la permanente posibilidad abierta de afirmar un exceso vital que desplace siempre un poco más allá, una y otra vez, un día tras otro, ‘eso’ que aunque no se nombre sin duda se sabe, lo cual supone que está presente: la muerte próxima, inevitable e inminente. Es como si tuviese la ilusión o la fantasía de poder suspenderla u olvidarla, por lo menos en el registro verbal explícito. Desde este plano, Perlongher parecería no entregarse ligera o fácilmente a la idea de una muerte por venir, que sabe que llegará pronto: aún haciendo una detallada reseña de sus males (y cómo no hacerlo), a la muerte ni siquiera la menciona, como si no estuviese en el horizonte de posibilidades¹⁰⁸. Por eso, en términos testimoniales, el tono del epistolario no deja de ser de a ratos festivo, incluso casi chistoso y, aún en

¹⁰⁸ Como señala Vladimir Jankélévitch, la trampa esencial de la muerte es siempre reservarla y aplicarla a los otros por “una prórroga perpetua y un aplazamiento”: “es como si reserváramos soberbiamente la muerte a la gente que pasa por la calle. (...) Y eso está justificado por la necesidad de la existencia. Supone perpetuamente este engaño. (...) Lo sé [que voy a morir], pero no estoy íntimamente persuadido. Si estuviera persuadido, totalmente seguro, no podría vivir. Entonces, lo aplico a los otros” (2004: 26 – 27).

la percepción de su 'derrumbe' –físico, afectivo, emocional-, no se trata de un incesante lamento agónico como podría haberse esperado de un acontecimiento como este -el presentimiento de la muerte- tan proclive a la victimización, el efecto de lástima o la búsqueda de compasión¹⁰⁹.

La muerte inminente, así, funciona como aquello que no puede escribir. A partir de esa innominación, Perlongher parece escribir como si estuviese simplemente enfermo, y no como un enfermo terminal que va a morir tal vez mañana mismo: no lo quiere o no lo puede recordar al escribir. Pero está claro que esto no significa que no esté presente; casi por el contrario, confirma su presencia como un fantasma que precisamente por el temor que suscita no puede articularse en el lenguaje. Desde esta perspectiva, se abriría un espacio de tensión entre esa imposibilidad de nombrar una presencia (silenciada o negada) que es precisamente la que, en su sinsentido, le hace sentir la vida (Jankélévitch 2004: 37) y el plano eminentemente explícito que articularía, a su vez, la tensión entre los motivos que parecen inscribir la muerte –delatándolo como un muerto en vida- y la imagen de sí que quiere ofrecer como una vida que, pese a todo, aún resiste.

¹⁰⁹ Y aquí hay que sumar la eficacia retórica de Perlongher, aunque no por eficaz carente de complejidad: precisamente ésta puede ser una de las razones que hacen que el epistolario no se lea de un tirón pero, al mismo tiempo, que sostenga el interés y por lo tanto sea imposible desprenderse de él hasta la última carta. Se trata de un estilo que parece no querer desvincularse del poema y se plantea casi como su continuidad: los 'jueguitos' verbales, los recovecos lingüísticos y, en suma, la falta de despojo en general de su densidad barroca que desafía la retórica epistolar más o menos esperable o característica. Las cartas de Perlongher, así, quieren funcionar como una continuidad literaria en la vida, o mejor, como la continuidad de la literatura en el diálogo privado. Incluso cierto godeo en algunos términos médicos parecen querer dar cuenta de ¿'una enfermedad-barroca'?

En este sentido, la figura del abandono es sugerente: la escritura de la angustia y la soledad son el “dolor de abandono” cuya percepción recorre estas cartas (abandono de los otros, abandono de la poesía, abandono de los proyectos y tal vez de la idea de futuro a largo plazo). Pero estas inscripciones, que permitirían hallar en esas cartas a un muerto en vida, a la vez no logran desestabilizar la poderosa imagen de sí mismo que Perlongher da: un sujeto que no deja de hacer cosas, porque allí todavía hay algo vivo que se afirma y que por eso no (se) enuncia ‘desde’ Tánatos sino ‘en contra de’ (y no en un sentido de oposición sino de resistencia). En la última carta, tres meses antes de morir, le cuenta a Sarita que quiere mudarse a un departamento más amplio para poder tener un acompañante con más comodidad, que quiere ir a Buenos Aires en octubre, que perdió la visión de un ojo (y aún así, *sigue escribiendo*) (459 - 460). De este modo, Perlongher se esfuerza en demostrar (en actos y en palabras) que, aún con todos sus malestares, no se ha *echado al abandono*, es decir, no se ha entregado -no quiere entregarse- a la quietud, inmovilidad o inacción de quien, agonizando, espera la muerte.

En tanto indecibles, estas tensiones se afirman como una ambigüedad que permea el epistolario y convocan el interés para indagar y conjeturar –en términos más amplios- la marca de intensidad que dejó el sida como enfermedad mortal en ciertas escrituras asociadas a varones homosexuales: ante la vida amenazada, afirman posibilidades de devenir hacia nuevos modos de relaciones –en el caso de Perlongher, afectivas y sociales. En este sentido, estas cartas parecen querer funcionar como una escritura que *hace* la vida presente. Un acto de presencia ante la amiga y ante sí.

CAPÍTULO 6

Un pensamiento literario de la sexualidad

A partir de las formulaciones que efectúa Perlongher en su obra en torno a las teorías de la sexualidad de su tiempo (situadas o leídas, todas ellas, desde una perspectiva política liberadora y emancipadora), es posible rastrear en ella los modos y las formas en que elabora, entre Argentina y Brasil, lo que podría llamarse un pensamiento literario de la sexualidad. Mediante restos, derivas, contrabandeos, y privilegiando el ensayo como la forma conveniente entre la articulación conceptual y la experiencia literaria, Perlongher define, en los años 80 (pero sin dejar de potenciar sus vivencias militantes de los 70), un pensamiento crítico en torno a la sexualidad que dialoga, discute y es susceptible de ser comparado con otrxs autorxs (sobre todo feministas y LGTB) que en ese momento también estaban pensando y escribiendo en esa dirección teórico-política, aunque con diferentes matices e incluso más allá de las lecturas específicas de Perlongher.

Es indispensable, en este punto, la noción de *ensayo errante*, la cual puede articularse a partir de las reflexiones que realiza el propio Perlongher en su ensayo "Poética urbana" [1989], en el que efectúa casi un manifiesto en torno a la deriva como forma de la experiencia urbana. Afirma allí Perlongher:

Ese perderse en la ciudad, requisito de su "conocimiento" exploratorio, es entonces intensivo. ¿De qué tipo de conocimiento se trata? Falta la clásica distancia/oposición entre el sujeto y el objeto. Quien se pierde, pierde el yo. Si yo me pierdo... Errar es un sumergimiento en los olores

y los sabores, en las sensaciones de la ciudad. El cuerpo que yerra “conoce” en/con su desplazamiento. Conoce con el cuerpo, diríamos a la manera de Castañeda. Ese “conocimiento” –la palabra es manifiestamente inadecuada- pasa por lo sensible. (...) Involucra al cuerpo “invisible”, “vibrátil”, entrando en conexión casi mediúmnica con las vibraciones de lo urbano. (Perlongher 1997: 143 – 148)

Así, lo intensivo del conocimiento con el cuerpo sensible va a suponer y habilitar la errancia (podríamos decir: el "yire") como aquello que hace a su experiencia. En este sentido, se trataría de un ensayo sensible como modo de conocimiento del cuerpo urbano, lo cual resulta altamente significativo en un etnógrafo que a su vez hizo del callejeo una experiencia poética y una forma de vida. Pero además, como "errar" también supone cometer un error, se abre aquí la consideración del ensayo en términos de escritura (el ensayo literario, y también el ensayo como forma – según lo conceptualiza Adorno (1998) a este último) en su articulación de saberes conceptuales y experiencias, cuyas verdades no son reactivas al "error" sino que, por el contrario, se potencian en él y lo desconocen como tal.

De esta manera, nos situaremos ante el pensamiento de la sexualidad en / de Perlongher, es decir el modo en que elabora en sus ensayos (aunque siempre en diálogo y tránsito con su poesía) formulaciones específicas que permiten detectar y conjeturar, por un lado, sus lecturas y las apropiaciones que hace de ellas; por otro lado, podrían trazarse además algunas comparativas con autorxs que también estaban pensando y escribiendo por esos años, aunque Perlongher no necesariamente lxs conociera. En la primera dirección, que será en la que nos detendremos (a través de las producciones de Michel Foucault y Guy

Hocquenghem), además de ofrecer un breve mapa posible que sistematice descriptivamente las influencias (en tanto discusiones o apropiaciones) en el pensamiento en torno a la sexualidad de Néstor Perlongher, puede hipotetizarse, a partir de estas líneas, el modo en que se configura dicho pensamiento a partir de los saberes de su tiempo (y los desplazamientos que experimenta en sí mismo y en la biblioteca frecuentada), relevando además los conceptos clave que toma de cada autorx. En la segunda dirección, se trata de autorxs (por caso, Monique Wittig y Adrienne Rich) cuya producción es evidente que Perlongher no frecuentó (evidente en tanto no se hallan menciones, ni se detectan huellas en su obra), pero que sin embargo habilitan el trazado de ciertas analogías por el modo en que cuestionan y descentran epistemologías heteronormativas, tramando e invitando a su fuga, por los mismos años, y además permiten conjeturar, a partir del desplazamiento a las figuraciones y experimentaciones con la función-autorx, cómo se configuran pensamientos literarios a partir de la frecuentación de prácticas literarias, y en la medida en que se piensan a sí mismxs como escritorxs (poetas, novelistas), con lo cual el pensamiento conceptual y político se teje en íntima relación con una experiencia literaria. Experiencia que encuentra en la escritura ensayística una formulación posible que transfigura el cuerpo sensible de quien escribe y deviene impersonal su ensayo errante del cuerpo que se pierde en la deriva urbana.

En este sentido, es necesario relevar la importancia del abordaje de un corpus de Néstor Perlongher que supusiera la obra en su conjunto para efectuar una lectura 'integral', y el modo en que, a partir de esta decisión, se ve implicado un punto de vista crítico que busca no enfatizar la zona más reconocida de su

producción (la poesía) y, concomitantemente, las recepciones y polémicas en torno al neobarroco que le dieron a Perlongher una de sus legitimaciones fundamentales. De igual modo, y precisamente para destacar la singularidad de su ensayística, opera la misma decisión que busca no recortarla aislada sino relacionarla con el resto. Este primer punto, entonces, conduce a considerar una serie de cuestiones imbricadas: las distinciones del propio Perlongher sobre sus diferentes escrituras que están en la base de estos planteos; la focalización que, con todo, se puede realizar de su obra poética y el modo en que, en función del trabajo en su Archivo, se podrían pensar otros derroteros que modifican ligeramente su consideración formal más canónica; y entonces sí, a partir de allí, la re-consideración acerca del barroco y el tránsito hacia su pensamiento (literario) en torno a la sexualidad.

En cuanto a sus consideraciones en torno a la escritura, resulta muy elocuente una entrevista que le realizan Horacio González y Christian Ferrer, poco antes de su muerte, en 1992, en la que Perlongher va tratando de situar las diferencias como antropólogo y poeta.

Para mí es una especie de esquizofrenia. Yo en realidad soy poeta en la Argentina y antropólogo en el Brasil. Así que es como una especie de doble personalidad. Depende del momento, a veces me conflictúa, a veces me parece que es una manera diferente de acceder a varios tipos de conocimiento o de experiencia cultural. (Perlongher 2004: 371)

De modo que allí Perlongher trata de distinguir por dónde pasaría la diferencia entre su escritura como poeta y su escritura como antropólogo (en la que incluye también el ensayo, por lo menos como parcial solapamiento (373)). Reconoce a la poesía

como un trance, en el que se juega el cuerpo, busca un efecto (poético: intensivo y emocional, de fascinación) y se sostiene en su inmanencia de “palabra plena” que “no remite a otra cosa” (373). Por otro lado, entiende que en el ensayo, aunque tal vez haya un deseo de poesía, la intencionalidad es otra puesto que está al servicio del pensamiento (380). Pero al mismo tiempo, ese acceso a “otro tipo de experimentación con la escritura” que supone la poesía le permite “alterar un poco la sequedad” de la escritura de las ciencias sociales que es “muy seca, muy triste” (371), a la vez que le permite discutir con la “creciente tendencia a la feudalización de los campos del saber”. En este sentido, por ejemplo, le reclama a las ciencias sociales una modalidad de “investigación poética” en la cual “la corporalidad, el deseo, la locura y el delirio pueda pesar” (361). También efectúa una diferenciación de dominios entre el quehacer poético y el del crítico (en otra entrevista, con Samoilovich y Freidemberg), señalando que “hay como una obligación de que el poeta tenga otro discurso además del propio de la poesía, y por eso mi preocupación por tratar de separar. No es una oposición a la crítica, es reconocer dos lugares diferentes” (370). Sin embargo, los desplazamientos y pasajes no se hacen esperar: por un lado, el antropólogo en el poeta, cuando comenta su experiencia con la religión de la ayahuasca: “yo fui a observarla como antropólogo, pero bueno, acabé escribiendo un libro de poesía [*Aguas aéreas*]” (372); y la antropología, pese a su voluntad de “cientifización”, no sería más que “una forma bastarda del realismo”, “no dejaría de pertenecer, en última instancia, al territorio literario” (373).

Todas estas vueltas, más que como posibles contradicciones, me gusta tratarlas y situarlas como tensiones, sosteniendo toda su complejidad e, incluso, ambigüedad. Me interesa, en fin, atender a esas diferencias para no caer en las meras vinculaciones, pero también considerar las continuidades y pases para evitar enérgicamente el reduccionismo. De modo que está claro que no me interesa una taxonomía clasificatoria, sino el desborde, el derrame, de una escritura sobre otra. Aunque tampoco se trata de aplanar sus diferencias como si escribiese todo igual: de allí lo interesante de recuperar sus propias consideraciones. Porque además de sus propias declaraciones, ciertamente la consideración de su relación con la escritura es elocuente (y en esto ha sido fundamental la observación del Archivo). Efectivamente, en poesía, escribe mucho, corrige obsesivamente y descarta innumerables versiones; pero al mismo tiempo, esto contrasta con su casi verborragia ensayística o la 'urgencia' del escrito político que nos remitirían a cierto espontaneísmo ('desbocada' o 'deslenguada': por caso, como vimos en la intervención en *El Porteño* en la polémica con la CHA, incluso en su anécdota figurativa rebosante de ironía ("leí en la peluquería... no entendí..."), y a partir de ahí, el *arrojo* a la respuesta). En todo caso, lo que sigue operando allí como flujo es el trance como experiencia corporal de escritura.

Entonces, este afán 'separatista' de discursos, que a la vez no oculta el modo en que se nutren entre sí (y le permite a Perlongher cuestionar los límites de la "especialización" disciplinar), resulta también interesante para ir contra el perezoso cliché de la mezcla, o de la simple mixtura. (Vale aclarar que si bien Perlongher habla de "mezcla", lo hace en otro sentido y dirección (Cfr. 2004: 377, 379).) De allí

que en las tensiones entre diferencia / mezcla, cruce posible / indistinción, en torno a poesía, antropología, ensayo, optemos por la vía de la indeterminación, o del contacto (como lo entiende Jean-Luc Nancy), que permite sustraerse de la homogeneización y de la desdiferenciación. Por otra parte, no habría que olvidar que estas relaciones, que por momentos toman la forma de gradaciones, o de matices o inflexiones posicionales no del todo resueltos o claros, precisamente por suponer diferentes entradas a la escritura también implican decisiones epistemológicas en su labor como antropólogo.

Como se aprecia en el fragmento citado de la entrevista, además, Néstor Perlongher al reflexionar sobre los límites entre su trabajo de escritura poética (podríamos decir, 'literario') y su trabajo como antropólogo (mediante una escisión que él gustará de señalar como esquizofrénica en su seguimiento a la filosofía de Deleuze-Guattari), traduce u homologa otra escisión: la territorial (Argentina-Brasil) y, consecuentemente, la lingüística. De modo que esto nos conduce a otro problema central: en efecto, su labor poética es reconocida mayormente en Argentina y escrita en español, y su producción en ciencias sociales se desarrolla en Brasil (incluso anclándose institucional y académicamente allí), la cual, lógicamente, escribió en portugués. (Como señala Jorge Panesi a propósito de la publicación de *La prostitución masculina* en 1993: en Argentina se lee como el comentario narrativo a su obra poética (2000: 345), y bien podríamos decir "teórico" en lugar de "narrativo".)

Así, también en esta dicotomía, es preciso apresurarse a desconfiar de su constatación esquemática, aunque sin desconocerla, y, dada la naturaleza de nuestra perspectiva –que se propone problematizar ese límite-, señalar a propósito

de estas cuestiones que el establecimiento del corpus (solapado a la noción de obra tomada aquí en su conjunto, y por ende entendida en este aspecto como reunión - aunque nunca 'completa'), supone una decisión crítica (que, para considerarla en términos científicos, informa un problema metodológico central). En esta dirección, resulta interesante proponerse 'rediseñar' el "objeto" Néstor Perlongher a partir de todo el volumen textual del que disponemos hoy (y que va más allá de su poesía). Me refiero a epistolarios, ensayos, crónicas y, en fin, recopilaciones que facilitan el acceso (independientemente de que muchos textos se podrían ir a buscar a las revistas en las que estaban dispersos, lo que importa señalar como relevante es el gesto que muestra en los últimos años un interés en Perlongher un tanto diferente y renovado). Y también, por supuesto, cabe pensar en su Archivo y los documentos que de allí se pueden rescatar.

Con todo, el brillo de su poesía nos sigue cautivando y es imposible apartarla. Pero como trato de entenderla en un arco más amplio, desde este sitio la lectura de poesía tiene lugar como momentos de un devenir literario más expandido, y en lo que esos momentos tengan de fuertes, de 'verdad', de intensidad o de singularidad (como indagamos en torno a *Austria-Hungría*). Sobre todo porque (sin ir tan lejos, se lo puede deducir o advertir de sus comentarios anteriores) pareciera que a Perlongher le interesa el ritmo poético del mundo, tal vez más allá de la forma poesía. O bien, que lo que cuenta, en último término, es la literatura a secas, que no necesariamente queda reducida (siempre) a la poesía (aunque sugiera diferencias, o tal vez justamente por eso).

Y precisamente, como quedó exhibido en las citas previas, lo que Perlongher persigue es el *efecto* poético: que el poema se sostenga por sí mismo (una autonomía fundada en su materialidad verbal) y una búsqueda estética que, en este caso, remite a ‘lo bello’: hacer joya. “Que todo resplandezca, brille... Hay que trabajar con el lenguaje y explotar al máximo su belleza, y explotar también al lenguaje”, dice, y agrega: “No puede ser que las cosas sean del tipo: hoy subí al colectivo, iba al Congreso, y me acordé de la gorda que lavaba la ropa” en vez de “una avalancha de banlon lastima el chirrido de las ruedas” (Perlongher 2004: 310). Que esta joya, como señala Panesi (2000: 305), tenga resultados escatológicos, muestra la complejidad de la obra de Néstor Perlongher en torno al con-tacto (Nancy 2003b, 2011) entre ‘lo alto’ y ‘lo bajo’. Lo que propongo es que, precisamente en ese contacto, los arruina como límites (y en la medida en que Perlongher disuelve todo el tiempo los binarismos, como correlato) en lugar de confirmarlos mediante una mezcla; entonces deja advenir algo desconocido, que por ende no se resuelve quedando prendido a alguno de los polos, como proponen ciertos trabajos recientes (pienso, por ejemplo, en la fórmula de una “antiestética de lo trash” propuesta por Cecilia Palmeiro (2011)).

Aún pese a todas estas advertencias, no deja de interesarme una reconsideración formal ‘específica’ de la zona poética en la obra de Perlongher (me refiero aquí, de manera bien básica, a sus seis libros de poesía publicados), fundamentalmente a partir de lo observado en su Archivo. En esta cuestión, el interés de ningún modo se acerca a los rigores de la crítica genética sino que podemos considerarlo –no exento de algunos dilemas metodológicos,

institucionales, y también morales- simplemente como una ampliación, como una expansión, del corpus que conforma su obra. En esa relación específica reside el interés crítico relevante (digo, para precaverme de que tampoco se trata de una simple constatación archivística –o “archivera”, como bien dice Panesi (2000: 342)).¹¹⁰ Por lo tanto, en cuanto a sus poemarios, quisiera señalar que el trabajo con los documentos del Archivo (complementado –obviamente- con el trabajo de lectura e investigación general), sugiere algunas hipótesis en torno a sus posibles inflexiones.

Así, *Austria-Hungría* (1980) se recorta solo y nítido por varias razones: es el poemario escrito en Argentina y bajo la dictadura, publicado sobre el fin de ésta y muy poco antes de la partida de Perlongher a Brasil; luego pasarían siete años hasta que publicara su segundo libro de poesía, *Alambres* (1987). Perlongher, además, aún no había llegado en *Austria-Hungría* a la fascinación por el barroco -y entonces un error de la primera crítica fue leerlo retroactivamente en ese marco de lectura, sobre todo como consecuencia de la recepción de *Alambres* y de los poemas (incluido “Cadáveres”) que Perlongher publica en varios medios –diarios, revistas, publicaciones- antes del formato libro, como así también de sus declaraciones y ensayos sobre el barroco. Según puede constatarse en su archivo, además, los poemas de *Alambres* fueron escritos casi a la par de los de *Hule* y *Parque Lezama*

¹¹⁰ Para ilustrarlo, puede destacarse la aparición de un texto fundamental entre el material hallado: el poema “Austria-Hungría” (relevado en un capítulo anterior) que dio nombre al libro pero que finalmente no apareció en él, y que nos permite no sólo leer una exquisita entrada a la literatura de Perlongher, sino también poder observar una operación poética del poemario que entiendo como clave: el desafío de las voces de las locas en gesto teatral.

(y este último título aparece incluso como idea de libro antes que *Alambres*), publicados de hecho muy poco tiempo después (1989, 1990). En este sentido, son casi tres poemarios escritos a la par, en los cuales abunda el archivo en anotaciones en torno a la disposición de los poemas que, como es de esperar en un autor que – según puede verse en sus manuscritos- trabajaba intensa y obsesivamente en su escritura, esa disposición tampoco terminó siendo casual o arbitraria –como podría desprenderse de una escritura en simultáneo-. Hay, claramente, una apuesta conceptual en cada poemario. Luego, el otro poemario que también se recorta solo y nítido es *Aguas Aéreas*, escrito a partir de la experiencia de la religión del Santo Daime y, particularmente, de la ingesta de la bebida sagrada, el yagué o ayahuasca. Y finalmente, el caso de su último libro de poemas, *Chorreo de las iluminaciones* (1992) es casi un recorte, porque si bien permite una lectura recortada –la experiencia de la enfermedad-, al mismo tiempo ya aparece mencionado sobre el cierre de aquellos otros tres poemarios. De manera que en ese sentido –en tanto *continuum* de los otros- no sería totalmente aislable. No obstante, la diferencia decisiva es que, para este entonces, la búsqueda de escritura casi había terminado: el estilo se había inventado. Entre las anotaciones de un cuaderno de esta época (Documento CEDAE 10), por ejemplo, se leen indicaciones a sí mismo de escritura, sobre todo de ideas sueltas u ocurrencias de títulos, que después efectivamente terminaron escribiéndose y siendo parte de este último poemario. Esto es, no parece haber restos de una permanente puesta a prueba y experimentación de (y con) la escritura como sí ocurre con los poemarios anteriores -teniendo en cuenta, además, que los materiales de esta última época conservados en el Archivo no son para nada

escasos. A la vez, el 'relajamiento' de la sintaxis barroca (como ya ha sido señalado por Tamara Kamenszain (2000: 151 ss.)) que tiene lugar en este último conjunto de poemas, junto con una inserción mucho más intensa en el ámbito académico y en la reflexión ensayística y teórica, permitirían conjeturar otro funcionamiento de la poesía en el marco de esta última etapa. Aunque, a la vez, nunca deja de estar interesado en ser reconocido como poeta. Todos estos, que podrían objetarse como motivos externos, nos interesa señalarlos antes que como meros datos fechables, como herramientas que nos permitirían replantear las inflexiones de la obra poética, puesto que pueden rastrearse en el interior de los textos y, en consecuencia, rediseñar críticamente su propio pulso interno. Y cuestionaría sutilmente la consideración más canónica y convencionalizada de la poesía de Néstor Perlongher, que la divide en tres etapas: *Austria-Hungría y Alambres* (deseo, historia y política), *Hule y Parque Lezama* (delirio barroco), *Aguas aéreas y Chorreo de las iluminaciones* (éxtasis, droga, enfermedad).

De este modo, hablar de su poesía nos conduce invariablemente al barroco, neobarroco, o como él mismo propuso, neobarroso. En este sentido, una operación fundamental que intentamos aquí es desmontar o desandar la cuestión barroca en su aspecto institucional, y no necesariamente para impugnarla sino para abrir su lectura: en todo caso, se trataría de ir en contra no de su inscripción o adhesión sino de los modos de leer que el barroco mismo direcciona e impone estéticamente. Y al mismo tiempo, derramar y expandir el barroco al resto de la obra de Néstor Perlongher (o sea, no circunscribirlo sólo a la poesía); esto es, exhibir que incluso para hablar de su "política sexual" es preciso tener en cuenta al barroco. En este

sentido, ya nos hemos explayado bastante sobre el funcionamiento de su formulación en torno al “barroco de trinchera” como un aspecto indispensable en la invención de su lengua literaria.

Pero es posible avanzar más y añadir aquí el modo en que Perlongher lo entiende como un “dejarse llevar, arrastrar por esos flujos, zambullirse” y allí aparece la “máquina” que lo conduce a un “uso bélico del barroco áureo” (2004: 311). El barroco, señala, es subversivo pero no en el modo tradicional (“subversión referida a una otra cosa”, “subversión por la subversión”) sino en un modo desconocido que “ya traspasó la subversión” y “va mucho más allá”: constituyó sus propios planos (de expresión, de consistencia), ya es autónomo, y construyó sus propios referentes y una otra realidad, más radicalmente: entonces “es subversión [porque] inaugura otra época y otra realidad” [1991] (2004: 343). Y en sentido estricto, resulta elocuente que perfilara que el neobarroco “no funciona como una estructura unificada, como una escuela o disciplina estilística, sino que su juego actual parece dirigido a montar la parodia, la carnavalización, la derrisión, en un campo abierto de constelaciones, sobre (o a partir de) cualquier estilo” [1988] (1997: 115). Puede observarse, así, el modo en que el neobarroco se postula como un conjunto de operaciones (“la barroquización”) antes que como un estilo. Como sabemos, esto no le impidió a Perlongher montar una estrategia o dispositivo institucional de posicionamiento, incluso latinoamericano.¹¹¹ Pero, de nuevo, mi

¹¹¹ Esto también puede verse en el Prólogo que escribe Roberto Echavarren en *Medusario* [1996] (2010), libro clave planteado como “muestra” antes que como antología, y que es la tercera entrega

interés reside en abrir la lectura barroca en su sentido institucional, no necesariamente impugnándola de modo categórico (puesto que me propongo un posicionamiento móvil, no fijo), sino ver lo que obtura o cuando instituye sentidos únicos.

En este punto, y considerando lo expuesto, podría hablarse de un barroco que, más acá del dispositivo institucional en sentido retórico, se viera fluyendo como forma-de-vida, por ejemplo cual estética para una disidencia sexual que resiste la normalización. O bien, como imagen de pensamiento a la manera en que la postula Sarduy (1999): una cámara de eco sostenida en la lógica de lo múltiple (e impugna la entidad logocéntrica).

A partir de estos distanciamientos (el canon de lectura neobarroca, pero también las interpretaciones deleuzianas y ciertos abordajes *queer* triviales), entonces, me interesa la formulación de una mirada renovada y que atienda a la paradoja entre el tratamiento amoroso y la distancia crítica, y sobre todo al hecho de que si su lección es la desobediencia, entonces sería interesante dejar de serle tan obediente y desobedecer las lecturas perlonghereanas de Néstor Perlongher, o sea, el modo en que él mismo deja direccionada o impone su propia lectura; desobedecer el mandato respecto de sí mismo como autor-idad textual. Esto se ve claramente en el caso del neobarroco o de la filosofía de Deleuze y Guattari. Hay que admitir que tal vez sea más complejo para cuestiones sexogenéricas por la

de una serie iniciada por Perlongher con *Caribe transplatino* (1991) y Echavarren con *Trasplatinos*, también de 1991.

identificación política de quien lee. Sin embargo, puede pensarse que en Néstor Perlongher la literatura no está subordinada a la militancia, aunque la militancia tampoco se escamotee. Como ya hemos señalado, es decisivo que a diferencia del "escritor militante" de los '70, Perlongher es un militante que devino escritor. Lo que da la militancia es el arrojito a la palabra, la entrega a la literatura, en tanto deseo de experimentación. Por eso, creo, la militancia no ahoga ni asfixia la literatura, pero a la vez no se esconde; en todo caso todo funciona con sustracciones móviles que van orquestando los pases y derrames, tal como él creía en la diferenciación entre funciones y escrituras.

Si desde estas consideraciones acerca de sus escrituras, su poesía (en tanto forma privilegiada pero no excluyente) y la cuestión barroca podemos aproximarnos a la experiencia literaria de (la obra de) Perlongher, es posible desplazarnos, ahora sí, a la aparición de una serie de menciones comparativas o contrastes a propósito del pensamiento en torno a la sexualidad, del cual la forma del ensayo será aquella que habilita su emergencia nítida. Y posibilita, entonces, explorar y conjeturar conceptualmente sus pases y derrames: lo que de literario en ella se hace presente.

De este modo, una pista a seguir es Foucault, sobre todo en la zona de su producción inaugurada con *La voluntad de saber* (y el hallazgo del "final angustiante!" en el libro, que hemos comentado en otro capítulo, fue decisivo), al cual se suma la pista de Guy Hocquenghem, cuyos impactos en Perlongher son notables. Y por supuesto, la interdicción -o intersección- con Deleuze (aunque nos abstengamos de una fácil lectura deleuzeana, como hemos dicho, de todas maneras es inevitable situarlo en esta constelación comparativa, como punto de

referencia y precisamente no como máquina de lectura que codifica). En este aspecto, básicamente la orientación está dada por la inquietud de dar cuenta de (o especular en torno a) la malla de discursos, discusiones, saberes y acciones políticas en las que Perlongher se sitúa, se define, se singulariza, se recorta, está atrapado... Por lo tanto me interesa, en todos estos acercamientos comparativos (además de estxs autorxs que retomamos, algunos de lxs otrxs que ya hemos mencionado: Pasolini o incluso Judith Butler), efectuar una puesta en contacto, la relación de Néstor Perlongher “con”. Digo relación en el sentido crítico, que incluye relaciones intelectuales pero también literarias, artísticas. Un *poner* en relación. Y esto, también, a propósito de la apuesta en torno a una lectura de autor, para que justamente esa noción no resulte clausurada sino todo lo contrario: activarla en sus límites, en sus bordes, en lo que (la) abre, en fin, poder potenciarla en los lineamientos y pistas que habilita. En estas puestas en contacto, en relación, no se trata nunca de la mera aplicación teórica, como si partiera de alguna ‘Verdad’ cerrada para juzgar, contrastar o legitimar, ni tampoco como punto de llegada forzoso. Más bien, se trata de leer cada término (cada autor, cada texto, cada versión, cada verdad) a la luz del otro, y viceversa. Abrir el juego a las veridicciones y sus fricciones, y someterlos a una interrogación (incesante). Entrar y salir de cada uno (de Foucault, de Hocquenghem, de Deleuze...), y a propósito de Perlongher. Estos acercamientos resultan interesantes incluso en lo que tengan de heterogéneo, o precisamente por eso, de modo que en ese sentido prefiero hablar de analogías posibles, en lugar de homologaciones, para señalar las continuidades o semejanzas que puedan tener, que se puedan leer, o que se puedan reconocer,

más acá de lo que aparezca como inconciliable. Lo cual también resguarda de las discrepancias entre, por ejemplo, las distintas tradiciones filosóficas que se activan y que pueden escaparse.¹¹² Allí habría también una apropiación por momentos sesgada y que funciona mediante cierta profanación ensayística.

A partir de este rodeo, podemos referirnos a las vueltas comparativas que es posible trazar entre Perlongher, Foucault y Hocquenghem en torno al pensamiento de la sexualidad. En una de sus líneas, el de Perlongher se juega entre la aún válida o vigente o legítima perspectiva “psi” (bajo la cual puede trazarse el arco desde Freud hasta la sexología –digamos, Kinsey), conjuntamente con los teóricos en la estela de la “revolución” o el “liberacionismo” que le añaden la perspectiva marxista (Reich, Marcuse), y el fuerte giro o corte epistemológico foucaultiano (con *La voluntad de saber*) que pone en su lugar el rol de las *scientia sexuales*, en un sentido histórico, y a la vez emite un grito desesperanzado hacia la “liberación” (en principio, es probable que Perlongher sólo dé cuenta del primer movimiento, y aún no del segundo). Todo esto se conjuga a su vez con las compuertas del deseo que abrirá la obra de Deleuze, sobre todo en colaboración con Guattari (*El Antiedipo, Mil mesetas*) y, con ellos, Guy Hocquenghem. Podría decirse que de este modo se va dando el viraje de la sexualidad al deseo en Perlongher (en el vértice de los ‘70 a los ‘80). En todo caso lo que no hay que perder de vista es el modo en que la

¹¹² Si tomamos un caso ya abordado en otro capítulo, y que no retomaremos en este, podemos pensar en Judith Butler: lo que aparece allí es el deseo de poner en contacto, el deseo de que Perlongher pueda acompañar la imaginación crítica de Butler en su invitación a pensar la realidad en otros términos, para hacer otra realidad, para abrir posibilidades en torno a la vida con género (en lugar de otro género). Todo esto independientemente de que al abrir el juego de las temporalidades me muestre proclive al énfasis visionario de Perlongher (puesto que aquí se trataría de una autora que él no llegó a leer).

sexualidad es una *experiencia* para él (por eso asociada a formas del éxtasis, entendida como punto de fuga, planteada desde el devenir nómada); de allí que, por ejemplo, le moleste su banalización mercantil hacia los años '90 o, desde ya, los efectos del vih/sida. Y aquí ya puede haber una pista acerca de por qué, en principio, la conceptualización de Foucault evidentemente no le cerró al principio, y recién la pudo poner a funcionar hacia fines de los '80 o incluso los '90, justamente con la emergencia pandémica de dicha enfermedad. Lo que me interesa entonces es la brecha que se puede abrir entre aquellas líneas de pensamiento, entre sí y en función del impacto en Perlongher, cuyo íterin temporal entre cada una es bastante apretado (lo cual hay que tener en cuenta en las sutilezas).

En cuanto a Foucault, es elocuente observar sus menciones, usos y apropiaciones por parte de Perlongher a lo largo de su obra. Me refiero puntualmente a las hipótesis postuladas en *La voluntad de saber*, al aparato conceptual allí desplegado. Resulta curioso observar cómo tiene un problema, algo que 'no le cierra' hacia los años '80, y que recién va a poder articularlo y pensarlo plenamente a partir del vih/sida y en el vértice de los años '90, o en su pasaje, podría decirse, cuando el desencanto sobreviene (concretamente en *El fantasma del sida* (1988) le sirve para explicar el fenómeno, y aparece en "La desaparición de la homosexualidad" [1991] sustentando sus planteos, e incluso en "La religión de la ayahuasca" [1991] lo trata y analiza en torno al dispositivo). Si bien Perlongher entiende y se apropia de inmediato de la parte en torno a las *scientia sexuales* y el dispositivo de la sexualidad, el cuestionamiento foucaultiano a la noción de "represión" es lo que no puede, no quiere o no le interesa replantear en un primer

momento, sustraer de su vocabulario¹¹³. Represión que Perlongher usa en la doble acepción, con fino límite, del sentido de la psicología y del sentido social (violencia material sobre los cuerpos). Foucault le diría: seguís hablando de sexo, quedás enganchado al dispositivo; Perlongher respondería: *el dispositivo tiene agujeros*.

Esto se expone con mucha claridad en una entrevista de 1985 que le realiza Osvaldo Baigorria (Perlongher 2004: 273 – 279). Ante la afirmación de Perlongher de que en Argentina “sigue existiendo la represión”, el entrevistador es totalmente explícito: “¿Cómo podemos hablar de represión sexual después de Foucault?”, le pregunta. Y su respuesta es: “la cosa es muy ambigua”, y realiza sus consideraciones sobre la homosexualidad como punto de fuga y desterritorialización, o sea, le responde desde Deleuze. Además de lo interesante de que Perlongher esté todo el tiempo adaptando, articulando, el instrumental teórico a realidades locales (pues no se limita meramente a reproducirlo), lo decisivo es que vislumbra grietas, intersticios, salidas a ese dispositivo: “los buracos, los agujeros que ese mismo dispositivo ofrece, pueden también ser usados en alguna otra dirección”; y allí menciona el espacio de la orgía (como nueva forma de nomadización), la promiscuidad, la territorialidad gay en el paisaje urbano tal como la ve en Brasil *agujereando* la sociedad familiarizada.

¹¹³ Por ejemplo, en un texto muy temprano, escribe: “La imposibilidad de reprimir lo homosexual da lugar a formaciones psicopatológicas más nocivas que la que se pretende evitar (la homosexualidad). Aunque hay excepciones que pueden desarrollar modos de vida ‘normal’. Muchos jóvenes devienen prostitutos por imposibilidad de asumir de manera ‘normal’ –valga la paradoja- sus deseos sexuales perversos” (1981: 209). Se trata del capítulo escrito para el libro en coautoría *La familia abandonada y sus consecuencias* (Cap. 6.2: “Incidencia del abandono familiar en la prostitución homosexual masculina” (# 4.6)). También puede consultarse la entrevista en la revista *Así* (recopilada en *Prosa plebeya*) para ver el uso solidario de los términos liberación / revolución en los '70, y en tanto la revolución política y la sexual se pensaban juntas (1997: 357).

Con todo, la cuestión está llena de tensiones y paradojas. Néstor Perlongher se muestra muy crítico con el *gay liberation*, pero en el sentido de mercado sexual, al haber impulsado “cierta integración al sistema”. Y, acordando aquí con Michel Foucault, en esto aceptaría un modo en que el liberacionismo ratificó el dispositivo, lo reforzó, como consecuencia. Pero en tanto tal, el tiempo de liberación no es desmontado totalmente en el juego que –según Foucault- plantea, con lo cual pareciera persistir un entredicho en ese sentido, un resto de no entendimiento. Dice Perlongher: “Yo pienso que el liberacionismo abrió todo un espacio de libertad y de cuestionamiento, un espacio de politización de la sexualidad. Lo que pasa es que del dispositivo salen estrategias diferentes” (y allí menciona las que lo hacen crecer –integración permisiva- y las que lo desafían con puntos de fuga –nomadización respecto de la familia, por ejemplo). O sea: en el mismo movimiento en que lo actualiza coyunturalmente, sigue confirmando cierta negación a reexaminar los términos del pasado, a resignificarlo. Esto es, en el paso de la liberación a la resistencia, Perlongher no se puede olvidar del sueño de la década anterior. Recordemos que Michel Foucault es categórico en su perspectiva; tal como lo plantea David Halperin:

En la visión de Foucault, los movimientos políticos de liberación sexual han sido cómplices –e incluso han sido parte- del régimen moderno de la sexualidad; la revolución sexual simplemente ha reforzado los poderes políticos que se proponía derrocar. Pues el efecto de la liberación sexual no ha sido solamente *hacernos libres* de expresar nuestra sexualidad, sino *exigirnos* expresarla (...) La liberación sexual tal vez haya liberado

nuestra sexualidad, pero no nos ha liberado *de* nuestra sexualidad.
(Halperin 2007: 38 - 39)¹¹⁴

Pero si leemos a Foucault desde Perlongher, lo que éste le enseña, en su ligera negación, es que el dispositivo resulta menos cerrado de lo que él pronosticó en 1976 y que el liberacionismo no fue tan desdeñable porque abrió caminos, sobre todo un camino de politización que no tendría retorno. De esta manera, el final no fue tan “angustiante!”. Hay algo en el límite de Foucault que señala muy bien Paul B. Preciado, al considerar el modo en que miraba hacia atrás: “Al operar como ventrílocuo de una voz muerta [Herculine], acalla el grito de los movimientos sexuales vivos” (Preciado 2009a: 20). Asimismo, Preciado destaca la impersonalidad de Foucault (en la implicación), pues aunque sus hipótesis resulten radicales, no enunciará nunca en primera persona, no se presentará nunca como protagonista de la escena sexopolítica disidente: “actúa como dinamizador de un campo de fuerzas con el que dice no poder identificarse por completo” (2009b: 152). La distancia con Perlongher, en este sentido, es evidente.

Pero quien aparece de manera muy similar a Perlongher es Guy Hocquenghem. Por cierto, sorprendentemente similares: hasta en la ruptura trotskista juvenil por la no aceptación de la homosexualidad, con lo cual se activa su crítica a la izquierda y su sentido de “revolución”. Las menciones a Hocquenghem

¹¹⁴ Para más consideraciones y lecturas en torno a los derroteros de Foucault, en sus desplazamientos filosóficos y en sus articulaciones políticas, véase la indispensable biografía de Didier Eribon (1992), especialmente entre las pp. 316 – 342 para el punto que estamos tratando, como así también pueden consultarse otros trabajos suyos (Eribon 1995 y 2004c) y los de Blanchot (1988), Castro (2014), Dreyfus y Rabinow (2001), Echavarren (2011), Ríos (2007), Spargo (2013), Tarcus (1993), Veyne (2014).

por parte de Perlongher son numerosas. Algunas de ellas: en “Matan a una marica” [1988], lo convoca (cual saber anal) a partir del “problema del culo”, esto es, el culo como lugar de injuria y desorganización orgánica del goce¹¹⁵; también en su Tesis Perlongher se servirá de la diferencia que traza Hocquenghem entre “deseo homosexual” y “homosexualidad” (1986: 207): mientras que el primero supone “un flujo ininterrumpido y polívoco”, la segunda constituye “una categoría psicopolicial”, con lo cual de lo que se trataría es de potenciar fugas a la territorialización; y a su vez, la *deriva* de la mirada deseante que no se halla exenta de cálculo y no escapa a la atribución de valor por el cuerpo deseado (“Avatares de los muchachos de la noche” (Perlongher 1997: 49)). Asimismo, en “Los devenires minoritarios” [1991] (1997: 69), señala Perlongher (con claras resonancias de Deleuze y Guattari) cómo la práctica homosexual en el plano intensivo de los cuerpos sería inseparable de un devenir mujer.

Si bien el libro ‘fundacional’ de Hocquenghem, *El deseo homosexual* de 1972 (2009), es anterior a *La Voluntad de Saber* -de 1976-, precisamente por eso estaría, en principio, prendido a los movimientos liberacionistas a los que atacaba Foucault. Pero también precisamente por eso, es interesante vislumbrar “respuestas anticipadas” a él, e importa además por el modo en que tampoco se ajusta plenamente al militante liberacionista ‘post Mayo 68’ (aunque haya partido de allí)

¹¹⁵ Además de lo que se desprende en este sentido de Hocquenghem y Perlongher, y el modo en que lo lee Preciado (2009b) retomando al primero, véase también, para elaboraciones posteriores en torno a las “políticas anales”, Sáez y Carrascosa (2011), como así también Córdoba, Sáez y Vidarte (2005) para considerar efectos generales en lo queer.

en el que piensa Foucault. Pero su participación en el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR) en este punto es decisiva (igual que Perlongher en relación con el FLH). Por lo demás, el resto de su derrotero teórico posterior en los que irá movilizando su perspectiva (entre otros, *La dérive homosexuelle* [1977] (1980) y *Álbum sistemático de la infancia* en coautoría con René Schérer [1976] (1979)) y su inserción en un círculo francés de amplia resonancia intelectual, militante y artística¹¹⁶ configuran un perfil muy próximo a Perlongher. De todos modos, si nos atenemos a su primer texto, pareciera que mientras que Foucault quiere renovar el vocabulario en torno a la sexualidad, él opera por una resignificación de las palabras ya disponibles. En este sentido, sigue hablando una lengua que impugna. Por supuesto ataca, con una virulencia incluso mayor que la de Perlongher, al campo “psi” (psiquiatría, sexología, Freud, etc.). Y en esto, por supuesto, coincide y anticipa a Foucault. Pero, aunque los cuestione, sigue atravesado por esos términos para hablar de sexualidad: aparecen así “inconsciente” y “consciente”, “paranoia”,

¹¹⁶ Simplemente para ilustrar la atmósfera, podría mencionarse la relación intelectual y afectiva con René Schérer, compañero y coautor de *Álbum sistemático de la infancia* y *El alma atómica* (por cierto, libros con los que Perlongher dialoga), la participación en el film clave de Lionel Soukaz, *Race D’Ep!*, de 1979, e incluso el vínculo con Copi, con quien eran amigos. En *La guerra de las mariconas*, Copi sitúa el ambiente del FHAR y cierto círculo parisino en el inicio de la novela: René Pico, el protagonista, conoció a su compañero Pogo en el FHAR, cuenta, y se fascinó por “ese joven maricón, norteamericano, musculoso, rubio y de bigotes” y lo invitó a vivir de inmediato a su departamento de Montmartre (Copi 2010a: 11); pero ante la irrupción de Conceição do Mundo, el departamento se convierte en una “verdadera carnicería” de decenas de personas y “entre las celebridades, [el cadáver de] Michel Foucault estaba tirado sobre las baldosas, aferrado a los cabellos del peluquero Alexandre” (53). Raúl Escari, al recordar sus días parisinos en *Dos relatos porteños*, incluye diversas escenas por las que pasan Hocquenghem y Copi especialmente; de este último, que era su “amigo gay”, dice que “por su casa pasó todo el *underground* parisiense e internacional, travestis, mujeres delirantes en continuos trips de ácido (...), norteamericanos guapos y *pommés*” (Escari 2006: 85).

“opresión, “represión”; de los que se deduce la ecuación: represión: liberación, revolución.

Comparten Perlongher y Hocquenghem, entonces, la afirmatividad de la sexualidad, en rigor del “deseo homosexual” (como intensidad, como experiencia, como salida de sí, como aquello que puede corromper el cuerpo social, y también como discurso), la cual contrasta con la reificación en torno al sexo que impugna y denuncia Foucault: tanto hablar, tanto desear el sexo, se le hace el juego al poder y a sus tecnologías que regulan nuestras vidas y cuerpos. Por eso, ante esta afirmación del hablar de y sobre lo sexual como cosa deseable, Foucault (mediante la postulación del “dispositivo de la sexualidad” y el desmontaje de la “hipótesis represiva”, con la incitación a los discursos en su lugar) pareciera que logra darle la vuelta al lenguaje (y acaso podría pensarse si la radicalidad de la teoría performativa de género de Judith Butler no tiene que ver también con eso). Sin embargo, que Hocquenghem se presentara como “yo, el homosexual” (en tanto salida del armario) tendría que ver menos con tomar la forma de la confesión que con una inversión performativa de la injuria (tal como lo señala Preciado (2009b: 159), aunque cabría preguntarse si para darle esta vuelta hoy no habría que tener en cuenta las temporalidades). Al mismo tiempo, desde esta afirmación de la sexualidad, lo que lograron Hocquenghem y Perlongher es presentar la ‘anormalidad’ como subversión sexual (y no meramente en tanto ‘transgresión’): recuperar la abyección para que devenga fuerza disruptiva en el campo social. Los “millones de perversos”, así,

hacen su aparición tanto en los Informes del FHAR¹¹⁷ como en los de Perlongher (que abrirían allí el arco *del informe a la literatura*). Es que en Hocquenghem, además, aparecen tempranamente las nociones de “combate” y “deriva”, y ya no solo “deseo”: como si anticipara formas de resistencia o solamente se tratara de una lucha inherente a la liberación, y en cualquier caso alentando modos anti-asimilacionistas (como Perlongher), lo cierto es que en el arco que va del último capítulo de *El deseo homosexual* de 1972 (casi un programa político) a su libro *A contestação homossexual* de 1977 (por la traducción brasileña disponible (1980); en rigor *La dérive homosexuelle*) pueden observarse desplazamientos que efectúan críticas y adaptaciones (en relación con su propio pensamiento) ligeramente previos respecto de Perlongher: de las discusiones con Wilhelm Reich en 1972 (teórico del que Perlongher se desembarazará posteriormente) hasta la ‘aceptación’ de *La voluntad de saber* y la crítica al liberacionismo en el libro de 1977 (en el cual, además, continúa postulando su diferencia entre “deseo homosexual” y “homosexualidad”, aunque incorporando a Foucault). Por lo demás, de “revolución” también habla, pero obviamente en un sentido diferente al de la izquierda marxista hegemónica: sin negar la necesaria dimensión sexual pero a su vez sin recortarla. El mencionado último capítulo de *El deseo...* es elocuente en su desarrollo, y más

¹¹⁷ Se trata del documento *Rapport contre la normalité*, publicado por el FHAR en 1971, y el número especial de la revista *Recherches*, titulado *Trois milliards de pervers*, de 1973, en el cual interviene Hocquenghem, y la presencia del FHAR es notable. En este número, que provocó un escándalo y fue secuestrado, participaron además Foucault (mostrando la presencia de una red parisina en la que las diferencias tampoco eran insalvables), Guattari, Deleuze, Daniel Guérin, entre otros. El discurso en torno a la perversión y la cuestión de los perversos, en la producción de Hocquenghem, se destaca en el mencionado *El deseo homosexual* y en el libro en coautoría con René Schérer *Album sistemático de la infancia* [1976] (1979).

clara aún es la consigna que leemos en el *Rapport* del FHAR: “No somos revolucionarios especializados en cuestiones de la sexualidad... Nuestro objetivo es el ámbito completo de lo político” (traducción de Preciado (2009b: 162)). Una vez más, como Perlongher en el FLH.

Finalmente, para cerrar la comparativa, podemos volver a ‘triangular’ con Foucault. Al poner de manifiesto el modo en que tanto Perlongher como Hocquenghem comparten cierta perspectiva ‘residual’ en términos y conceptos que, en principio, quedaría un paso atrás del camino abierto por Foucault, importa enfatizar que ese carácter ‘residual’ no supone un saber deslegitimado sino casi al contrario: el modo en que de la basura, de los escombros, en fin, de las ruinas de una suma de conocimientos (en gran medida contraria a sus intereses sexopolíticos) pudieron elaborar perspectivas, e informar un pensamiento corrosivo en torno a la sexualidad, que aún nos sigue afectando (tanto como el de Foucault). Y en última instancia, lo que exhibe la comparativa en sus tensiones es lo irreductible de dos éticas en torno a la sexualidad: *deseo* (Perlongher y Hocquenghem) y *placer* (Foucault). Por cierto, si pensamos en el seguimiento de Perlongher y Hocquenghem a Deleuze, en el telón de fondo resonaría el límite de la relación filosófica entre Deleuze y Foucault (que tan bien señala el propio Deleuze en el ensayo que lleva a esos términos como título, comentando -y discutiendo- la obra de su amigo (Deleuze 2007: 121 y ss.; Cfr. también Deleuze 2005a)). En esta dirección, Perlongher no deja de hablar *desde* Deleuze, o en todo caso desde Eros: mientras que Foucault habla del sexo para desmoronar su validación (sexología, discurso, control, etc.), Perlongher habla desde el deseo y las prácticas eróticas

“relaciones entre hombres” (2004: 275)). Se abre así la tensión entre identidad y deseo, porque es como si Foucault partiera de un cuerpo y un sujeto ya identificado (“el homosexual”), a través de la policía médica, la sexología, etc., y entonces la salida sea la intensificación de los placeres para desafiar a ese dispositivo (por eso, de paso, conviene señalar que en todo caso -para una perspectiva más completa- habría que indagar el ‘último’ Foucault, hacia los años ’80, con su afirmación ética del cuidado de sí mediante el uso de los placeres, que aquí sí usufructa el camino abierto del liberacionismo con los laboratorios de experimentación sexual que abrieron)¹¹⁸. Y, por su parte, Perlongher se interesa por (o parte de) algo más acá de esa identificación: el deseo (o bien, de un Eros entre los cuerpos que no cristaliza en clasificación ni puede ser, en principio, confiscado). Sin embargo, aunque heterogéneos y diferentes por muchas razones (las recorridas aquí y también otras más que podrían argüirse), hay apenas un paso entre el Perlongher del FLH (que habla de “liberar la homosexualidad” antes que “a los homosexuales”) y el Foucault que pronuncia que hay que “empeñarse en *llegar a ser* homosexuales antes que en

¹¹⁸ En este sentido, más acá de la persistente desconfianza de Foucault en torno a la noción de deseo, es conocido el desplazamiento de su perspectiva luego de la publicación de *La voluntad de saber*, y el modo en que va a proponer, desde entonces y hasta su muerte en 1984 (año en el que publica los otros dos tomos de la *Historia de la sexualidad*), una ética del cuidado de sí que afirme otros placeres, los cuales desafían la codificación sexual, o en sus términos, el dispositivo moderno de la sexualidad. Sus vivencias en este momento dan cuenta de una gran fascinación con la emergente cultura gay, sobre todo estadounidense, que serán un sitio en el que esos placeres pueden inventarse o intensificarse, lo cual lo lleva a la consideración de las formas de vida gay como un estilo potente y radical, singular, pero no vinculado a la identidad. Los testimonios de esta etapa se encuentran diseminados por las numerosas entrevistas que concedió en el período (véase Foucault (2008b, 2010c, 2012b, 2013b, 2015), así como la bibliografía sobre él indicada más atrás). Por lo demás, si dejamos de lado este momento y solo nos concentramos en el momento (y los postulados) de *La voluntad de saber*, tiene que ver con la focalización que de ella permite la comparativa con Perlongher.

reconocer que lo somos” (2015: 178): variaciones de un mismo pensamiento no identitario que entiende que la homosexualidad (o “el deseo homosexual”, para volver a traer a Hocquenghem con su precisa definición) es una presencia que está en (y afecta a) todxs.

Se puede advertir, así, el modo en que Perlongher elabora una perspectiva crítica localizada y un saber situado en torno a la sexualidad, que hace a su pensamiento de la sexualidad, y que presentará consecuencias políticas y epistemológicas notables. Se trata de un saber experimental, por definición inestable, coyuntural, móvil, aunque no por eso carente de firmeza, atravesado en gran medida por sus propias vivencias de cuerpo errante, pero además conjugadas con la apropiación y discusión de cierta biblioteca frecuentada en torno a la sexualidad, y que encontrará en sus ensayos la forma más potente y conveniente de articulación e intervención límite. Los autores aquí tratados en la breve comparativa, como ya señalamos, pueden ser multiplicados con otros, pero, en cualquier caso, mostrarán que la puesta en relación no supone condecorar a Perlongher con un eurocentrismo prestigioso sino todo lo contrario: exhibir (acaso mediante la “antropofagia” que constituye culturalmente a América Latina) que desde *el culo del mundo* nada tiene que envidiarles (sin significar por eso la cerrazón nacional-patrioterica que, como ya vimos, también impugnaba).

Un empoderamiento subalterno, podría decirse, que se debate entre literatura y sexualidad, entre poesía y deseo, entre estética y política. Y encuentra allí la singularidad literaria de su pensamiento. A propósito de la escritura de Hocquenghem, Paul B. Preciado (2009b) habla de un “terrorismo textual”, y lo toma

de Barthes (*Sade, Fourier, Loyola*). Pero en Perlongher ese terrorismo ya *le viene* de la literatura, y de la literatura argentina específicamente: a través del grupo Literal, Germán García dice, y Perlongher lo cita en su ensayo “Ondas en *El Fiord*” [1991]: “la ‘onda’ de los ‘60 y primeros ‘70 era perversión sexual y terrorismo político” (Perlongher 1997: 132). La entrada a la literatura y a la militancia del joven Perlongher, entonces, se definen en el mismo movimiento y de allí que si es posible hablar de una ‘inocencia’ de Perlongher en sus iniciales formulaciones liberacionistas es porque asiste a la infancia de la política sexual en Argentina: su entrada al lenguaje y la pronunciación de sus primeras palabras. En la continuidad o reinención de esas palabras, su *literatura al límite* experimentará de un modo clave y decisivo cada vez: en Argentina y en Brasil, en portugués y en español, habilitando pasajes entre formas, géneros y sexos. Y allí también la cuestión con la ‘profundidad’: en principio, impugnable en tanto remite y es lo que está en juego en la ecuación ‘represión / liberación’ (en su versión “psi”, y con otra lógica en su acepción política); pero más interesante resulta en tanto Perlongher sí se apropia de Foucault en el reclamo estético a la “superficialidad” de su poesía (esto es, en las polémicas y acusaciones al neo-barroco): dirá entonces, citando a Foucault, que la profundidad no es sino un pliegue de la superficie. Y esto, podría decirse, vale tanto para el barroco como para el deseo.

CONCLUSIONES

Ante el límite

Antes que (o más que) “conclusiones” con la reiteración sintética de lo expuesto, nos arriesgamos a un Epílogo que puntée lo que vendrá: todo aquello que se desprende del desarrollo, y por lo tanto se asienta sobre su base (o territorio), pero que no halló cabida allí y se desplaza hacia otro umbral.

1.

Un pensamiento literario de la sexualidad. Esta fórmula, cuya exhibición ha sido delineada en el último capítulo, habilita una productividad conceptual mucho más allá de lo que allí se plantea. Propicia una potente indagación no solamente con otros autorxs sino que además permite acercarnos y conjeturar la singularidad de la obra de Perlongher en lo que sus términos exigen y, sobre todo, en su *relación*: la diferencia-en-sí a través de la cual ese pensamiento de la sexualidad se define como específicamente literario, y la literatura como el punto de pasaje que hace a ese pensamiento. Se trata entonces de una experiencia literaria; o podría decirse mejor *íntimamente literaria* (es decir, desconocida), sin que ‘lo literario’ suponga una reificación ontológica o autonomizante sino todo lo contrario: aquello que, en su indeterminación, se encuentra abierto a lo desconocido. Entre poética y militancia, entre escritura y política, entre teoría y saber, esa experiencia, por definición, tendrá

lugar siempre en los límites, *al límite*, y será por lo tanto una experiencia-de-los-límites.

2.

La imaginación territorial. La obra de Perlongher se conjuga y se debate, constitutivamente, sobre este punto. Funciona, en principio, como verdadero *locus* de pensamiento (valga la puesta en abismo) a partir del cual se enuncian todos los tropos que hacen a sus intervenciones político-literarias (trinchera, islas, guerra, etc.). Y funciona, principalmente, como la imagen de pensamiento sobre la cual se organiza toda y cualquier disputa política, lo cual es como decir que todo problema político supone siempre una relación de fuerzas territorial, o por un territorio. Una vez más, se trata de una experiencia en y de los límites.

De todas maneras, la fórmula puede ir más allá en otros sentidos suplementarios pero no menos decisivos. La imaginación territorial de Perlongher, entonces, no solo aparece como figuración allí donde se disputan unos límites territoriales localizables referencialmente en un mapa (en tanto evidencia más o menos geográfica); emerge, también, para discutir la constitución y configuración de territorios a otros niveles (o mejor, los procesos de territorialización y los efectos de las territorialidades que se cristalicen de allí). Claro que, en este aspecto, la sensibilidad teórica de Perlongher respecto de las postulaciones de la filosofía de Deleuze y Guattari podría explicar casi todo, incluyendo sus deseos de desterritorialización. Sin embargo, conviene una vez más insistir en el modo en que

Perlongher no se limita a meramente reproducir una filiación sino que se arriesga a una apuesta diferencial articulada con sus propósitos.

Dos momentos clave dentro de su obra permiten acercarnos a esto. Uno se encuentra en su poemario *Alambres*. Allí se exhibe no solamente todo aquello que el pensamiento o el ideario de Perlongher ya plantea y sabe al respecto, materializado y diseminado en el resto de su obra, sino que de un modo único y nítido el poemario cristaliza especialmente esa imaginación territorial a través de la reescritura alucinada del siglo XIX argentino, y en términos específicos, lo hace justo allí donde los territorios se disputan mediante la elaboración de los restos que la propia (y conocida) imaginación territorial decimonónica ya dispensa. La galería de ‘personajes’ (históricos, novelescos, mitológicos, ficcionales) que Perlongher cita en los poemas que constituyen esa zona de *Alambres* pueden multiplicarse con otros que se encuentran en su Archivo, en poemas que se observan descartados para este libro, con lo cual resulta elocuente el modo en que el siglo XIX argentino funcionó para Perlongher como un verdadero laboratorio de escritura poética, cuya imaginación territorial -la decimonónica- habilitó el delirio poético que, intempestivamente, potenció la del propio Perlongher para poder decir, a *algún nivel*, algo de su (im)propio presente. Por lo demás, que esos territorios sean argentinos es decir bien poco, pues un punto nodal de interés va a residir en el modo en que se localizan siempre en zonas de contacto, esto es, en los límites territoriales disputados por los emergentes y aún no resueltos Estados-naciones (Argentina, Paraguay, Brasil, Uruguay). Y el arco que trazan llega al *final* con “Cadáveres”:

conjugación exacta entre pasado y presente, entre historia y delirio poético, entre territorio y nación¹¹⁹.

Entre los personajes con los que *Alambres* trabaja dentro de la imaginación decimonónica se encuentra Juan Moreira. Vale destacar el poema que protagoniza, titulado “Moreira” (como si hubiese perdido su nombre y sólo sobreviviera el apellido), ante todo para señalar un caso concreto, pero fundamentalmente por las líneas críticas productivas que habilita. En esta dirección, es Josefina Ludmer (1999) quien recupera de manera notable a “Los Moreira” en tanto una serie argentina cuya genealogía “va contando una historia literaria de la violencia en Argentina, desde fines del siglo XIX” y llega al presente. En su recorrido, por supuesto incluye el “Moreira” de Perlongher, y lo lee como “un torturado al que le han cortado la lengua” (a partir de “esa lengua amputada” que menciona el poema), además de lo evidente: la consumación como amantes con el amigo Julián. En efecto, un siglo después de su popularización mediante el folletín de Eduardo Gutiérrez, Perlongher se hace las delicias escribiendo el poema a partir de un epígrafe del folletín, en el que los amigos “se besaron en la boca como dos amantes”, y de ese modo reescribe un Moreira emputecido o aputasado que ya no ostenta su famosa daga sino “cristales brillosos, centelleantes, del strass” y le deja al amante Julián un “prendedor de plata”

¹¹⁹ Entre sus lecturas de la gauchesca, y a partir del “gaucho letrado”, Julio Schwartzman traza el modo en que “la gauchesca vuelve, reciclada y hecha otra” después del fin de su ciclo en “las operaciones con ella en la cultura argentina”. É incluye, en la serie, “el trabajo con los nombres propios y las citas en una zona de *Alambres* de Néstor Perlongher” (1996: 174-175). Por otra parte, para un preciso abordaje en torno a los procesos de formación no transparente de territorios y sus efectos de naturalización en el marco del siglo XIX latinoamericano, y especialmente argentino, véase Montaldo (2004).

(Perlongher 2003: 74-75). Si Juan Moreira era de por sí un gaucho para ser visto (a diferencia de Martín Fierro, que era pura voz) y a partir de su fama como guapo las peleas eran un espectáculo, ahora el Moreira que vuelve con Perlongher es un puto gaucho que, nuevamente, se presenta con todo su brillo visual pero en un momento, los '80, en el cual las políticas de *visibilización* gay son las que adquieren su punto álgido identitariamente. En este sentido, cabría una discrepancia con Ludmer cuando afirma que este Moreira “funda la poesía gay”; además de la inseguridad acerca de qué sería tal cosa llamada “poesía gay”, la perspectiva anti-identitaria de Perlongher permite enfatizar que no se escribe desde la identidad, aunque sus efectos de visibilidad resulten propicios (“Era ver contra toda evidencia”, leemos en “Cadáveres”). Este Moreira, por lo demás, participa de las mismas peleas territoriales que atraviesan *Alambres*: en su testamento a Julián, le deja también el pañuelo con el que se ató “las bolas” cuando un “cholo” lo hirió “en la frontera”; y si el cuerpo es también un territorio, los límites allí con el amante se vuelven indiscernibles: “los lunares que vos creías tener y tengo yo”¹²⁰. Es que Moreira, y aquí sí siguiendo a Ludmer, “como artefacto cultural (...) define cada vez algún tipo de territorio”, a partir de lo cual “desencadena guerras de sentido (...) donde se delimitan diferentes líneas de la cultura argentina” (Ludmer 1999: 242-245).

¹²⁰ Es como también le pasa, exactamente con un lunar, a Molina y Valentín en *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig. Luego de que Molina descubre el lunar que Valentín tiene arriba de una ceja, y en plena acción sexual, el primero le dice “Ahora sin querer me llevé la mano a mi ceja, buscándome el lunar”. “¿Qué lunar?... Yo tengo un lunar, no vos”, le responde Valentín. “Sí, ya sé - sigue Molina-. Pero me llevé la mano a mi ceja, para tocarme el lunar, ...que no tengo” (Puig 1993: 222).

Y además de *Alambres*, el otro momento que muestra con claridad las vueltas de la imaginación territorial en y de Perlongher se encuentra en su labor etnográfica. Allí, al trazar los procesos de territorialización que hacen a la cartografía del deseo homosexual en el trabajo sexual de los *michês* paulistas y las erráticas relaciones con sus clientes, dará cuenta de un devenir intensivo de los cuerpos deseantes en movimiento que hacen un territorio (la deriva incesante, en fin, el *yire*) y esas fugas nómades dislocan la topografía reconocible. Ese territorio es y no es el 'gueto gay': hace a su lógica territorial, en tanto parte de él, pero la fuerza de su nomadismo lo descentra permanentemente, lo *des-identifica*, en un devenir que no carece de paradojas (fuga y captura, dirá Perlongher). Por eso, entendida en toda su complejidad y hasta sus últimas consecuencias (vitales y políticas), la forma en la que Perlongher postula los "territorios marginales" permite una lectura que discutiría no sólo con un modo meramente referencial de entender los territorios (por ejemplo, para señalar una obviedad, esos 'márgenes' se ubican en el corazón mismo de la ciudad de San Pablo), sino además con el gesto político que suele reivindicarlos mediante -podría decirse- una 'romantización de los márgenes', esto es, la confianza que se deposita en ellos cual reservorio de una subversión cultural sin más y sin resto (es decir, banalizada). Las operaciones de Perlongher, además, resultan notables si se tiene en cuenta que (descontando ciertas líneas sociológicas más antiguas en torno a la "personalidad marginal" que también retoma) en los años '80 'lo marginal' comienza a ser objeto de interés académico y cultural, como afirmatividad antes que como carencia, y entonces comienza a hablarse de "poesía marginal", "cultura marginal", "sexualidad marginal", "arte marginal", etc., siempre

como invención -e intervención- de aquello que se halla fuera del centro (su lógica, por cierto, descansa en esa dialéctica) y transportaría efectos contrainstitucionales y contrahegemónicos. Con el paso del tiempo, debilitada (o incluso perdida) la potencia de su inicio, de su emergencia coyuntural, se iría dando paso a la 'romantización de los márgenes' que señalamos.

3.

La familia es un monstruo. "Todas las madres son unas hijas de puta": tal las palabras de un avasallante Perlongher dirigidas a un joven (y asustado) ingresante al FLH, según testimonio de Ricardo Lorenzo Sanz (en Rapisardi y Modarelli 2001: 149). Claro que semejante afirmación, en lo que tienen de 'clima de época', dan cuenta de una perspectiva bien extendida en la matriz liberacionista y revolucionaria del momento: la familia como el órgano reproductor del sistema burgués y su aparato opresor. Lecturas de Engels y Reich mediante (*El origen de la familia y Psicología de masas del fascismo*, respectivamente), estos jóvenes saben que la ideología familiar de la que se nutre el Estado (y que a la vez lo simboliza: el Padre es el Estado), es lo que debe destruirse para garantizar la verdadera revolución que ponga fin al patriarcado. A partir de esta lógica de poder, se deducen los lugares de dominación sexo-genéricos que se trazarán en las configuraciones relacionales (mujeres, niños, homosexuales, etc.).

Pero más allá de este primer momento (aunque revelador, un tanto taxonómico), Perlongher no dejará de avanzar en una dirección que corroe los

lugares canónicos de la institución familiar conocida. Derrocha ironía en “El sexo de las locas” [1984], por ejemplo, cuando cuenta que

(...) mi papá -porque las locas también tienen papá-, mientras yo estaba en el Brasil, a mil kilómetros de distancia, se desvelaba (literalmente) pensando qué miembros de qué negros estarían profanando el ano sagrado de su hijito -reservado sólo para la caquita. Y mamá -qué sería una loca sin madre, “deseoso es aquel que huye de su madre”, dice Lezama Lima-, que se enorgullecía de que su apodrecido corazón saliese retratado, como caso raro, en una revista médica, decía que la homosexualidad era -como el bocio- una enfermedad. (1997: 31)

Entonces: “las locas también tienen papá” y “qué sería una loca sin madre”. A partir de esta evidencia, y de sus efectos, resulta claro que lo monstruoso de lo familiar no atiende solamente a la impugnación del determinismo biologicista, esto es, la ‘consanguineidad’ (aunque obviamente su rechazo y su abolición es medular), para proponer en su lugar formas familiares -afectivas- simplemente ‘electivas’. Más bien, y de manera más radical, de lo que se trata es de abstenerse de sus constreñimientos vinculares como modo de relacionalidad a partir de lo que sus roles y figuras suponen o representan, y finalmente imponen, en la materialidad de los lazos: del folklore edípico a todas las verticalidades que autoritariamente de él emanan. La familia, entonces, no se presenta como ‘lo natural’ en tanto base de lo social para la entrada a la cultura (ni siquiera en su vertiente siniestra), sino exactamente como lo monstruoso: aquello de lo que es preciso fugarse. Si a esto añadimos el complicado derrotero biográfico de Perlongher en la relación con su propia familia, vemos, de paso, cómo se desmarca de una larga tradición marica en

el culto a la madre como garantía de amor incondicional y alianza femenina; se diferencia y recorta, en este punto, de autorxs muy próximos a él (de Puig a Lemebel, pasando por Copi).

Pero si por un lado de lo monstruoso se huye, a la vez el devenir monstruoso -como afirmación contrahegemónica o devolución invertida apropiada- puede, por otro lado, experimentarse (Cfr Link 2005). Entonces, en su trabajo sobre la prostitución masculina en San Pablo, Perlongher va a delinear una serie de formas familiares que sólo pueden asumirse como relaciones monstruosas: desde el gay discreto que toma a su cargo al joven prostituto bajo la 'disimulada' forma de "tío-sobrino", en la que el favor sexual será la contraprestación de la 'ayuda' económica, hasta el chonguito que rehúsa la excesiva reiteración del cliente o un compromiso por fuera del contrato de la prostitución, temeroso de quedar como "el marido de la marica" y, de ese modo, perder virtualmente su codiciada (y rentable) masculinidad.

Perlongher, de este modo, parece aspirar a un mundo en que lo familiar como afecto se afirme en un mundo de tías. Y de amigas, por supuesto.

4.

La infancia del activismo. Perlongher asiste a este momento, e interviene de manera decisiva en la invención de su lengua sexopolítica, en (y desde) Argentina y Brasil. De militantes a activistas, el saber situado que se formulará al trasluz de las teorías del momento arrastra, en su examen retrospectivo, términos que lo conectan con la figuración infantil (mas no con el error como falta, en todo caso con la errancia): inocencia, ingenuidad. Esos términos, que hemos usado ligeramente en el

desarrollo, no suponen mucho menos el contraste con la actualidad iluminada; antes bien, significan un balbuceo. María Moreno, al escribir una semblanza de Perlongher, lo sitúa con su magistral precisión: “expresiones -dice- como ‘Falocracia Sexual’, ‘Estado Hetero’ o ‘Gaya Revolución’ no despegaban la *ingenuidad* de nuestros labios que utilizaban la palabra ‘deseo’ con la misma frecuencia que las comas” (Moreno 2002: 232; cursiva mía). Por su parte, Osvaldo Baigorria cita a la inocencia como aquello que es necesario, junto a la experiencia (en “dosis parejas”), para defender el principio del amor libre; y avanza en una distinción considerable al postular que inocencia no equivale a ingenuidad -ni experiencia a cinismo (Baigorria 2006b: 7). Sin embargo, más allá de la diferencia en ese aspecto, aquí esos términos pueden pensarse casi como intercambiables en función de lo que los reúne. Finalmente, Borges con su ética del “lector inocente” (Cfr. Giordano 2005) puede proporcionarnos otras pistas más al respecto. Como sea, inocencia e/o ingenuidad, la disputa, siempre, habita en los términos con los que soñar el futuro a partir de ese balbuceo infantil. Pues como escribe su amigo Arturo Carrera, “la inocencia” desencadena una serie de preguntas: “¿En qué umbral dejó apenas / un yo que parecía un tú a cada palabra, / un poco de futuro deseo? (...) ¿Cómo hago para contornear / lo que me dice tu pensamiento? // ¿Cómo deshago lo que te dice el mío / antes de que advenga nuestra palabra?” (Carrera 2014, Vol. I: 381-382).

5.

Los límites de la lengua. “La lengua busca la caverna arenosa”, escribe Perlongher (2003: 206). No solo extraterritorialidad; no solo operaciones (neo)barrocas; no solo

español-portugués: la experimentación de Perlongher en y con la/s lengua/s, y su invención literaria, nos llevan a una serie de consideraciones específicas de su quehacer literario. Son las siguientes:

* *Del informe a la literatura*. Perlongher redacta numerosos informes, entre los '70 y comienzos de los '80, que repartía en fotocopias, y que eran testimonios denunciadores de carácter político que presentaban información muy específica acerca de las diferentes formas de represión sexogénica: el complejo entramado de machismo y homofobia en alianza con el autoritarismo estatal. Pero algo parece desplazarse de esa escritura militante urgente a la entrada en la literatura.

Su relato "El informe Grossman" (en Perlongher 2004) puede entenderse como el punto de pasaje. Simulando un informe testimonial, firmado por Rosa L. de Grossman (que, en rigor, es quien recoge los 'testimonios' que son encontrados en su cartera), el relato se organiza sobre esa serie de 'testimonios' de soldados argentinos de Malvinas (otra vez Malvinas) que vuelven explícito uno de los fantasmas de la guerra: los gurkas. Narran, entonces, y vuelven visible con detalles pormenorizados, los múltiples episodios de sodomización a los que el verdugo los somete. Instalado nuevamente en la fina cuerda entre horror y goce, Perlongher encuentra una nueva ocasión para ficcionalizar algo que evidentemente lo obsesiona: la libidinosidad intermasculina en un escenario como el de la guerra. Y disuelve otra vez, con risa que sangra y regodeo abyecto, el pretendido orgullo patrioterico para el cual el resguardo anal de los soldados es tan importante como ganar la guerra: es como decir '*sí, a los chicos de la guerra los ingleses se los*

cogieron y acaso les gustó'. El relato claramente retoma con ironía el bestseller de la época sobre el tema: *Los chicos de la guerra*, del periodista Daniel Kon (que incluso tuvo una exitosa adaptación cinematográfica) (1982). Pero precisamente por situarse en esa simulación retórica de la crónica testimonial verista, el relato ficcional de Perlongher adquiere más fuerza en sus efectos. Y permite, entonces, señalar el salto: es en el "informe" donde encuentra una forma (otra es la poesía) que, informalmente (o sea, como casi sin querer), abre el tránsito hacia el comienzo literario, aún in-forme, de una crónica ficcional. Y también: de 'informar' a contar, a narrar.

* Hablar de "Cadáveres" como un poema que se inserta en el escenario de manifestaciones en torno a la (re)construcción de la memoria del horror y la transición por-venir, es decir bien poco, o casi nada, o incluso algo inexacto. Si bien puede decirse que es *el* poema de la posdictadura, lo es a fuerza de mostración exhibicionista del horror, de su regodeo, cuyo efecto y poder de afección es acaso más potente y verdadero que los relatos testimoniales (generalmente tipificados como "de la memoria") en los cuales el "yo" garantiza la verdad de los hechos mediante una retórica más o menos realista (Cfr. Sarlo 2007, Dalmaroni 2004 y 2009, Vezzetti 2002). "Cadáveres" no discute con esa vertiente ni la impugna; simplemente la desconoce y emerge desde otro lugar.

Muchas son las razones que, a distintos niveles, invitan a ese reconocimiento de "Cadáveres". Y entre ellas, su carácter performático es decisivo. En esta dirección, además de los relatos que recuerdan las lecturas públicas del poema en

los '80, cabría una interesante consideración acerca del audio del que hoy se dispone, registrado en un cassette de Último Reino en el que Perlongher fue invitado a grabar su lectura (de ese y dos poemas más). Esta línea ya encuentra una indagación en los indispensables ensayos de Ana Porrúa (2011), pero además podrían sumársele otras 'perlitas': una, el testimonio de Víctor Redondo (editor de Último Reino), que difundió en redes sociales, acerca de las circunstancias en las que Perlongher fue al estudio a grabar el poema; otra, examinar si arroja alguna pista más, en tanto hipótesis de escritura, el cotejo con el manuscrito que se halla en el Archivo (se trata de la versión mecanografiada y corregida, porque el que -según 'la leyenda'- escribió a mano en el colectivo a San Pablo no se encuentra) (Documento CEDAE 08/229).

* *Operación Rosa*. Es bien conocido el modo en que la labor crítica de Nicolás Rosa fue clave en el posicionamiento del neobarroco latinoamericano, y especialmente argentino, a través de distintos ensayos tempranos y fundamentales sobre algunos de sus autores y, entre ellos y de manera especial, Perlongher. No solo fue quien presentó *Alambres* (y María Moreno rememora de ese evento los pelos de Rosa, en la serie de "performances intelectuales argentinas" que traza -y de paso, vemos otra inflexión: la intelectualidad como pura performance (Moreno 2002: 244-248)), sino que además resultó decisivo su ensayo sobre el poemario -hoy una lectura que conserva intacta su potencia-, publicado en *Los fulgores del simulacro* en 1987. Y luego, las referencias a Perlongher serán una constante en la producción de Rosa a lo largo de los años, así como los numerosos trabajos en los que lo *trata*, pero si

nos situamos en este primer momento -los '80-, se advierte que no se puede examinar cabalmente la agitación neobarroca (o neobarrosa), y sus primeras recepciones, sin considerar el hilo que va tejiendo Nicolás Rosa. La adhesión o el enfrentamiento están ahí, y además de una polémica estética, se trataba de una política literaria: “profundidad” o “superficie” parecen ser los términos de la disputa. La polémica “a media voz” (como la llama Ana Porrúa (2003)) con los objetivistas del *Diario de Poesía* es una buena muestra de ello.

* *Superficies de placer*. La (est)ética de Perlongher claramente apuesta por la superficie. No hay profundidades sino solo pliegues, y allí también se mueve el deseo y el placer. Sin embargo, no era el único que apostaba en esa dirección: todo un mapa cultural y artístico se abriría en su multiplicidad, incluso más allá de la literatura, que hoy podríamos denominar *queer*. Lógicamente, allí está el grupo Virus. Y también la obra de Marcelo Pombo, la poesía de Arturo Carrera, el ambiente *under porteño*, y en Brasil, la obra de autorxs (amigxs) como Wilson Bueno, Glauco Mattoso y Haroldo de Campos. Perlongher, entonces, no como un permanente profeta solitario sino, una vez más, inserto en una comunidad creativa de la que se contagia y en la que se derrama. Por lo demás, siguiendo esta línea, el régimen estético que organiza su poesía, y le imprime su fuerza performativa, se halla en la tensión entre *materializaciones* (una textura antes que un texto, decía Nicolás Rosa, y entonces los lamés, las volutas, las gomas, los alambres, los latex, en fin, los cuerpos expuestos en su con-tacto) y *desmaterializaciones* (los vapores, lo aéreo que disuelve el agua, las iluminaciones que se chorrean). En esa tensión, además,

cabría la consideración acerca de *los tonos* de Perlongher: entre la multiplicidad que podría dar una regularidad y la singularidad de una voz (o su grano, justo cuando des-entona).

* *El Saurio Rosa* (*Perlongher en Rosario*). Sin temor al localismo, los viajes de Perlongher a Rosario podrían aportar, en tanto deseo de reconstrucción, algunos puntos importantes en la elaboración de su derrotero biográfico (y por qué no, en alguna biografía por venir). En este sentido, ciertos testimonios de quienes visitaba en Rosario aún esperan ser relevados. De todas maneras, por lo pronto podemos acceder a algunas pistas poéticas: en “Abisinia Exibar”, de *Parque Lezama*, aparece un guiño: “Sin los polvos, soy un saurio rosa en el Monumento a la Bandera” (Perlongher 2003: 199). Pero es en un poema inédito, alojado en su Archivo, que “El Saurio Rosa” (evidente juego de palabras como anagrama de “Rosario”) ya toma el título del poema, que tras un epígrafe de Alfonsina Storni (“A una avenida de madreporas da”), comienza: “La ‘Liga de la Dec.’ da a la vergüenza esencia harina ros. a la madrepora, para que no se frunza el puñetero, el pebete arrollado en el calambre de betún, el plasto” (Documento CEDAE 05/046). Si Rosario es una ciudad en la que habitan dinosaurios rosas, importará entonces la puesta en relato de los tránsitos de Perlongher como modo de avanzar en sus retratos vivenciales (antes que como mera reconstrucción referencial). En este punto, como se advertirá, el trabajo con los documentos de su Archivo es indispensable, del cual tal vez pueda pensarse incluso en la selección para publicar un volumen de textos inéditos,

aunque los problemas más básicos para tal selección, empezando por su criterio y la pregunta por su valor, no se harían esperar.

6.

Los límites de lo vivible. En su virtualidad, lo vivible no tiene por qué coincidir con la vida, incluso si a ésta se la entiende en términos desmarcados de -o reactivos a- su convencionalismo (o sea, el sentido común: biologicismo orgánico cancelado por la muerte). Puede, sin embargo, solaparse con aquello que un cuerpo viviente articula y, *por medio de alguna forma*, puede poner en relato, o hacer un relato, aunque no necesariamente lo haya vivido, o aunque su vida se haya interrumpido antes. La potencia que se reserva allí puede actualizarse en cualquier momento, intempestivamente, incluso desconociendo los agenciamientos 'subjetivos'. Por caso, la figura (literaria) del sobreviviente -y Perlongher la encarna también- lo exhibe con claridad, y en su pura inmanencia (pues hay que apresurarse a descartar cualquier modo de lo trascendente). En esta dirección, la experiencia que hace Perlongher en sus últimos tiempos -y el modo en que *obra* con y a través de ella- toma dos puntos nodales (interrelacionados pero no causales): la droga en el marco de un ritual místico-religioso y la enfermedad a partir de su periplo seropositivo en la irrupción del vih/sida. Superponiéndose, aquí sí, con su propio *final*, lo vivible sin embargo permite asomarnos a lo efectivamente vivido, pero también a su más allá: "Abandonamos el cuerpo personal. Se trata ahora de salir de sí", escribirá Perlongher (1997: 90). A partir de aquí, podrían abrirse algunas consideraciones.

* *De la transa al trance.* La palabra que organiza *O negocio do michê* es *transar*. Como sabemos, en portugués (o al menos en sus usos en Brasil), el término significa la concreción de un acto sexual, a diferencia del castellano rioplatense en el que remite a una instancia erótica -diríamos- previa. Pero además, *transar* designa un comercio a las sombras, informal, e incluso ilícito, que en Argentina aún se conserva, y se liga en gran medida con la jerga drogona. En este segundo sentido, su uso coloquial e incluso plebeyo, parece querer reforzar su efecto mediante la abstención de su forma completa (“transacción”) y la preferencia por el apócope. A Perlongher, por supuesto, no se le escapan las resonancias del término en esta doble acepción, que además se encabalga entre las dos lenguas con sentidos un tanto diferenciales. Así, *transar* anuda con precisión el *negocio* (sexual) de los *michês* y la confiscación monetaria del deseo.

Pero si *transar* organizó este momento, la parábola que traza Perlongher, al advertir cómo el éxtasis sexual se vuelve “redondamente descendente”, lo lleva a encontrar en la Religión de la Ayahuasca otra forma de salir de sí experimentada en el *trance* místico. Pero no solo es ingesta de la bebida sagrada, en el ritual del Santo Daime, como *trance* alucinógeno en el marco de una esfera religiosa. También la poesía, otra vez, es experimentada como aquella forma que da el ritmo del mundo, que se contagia de su pulso, y así el interés de Perlongher, sincronizado con su interés como antropólogo, lo impulsa a lo que en los últimos tiempos, y siguiendo el estudio de Hubert Fichte (1987), entenderá como *etnopoésía*. Su poemario *Aguas aéreas*, y en menor medida *Chorro de las iluminaciones*, son, desde ya, el registro.

* En este punto preciso, además, encontraría su mejor demostración un *Perlongher Beat*: si los escritos beatniks habían resonado como un mantra a lo largo de toda su vida y su obra¹²¹, especialmente el “Aullido” de Allen Ginsberg (cuyo temprano encuentro recuerda como “una verdadera intoxicación narcótica” en su ingesta pasada por el barroco), ahora, sin embargo, adquieren un punto especial de inflexión por el modo en que anticiparon sus pasos y abrieron la huella: de la subversión sexual a la exploración religiosa (allí el budismo, aquí el chamanismo) y la ingesta ayahuasquera (y aquí y allí, el mismo destino sudamericano). Se trata de los escritos, entonces, pero también de lo que imantan culturalmente sus autorxs, y de ciertas desestabilizaciones muy específicas en el modo de entender el trabajo poético-corporal (cabría, allí, indagar hasta qué punto la lectura de “Cadáveres” es heredera de las lecturas performáticas de “Aullido”). Y Perlongher, finalmente, se ocupa de dejar elaborado el homenaje con su correspondiente torsión: el “Aullido” de Ginsberg se convierte en “Gemido” (manifestación de placer y queja de moribundo), y si aquel canta “He visto las mejores *mentes* de mi generación destruidas por la locura”, Perlongher se desplaza a los cuerpos: “He visto los mejores *cuerpos* de mi generación reventarse”. Es que, con la emergencia del vih/sida, a las locas ya no las destruye la locura como en Ginsberg (“las he visto”, canta Perlongher en pasado, “reírse como locas”), sino que las revienta *el mal de*

¹²¹ Al explorar las relaciones con Estados Unidos, por si faltaba, David Viñas escribe: “Quizá corresponda leer el desaforado conflicto urbano de los *beatniks* norteamericanos en la dramaturgia porteña de Néstor Perlongher” (1998: 307).

sí: “las locas / desaparecen por cañerías de acero que no llevan a nada”. (Ginsberg 2010; Perlongher 2003: 349-351, cursivas mías.)

* *De Rosa a Teresa*. Perlongher, la Rosa, ostentaba su nombre marica de guerra en complicidad -podría suponerse- con una sensibilidad de señora de barrio, popularmente rioplatense. Hay también quienes en los '70, haciendo un sarcasmo en base a su fealdad y su carácter, decían que era Rosa por “Doña Rosita la soltera”. Pero en rigor el sentido más firme del nombre quedó prendado de la ponderación (o incluso identificación) de Rosa Luxemburgo.

Entonces, si buena parte del pensamiento de Perlongher va a valerse de las resonancias de Rosa, el trayecto hacia los últimos años lo hace encontrar una nueva figura femenina inspiradora: Santa Teresa de Jesús (Teresa de Ávila). Los trances místicos de Teresa, y los escritos que la sobreviven, despojados de su artefacto cristiano, son ahora el signo que guía a Perlongher en su (im)propia interrogación mística, justo en el momento en que su cuerpo enfermo aspira a alguna palabra-acción sanadora o ‘curadora’. Se trata aquí *casi* del mismo devenir que el anterior, pero focalizando las figuras femeninas que lo movilizan.

* *Devenir Marta*. No se trata solamente de un poema de *Hule* que trabaja sobre una feminidad de señora más o menos kitsch y con gesto camp. La expresión encuentra una de sus preciosas definiciones en la correspondencia observada en el Archivo, en una de cuyas cartas Perlongher se preocupa si acaso no “devino Marta”, y Marta, en rigor, es una sigla: “Marica Avejentada Retirada Totalmente del Ambiente”. Además de ocurrente, el “devenir M.A.R.T.A.” habilita toda una línea de indagación

en torno a la vejez gay (o mejor: el puto viejo, la marica vieja) que se ocupe de examinar los efectos complicados del juvenilismo que instala su cultura como imposición identitaria excluyente, así como la asimilación monogámica y parental, y las formas de resistencia que se pueden experimentar en tanto formas-de-vida.

7.

Perlongher vive. Definida en sus actos límites, la obra de Perlongher, y su literatura, no hay duda de que hoy sigue estando entre nosotrxs, sigue viva, vigente y actual. Esta tesis se propuso preguntarse (y ofrecer algunas respuestas tentativas) sobre el modo o la forma en que el fantasma Perlongher sigue haciéndose presente. O en su defecto, por las palabras que nos posibilitarían decir esa presencia.

De cualquier manera, conviene no mitificarlo, no idealizarlo, no endiosarlo: está claro, Perlongher no es todo para todxs. Es muy probable que su literatura no esté presente en algún poema pretendidamente neobarroso ni en un relato que festeje a un puto (hoy innumerables) ni en un ensayo sobre mariconería (ídem): eso –precisamente porque él mismo ya lo hizo de manera magistral, inaudita e irrepetible- sería mero epigonalismo. Y es casi seguro que tampoco está Perlongher cuando sus actos disidentes se espectacularizan miméticamente: creo que así, en lugar de continuar -de hacer vivir- la potencia de su gesto, se lo congela o se lo lava, deja de afectar: de ese modo sí, muere un poco.

No creo que los términos más convenientes sean “herencia” o “legado”, ya que están demasiado pegados a lo que un cadáver deja a la posteridad. Y acá, “no

hay cadáveres”: quiero decir, no hay una disputa material. Como una tía pobre cuyos relatos en la infancia nos hacían soñar el mañana, lo que Perlongher nos dio es el rumor o el tono de su voz a lo largo de cientos de páginas y la energía necesaria para apropiarnos del gesto que las sostienen. Por eso Perlongher vive en quien se deje seducir por su voz, continuando así su futuro, es decir, multiplicándola, transfigurándola, corrigiéndola. Y entiéndase que lejos del cliché melancólico en torno a la continuidad de la vida estoy pensando en una voz que sigue haciéndose presente en la literatura, el activismo LGTBI, las ciencias sociales y también la filosofía de orientación más o menos posestructuralista y queer. Y esto en Argentina pero también en Brasil y en América Latina. De allí que Perlongher (su vida, su literatura, su figura, o lo que es lo mismo, su obra) no forme parte, hoy, de ningún museo ni de ninguna colección sino que constituya una experiencia aún abierta a la exploración y al riesgo, es decir, al futuro. Dije más arriba ‘apropriarnos’ y creo que esa puede ser una palabra más justa, aunque por supuesto hay que deslindarla de la mera “propiedad” (a menos que se refiera a una propiedad a la manera de ciertxs enamoradxs celosxs: “mi” Perlongher). Se trata, más bien, de pensar los modos en que está in-corporado en cada unx de nosotrxs, las formas en que su voz se siente en (y hace) la nuestra. E incluso más aún si esas apropiaciones no son deliberadas sino casuales, u ocurren de los modos más inesperados.

Las apariciones de Perlongher, entonces, proliferan en una discontinua constelación: por supuesto, en la literatura, donde además de las apropiaciones más explícitas (las obras de Roberto Echavarren o Pedro Lemebel, las discusiones sobre el neobarroco), también se hacen visibles –de diversas formas- en ciertas zonas

literarias, señaladas entre otrxs por Tamara Kamenszain (2007 y 2016) y por Cecilia Palmeiro (2011) en trabajos relativamente recientes. Pero también, Perlongher vive en ciertos estilos de intervención: pienso en la grafomanía embarrocada y deslumbrante de Daniel Link, en la lucidez insumisa de Mauro Cabral o de Valeria Flores, en el artivismo (y “que otrxs sean lo normal”) de Susy Shock, por poner sólo algunos nombres, claro está heterogéneos, pero que justamente en esa discontinuidad señalan las astillas múltiples del caleidoscopio Perlongher, y lo que es más importante, en muchos casos tal vez sin huellas evidentes, sin reconocerse allí, pero justamente ahí está la gracia, la prueba de su fuerza presente continua: esto es, cómo su aliento y su energía –en una de sus posibilidades- transita y migra más acá de lo explícito de las filiaciones. Por eso, en este punto, conviene precisar que no hay, está claro, algo así como literatura gay, sino experiencias literarias que corroen y descomponen los límites de la heteronormatividad mediante diversos modos de la disidencia sexogenérica.

Asimismo, si pensamos en su producción teórica, sería preciso señalar no sólo la influencia (importantísima) que ha tenido en la antropología brasileña (puntualmente en la etnografía urbana), sino sobre todo el saber que de ella se desprende –que no es otro que el que se lee en el flujo de toda su obra-: antes que reificar las experiencias sexuales, como islas identitarias, de lo que se trata es de “hacer saltar a la sexualidad ahí donde está”: esta es la utopía anárquica que Perlongher nos invita a continuar, puesto que, para alcanzar ese espacio abierto con el que se sueña, es el sistema sexogenérico completo el que tiene que corroerse y reinventarse. Que lo haya planteado con la inocencia liberacionista de

los '70 –incluso a comienzos de los '80- no nos exime, con el agua que pasó bajo el puente, de sentirnos llamadx a continuar el sueño.

Y así, también, es que Perlongher vive no sólo en el activismo LGTBI, al ampliar los límites de la visibilidad y los derechos, o al denunciar las diver-fobias, sino también en las formas de vida que nos damos al disentir con cualquier proposición identitaria (sexual, nacional, lingüística, intelectual), con la ley, con la norma/lidad. Una política vital por la cual Perlongher está presente, además de en el poema o en la literatura, en la calle: en la voz de putos, tortas, trans...

Más acá del mapeo en sus distintos trazos, entre las apropiaciones más recientes vale destacar la puesta de *Cadáveres show*, de Ezequiel Bianchi y Elián López, que tuvo lugar en dos teatros de Buenos Aires entre 2016 y 2017 por parte de la Compañía “Los perros de Pavlov”. Definida como “una versión corrompida” del poema (y qué otra cosa podía esperar Perlongher y hacerle justicia), la puesta teatral admite, lógicamente, lecturas en distintas direcciones, sin imponer sentido unívoco, y acaso una de las más potentes en su inmediatez sea la de una recreación de *cadáveres en tiempos de Ni una menos*. La violencia ejercida sobre cuerpos femeninos da lugar además a una experimentación con el horror y lo siniestro (en lugar del mecanismo de la parodia) en la que lo que se toma y recupera de “Cadáveres” es, antes que un contenido ‘representable’, un procedimiento (por cierto, si alguien esperaba ver una representación del poema, sale perdido) y un efecto: la risa que sangra. No hay, entonces, victimización maniquea sino (como en “Cadáveres”) mostración de lo extremo en su ambigüedad, aunque no exenta de modos de empoderamiento mediante el cual se articula sexualidad y política.

Ambientada en un “School” de *high class*, el desconcierto inicial, ante los distintos cuadros de canto, música y baile que ofrece la pieza y ejecutan sus jóvenes actores, remite a preguntarse si acaso se está ante un musical de Cris Morena, y en su avance si se trata de un capítulo de *Scream Queens*, y finalmente una película de zombies: es que el extrañamiento que suscita en toda su extensión parece, en este punto, deberle más a “La muerte y la brújula” que a “Cadáveres”: las imágenes y la entonación conducen a un escenario extranjero pero que, precisamente por su rareza, más recuerda y refuerza un imaginario argentino, intensificándolo. Los cadáveres, así, parecen emerger siempre como problema nacional, o parecen estar unidos siempre a un problema en torno a la Nación, como si “cadáveres” y “nación” fuesen dos términos indisolubles, o dos caras de la misma moneda. Pero no cualquier nación sino aquella que se disputa en coyunturas de derecha: la pieza lo vuelve explícito recuperando un discurso de Macri. Así, este *campus* (¿de concentración?) en el que estudian adolescentes de clase alta para ser “líderes del país” (tal la presentación de la obra), en su devenir zombies o sus muertes recíprocas, se da a ver justo un año en el que otros adolescentes estaban tomando colegios en Buenos Aires. Y con todo, la pregunta que abre y proyecta *Cadáveres show* es qué ‘significa’ Perlongher, hoy, para un *teenager*.

Todas estas *apariciones* (y adviértase su plus de sentido fantasmal, o de bruja) confirman su cercanía, su proximidad: debe ser que Perlongher, como ya deslizamos en un capítulo, es nuestro contemporáneo, a la manera en que lo entiende Giorgio Agamben: aquel que ve no sólo la luz sino también la íntima oscuridad de su tiempo. El 26 de noviembre de 1992, Perlongher “abandonó el

cuerpo personal” y acaso por última vez “salió de sí”. Como escribió Osvaldo Baigorria, “aquella flor entró en la tierra para devenir mil rosas” (1996: 180): desde ese día, entonces, sus rosas florecen en quienes nos enamora su voz y lo que su cuerpo hizo: un enamoramiento que, en la tensión entre identificación y distancia, nos hace una realidad y también un sueño. Y por eso además, transfigurada, las consignas con las que pudo jugar, como un joven niño en los ‘70 (“Evita vive”, “Perón vuelve”), ahora transmutan, trashumantes: Perlongher vive, y vuelve, una y otra vez.

BIBLIOGRAFÍA

1 Fuentes

1.1 Corpus de Néstor Perlongher

1.1.1 Libros

(1981): *La familia abandonada y sus consecuencias*. Buenos Aires. Eudeba-CEA. En coautoría con Sergio Pérez Álvarez y Ramón Sal Llarguez.

(1987a): *O negocio do Michê. Prostituição viril em São Paulo*. São Paulo. Brasiliense. Incluye un Prefacio de Peter Fry.

(1987b): *O qué é AIDS*. São Paulo. Brasiliense.

(1988): *El fantasma del sida*. Buenos Aires. Puntosur. [Versión argentina de *O qué é AIDS*.] Incluye un Anexo (“El sida en Argentina”) de Leonardo Moledo.

(Comp.) (1991): *Caribe transplatino. Poesía neobarroca cubana e rioplatense*. Prólogo y notas de N.P. Traducciones de Josely Vianna Baptista. São Paulo. Iluminuras

(1993): *La prostitución masculina*. Buenos Aires. La Urraca. [Primera versión argentina de *O negocio do Michê. Prostituição viril em São Paulo*.]

(1994): *Lamê*. Antología bilingüe. Selección y prólogo de Roberto Echavarren. Traducciones de Josely Vianna Baptista. Editora da Universidade Estadual de Campinas. Campinas. Incluye un Poema de Haroldo de Campos.

(2003) [1997]: *Poemas Completos (1980– 1992)*. Edición y prólogo de Roberto Echavarren. Incluye un Epílogo de Tamara Kamenszain y una Nota de Reynaldo Jiménez. Buenos Aires. Seix Barral.

(1997): *Prosa plebeya. Ensayos 1980 – 1992*. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Buenos Aires. Colihue.

(1999): *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires. Paidós. [Segunda versión argentina de *O negocio do Michê. Prostituição viril em São Paulo*. Traducción de Moira Irigoyen.] Incluye un Prólogo de Roberto Echavarren.

(2001): *Evita vive e outras prosas*. Selección y prólogo de Adrián Cangí. Traducciones de Josely Vianna Baptista. São Paulo. Iluminuras. Incluye un Poema de Haroldo de Campos y un Dossier crítico-testimonial con textos de Roberto Echavarren, Josely Vianna Baptista y Glauco Mattoso.

(2004): *Papeles insumisos*. Edición de Adrián Cangí y Reynaldo Jiménez. Prólogo de Adrián Cangí. Buenos Aires. Santiago Arcos. Incluye un Dossier crítico-testimonial con textos de Roberto Echavarren, Tamara Kamenszain, Josely Vianna Baptista, José Kozer, Wilson Bueno, Eduardo Milán, Eduardo Espina, Paula Siganevich y Reynaldo Jiménez.

(2006): *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978 – 1986*. Edición y prólogo de Osvaldo Baigorria. Buenos Aires. Mansalva.

(2008): *O negocio do Michê. A prostituição viril em São Paulo*. São Paulo. Fundação Perseu Abramo. Incluye un Poema de Haroldo de Campos y un Prefacio a la nueva edición de Richard Miskolci y Larissa Pelúcio.

(2009): *Evita vive y otros relatos*. Edición y prólogo de Adrián Cangí. Buenos Aires. Santiago Arcos.

(2012): *Poemas completos*. Edición y prólogo de Roberto Echavarren. Montevideo. La Flauta Mágica. Incluye un Dossier crítico con textos de Roberto Echavarren, Juan Salzano, Ana Khab Ra y ná Kar Elliff-ce, Teresa Porzecanski, Romina Freschi, Reynaldo Jiménez, Tamara Kamenszain, Marcos Wasem y Adrián Cangí.

(2013): *Prosa plebeya*. Selección y prólogo de Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Buenos Aires. Excursiones.

(2016): *Correspondencia*. Edición e introducción de Cecilia Palmeiro. Buenos Aires. Mansalva.

1.1.2 Textos no incluidos ni recopilados en libros propios

(1981): “Mentira e inconsecuencia”, en *Sitio*. N° 1. Buenos Aires. Diciembre 1981: 118 – 120.

(1983a): “La represión del homosexual en Argentina”, en *El porteño*. N° 22. Octubre 1983. Suplemento *Cerdos & Peces*. N° 3: 8 – 9.

(1983b): “La represión del homosexual en el Proceso”, en *El porteño*. N° 24. Diciembre 1983. Suplemento *Cerdos & Peces*. N° 5: 16.

(1984a): “El mundo gay en Brasil. Visión del paraíso”, en *Cerdos & Peces*. N° 4. Julio 1984: 12 – 14.

(1984b): “Lo gay no pasa por ahí”, en *El porteño*. N° 36. Diciembre 1984: 4.

(1985): “El fantasma del SIDA”, en *El porteño*. N° 41. Mayo 1985: 38.

(1986): *O negocio do Michê. Prostituição viril em São Paulo*. Dissertação de Mestrado em Antropologia Social. IFCH-UNICAMP. Campinas. [Fragmentos de la tesis no publicados en la edición del libro.]

(1991): “Droga e êxtase”, en *Primera versão*. N° 34. IFCH – UNICAMP. Campinas.

(2005a) [1991]: “Territórios marginais”, en Green, James N. e Trindade, Ronaldo (Orgs.): *Homossexualismo em São Paulo e outros escritos*. São Paulo. UNESP.

(2005b) [1992]: “Sopa paraguaya” (Prólogo), en Bueno, Wilson: *Mar paraguayo*. Buenos Aires. Tsé tsé.

1.1.3 Documentos CEDAE – UNICAMP

Documento 02/004: Carta dirigida a "Miguel". Fechada el 14-05-82 en San Pablo. 3 páginas mecanografiadas con correcciones manuscritas.

Documento 05/013: “AUSTRIA – HUNGRIA”. 5 páginas mecanografiadas con ligeras correcciones.

Documento 05/046: “El Saurio Rosa”. 2 versiones. 1 página por cada una. Ambas mecanografiadas con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 05/056: “Imperio Argentina”. 1 página mecanografiada con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 06/088: “Acreditando en Tancredo”. Mecanografiado con anotaciones manuscritas [Detalle].

Documento 08/229: “Cadáveres”. 11 páginas mecanografiadas con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 09/282: “[huir, sombreado con un nombre...]”. 1 página mecanografiada con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 10/372-395: Cuaderno de aproximadamente 50 páginas con diversas anotaciones manuscritas y hojas faltantes y en blanco.

Documento 12/486: “[El discurso político]”. 1 página mecanografiada con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 15/730: “[Caracoleo]”. 5 páginas mecanografiadas con correcciones y anotaciones manuscritas.

Documento 16/734: “[Evocar la Argentina...]”. 1 página mecanografiada con correcciones y anotaciones manuscritas.

1.2 Otros textos tratados total o parcialmente como fuentes

AAVV (1982): “Las Malvinas argentinas. Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo. ¡Argentinos a recomponer!” [“Entredichos”], en *Sitio*. N° 2. Buenos Aires, 1982: 3 – 8.

AAVV (2010) [1996]: *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana*. Selección y notas de Roberto Echavarren, Jacobo Sefamí y José Kozer. Prólogos de Roberto Echavarren y N.P. Epílogo de Tamara Kamenszain. Buenos Aires. Mansalva.

Aira, César (1986): “Sin novedad en el frente”, en *El porteño*. N° 51. Marzo 1986: 60.

Alcalde, Ramón (1983): “Ilusiones de isleño”, en *Sitio*. N° 3. Buenos Aires, 1983: 52 – 59.

Baptista, Josely Vianna y Faria, Francisco (1992): *Corpografía. Autópsia poética das passagens*. San Pablo. Iluminuras.

Barreiros, Raúl (1989): “Evita botarate los dislates”, en *El porteño*. N° 89. Mayo 1989: 12.

Bueno, Wilson (2005) [1992]: *Mar paraguayo*. Buenos Aires. Tsé tsé.

Burroughs, Williams S. y Ginsberg, Allen (2007) [1963]: *Las cartas de la Ayahuasca*. Barcelona. Anagrama.

Carrera, Arturo (2014): *Vigilámbulo. Poesía reunida*. 3 volúmenes. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.

Carrera, Arturo y Lamborghini, Osvaldo (2002) [1981]: *Palacio de los Aplausos (o el suelo del sentido)*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Consejo de Redacción de *El porteño* (1989): “Un mes movido”, en *El porteño*. N° 89. Mayo 1989: 11 – 13.

Copi (2010a): *La guerra de las mariconas*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.

Copi (2010b) [1988]: *La internacional Argentina*, en *Obras (Tomo I)*. Barcelona. Anagrama.

Cozarinsky, Edgardo (2002) [1985]: *Vudú urbano*. Buenos Aires. Emecé.

de Campos, Haroldo (2010) [1984]: *Galaxias / Galáxias*. Traducción y notas de Reynaldo Jiménez. Prólogo de Roberto Echavarren. Montevideo. La Flauta Mágica.

de Campos, Haroldo (2011): *O sequestro do barroco na formação da literatura brasileira: o caso Gregório de Matos*. São Paulo. Iluminuras.

Echavarren, Roberto (1998): *Arte andrógino. Estilo versus moda en un siglo corto*. Buenos Aires. Colihue.

Echavarren, Roberto (2000): *Performance. Género y transgénero*. Buenos Aires. Eudeba.

Echavarren, Roberto (2007a) [1994]: *Ave Roc*. Buenos Aires. Mansalva.

Echavarren, Roberto (2007b): *Fuera de género. Criaturas de la invención erótica*. Buenos Aires. Losada.

Escari, Raúl (2006): *Dos relatos porteños*. Buenos Aires. Mansalva.

Fogwill (2010) [2008]: *Los libros de la guerra*. Buenos Aires. Mansalva.

Fogwill (2011) [1983]: *Los pichiciegos*. Buenos Aires. El Ateneo.

Foucault, Michel (2008a) [1976]: *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Freidemberg, Daniel (1987): "De una libreta de apuntes" [Columna "Todos bailan"], en *Diario de poesía*. N° 5. Buenos Aires – Montevideo – Rosario. Invierno 1987: 26.

García Helder, Daniel (1987): "El neobarroco en la Argentina", en *Diario de poesía*. N° 4. Buenos Aires – Montevideo – Rosario. Otoño 1987: 24 – 25.

Ginsberg, Allen (2010) [1956]: *Aullido y otros poemas*. Barcelona. Anagrama.

Girondo, Oliverio (2002): *Obra. Poesía*. Buenos Aires. Losada.

González, Horacio (1986): "Cuando los intelectuales cantaban la marchita", en *El porteño*. N° 51. Marzo 1986: 61.

Gumier Maier, Jorge (1984): "La mítica raza gay", en *El porteño*. N° 34. Octubre 1984: 80.

Gutiérrez, Eduardo (1980) [1879]: *Juan Moreira*. Buenos Aires. CEAL.

Hocquenghem, Guy (1980) [1977]: *A contestação homossexual*. São Paulo. Brasiliense.

Hocquenghem, Guy (2009) [1972]: *El deseo homosexual*. Santa Cruz de Tenerife. Melusina.

Hocquenghem, Guy y Schéerer, René (1987) [1986]: *El alma atómica*. Barcelona. Gedisa.

Jinkis, Jorge (1983a): "A la tibia musa, de un vate desencantado", en *Sitio*. N° 3. Buenos Aires, 1983: 49 – 51.

Jinkis, Jorge; Grüner, Eduardo y Gusmán, Luis (1981): "Entredichos", en *Sitio*. N° 1. Buenos Aires. Diciembre 1981: 3 – 8.

Kon, Daniel (1982): *Los chicos de la guerra. Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas*. Buenos Aires. Galerna.

Lamborghini, Leónidas (1985): "El gauchesco como arte bufo", en *Cultura. Tiempo Argentino*. Buenos Aires, Domingo 23 de Junio de 1985.

Lamborghini, Leónidas (1989) [1971]: *El solicitante descolocado*. Buenos Aires. Libros de Tierra Firme.

Lamborghini, Leónidas (2008): *Risa y tragedia en los poetas gauchescos*. Buenos Aires. Emecé.

Lamborghini, Leónidas (2010a): *Mescolanza. A modo de memoria*. Buenos Aires. Emecé.

Lamborghini, Leónidas (2010b): "Entre la reescritura y la parodia" [Entrevista de Miguel Ángel Zapata], en *Projeto Editorial Banda Hispânica - Jornal de poesia*. Disponible en línea: <http://www.jornaldepoesia.jor.br/bh6lamborghini.htm>

Lamborghini, Osvaldo (1994): *Tadeys*. Barcelona. Del Serbal.

Lamborghini, Osvaldo (2010) [1988]: *Novelas y cuentos I*. Buenos Aires. Mondadori.

Lamborghini, Osvaldo (2011) [1988]: *Novelas y cuentos II*. Buenos Aires. Mondadori.

Lezama Lima, José (1993): *Sucesivas y coordenadas*. Buenos Aires. Espasa Calpe – Austral.

Mattoso, Glauco (1981): *O que é poesia marginal*. São Paulo. Brasiliense.

Mattoso, Glauco (1986): *Manual do pedólotra amador. Aventuras & leituras de um tarado por pés*. Prefácio de Leo Gilson Ribeiro. Posfácio de Néstor Perlongher. São Paulo. Expressão.

Mieli, Mario (1979) [1977]: *Elementos de crítica homosexual*. Barcelona. Anagrama.

Modarelli, Alejandro (2011): *Rosa prepucio. Crónicas de sodomía, amor y bigudí*. Buenos Aires. Mansalva.

Molina, Daniel (1984): "Los 'sixties' criollos", en *El porteño*. N° 34. Octubre 1984: 68 – 73.

- Pasolini, Pier Paolo (1982) [1978]: *Las bellas banderas*. Barcelona. Planeta.
- Pasolini, Pier Paolo (1983) [1975]: *Escritos corsarios*. Barcelona. Planeta.
- Pasolini, Pier Paolo (1997): *Historias de la ciudad de Dios*. Buenos Aires. Eudeba.
- Pasolini, Pier Paolo (2005a) [1972]: *Empirismo herético*. Córdoba. Brujas.
- Pasolini, Pier Paolo (2005b): *Pasiones heréticas. Correspondencia 1940 – 1975*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.
- Pasolini, Pier Paolo (2014): *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas*. Madrid. Errata Naturae.
- Puig, Manuel (1990): “El error gay”, en *El porteño*. N° 105. Septiembre 1990.
- Puig, Manuel (1993) [1976]: *El beso de la mujer araña*. Barcelona. Seix Barral – RBA.
- Rich, Adrienne (2001) [1986]: *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida 1979 – 1985*. Barcelona. Icaria.
- Rozitchner, León (2005) [1985]: *Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia. El punto ciego de la crítica política*. Buenos Aires. Losada.
- Sarduy, Severo (1999): *Escrito sobre un cuerpo* [1968]; *Barroco* [1974]; *La simulación* [1982]; “El barroco y el neobarroco” [1972], en *Obra Completa*. Tomo II. Edición crítica de Gustavo Guerrero y François Wahl (Coords.). Madrid. ALLCA XX - Colección Archivos: 1119 – 1194; 1195 – 1261; 1263 – 1344; 1385 – 1404.
- Sarduy, Severo (2000): *Antología*. México. FCE.
- Sarlo, Beatriz (1985a): “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, en *Punto de Vista*. N° 25. Buenos Aires. Diciembre 1985: 1 – 6.
- Sarlo, Beatriz (1993): “¿Arcaicos o marginales? Situación de los intelectuales en el fin de siglo”, en *Punto de Vista*. N° 47. Buenos Aires. Diciembre 1993: 1 – 5.
- Sarlo, Beatriz (1994a): “¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía”, en *Punto de Vista*. N° 50. Buenos Aires. Noviembre 1994: 5 – 9.
- Schérer, René y Hocquenghem, Guy (1979): *Álbum sistemático de la infancia*. Barcelona. Anagrama.
- Wittig, Monique (1977) [1973]: *El cuerpo lesbiano*. Valencia. Pre-Textos.

Wittig, Monique (2010) [1992]: *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid. Egales.

1.3 Revistas y publicaciones periódicas consultadas

Babel. Revista de Libros. Colección completa: N° 1 (Abril 1988) a N° 22 (Marzo 1991). Buenos Aires.

Cerdos & Peces. Diversos números comprendidos entre: N° 1 (Agosto 1983) y N° 30 (Septiembre 1990). Buenos Aires.

Diario de poesía. Diversos números comprendidos entre: N° 1 (Julio 1986) y N° 15 (Otoño 1990). Buenos Aires – Montevideo – Rosario.

El porteño. Diversos números comprendidos entre: N° 1 (Enero 1982) y N° 108 (Diciembre 1990). Buenos Aires.

Lampião da Esquina. Colección completa: N° 0 (Abril 1978) y N° 37 (Junio 1981). San Pablo-Rio de Janeiro.

Literal. Edición Facsimilar de la colección completa: N° 1 (1973) a N° 4/5 (1977). Buenos Aires. Biblioteca Nacional, 2011.

Sítio. Colección completa: N° 1 (Diciembre 1981) a N° 6 (Noviembre 1987). Buenos Aires.

Somos. Colección completa: N° 1 (Diciembre 1973) a N° 8 (Enero 1976). Buenos Aires.

2 Bibliografía

2.1 Sobre Néstor Perlongher

2.1.1 Libros

Adúriz, Javier (2005): *Perlongher*. Buenos Aires. Ediciones del Dock.

Balletta, Edoardo (2009): *Tu svástica en las tripas. Corpo e storia in Néstor Perlongher*. Bologna. Gorée.

Cangi, Adrián y Siganevich, Paula (Comps.) (1996): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Palmeiro, Cecilia (2011): *Desbunde y felicidad. De la Cartonera a Perlongher*. Buenos Aires. Título.

Rosa, Nicolás (1997a): *Tratados sobre Néstor Perlongher*. Buenos Aires. Ars.

Surghi, Carlos (2009): *Abisinia Exibar (tres ensayos sobre Néstor Perlongher)*. Córdoba. Alción.

Wasem, Marcos (2008): *Barroso y sublime. Poética para Perlongher*. Buenos Aires. Godot.

2.1.2 Números Especiales y Dossiers

(2002): “Homenaje a Néstor Perlongher”, en *Cuadernos de Recienvenido / 18*. Publicação do Programa de Pós-Graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana. Universidade de São Paulo. Edición de Jorge Schwartz. Incluye poemas de Haroldo de Campos y Glauco Mattoso y ensayos de Paula Siganevich, Roberto Echavarren y Nicolás Rosa.

(2007): “Dossier: Perlongher: cadáver exquisito”, en *Plebella. Poesía actual*. N° 11. Buenos Aires, Agosto – Noviembre 2007. Incluye textos de Roberto Echavarren, Romina Freschi, Adriana Kogan, Emiliano Bustos y Anahí Mallol.

(2010): “Sobre mi cadáver” [Nota de tapa], en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 12 de Marzo de 2010. Incluye notas y subnotas de Diego Trerotola, Fernando Noy y Sara Torres.

(2012): “Cadáver exquisita” [Nota de tapa], en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 23 de Noviembre de 2012. Incluye notas y subnotas de Cecilia Palmeiro, Mariano Blatt, Javier Gasparri, Gabriela Bejerman y Mariano Pacheco.

(2013): “Dossier. Cosa de locas: homenaje a Néstor Perlongher”, en *La Habana Elegante*. Segunda Época. N° 53, Primavera-Verano 2013. Disponible en línea: http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2013/March_2013.html. Incluye textos de Adrián Cangí, Ana Porrúa, Ignacio Iriarte y Jorge Panesi.

2.1.3 Ensayos, artículos, capítulos, notas

Amícola, José (2000): “Campeones camp: Copi y Perlongher”, en *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*. Buenos Aires. Paidós: 61 – 88.

Amícola, José (2009): "Perlongher: memoria, luto y melancolía", en *Actas VII Congreso Internacional "Orbis Tertius"*. FaHCE, UNLP. Disponible en línea: <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/vii-congreso/actas-2009/Amicola.pdf>

Baigorria, Osvaldo (1996): "La Rosa Mística de Luxemburgo", en Cangí, A. y Siganevich, P. (Comps): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo: 175 - 180.

Baigorria, Osvaldo (2006a): "Prólogo", en Perlongher, Néstor: *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978 – 1986*. Buenos Aires. Mansalva: 7 – 25.

Bellucci, Mabel (2013): "Alfonsina: Un diálogo entre María Elena Oddone y Néstor Perlongher", en *kaos en la red*. 26 de Agosto de 2013. Disponible en línea: <http://2014.kaosenlared.net/secciones/66526-argentina-alfonsina-un-di%C3%A1logo-entre-mar%C3%ADa-elena-oddone-y-n%C3%A9stor-perlongher>

Benítez, Marcelo Manuel (2002): "Néstor Perlongher: Un militante del deseo", en *La Tecl@ Eñe*. Año II, N° 6, Noviembre – Diciembre 2002. Disponible en línea: <http://www.icarodigital.com.ar/numero6/eldamero/perlongher/perlongher.htm>

Burgos, Mario (2012): "Néstor Perlongher, homosexualidad y militancia en los '70", en *la búsqueda y la vida* [Blog del autor]. 26 de Noviembre de 2012. Disponible en línea: <http://labusquedaylavida.blogspot.com.ar/2012/11/nelstor-perlongherhomosexualidad-y.html>

Cangí, Adrián (1996): "Ardiente oscuridad", en Cangí, A. y Siganevich, P. (Comps): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Cangí, Adrián (2001): "Contos, crônicas, algumas vaidades e uma diatribe", en Perlongher, Néstor: *Evita vive e outras prosas*. São Paulo. Iluminuras: 9 – 19.

Cangí, Adrián (2004): "Prólogo: Papeles insumisos. Imagen de un pensamiento", en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 7 – 32.

Cangí, Adrián (2008): "Estampas de la decepción", en *La Biblioteca*. N° 7: "Ciudad y cultura". Primavera 2008. Buenos Aires. Biblioteca Nacional: 72 – 87.

Cangí, Adrián (2009): "Néstor Perlongher: metamorfosis, crueldad, dislocamientos", en Perlongher, Néstor: *Evita vive y otros relatos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 7 - 20.

Cangí, Adrián (2013a): "Variaciones sobre la imagen del pensamiento del cuerpo poético y la identidad en Néstor Perlongher y Roberto Echavarren", en *Nomadías*. N° 17. Julio 2013: 161 – 178.

Cangi, Adrián (2013b): "Poder decir sin descifrar", en *La Habana Elegante*. Segunda Época. N° 53, Primavera-Verano 2013. Disponible en línea: http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2013/Dossier_Perlongher_Cangi.html

de Campos, Haroldo (2001): "Perlongher: o neobarroso transplatino", en *Folha de São Paulo*. São Paulo. Domingo 1 de julho de 2001.

Díaz, Valentín (2012): "Mapa del Imperio: Néstor Perlongher y el Barroco", en *La Biblioteca*. N° 12: "Mitológicas". Primavera 2012. Buenos Aires. Biblioteca Nacional: 344 – 356.

Echavarren, Roberto (1999): "Prólogo", en Perlongher, Néstor: *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires. Paidós: I – XI.

Echavarren, Roberto (2002): "Néstor Perlongher: muerte lúbrica y trasposición artística", en *Cuadernos de Recienvenido / 18*. Publicação do Programa de Pós-Graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana. Universidade de São Paulo: 17 – 22.

Echavarren, Roberto (2003) [1994]: "Un fervor neobarroco", en Perlongher, Néstor: *Poemas Completos (1980 – 1992)*. Buenos Aires. Seix Barral: 5 – 15.

Echavarren, Roberto (2004): "La osadía de los flujos", en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 463 – 467.

Echavarren, Roberto (2007a): "El azar y la droga", en *Plebella. Poesía actual*. N° 11. Buenos Aires, Agosto – Noviembre 2007: 27 – 34.

Echavarren, Roberto (2012): "N.P.: Un recorrido", en Perlongher, Néstor: *Poemas Completos*. Montevideo. La Flauta Mágica: 253 – 275.

Ferrer, Christian (1996): "Escamas de un ensayista", en Cangi, A. y Siganevich, P. (Comps): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo: 181 - 193.

Ferrer, Christian (2013): "Lentejuelas: Néstor Perlongher", en *Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas*. Buenos Aires. Godot: 95 – 107.

Ferrer, Christian y Baigorria, Osvaldo (1997): "Perlongher prosaico", en Perlongher, Néstor: *Prosa plebeya. Ensayos 1980 – 1992*. Buenos Aires. Colihue: 7- 12.

Garramuño, Florencia (2009): "Poesía, vida e historia", en *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires. FCE: 151 – 229.

Gasparini, Pablo (2005): "Riscos do português / Riscos do castelhano (a língua portuguesa na poesia do argentino Néstor Perlongher)", en *Ipotesi. Revista de Estudos Literários*.

Programa de Pós-graduação em Letras da Universidade Federal de Juiz de Fora. Volume 9, N°s. 1/2: 27 - 40.

Gasparini, Pablo (2007a): “Algunos exiliados ‘filiátricos’: Copi, Osvaldo Lamborghini y Néstor Perlongher”, en *El exilio procaz: Gombrowicz por la Argentina*. Rosario. Beatriz Viterbo: 257 – 313.

Gasparini, Pablo (2007b): “No entremeio do trágico: Perlongher e os “Cadáveres” da Nação”, en *Estudos de Literatura Brasileira Contemporânea*. N° 29. Depto. de Teoria Literária e Literaturas. Universidade de Brasília. Janeiro / Junho de 2007: 165 – 178.

Gasparini, Pablo (2010a): “La lección do Néstor”, en *Caracol. Revista do Programa de Pós-Graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana*. N° 1. Universidade de São Paulo. Abril 2010: 87 – 109.

Gasparini, Pablo (2010b): “Néstor Perlongher: una extraterritorialidad en gozoso portuñol”, en *Revista Iberoamericana*. Vol. LXXVI, N° 232 – 233. Julio – Diciembre 2010: 757 – 775.

Giorgi, Gabriel (2004): “Sodoma Buenos Aires”, en *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario. Beatriz Viterbo: 153 – 171.

Gundermann, Christian (2007): “Políticas del deseo y el resurgimiento del cuerpo. El aporte de la poesía neobarroca de Néstor Perlongher a la construcción melancólica de una homosexualidad anti-liberal”, en *Actos melancólicos. Formas de resistencia en la posdictadura argentina*. Rosario. Beatriz Viterbo: 169 – 226.

Jiménez, Reynaldo (2003) [1991]: “Templar”, en Perlongher, Néstor: *Poemas Completos (1980 – 1992)*. Buenos Aires. Seix Barral: 372 – 376.

Jiménez, Reynaldo (2004): “Encuentros nestorianos en la neblina”, en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 498 – 506.

Kamenszain, Tamara (1986): “La nueva poesía argentina. De Lamborghini a Perlongher”, en AAVV: *Literatura y Crítica. Primer Encuentro, UNL, 1986*. Cuadernos de Extensión Universitaria. UNL: 137 – 143.

Kamenszain, Tamara (2000): “De noche, Góngora” y “El canto del cisne de Néstor Perlongher”, en *Historias de amor (y otros ensayos sobre poesía)*. Buenos Aires. Paidós: 121 – 124 y 151 – 154.

Kamenszain, Tamara (2004): “Tres huérfanos momentos”, en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 468 – 473.

Kamenszain, Tamara (2016): “Neobarroco, neobarroso, neoborroso. Derivas de la sucesión perlongheriana”, en *Una intimidación inofensiva. Los que escriben con lo que hay*. Buenos Aires. Eterna Cadencia: 69 – 98.

Mattoso, Glauco (2001): “Os três segredos de Fátima”, en Perlongher, Néstor: *Evita vive e outras prosas*. São Paulo. Iluminuras: 121 – 124.

Molina, Daniel (2011): “Historia de una relación (Perlongher y yo)”, en *Nada Especial* [Blog del autor]. 11 de Noviembre de 2011. Disponible en línea: <https://unperroviejo.wordpress.com/2011/11/11/historia-de-una-relacion-perlongher-y-yo/>

Moreno, María (2002): “Perlongher en primera”, en *El fin del sexo y otras mentiras*. Buenos Aires. Sudamericana: 232 – 235.

Moreno, María (2008): “Una lengua política”, en *Soy*. Suplemento de *Página/12*. Buenos Aires, 21 de Marzo de 2008.

Palmeiro, Cecilia (2012): “Néstor cumple, Rosita dignifica”, en *Boca de Sapo*. Tercera Época, Año XIII, N° 14. Diciembre 2012: 76 – 78.

Panesi, Jorge (2000): “Detritus” y “Marginales en la noche”, en *Críticas*. Buenos Aires. Norma: 303 – 328 y 339 - 353.

Panesi, Jorge (2012): “Cosa de locas: Las lenguas de Néstor Perlongher”, en *Boca de Sapo*. Tercera Época, Año XIII, N° 14. Diciembre 2012: 2 – 9.

Perednik, Jorge Santiago (2010): “Perlongher, primera parte”, en *Poesía jamás médula*. Año 3, N° 2. Buenos Aires. Septiembre – Diciembre de 2010.

Quiroga, José (2001): “El chorro de Néstor”, en *La Habana Elegante*. Segunda Época. N° 13, Primavera 2001. Disponible en línea: <http://www.habanaelegante.com/Spring2001/Expresion.html>.

Rosa, Nicolás (1987): “Seis tratados y una ausencia sobre los ‘Alambres’ y rituales de Néstor Perlongher”, en *Los fulgores del simulacro*. Santa Fe. Cuadernos de Extensión Universitaria. UNL.

Rosa, Nicolás (1996): “Una ortofonía abyecta”, en Cangj, A. y Siganevich, P. (Comps.): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo: 29 – 43.

Rosa, Nicolás (1997b): “Nuevas prosas profanas”, en *La Gandhi Argentina*. N° 1. Buenos Aires, 1997: 6 – 8.

Rosa, Nicolás (2006a) [2002]: “De estos polvos, estos lodos... Néstor Perlongher y la moral táctica de la posmodernidad”, en Ingenschay, Dieter (Ed.): *Desde aceras opuestas. Literatura / cultura gay y lesbiana en Latinoamérica*. Madrid - Frankfurt. Iberoamericana – Vervuert: 223 – 243.

Rosa, Nicolás (2006b): “Los Confines de la Literatura o los Hermanos Sean Unidos”, en *Relatos críticos. Cosas animales discursos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 109 – 138.

Siganevich, Paula (1996): “¿Cómo prender a una pantera?”, en Cangí, A. y Siganevich, P. (Comps): *Lúmpenes peregrinaciones. Ensayos sobre Néstor Perlongher*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Siganevich, Paula (2002): “A propósito de *Evita vive y otras prosas*”, en *Cuadernos de Recienvenido / 18*. Publicação do Programa de Pós-Graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana. Universidade de São Paulo: 13 – 15.

Siganevich, Paula (2004): “Nena, no te olvides de llevarte un saquito: Correspondencia de Néstor Perlongher a Sarita Torres”, en Perlongher, Néstor: *Papeles insumisos*. Buenos Aires. Santiago Arcos: 494 – 497.

Torres, Sara (2010): “Niebla del Riachuelo”, en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 12 de Marzo de 2010.

2.1.4 Reseñas (Selección)

Aulicino, Jorge Ricardo (1990): “Una goma” (Sobre *Hule*), en *Diario de poesía*. N° 15. Buenos Aires – Montevideo – Rosario. Otoño de 1990: 35 – 36.

Cambiasso, Norberto (1989): “[Sobre *Hule*]”, en *Babel*. N° 13. Buenos Aires, Diciembre 1989: 44.

Kozak, Claudia (1996): “Objeto Perlongher” (Sobre *Lúmpenes peregrinaciones*), en *Radar Libros. Página 12*. Buenos Aires, 1996.

Muschietti, Delfina (1993): “[Sobre *Chorreo de las iluminaciones*]”, en *El Cronista Cultural*. S/N. Buenos Aires, 1993.

Páez, Roxana (1993): “[Sobre *La prostitución masculina*]”, en *El Cronista Cultural*. S/N. Buenos Aires, 1993.

Simões, Júlio Assis (2008): “O negócio do desejo” (Sobre *O negocio do Michê. A prostituição viril em São Paulo*), en *Cadernos Pagu*. N° 31. UNICAMP. Julho – Dezembro de 2008: 535 – 546.

Thonis, Luis (2008) [1981]: “*Austria Hungría* de Néstor Perlongher” [“La disgregación de lenguas y el sueño de un imperio”] (Sobre *Austria-Hungría*), en *Libros peligrosos* [Blog del autor]. 13 de Diciembre de 2008. Disponible en línea: <http://librospeligrosos.blogspot.com/2008/12/austria-hungria-de-nestor-perlongher.html>

Zeiger, Claudio (2004): “Perlongher vive” (Sobre *Papeles Insumisos*), en *Radar Libros*. *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 7 de Noviembre de 2004.

Zeiger, Claudio (2006): “Un barroco de trinchera” (Sobre *Un barroco de trinchera*), en *Radar Libros*. *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 19 de Noviembre de 2006.

2.2 General (Teórica, Crítica, Documental)

AAVV (1973): *La homosexualidad en la sociedad moderna*. Buenos Aires. Siglo Veinte.

AAVV (1987): *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Buenos Aires. Alianza.

AAVV (1990): “Barroco y neo-barroco”, en *Diario de poesía*. N° 14. Buenos Aires – Montevideo – Rosario. Verano 1990: 17 a 19.

AAVV (1998) [1983]: *Erotismo y destrucción*. Madrid. Fundamentos.

AAVV (2000): *Grañas de Eros. Historia, género e identidades sexuales*. Buenos Aires. Edelp.

Acevedo, Zelmario (1985): *Homosexualidad: hacia la destrucción de los mitos*. Buenos Aires. Del Ser.

acha, omar (2000): *El sexo de la historia*. Buenos Aires. El Cielo por Asalto.

Acha, Omar (2014): *Crónica sentimental de la argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945 – 1955*. Buenos Aires. Prometeo.

Adorno, Theodor W. (1998): “El ensayo como forma”, en *Pensamiento de los confines*. N° 1. Buenos Aires: 247 - 259.

Agamben, Giorgio (1996) [1990]: *La comunidad que viene*. Valencia. Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2005) [1987]: “Bataille e o paradoxo da soberania”, en *Outra Travessia*. Revista de Pós-Graduação em Literatura. N° 5. Universidade Federal de Santa Catarina: 91 – 94. Disponible en línea.

Agamben, Giorgio (2007) [2003]: *Estado de excepción. Homo sacer, II, I*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.

Agamben, Giorgio (2010a) [1995]: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia. Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2010b) [1996]: *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia. Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2010c) [1999]: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia. Pre-Textos.

Agamben, Giorgio (2010d) [2007]: “¿Qué es lo contemporáneo?”, en *Otra parte*. N° 20. Buenos Aires, 2010.

Agamben, Giorgio (2011) [1978]: *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.

Agamben, Giorgio (2013): *Profanaciones*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.

Aira, César (1988): “Prólogo”, en Lamborghini, Osvaldo: *Novelas y cuentos*. Barcelona. Del Serbal: 7 – 16.

Aira, César (2001): “El ensayo y su tema”, en *Boletín / 9* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Diciembre de 2001: 9 – 15.

Altamirano, Carlos (2005): *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Altamirano, Carlos (2007): “El intelectual, cuestionado” [Entrevista de Ivana Costa], en *Revista Ñ*. Buenos Aires, Sábado 17 de Marzo de 2007.

Altamirano, Carlos (2013) [2006]: *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Altman, Dennis (2012) [1971]: *Homosexual: Oppression and Liberation*. University of Queensland Press.

Amado, Ana y Domínguez, Nora (2004): “Figuras y políticas de lo familiar. Una introducción”, en Amado, Ana y Domínguez, Nora (Comps.): *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires. Paidós: 13 – 39.

Amícola, José (2000): *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*. Buenos Aires. Paidós.

Anabitarte, Héctor (2013): “Confesiones de un militante homosexual y comunista”, en *Clarín*. Buenos Aires, 9 de Febrero de 2013.

Andermann, Jens (2000): *Mapas poder. Una arqueología del espacio argentino*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Anderson, Benedict (2011) [1983]: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México. FCE.

Arfuch, Leonor (Comp.) (2005) [2002]: *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires. Prometeo.

Ariès, Philippe y Béjin, André (Dirs.) (2010) [1982]: *Sexualidades occidentales*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Astutti, Adriana (2001): *Andares clancos. Fábulas del menor en Osvaldo Lamborghini, Juan Carlos Onetti, Rubén Darío, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Manuel Puig*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Astutti, Adriana (2003): “‘Odiar la patria y aborrecer la madre’: Fernando Vallejo”, en *Boletín / 11* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Diciembre 2003: 107 – 119.

Badiou, Alain (2007) [1988]: *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires. Manantial.

Badiou, Alain (2009) [2005]: *El siglo*. Buenos Aires. Manantial.

Baigorria, Osvaldo (1997): “Allen Ginsberg. En viaje de ida” [Incluye una entrevista traducida], en *La Gandhi Argentina*. N° 2. Buenos Aires, 1997: 24 – 25.

Baigorria, Osvaldo (2002): *Georges Bataille y el erotismo*. Madrid. Campo de Ideas.

Baigorria, Osvaldo (Comp.) (2006b): *El amor libre. Eros y Anarquía*. Buenos Aires. Libros de Anarres – Utopía Libertaria.

Baigorria, Osvaldo (2007): “Los últimos días de Reich”, en *Radar*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 11 de Noviembre de 2007.

Baigorria, Osvaldo (2011): “Por qué no soy anarquista”, en *Paseo esquizo* [Blog del autor]. 30 de Mayo de 2011. Disponible en línea: <https://osvaldobaigorria.wordpress.com/2011/05/30/por-que-no-soy-anarquista/>

Baigorria, Osvaldo (2012): *Sobre Sánchez*. Buenos Aires. Mansalva.

Bajtín, Mijail (2003): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid. Alianza.

Balderston, Daniel (2004): *El deseo, enorme cicatriz luminosa. Ensayos sobre homosexualidades latinoamericanas*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Balderston, Daniel y Quiroga, José (2005): *Sexualidades en disputa. Homosexualidades, literatura y medios de comunicación en América Latina*. Buenos Aires. Libros del Rojas – UBA.

Barthes, Roland (1978) [1975]: *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona. Kairós.

Barthes, Roland (1997) [1971]: *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid. Cátedra.

Barthes, Roland (2003a) [1964]: *Ensayos críticos*. Buenos Aires. Seix Barral.

Barthes, Roland (2003b) [1972]: *El grado cero de la escritura. Nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Barthes, Roland (2003c) [1985]: *La aventura semiológica*. Barcelona. Paidós.

Barthes, Roland (2006) [1977]: *Fragmentos de un discurso amoroso*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Barthes, Roland (2009a) [1982]: *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona. Paidós.

Barthes, Roland (2009b) [1984]: *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona. Paidós.

Barthes, Roland (2011) [1978]: *El placer del texto. Lección Inaugural*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Bataille, Georges (1981a) [1954]: *La experiencia interior*. Madrid. Taurus.

Bataille, Georges (1981b) [1957]: *La literatura y el mal*. Madrid. Taurus.

Bataille, Georges (1981c) [1973]: *Teoría de la religión*. Madrid Taurus.

Bataille, Georges (2009) [1957]: *El erotismo*. Buenos Aires. Tusquets.

Bauman, Zygmunt (1997): *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Quilmes. Universidad Nacional de Quilmes.

Becker, Howard (2009): *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Bellessi, Diana (1996): *Lo propio y lo ajeno*. Buenos Aires. Feminaria.

Bellucci, Mabel (2010): *Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política*. Buenos Aires. Emecé.

Bellucci, Mabel (2012): “Relaciones carnales”, en *Las 12*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 16 de Noviembre de 2012.

Bellucci, Mabel y Rapisardi, Flavio (1999): “Alrededor de la identidad. Las luchas políticas del presente”, en *Nueva Sociedad*. N° 162. Julio – Agosto 1999: 40 – 53.

Benedetti, Marcos (2005): *Toda feita. O corpo e o gênero das travestis*. Rio de Janeiro. Garamond.

Benjamin, Walter (1972): *Iluminaciones II. Baudelaire: Un poeta en el esplendor del capitalismo*. Madrid. Taurus.

Benjamin, Walter (1990): *El origen del drama barroco alemán*. Madrid. Taurus.

Benjamin, Walter (1994): *Discursos interrumpidos*. Barcelona. Planeta – Agostini.

Benjamin, Walter (1995): *Para una crítica de la violencia*. Buenos Aires. Leviatán.

Benjamin, Walter (2001): *Ensayos escogidos*. México. Coyoacán.

Bernabé, Mónica (2017): *Por otro lado. Ensayos en el límite de la literatura*. México. FOEM.

Bernini, Lorenzo (2015) [2013]: *Apocalipsis queer. Elementos de teoría antisocial*. Barcelona-Madrid. Egales.

Bersani, Leo (1998) [1995]: *Homos*. Buenos Aires. Manantial.

Bersani, Leo (2009) [2005]: “FREUCAULT y el fin del sexo”, en *Litoral. école lacanienne de psychanalyse*. N° 42. México. Febrero 2009: 33 – 40.

Bessa, Marcelo Secron (1997): *Histórias positivas. A literatura (des)construindo a aids*. Rio de Janeiro. Record.

Bessa, Marcelo Secron (2002): *Os perigosos. Autobiografias & AIDS*. Rio de Janeiro. Aeroplano.

Bhabha, Homi (2002) [1994]: *El lugar de la cultura*. Buenos Aires. Manantial.

Blanchot, Maurice (1976) [1971]: *La risa de los dioses*. Madrid. Taurus.

Blanchot, Maurice (1977) [1943]: *Falsos pasos*. Valencia. Pre-Textos.

Blanchot, Maurice (1985): “¿Qué es la crítica?”, en *Sitio*. N° 4/5. Buenos Aires. Mayo 1985: 74 – 76.

Blanchot, Maurice (1988) [1986]: *Michel Foucault tal y como yo lo imagino*. Valencia. Pre-Textos.

Blanchot, Maurice (1990) [1983]: *La escritura del desastre*. Caracas. Monte Avila.

Blanchot, Maurice (1992a) [1955]: *El espacio literario*. Barcelona. Paidós.

Blanchot, Maurice (1992b) [1959]: *El libro que vendrá*. Caracas. Monte Avila.

Blanchot, Maurice (1996) [1969]: *El diálogo inconcluso*. Caracas. Monte Avila.

Blanchot, Maurice (1999) [1996]: “Los intelectuales en cuestión”, en *Pensamiento de los confines*. N° 6. Primer Semestre 1999: 85 – 97.

Blanchot, Maurice (2002) [1983]: *La comunidad inconfesable*. Madrid. Editora Nacional.

Boellstorff, Tom (2007): “Queer Studies in The House of Anthropology”, en *Annual Review of Anthropology*. N° 36, 2007: 17 – 35.

Bongers, Wolfgang y Tanja Olbrich (Comps.) (2006): *Literatura, cultura, enfermedad*. Buenos Aires. Paidós.

Bourdieu, Pierre (1995) [1992]: *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona. Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2009) [1999]: *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires. Eudeba.

Bruckner, Pascal y Finkielkraut, Alain (1989) [1977]: *El nuevo desorden amoroso*. Barcelona. Anagrama.

Bürger, Peter (1997) [1974]: *Teoría de la vanguardia*. Barcelona. Península.

Butler, Judith (2006) [2004]: *Deshacer el género*. Barcelona. Paidós.

Butler, Judith (2007) [1990]: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós.

Butler, Judith (2008) [1993]: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Barcelona. Paidós.

Butler, Judith (2009a) [1997]: *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid. Síntesis.

Butler, Judith (2009b) [2004]: *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires. Paidós.

Butler, Judith (2009c) [2005]: *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires. Amorrortu.

Butler, Judith (2010) [2009]: *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires. Paidós.

Butler, Judith (2011) [1997]: *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid. Cátedra.

Cabral, Mauro (2005): "La paradoja transgénero", en *Boletín N° 18. Ciudadanía Sexual*. Proyecto Sexualidades, Salud y Derechos Humanos en América Latina. Disponible en línea: http://www.ciudadaniasexual.org/boletin/b18/ART_Mauro.pdf

Cabral, Mauro (2007): "Hibridaciones. De la diferencia sexual a las prótesis sexuadas", en Brunsteins, P. y Testa, A. (Eds.): *Conocimiento, normatividad y acción*. Córdoba. UNC.

Cabral, Mauro (2009): "Salvar las distancias –Apuntes acerca de 'Biopolítica del género'", en AAVV: *Biopolítica*. Buenos Aires. Ají de Pollo: 121 – 139.

Calabrese, Omar (2008) [1987]: *La era neobarroca*. Madrid. Cátedra.

Cardín, Alberto (1984): *Guerreros, chamanes y travestis. Indicios de homosexualidad entre los exóticos*. Barcelona. Tusquets.

Carrera, Arturo (2009): "Todo sobre el neobarroco", en *Ensayos murmurados*. Buenos Aires. Mansalva: 151 – 158.

Castro, Edgardo (2014): *Introducción a Foucault*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Casullo, Nicolás (2004): *Pensar entre épocas. Memoria, sujetos y crítica intelectual*. Buenos Aires. Norma.

Catelli, Nora (2001): "Teoría feminista y experiencia literaria", en *Punto de Vista*. N° 71. Buenos Aires. Diciembre 2001: 32 – 35.

Cella, Susana (2010): "Poesía / Política: apuntes sobre una dificultad", en *El Interpretador*. N° 36. Buenos Aires, Marzo 2010. Disponible en línea: www.elinterpretador.net/36/literatura/cella/cella.html

Chiampi, Irlemar (2001) [2000]: *Barroco y modernidad*. México. FCE.

Clastres, Pierre (1987) [1980]: *Investigaciones en Antropología Política*. México. Gedisa.

- Clastres, Pierre (2008): *La sociedad contra el Estado*. La Plata. Terramar.
- Clotas, Salvador (1974): "El dandismo de nuestro tiempo", en AAVV: *El dandismo*. Barcelona. Anagrama: 7 – 17.
- Contreras, Sandra (2002): *Las vueltas de César Aira*. Rosario. Beatriz Viterbo.
- Córdoba, David; Sáez, Javier y Vidarte, Paco (Eds.) (2005): *Teoría Queer. Políticas Bollerías, Maricas, Trans, Mestizas*. Madrid. Egales.
- Crespi, Maximiliano (2010): "Sitio: entre la guerra de Malvinas y la Ley de Obediencia Debida", en Viñas, David (Dir.); Carbone, Rocco y Ojeda, Ana (Comps.): *Literatura argentina siglo XX. De Alfonsín al menemato (1983 - 2001)*. Buenos Aires, Paradiso - Fundación Crónica General: 176 – 189.
- Cueto, Sergio (1997): *Maurice Blanchot. El ejercicio de la paciencia*. Rosario. Beatriz Viterbo.
- Dalmaroni, Miguel (2004): *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960 – 2002*. Santiago de Chile – Mar del Plata. RIL – Melusina.
- Dalmaroni, Miguel (2009): "Lo que resta (un montaje)", en Dalmaroni, Miguel y Rogers, Geraldine (Eds.): *Contratiempos de la memoria en la literatura argentina*. La Plata. EDULP: 15 – 37.
- de Certeau, Michel (1981): "Historia, ciencia y ficción", en *Nexos*. México, Febrero 1981: 33 – 45.
- de Diego, José Luis (2001): *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970 – 1986)*. La Plata. Al Margen.
- de Lauretis, Teresa (2000): *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid. horas y HORAS.
- de Man, Paul (1990): "La resistencia a la teoría", en *La resistencia a la teoría*. Madrid. Visor: 11 – 37.
- de Rougemont, Denis (1993): *Amor y Occidente*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Deleuze, Gilles (1974) [1967]: *Presentación de Sacher-Masoch. El frío y el cruel*. Madrid. Taurus.
- Deleuze, Gilles (1994) [1969]: *Lógica del sentido*. Barcelona. Planeta-Agostini.

- Deleuze, Gilles (2005a) [1986]: *Foucault*. Buenos Aires. Paidós.
- Deleuze, Gilles (2005b) [2002]: *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953 – 1974)*. Valencia. Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles (2007) [2003]: *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975 – 1995)*. Valencia. Pre-Textos.
- Deleuze, Gilles (2008) [1988]: *El pliegue. Leibniz y el Barroco*. Buenos Aires. Paidós.
- Deleuze, Gilles (2009a) [1968]: *Diferencia y repetición*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Deleuze, Gilles (2009b) [1993]: *Crítica y clínica*. Barcelona. Anagrama.
- Deleuze, Gilles (2010): *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires. Cactus.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1990) [1975]: *Kafka. Por una literatura menor*. México. Era.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2002) [1980]: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia. Pre-textos.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2009a) [1972]: *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires. Paidós.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2009b) [1991]: *¿Qué es la filosofía?* Barcelona. Anagrama.
- Delfino, Silvia y Rapisardi, Flavio (2010): “Cuirizando la cultura argentina desde La Queerencia”, en *ramona*. N° 99 [“Micropolíticas cuir: transmariconizando el sur”]. Abril 2010: 10 – 14.
- Derrida, Jacques (1980): “La ley del género”. Traducción de Ariel Schettini para la Cátedra de Teoría y Análisis Literario “C” (UBA). Mimeo.
- Derrida, Jacques (1994): *Márgenes de la filosofía*. Madrid. Cátedra.
- Derrida, Jacques (1997a): *Fuerza de ley. El “fundamento místico de la autoridad”*. Madrid. Tecnos.
- Derrida, Jacques (1997b) [1996]: *El monolingüismo del otro o la prótesis de origen*. Buenos Aires. Manantial.
- Derrida, Jacques (1998) [1996]: *Aporías. Morir –esperarse (en) “los límites de la verdad”*. Barcelona. Paidós.

Dias Duarte, Luiz Fernando (1999): "O império dos sentidos: sensibilidade, sensualidade e sexualidade na cultura ocidental moderna", en Heilborn, Maria Luiza (Org.): *Sexualidade. O olhar das ciências sociais*. Rio de Janeiro. Zahar: 21 – 30.

Dillon, Marta (2004): "Descubrimiento del Sida", en *Página 12*. Edición especial 17° Aniversario. Buenos Aires, 2004. Disponible en línea: <http://www.pagina12.com.ar/especiales/17aniversario/sida.htm>

Dillon, Marta (2013): "La huella de un pionero" [Entrevista a Héctor Anabitarte], en *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 24 de Noviembre de 2013.

Dipaola, Esteban y Yabkowski, Nuria (2008): *En tu ardor y en tu frío. Arte y política en Theodor Adorno y Gilles Deleuze*. Buenos Aires. Paidós.

Dobry, Edgardo (1999): "Poesía argentina actual: del neobarroco al objetivismo", en *Cuadernos Hispanoamericanos*. N° 588. Madrid. Junio 1999: 45 – 57.

Dobry, Edgardo (2009): "Barroco y modernidad: de Maravall a Lezama Lima", en *Orbis Tertius*. XIV (15). UNLP, 2009.

Domínguez, Nora (1998): "Reflexiones finales. Acerca de la crítica", en Domínguez, Nora y Perilli, Carmen (Comps.): *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*. Rosario. Beatriz Viterbo: 195 – 216.

Domínguez, Nora (2007): *De donde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Dorlin, Elsa (2009) [2008]: *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Dreyfus, Hubert L. y Rabinow, Paul (2001) [1983]: *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Echavarren, Roberto (2001): "El protocolo poético", en *milpalabras*. N° 2. Verano 2001: 6 – 7.

Echavarren, Roberto (2011): *Foucault. Una introducción*. Buenos Aires. Quadrata.

Edelman, Lee (2014) [2004]: *No al futuro. La teoría queer y la pulsión de muerte*. Barcelona-Madrid. Egales.

Eribon, Didier (1992): *Michel Foucault*. Barcelona. Anagrama.

Eribon, Didier (1995) [1994]: *Michel Foucault y sus contemporáneos*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Eribon, Didier (2000): *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona. Bellaterra.

Eribon, Didier (2001) [1999]: *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona. Anagrama.

Eribon, Didier (2004a) [2001]: *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*. Barcelona. Anagrama.

Eribon, Didier (2004b) [2003]: *Herejías. Ensayos sobre la teoría de la sexualidad*. Barcelona. Bellaterra.

Eribon, Didier (Dir.) (2004c) [2001]: *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos Aires. Letra Viva – EDELP.

Fernández, Josefina (2004): *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires. Edhasa.

Ferrer, Christian (2006): *Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable*. Buenos Aires. Anarres – Utopía Libertaria.

Ferrer, Christian (2013): *Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas*. Buenos Aires. Godot.

Ferrer, Christian (Comp.) (2005): *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. La Plata. Terramar – Utopía Libertaria.

Ferreira, Marcelo (2005): "El orden de los factores... ¿altera el producto? Logros y desafíos legislativos en la defensa de los derechos de las personas GLTBI en América Latina", en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. N° 9. Primer Semestre 2005. Fundación Triángulo. Madrid: 7 – 22.

Fichte, Hubert (1987): *Etnopoesía. Antropología poética das religiões afro-americanas*. São Paulo. Brasiliense.

Fígari, Carlos (2006): "Política y sexualidad abajo del Ecuador: normalización y conflicto en las políticas glttbi de América Latina", en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. N° 11. Primer Semestre 2006. Fundación Triángulo. Madrid: 27 – 46.

Fígari, Carlos (2009): *Eróticas de la disidencia en América Latina. Brasil, Siglos XVII al XX*. Buenos Aires. CICCUS – CLACSO.

Flores, Valeria (2005): *Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual*. Rosario. Hipólita.

flores, valeria (2008): "Potencia Tortillera: un palimpsesto de la perturbación", en *escritos heréticos* [Blog de la autora]. Disponible en línea: <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2009/06/potencia-tortillera-un-palimpsesto-de.html>

flores, valeria (2010): *Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje*. Neuquén. Ají de Pollo.

Fondebrider, Jorge (1987): "Poesía en los ochenta. Todo está como era entonces", en *El porteño*. N° 63. Buenos Aires, Marzo de 1987: 67 – 69.

Forastelli, Fabricio y Triquell, Ximena (Comps.) (1999): *Las marcas del género. Configuraciones de la diferencia en la cultura*. Córdoba. CEA-UNC.

Forastelli, Fabricio (2007): "Regulaciones culturales y violencia. Recientes debates en el movimiento de mujeres y *queer* en América Latina", en *Feminismo/s*. N° 9. Junio 2007: 51 – 66.

Foster, David William (2009): *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Foster, Hal (2001) [1996]: *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*. Madrid. Akal.

Foucault, Michel (1985): *Saber y verdad*. Madrid. La Piqueta.

Foucault, Michel (1986) [1966]: "El pensamiento del afuera", en *Paradoxa. Literatura / Filosofía*. N° 1. Rosario: 101 – 127.

Foucault, Michel (1992): *Microfísica del poder*. Madrid. La Piqueta.

Foucault, Michel (1996): *De lenguaje y literatura*. Barcelona. Paidós.

Foucault, Michel (2006a): *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires. FCE.

Foucault, Michel (2006b) [1984]: *Historia de la sexualidad 2: El uso de los placeres*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2004) [1984]: *Historia de la sexualidad 3: La inquietud de sí*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2008b): *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Buenos Aires. Alianza.

Foucault, Michel (2008c): *La vida de los hombres infames*. La Plata. Altamira – Caronte.

Foucault, Michel (2010a) [1965]: *Nietzsche, Marx, Freud*. Buenos Aires. Anagrama – La Página.

Foucault, Michel (2010b): *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Foucault, Michel (2010c): *Obras esenciales*. Barcelona. Paidós.

Foucault, Michel (2010d): *¿Qué es un autor?* Buenos Aires – Córdoba. El Cuenco de Plata – Ediciones Literales.

Foucault, Michel (2012a): *El orden del discurso*. Buenos Aires. Tusquets.

Foucault, Michel (2012b): *El yo minimalista y otras conversaciones*. Buenos Aires. La Marca.

Foucault, Michel (2012c): *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2013a): *¿Qué es usted, profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2013b): *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Foucault, Michel (2015): *La ética del pensamiento. Para una crítica de lo que somos*. Madrid-Buenos Aires. Biblioteca Nueva-Waldhuter.

França, Isadora Lins (2012): *Consumindo lugares, consumindo nos lugares. Homossexualidade, consumo e subjetividades na cidade de São Paulo*. Rio de Janeiro. EdUERJ.

Freidemberg, Daniel (1993): “Poesía argentina de los años setenta y ochenta”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*. N° 517 – 519 [“La cultura argentina. De la dictadura a la democracia”]. Madrid. Julio – Septiembre 1993: 139 – 160.

Frente de Liberación Homosexual (1973): “Sexo y revolución” [Documento]. Mimeo. Disponible en línea.

Frente de Liberación Homosexual (1975): “El fascismo nos amenaza” [Volante]. Reproducción facsimilar. Disponible en línea.

Frente de Liberación Homosexual (2005) [1973]: “Carta abierta a todos los homosexuales” y “Puntos básicos de acuerdo del Frente de Liberación Homosexual”, en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. N° 9. Primer Semestre 2005. Fundación Triángulo. Madrid: 111 – 113. [Tomado de *Homosexuales*. Buenos Aires, Julio 1973.]

Fry, Peter (1982): “Da hierarquia à igualdade: a construção histórica da homossexualidade no Brasil”, en *Para inglês ver. Identidade e política na cultura brasileira*. Rio de Janeiro. Zahar: 87 – 115.

Funes, Patricia (2006): *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires. Prometeo.

García Canclini, Néstor (1995): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires. Sudamericana.

Garramuño, Florencia (2009): *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires. FCE.

Gasparri, Javier (2014): “Los días del Grupo Política Sexual, y después. Entrevista a Sarita Torres y Osvaldo Baigorria”, en *Uni(+di)versidad*. N° 2. PUDS – UNR. Disponible en línea.

Geertz, Clifford (2010) [1989]: *El antropólogo como autor*. Barcelona. Paidós.

Gerbaudo, Analía (2013): “Literatura y activismo intelectual en la Argentina de los 80. Notas a partir de *Lecturas críticas. Revista de Investigación y Teorías Literarias*”, en *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Vol. 1. N° 1: 18 – 31.

Giddens, Anthony (2004) [1992]: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid. Cátedra.

Gilman, Claudia (2012) [2003]: *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Giordano, Alberto (1995): *Roland Barthes. Literatura y poder*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giordano, Alberto (1999): *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*. Buenos Aires. Colihue.

Giordano, Alberto (2001). *Manuel Puig. La conversación infinita*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giordano, Alberto (2005) [1991]: *Modos del ensayo. De Borges a Piglia*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giordano, Alberto (2008): *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires. Mansalva.

Giordano, Alberto (2010): “Presentación” y “Por una ética de la supervivencia. *Un final feliz (Relato sobre un análisis)* de Gabriela Liffschitz”, en Giordano, Alberto (Ed.): *Los límites de la literatura*. Rosario. Centro de Estudios en Literatura Argentina – UNR.

Giordano, Alberto (2011): *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giordano, Alberto (2014): "Por una crítica curiosa. Las políticas del ensayo y la teoría *queer*", en *El taco en la brea*. N° 1. Santa Fe. CEDINTEL – UNL: 233 – 245.

Giordano, Alberto (Ed.) (2015): *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Giordano, Alberto y Vázquez, María Celia (Comps.) (1998): *Las operaciones de la crítica*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giorgi, Gabriel (2004): *Sueños de exterminio. Homosexualidad y representación en la literatura argentina contemporánea*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín (Comps.) (2009) [2007]: *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires. Paidós.

Gontijo, Fabiano (2009): *O Rei momo e o arco-íris: homossexualidade e carnaval no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro. Garamond.

González, Horacio (2002): "Ensayo y memorándum", en *Boletín / 10* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Diciembre de 2002: 9 – 23.

Gramsci, Antonio (2009): *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Gramuglio, María Teresa (1992): "La construcción de la imagen", en AAVV: *La escritura argentina*. Santa Fe. UNL – Ediciones de La Cortada.

Green, James N. (2000): "'Mais amor e mais tesão': a construção de um movimento brasileiro de gays, lésbicas e travestis", en *Cadernos Pagu*. N° 15. UNICAMP, 2000: 271 – 295.

Green, James N. (2003): "A luta pela igualdade: desejos, homossexualidade e a esquerda na América Latina", en *Cad. AEL*. Vol. 10. N° 18 – 19. 2003: 17 – 39.

Green, James N. e Trindade, Ronaldo (Orgs.) (2005): *Homossexualismo em São Paulo e outros escritos*. São Paulo. UNESP.

Grimson, Alejandro (2011): *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Grüner, Eduardo (2013) [1996]: *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones*. Buenos Aires. Godot.

Guasch, Oscar (1995) [1991]: *La sociedad rosa*. Barcelona. Anagrama.

Guasch, Óscar (2000): “La prostitución masculina homosexual: aproximación general”, en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. Nº 1. Fundación Triángulo. Madrid: 149 – 157.

Guasch, Oscar (2006): *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en perspectiva de género*. Barcelona. Bellaterra.

Guasch, Òscar (2007) [2000]: *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona. Laertes.

Guasch, Óscar y Osborne, Raquel (2003): “Avances en sociología de la sexualidad”, en Osborne, Raquel y Guasch, Óscar (Comps.): *Sociología de la sexualidad*. Madrid. CIS – Siglo XXI: 1 – 24.

Guattari, Félix (1981): *Revolução Molecular: Pulsações políticas do desejo*. São Paulo. Brasiliense.

Guattari, Félix (1985): “El discreto encanto de la adolescencia” [Entrevista de Christian Poslaniec], en *El porteño*. Nº 45. Buenos Aires, Septiembre 1985: 62 – 65.

Guattari, Félix (2006) [1992]: *Caosmosis*. Buenos Aires. Manantial.

Guattari, Félix y Rolnik, Suely (2005) [1986]: *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Buenos Aires. Tinta Limón – Traficantes de Sueños.

Guèrin, Daniel (2007): *Rosa Luxemburg y la espontaneidad revolucionaria*. La Plata. Terramar – Utopía Libertaria.

Guerrero, Gustavo (2001): “Góngora, Sarduy y el neobarroco”, *Cuadernos Hispanoamericanos*. Nº 613 – 614. Julio – Agosto 2001: 141 – 154.

Guerrero, Javier y Bouzaglo, Nathalie (2009): “Introducción. Fiebres del texto – ficciones del cuerpo”, en Guerrero, Javier y Bouzaglo, Nathalie (Comps.): *Excesos del cuerpo. Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina*. Buenos Aires. Eterna Cadencia: 9 – 54.

Gusmán, Luis (1985): “El ensayo de los escritores”, en *Sitio*. Nº 4/5. Buenos Aires. Mayo 1985: 56 – 60.

Halperin, David (1990): *One hundred years of homosexuality and other essays on Greek love*. New York – London. Routledge.

Halperin, David (2003): “The normalization of Queer Theory”, en *Journal de Homosexuality*. Volume 45. Nºs 2 / 3 / 4 [“Queer Theory and Comunicación: From Disciplining Queers to Queering the Discipline(s)”]. New York: 339 – 343.

Halperin, David (2007) [1995]: *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.

Halperin Donghi, Tulio (1992) [1980]: *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires. CEAL.

Haraway, Donna J. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid. Cátedra.

Huxley, Aldous (2010): *Las puertas de la percepción*. Buenos Aires. Debolsillo.

Huyssen, Andreas (2002) [1986]: *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.

Jacoby, Roberto (2011) [2000]: “La alegría como estrategia”, en *El deseo nace del derrumbe. Acciones, conceptos, escritos*. Barcelona – Buenos Aires. Adriana Hidalgo: 410 – 412.

Jankélévitch, Vladimir (2004) [1994]: *Pensar la muerte*. Buenos Aires. FCE.

Jinkis, Jorge (1983b): “La Argentina, tango-canción. Para desmontar un discurso”, en *Sítio*. N° 3. Buenos Aires, 1983: 39 – 46.

Jitrik, Noé (Dir.) y Cella, Susana (Dir. del Volumen) (1999): *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 10: *La irrupción de la crítica*. Buenos Aires. Emecé.

Jitrik, Noé (Dir.) y Drucaroff, Elsa (Dir. del Volumen) (2000): *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 11: *La narración gana la partida*. Buenos Aires. Emecé.

Huard, Geoffroy (2014): *Los antisociales. Historia de la homosexualidad en Barcelona y París, 1945-1975*. Madrid. Marcial Pons.

Iriarte, Ignacio (2017): *Del Concilio de Trento al SIDA. Una historia del barroco*. Buenos Aires. Prometeo.

Kamenszain, Tamara (1997): “El verbo to beat”, en *La Gandhi Argentina*. N° 2. Buenos Aires, 1997: 25.

Kamenszain, Tamara (2000): *Historias de amor. (Y otros ensayos sobre poesía.)* Buenos Aires. Paidós.

Kamenszain, Tamara (2007): *La boca del testimonio. Lo que dice la poesía*. Buenos Aires. Norma.

Kamenszain, Tamara (2016): *Una intimidad inofensiva. Los que escriben con lo que hay*. Buenos Aires. Eterna Cadencia.

Katz, Jonathan Ned (2012) [1995]: *La invención de la heterosexualidad*. México. Me cayó el veinte.

Kosofsky Sedgwick, Eve (1998) [1990]: *Epistemología del armario*. Barcelona. Ediciones de la Tempestad.

Kozak, Claudia (Comp.) (2006): *Deslindes. Ensayos sobre la literatura y sus límites en el siglo XX*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Kraniauskas, John (2000): "Revolución-Porno: *El fiord* y el estado Eva-peronista", en *Boletín / 8* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Octubre de 2000: 44 – 55.

Kristeva, Julia (2010) [1980]: *Poderes de la perversión*. México. Siglo XXI.

Kulick, Don and Willson, Margaret (Eds.) (1995): *Taboo. Sex, identity, and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. London – New York. Routledge.

Laclau, Ernesto (1996): "Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad", en *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires. Ariel: 43 – 68.

Laddaga, Reinaldo (2007): *Espectáculos de realidad. Ensayo sobre la narrativa latinoamericana de las últimas dos décadas*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Lamas, Marta (Comp.) (2013) [1996]: *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México. PUEG – Porrúa.

Le Breton, David (2012) [1990]: *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Lennard, Patricio (2009): "Elogio del chongo" [Entrevista a Juan José Sebreli], en *Soy. Suplemento de Página 12*. Buenos Aires, 24 de Julio de 2009.

Libertella, Héctor (Comp.) (2002): *Literal 1973 – 1977*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Libertella, Héctor (2008) [1977]: *Nueva escritura en Latinoamérica*. Buenos Aires. El andariego.

Link, Daniel (1989): "Los tesoros de la patria", en *Crisis*. N° 73. Agosto 1989: 22 – 23.

Link, Daniel (1994): *La chancha con cadenas. Doce ensayos de literatura argentina*. Buenos Aires. Del Eclipse.

- Link, Daniel (2003): *Cómo se lee y otras intervenciones críticas*. Buenos Aires. Norma.
- Link, Daniel (2005): *Clases. Literatura y disidencia*. Buenos Aires. Norma.
- Link, Daniel (2006): *Leyenda. Literatura argentina: cuatro cortes*. Buenos Aires. Entropía.
- Link, Daniel (2009a): *Fantasmas. Imaginación y sociedad*. Buenos Aires. Eterna Cadencia.
- Link, Daniel (2009b): "Qué se yo. Testimonio, experiencia y subjetividad", en Vallina, Cecilia (Ed.): *Crítica del testimonio*. Rosario. Beatriz Viterbo: 118 – 131.
- Llamas, Ricardo (Comp.) (1995): *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid. Siglo XXI.
- Llamas, Ricardo (1998): *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a "la homosexualidad"*. Madrid. Siglo XXI.
- Llamas, Ricardo y Vidarte, Francisco Javier (1999): *Homografías*. Madrid. Espasa Calpe.
- Lopes, Denilson (2002): *O homem que amava rapazes e outros ensaios*. Rio de Janeiro. Aeroplano.
- López Penedo, Susana (2008): *El laberinto queer. La identidad en tiempos del neoliberalismo*. Madrid. Egales.
- Ludmer, Josefina (1973): "Literatura experimental", en *Clarín*. Buenos Aires, 25 de Octubre de 1973. Recuperado en *Josefina Ludmer. Intervenciones críticas*: http://www.josefinaludmer.com/Josefina_Ludmer/articulos.html
- Ludmer, Josefina (1984): "Las tretas del débil", en González, Patricia y Ortega, Eliana (Eds.): *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras. Huracán.
- Ludmer, Josefina (2000) [1988]: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires. Perfil.
- Ludmer, Josefina (1999): *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires. Perfil.
- Ludmer, Josefina (Comp.) (1994): *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Rosario. Beatriz Viterbo.
- Lyotard, Jean-François (1990) [1975]: *Economía libidinal*. Buenos Aires. FCE.
- Lyotard, Jean-François (1999) [1983]: "La tumba del intelectual", en *Pensamiento de los confines*. N° 6. Primer Semestre 1999: 81 – 83.

Maffía, Diana (Comp.) (2009) [2003]: *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires. Feminaria – Librería de Mujeres Editoras.

Mallol, Anahí (2013): “Poesía y traducción: una relectura de la polémica neobarroco – objetivismo”, en *Caracol. Revista do Programa de Pós-Graduação em Língua Espanhola e Literaturas Espanhola e Hispano-Americana*. Nº 5. Universidade de São Paulo. Janeiro – Junho 2013: 60 – 84.

Marcuse, Herbert (2010) [1953]: *Eros y civilización. Una investigación filosófica acerca de Freud*. Barcelona. Ariel.

Maristany, José (2008): “¿Una teoría queer latinoamericana?: Postestructuralismo y políticas de la identidad en Lemebel”, en *Lectures du genre*. Nº 4 [“Lecturas queer desde el Cono Sur”]. Disponible en línea.

Maristany, José (2010): “Prólogo” y “Fuera de la ley, fuera de género: escritura homoerótica y procesos de subjetivación en la Argentina de los 60-70”, en Maristany, José (Ed.): *Aquí no podemos hacerlo. Moral sexual y figuración literaria en la narrativa argentina (1960 – 1976)*. Buenos Aires. Biblos: 9 – 17 y 185 – 241.

Maristany, José (2013): “Del pudor en el lenguaje: notas sobre lo *queer* en Argentina”, en *Lectures du genre*. Nº 10: 102 – 111. Disponible en línea.

Masiello, Francine (2001): *El arte de la transición*. Buenos Aires. Norma.

Mattio, Eduardo (2006): “La inclusión de l@s otr@s. La ‘normalización’ de las minorías homosexuales en el liberalismo igualitarista contemporáneo”, en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. Nº 11. Primer Semestre 2006. Fundación Triángulo. Madrid: 11 – 26.

Mattio, Eduardo (2014): “Crítica, virtud, desujeción. Butler lectora de Foucault”, en *Caja Muda*. Nº 7. 2014. Disponible en línea.

Mayer, Marcos (2005): “¿Para qué sirve un intelectual?” [Entrevista con Horacio González, Nicolás Casullo y Eduardo Grüner], en *Revista Ñ*. Buenos Aires, Sábado 25 de Junio de 2005.

Meccia, Ernesto (2006): *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires. Gran Aldea.

Meccia, Ernesto (2011): *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires. Gran Aldea.

Mérida Jiménez, Rafael M. (Ed.) (2002): *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona. Icaria.

Mérida Jiménez, Rafael M. (Ed.) (2009): *Manifiestos gays, lesbianos y queer. Testimonios de una lucha (1969 – 1994)*. Barcelona. Icaria.

Meruane, Lina (2012): *Viajes virales. La crisis del contagio global en la escritura del sida*. FCE. Santiago de Chile.

Millett, Kate (2010) [1970]: *Política sexual*. Madrid. Cátedra.

Milner, Jean-Claude (1980) [1978]: *El amor por la lengua*. México. Nueva Imagen.

Modarelli, Alejandro (2009): "Víctimas sin nombre", en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 20 de Marzo de 2009.

Modarelli, Alejandro (2012): "Íntimas escenas del horror" [Entrevista con Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo], en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 23 de Marzo de 2012.

Modarelli, Alejandro (2013): "Los amorales, a la plaza", en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 29 de Noviembre de 2013.

Molina, Daniel (1985): "Llegó el SIDA", en *El porteño*. N° 41. Mayo 1985: 36 – 39.

Molloy, Sylvia (2012): *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires. Eterna Cadencia.

Mondimore, Francis Mark (1998) [1996]: *Una historia natural de la homosexualidad*. Barcelona. Paidós.

Monsiváis, Carlos (2007): "De los intelectuales en América Latina", en *América Latina Hoy*. N° 47. Universidad de Salamanca, 2007: 15 – 38.

Montaldo, Graciela (2004) [1999]: *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Monteleone, Jorge (1995): "Una mirada corroída. Sobre la poesía argentina de los años ochenta", en *Lateinamerika-Studien 36* ["Culturas del Río de la Plata (1973 – 1995). Transgresión e intercambio"]. Frankfurt am Main. Vervuert Verlag: 203 – 215. Recuperado en *Lector Común*: <http://www.lectorcomun.com/>

Monteleone, Jorge (1996): "Pasolini / Sade: *Salò*", en *Paradoxa. Literatura / Filosofía*. N° 8. Rosario: 23 – 34.

Monteleone, Jorge (1999): "Voz en sombras. Poesía y oralidad", en *Boletín / 7* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Octubre de 1999: 147 – 153.

Monteleone, Jorge (2007): "Voz alta. Poesía, oralidad y declamación". Mimeo. Leído en Jornadas Preparatorias. Primer Certamen Regional de Declamadoras de Poesía. Organizado por Estación Pringles. Octubre 2007.

Monteleone, Jorge (2011): "La lengua, al límite", en *ADN Cultura*. Diario *La Nación*. Buenos Aires, 2 de Diciembre de 2011. Recuperado en *Lector Común*: <http://www.lectorcomun.com/>

Moreno, María (1998): "La militancia horizontal", en *Radar*. *Página 12*. Buenos Aires, 27 de Diciembre de 1998.

Moreno, María (2001): *A tontas y a locas*. Buenos Aires. Sudamericana.

Moreno, María (2002): *El fin del sexo y otras mentiras*. Buenos Aires. Sudamericana.

Moreno, María (2003a): "Superficies de placer", en *Radar*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 9 de Febrero de 2003.

Moreno, María (2003b): "La generación del ochenta", en *Radar*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, Domingo 28 de diciembre de 2003.

Moreno, María (2009): "Naturalmente artificial", en *Soy*. Suplemento de *Página/12*. Buenos Aires, 6 de Noviembre de 2009.

Moreno, María (2010): "Prólogo", en Copi: *Obras (Tomo I)*. Barcelona. Anagrama: 7 – 31.

Moreno, María (2013a): *Subrayados. Leer hasta que la muerte nos separe*. Buenos Aires. Mardulce.

Moreno, María (2013b): "La política del secreto" [Entrevista a Carlos De Lorenzo], en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 1 de Noviembre de 2013.

Mosse, George L. (1996): *The Image of Man. The Creation of Modern Masculinity*. New York. Oxford University Press.

Nancy, Jean-Luc (2000): *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile. LOM.

Nancy, Jean-Luc (2003a) [1993]: *El sentido del mundo*. Buenos Aires. La Marca.

Nancy, Jean-Luc (2003b) [2000]: *Corpus*. Madrid. Arena.

Nancy, Jean-Luc (2003c) [2001]: *El "hay" de la relación sexual*. Madrid. Síntesis.

Nancy, Jean-Luc (2006a) [2000]: *El intruso*. Buenos Aires. Amorrortu.

Nancy, Jean-Luc (2006b) [2003]: *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*. Madrid. Trotta.

Nancy, Jean-Luc (2007): *La comunidad enfrentada*. Buenos Aires. La Cebra.

- Nancy, Jean-Luc (2008): *Las musas*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Nancy, Jean-Luc (2011) [2006]: *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires. La Cebra.
- Nancy, Jean-Luc (2013) [1997]: “Hacer, la poesía”, en *Badebec*. N° 5. Vol. 3. Septiembre 2013: 155 – 163.
- Newton, Esther (1996): “My Best Informant’s Dress: The Erotic Equation in Fieldwork”, en Lewin, Ellen and Leap, William L. (Ed.): *Out in the field. Reflections of Lesbian and Gay Anthropologists*. Urbana – Chicago. University of Illinois Press: 212 – 235.
- Nicolas, Jean (1989) [1976]: *La cuestión homosexual*. México. Fontamara.
- Núñez Noriega, Guillermo (1999) [1994]: *Sexo entre varones. Poder y Resistencia en el campo sexual*. México. El Colegio de Sonora – UNAM – Porrúa.
- Núñez Noriega, Guillermo (2007): *Masculinidad e intimidad. Identidad, sexualidad y sida*. México. UNAM.
- Onfray, Michel (1999) [1997]: *Política del rebelde. Tratado de la resistencia y la insumisión*. Buenos Aires. Perfil.
- Onfray, Michel (2002) [2000]: *Teoría del cuerpo enamorado. Por una erótica solar*. Valencia. Pre-Textos.
- Onfray, Michel (2009) [2007]: *Los libertinos barrocos. Contrahistoria de la filosofía, III*. Barcelona. Anagrama.
- Oubiña, David (2011): *El silencio y sus bordes. Modos de lo extremo en la literatura y el cine*. Buenos Aires. FCE.
- Paglia, Camille (1991) [1990]: *Sexual Personae. Art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*. New York. Vintage.
- Panesi, Jorge (1997): “El amor de los muchachos”, en *La Gandhi Argentina*. N° 1. Buenos Aires, 1997: 18 – 19.
- Panesi, Jorge (2000): *Críticas*. Buenos Aires. Norma.
- Panesi, Jorge (2014): “La decepción de la literatura (notas sobre Foucault, Derrida y la teoría literaria)”, en *IX Argentino de Literatura UNL*. Santa Fe. CEDINTEL – UNL: 6 – 18.
- Pardo, José Luis (2013): “Pensadores, al tren”, en *Babelia. El País*. Madrid, 4 de Mayo de 2013.

Patiño, Roxana (1997): “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981 – 1987)”, en *Cuadernos de Recienvenido / 4*. Publicação do Curso de Pós-Graduação em Literaturas Espanhola e Hispano-Americana. Universidade de São Paulo.

Patiño, Roxana (2006): “Revistas literarias y culturales argentinas de los ‘80”, en *Ínsula*. N° 715 – 716. Julio – Agosto 2006. Disponible en línea.

Pauls, Alan (1986): “Las malas lenguas”, en AAVV: *Literatura y Crítica. Primer Encuentro, UNL, 1986*. Cuadernos de Extensión Universitaria. UNL: 113 – 122.

Pauls, Alan (1989): “Lengua: ¡sonaste!”, en *Babel*. N° 9. Junio 1989: 5.

Pecoraro, Gustavo (2013): “Haciendo prehistoria”, en *Soy*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 28 de Junio de 2013.

Perez Navarro, Pablo (2008): *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*. Madrid. Egales.

Pezzoni, Enrique (1998) [1986]: *El texto y sus voces*. Buenos Aires. Sudamericana.

Piglia, Ricardo (1993): *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires. La Urraca.

Platts, Mark (Comp.) (1996): *Sida: aproximaciones éticas*. México. UNAM – FCE.

Porrúa, Ana (2001): *Variaciones vanguardistas. La poética de Leónidas Lamborghini*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Porrúa, Ana (2003): “Una polémica a media voz. objetivistas y neo-barrocos en el *Diario de poesía*”, en *Boletín / 11* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Diciembre 2003: 59 – 69.

Porrúa, Ana (2011): *Caligrafía tonal. Ensayos sobre poesía*. Buenos Aires. Entropía.

Preciado, Paul B. (2002): *Manifiesto contra-sexual*. Madrid. Ópera Prima.

Preciado, Paul B. (2003): “Multitudes queer. Notas para una política de los ‘anormales’”, en *Revista Multitudes*. N° 12. París, Primavera 2003. Disponible en línea: <http://www.multitudes.net/Multitudes-queer/>

Preciado, Paul B. (2008): *Testo yonqui*. Madrid. Espasa Calpe.

Preciado, Paul B. (2009a): “Biopolítica del género”, en AAVV: *Biopolítica*. Buenos Aires. Ají de Pollo: 13 – 42.

Preciado, Paul B. (2009b): "Terror anal: Apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual", en Hocquenghem, Guy: *El deseo homosexual*. Santa Cruz de Tenerife. Melusina: 133 – 174.

Preciado, Paul B. (2009c): "Basura y género. Mear / Cagar. Masculino / Femenino", en *Parole de queer* 2. Junio – Octubre 2009: 14 – 17.

Preciado, Paul B. (2010a): *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona. Anagrama.

Preciado, Paul B. (2010b): "Transfeminismo y micropolíticas del género en la era farmacopornográfica", en *ramona*. N° 99. Abril 2010: 24 – 26.

Preciado, Paul B. (2013a): "Decimos revolución", en AAVV: *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*. Tafalla. Txalaparta: 9 – 13.

Preciado, Paul B. (2013b): "¿Quién defiende al niño queer?", en *Libération*. Paris, 14 de enero de 2013. Disponible en línea traducción al español.

Preciado, Paul B. (2014): "Si la escritura no es un arma, estamos perdidos" [Entrevista de Sara Malagón Llano], en *El espectador*, 4 de Febrero de 2014.

Preciado, Paul B. y Soley-Beltran, Patricia (2007): "Abrir posibilidades. Una conversación con Judith Butler", en *Lectora*. N° 13: 217 – 239.

Premat, Julio (2000): "El escritor argentino y la transgresión. La orgía de los orígenes en *El fiord* de Osvaldo Lamborghini", en *Boletín / 8* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Octubre de 2000: 56 – 64.

Prieto, Martín (2006): *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires. Taurus.

Prieto, Martín (2009) [2006]: "Neobarrocos, objetivistas, epifánicos y realistas: nuevos apuntes para la historia de la nueva poesía argentina", en *Vox virtual*. N° 23. Bahía Blanca, Julio 2009. Disponible en línea.

Quiroga, José (2010): "Prólogo", en Quiroga José (Comp.): *Mapa callejero. Crónicas sobre lo gay desde América Latina*. Buenos Aires. Eterna Cadencia: 11 – 25.

Rancièrè, Jacques (2009) [1998]: *La palabra muda. Ensayo sobre las contradicciones de la literatura*. Buenos Aires. Eterna Cadencia.

Rapisardi, Flavio (1998): "Crítica y diferencia: sobre las políticas queer de emancipación", en *La Gandhi Argentina*. N° 3. Buenos Aires, 1998: 32 - 33.

Rapisardi, Flavio (2005): "Raras teorías al sur. Una experiencia de diversidades y desigualdad político-social", en *Orientaciones. Revista de Homosexualidades*. N° 9. Primer Semestre 2005. Fundación Triángulo. Madrid: 53 – 68.

Rapisardi, Flavio (2008): "Escritura y lucha política en la cultura argentina. Identidades y hegemonía en el movimiento de diversidades sexuales entre 1970 y 2000", en *Revista Iberoamericana*. Vol. LXXIV. N° 225 ["Los estudios lésbico-gays y *queer* latinoamericanos"]. Octubre – Diciembre 2008: 973 – 995.

Rapisardi, Flavio y Modarelli, Alejandro (2001): *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*. Buenos Aires. Sudamericana.

Reich, Wilhelm (1972): *Psicología de masas del fascismo*. Buenos Aires. Editora Latina.

Ríos, Rubén H. (2007): *Michel Foucault y la condición gay*. Buenos Aires. Campo de Ideas.

Ritvo, Juan B. (1992): *La edad de la lectura*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Ritvo, Juan B. (2002): "El ensayo de interrupción", en *Boletín / 10* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. UNR. Diciembre de 2002: 25 – 35.

Rodríguez, Fermín (2010): *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires. Eterna Cadencia.

Rosa, Nicolás (1987): *Los fulgores del simulacro*. Santa Fe. Cuadernos de Extensión Universitaria – UNL.

Rosa, Nicolás (1992): *Artefacto*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Rosa, Nicolás (1997c): *La lengua del ausente*. Buenos Aires. Biblos.

Rosa, Nicolás (1999): "Hacia una gramática social de los cuerpos", en *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*. N° 13 [Número Especial "Cuerpo. Sexualidad. Género"]. Enero – Junio 1999: 11 – 25.

Rosa, Nicolás (2003a) [1999]: *Usos de la literatura*. Rosario. Laborde.

Rosa, Nicolás (2003b): *La letra argentina. Crítica 1970 – 2002*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Rosa, Nicolás (2006b): *Relatos críticos. Cosas animales discursos*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Rosa, Nicolás (Ed.) (2003c): *Historia del ensayo argentino. Intervenciones, coaliciones, interferencias*. Buenos Aires. Alianza.

Rosano, Susana (2006): *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Rubin, Gayle (1986) [1975]: “El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo”, en *Nueva Antropología*. Vol. VIII. Nº 30. México: 95 – 145.

Rubin, Gayle (1989): “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en Vance, Carole S. (Comp.): *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid. Revolución: 113 – 190.

Rubin, Gayle (2002): “Studying Sexual Subcultures: Excavating the Ethnography of Gay Communities in Urban North America”, en Lewin, Ellen and Leap, William L. (Ed.): *Out in Theory. The Emergency of Lesbian and Gay Anthropology*. Urbana – Chicago. University of Illinois Press: 17 – 68.

Rubione, Alfredo (1980): “El lugar del artista. Entrevista a Osvaldo Lamborghini”, en *Lecturas críticas. Revista de investigación y teorías literarias*. Año I. Nº 1. Buenos Aires: 48 – 51.

Sabsay, Leticia (2011): *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires. Paidós.

Saéz, Javier (2008) [2004]: *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid. Síntesis.

Saéz, Javier y Carrascosa, Sejo (2011): *Por el culo. Políticas anales*. Madrid. Egales.

Said, Edward W. (1996) [1994]: *Representaciones del intelectual*. Barcelona. Paidós.

Salessi, Jorge (2000) [1995]: *médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871 – 1914)*. Rosario. Beatriz Viterbo.

Santiago, Silviano (2004): *O cosmopolitismo do pobre. Crítica literária e crítica cultural*. Belo Horizonte. Editora UFMG.

Sarlo, Beatriz (1985b): “Las letras girarán en torno a las situaciones de límite” [Recuadro en “La Argentina del noventa”], en *El porteño*. Nº 42. Buenos Aires, Junio 1985: 25.

Sarlo, Beatriz (1994b): *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires. Ariel.

Sarlo, Beatriz (2007) [2005]: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Savater, Fernando (Ed.) (1993) [1988]: *Filosofía y sexualidad*. Barcelona. Anagrama.

- Schérer, René (1983) [1974]: *La pedagogía pervertida*. Barcelona. Laertes.
- Schérer, René (2006): “Los cuerpos de amor de Pasolini”, en *Linkillo (cosas mías)*. Martes 12 de junio de 2007: <http://linkillo.blogspot.com.ar/2007/06/homenaje-al-amadsimo.html>
- Schérer, René (2012) [1998]: *Miradas sobre Deleuze*. Buenos Aires. Cactus.
- Schettini, Ariel (2009): *El tesoro de la lengua. Una historia latinoamericana del yo*. Buenos Aires. Entropía.
- Schwartzman, Julio (1996): *Microcrítica. Lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*. Buenos Aires. Biblos.
- Scott, Joan Wallach (2001) [1991]: “Experiencia”, en *La Ventana*. N° 13. 2001: 42 – 73.
- Scott, Joan Wallach (2011a): *Género e historia*. México. FCE – UACM.
- Scott, Joan Wallach (2011b) [2010]: “Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis?”, en *La Manzana de la Discordia*. Vol. 6. N° 1. Enero – Junio 2011: 95 – 101.
- Sebreli, Juan José (1997): *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Shumway, Nicolás (2005) [1991]: *La invención de la Argentina*. Buenos Aires. Emecé.
- Silvestri, Leonor (2009): “Cómo hacer cosas con el género. Entrevista a Judith Butler”, en *Ñ. Revista de Cultura. Clarín*. Buenos Aires, 9 de mayo de 2009.
- Silvestri, Leonor (2010): “Las políticas del sexo y del deseo. Entrevista a Beatriz Preciado”, en *Ñ. Revista de Cultura. Clarín*. Buenos Aires, 19 de junio de 2010.
- Sívori, Horacio Federico (2005): *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires. Antropofagia.
- Sollers, Philippe (1978) [1968]: *La escritura y la experiencia de los límites*. Valencia. Pre-Textos.
- Sontag, Susan (2003) [1977 / 1988]: *La enfermedad y sus metáforas / El sida y sus metáforas*. Buenos Aires. Taurus.
- Sontag, Susan (2008) [1966]: *Contra la interpretación y otros ensayos*. Buenos Aires. Debolsillo.
- Soto, Moira (2010): “Cuando las mujeres dijeron UFA” [Entrevista a Hilda Rais], en *Las 12*. Suplemento de *Página 12*. Buenos Aires, 8 de Enero de 2010.

- Spargo, Tamsin (2013) [2000]: *Foucault y la teoría queer*. Barcelona. Gedisa.
- Spivak, Gayatri (1998) [1988]: “¿Puede hablar el subalterno?”, en *Orbis Tertius*, 3, (6). UNLP.
- Starobinski, Jean (1998): “¿Es posible definir el ensayo?”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*. N° 575: 31 – 40.
- Starobinski, Jean (2008): *La relación crítica*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Steiner, George (2000) [1971]: *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución del lenguaje*. Buenos Aires. Adriana Hidalgo.
- Steiner, George y Boyers, Robert (Comps.) (1985) [1982]: *Homosexualidad: literatura y política*. Madrid. Alianza.
- Strafacce, Ricardo (2008): *Oswaldo Lamborghini, una biografía*. Buenos Aires. Mansalva.
- Sutherland, Juan Pablo (2009): *Nación marica. Prácticas culturales y crítica activista*. Santiago de Chile. Ripio.
- Symns, Enrique (2008): *La vida es un bar. Cerdos & Peces y otros tragos (1982 – 2002)*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.
- Symns, Enrique (2009): *El señor de los venenos*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.
- Symns, Enrique (2012): *Cerdos & Peces. Lo mejor*. Buenos Aires. El Cuenco de Plata.
- Tarcus, Horacio (Comp.) (1993): *Disparen sobre Foucault*. Buenos Aires. El cielo por Asalto.
- Taylor, Ian; Walton, Paul y Young, Jock (1997) [1973]: *La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Topuzian, Marcelo (2014): *Muerte y resurrección del autor (1963 – 2005)*. Santa Fe. Ediciones UNL.
- Trevisan, Joao Silvério (2002) [1986]: *Devassos no paraíso. A homossexualidade no Brasil, da colônia à atualidade*. Rio de Janeiro. Record.
- Trujillo Barbadillo, Gracia (2013): “Y no, no somos mujeres. Legados e inspiraciones para los feminismos queer”, en Suárez Briones, Beatriz (Ed.): *Las lesbianas (no) somos mujeres. En torno a Monique Wittig*. Barcelona. Icaria: 185 – 211.

Trujillo, Gracia (2014): "Entrevista a Gracia Trujillo, autora del libro 'Feminismos lesbianos y queer'" [Entrevista de Eduardo Nabal Aragón], en *Diario Progresista*. Domingo 26 de Octubre de 2014.

Tubert, Silvia (Ed.) (2003): *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid. Cátedra.

Vaggione, Alicia (2013): *Literatura / enfermedad. Escrituras sobre sida en América Latina*. Córdoba. UNC-CEA.

Vance, Carole (1995): "A antropologia redescobre a sexualidade: um comentário teórico", en *Physis. Revista de saúde coletiva*. Volume 5. Número 1. Rio de Janeiro: 7 – 31.

Versiani, Daniela Beccaccia (2005): *Autoetnografías: conceptos alternativos em construção*. Rio de Janeiro. 7Letras.

Veyne, Paul (2014) [2008]: *Foucault. Pensamiento y vida*. Buenos Aires. Paidós.

Vezzetti, Hugo (2002): *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Vidarte, Paco (2002): "La comunidad enancypada", en *Nancyt(r)opías*. Disponible en línea: <http://www.nancytropias.es/textos/>

Vidarte, Paco (2007): *Ética marica. Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*. Madrid. Egales.

Viñas, David (1971): *De Sarmiento a Cortázar. Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires. Siglo Veinte.

Viñas, David (1998): *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires. Sudamericana.

Viñas, David (2003) [1982]: *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Viñas, David (2005) [1964]: *Literatura argentina y política I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires. Santiago Arcos.

Wasem, Marcos (2010): "Neobarrosos en contexto: genealogías y debates de una movida poética", en Viñas, David (Dir.); Carbone, Rocco y Ojeda, Ana (Comps.): *Literatura argentina siglo XX. De Alfonsín al menemato (1983 - 2001)*. Buenos Aires. Paradiso - Fundación Crónica General: 216 – 229.

Weston, Kath (1993): "Lesbian/Gay Studies in The House of Anthropology", en *Annual Review of Anthropology* 22: 339 – 367.

White, Hayden (1992) [1987]: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona. Paidós.

White, Hayden (2003): *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona. Paidós.

Yúdice, George (2002): *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona. Gedisa.

Zanotti, Paolo (2010) [2005]: *Gay. La identidad homosexual de Platón a Marlene Dietrich*. México. FCE.

ANEXO

Documentos Archivo “Néstor Perlongher”

Centro de Documentação Cultural "Alexandre Eulalio"

Instituto de Estudos da Linguagem

UNICAMP

La siguiente reproducción fotográfica se realiza sólo a los efectos ilustrativos de la presente tesis, de acuerdo a la autorización expedida por la institución que aloja el Archivo.